

ERNEST MANDEL

EL SIGNIFICADO  
DE LA SEGUNDA  
GUERRA MUNDIAL

# ÍNDICE

|     |                                     |
|-----|-------------------------------------|
|     | PRIMERA PARTE                       |
| 13  | El marco histórico                  |
| 15  | Los objetivos                       |
| 26  | Las causas inmediatas               |
| 40  | Las fuerzas sociales                |
| 52  | Recursos                            |
| 60  | Estrategia                          |
| 71  | Armamento                           |
| 77  | Logística                           |
| 84  | Ciencia y administración            |
| 91  | Ideología                           |
|     | SEGUNDA PARTE                       |
| 103 | Acontecimientos y resultados        |
| 105 | El gambito de apertura en Europa    |
| 113 | El desarrollo de la batalla mundial |
| 120 | Hacia el clímax                     |

|     |  |
|-----|--|
| 130 | Los momentos de cambio decisivos   |
| 139 | La guerra de desgaste  |
| 149 | La embestida final   |
| 160 | El resultado   |
| 169 | Las consecuencias  |
| 181 | El legado  |
|     | TERCERA PARTE  |
| 189 | Anexos   |
| 191 | El papel del individuo en la historia de la Segunda Guerra Mundial   |
| 210 | En torno a la disputa de los historiadores alemanes sobre el origen, la naturaleza, el “carácter único” del nazismo y la posibilidad de que pueda reproducirse |
| 243 | Premisas materiales, sociales e ideológicas del genocidio nazi.  |

## PRESENTACIÓN

En el año que se cumple el 70 aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, desde Ediciones IPS-CEIP quisimos acercar a nuevas generaciones de jóvenes y trabajadores que se empiezan a acercar a las ideas del marxismo esta nueva edición de un trabajo extraordinario, por su simpleza y originalidad a la hora de tratar uno de los eventos más importantes del siglo XX. A lo largo del libro encontraremos una aproximación a los acontecimientos relevantes que siguen despertando interés y debates en amplios sectores. Ernest Mandel aborda desde una óptica marxista la complejidad de la guerra dando un punto de vista para ayudar, parafraseando al autor, a explicar las causas del fascismo y del holocausto, para reforzar el potencial de rechazo, la indignación, la hostilidad, la oposición total e irreductible, la resistencia y la revuelta, contra el desarrollo siempre posible del fascismo y de otras doctrinas y prácticas de deshumanización.

Se llevaron a cabo, en la presente edición, tareas de corrección y cotejo de la edición original, manteniendo el estilo y las notas del autor. Se incorporó el Anexo III traducido especialmente del francés para esta edición por el compañero Eduardo Baird. El diseño estuvo a cargo de Fernando Lendoiro. Agradecemos especialmente el apoyo de Galves, quien ha cedido los derechos de edición.

Esta edición ha sido posible gracias al esfuerzo de compañeros militantes y simpatizantes del Partido de los Trabajadores Socialistas PTS en el Frente de Izquierda.

LOS EDITORES

## DEDICATORIA

A la memoria de todos aquellos que dieron sus vidas luchando contra el fascismo y el imperialismo, en primer lugar a los que cayeron para transformar esa lucha en una victoria de la revolución mundial:

Abram León  
León Lesoil  
Marcel Hic  
Hendrik Sneevliet  
V́ctor Widelin  
Pantelis Pouliopoulos  
Blasco  
Tha-Thu-Tau  
Cher Dou-siou  
Tan Malakka

y principalmente a todos los heroicos editores desconocidos de Czorwony Sztandard, quienes publicaron el periódico clandestino de la resistencia trotskista en el Ghetto de Varsovia hasta los últimos días de la sublevación, en la que participaron activamente.

PRIMERA PARTE

EL MARCO HISTÓRICO

## I. LOS OBJETIVOS

El capitalismo implica competencia. Con el surgimiento de grandes corporaciones y cartels –es decir, con el advenimiento del capitalismo monopolista –esta competencia asumió una nueva dimensión. Se hizo cualitativamente más económico-política y, por lo tanto, económico-militar. Lo que estaba en juego ya no era el destino de negocios que representaban decenas de miles de libras o cientos de miles de dólares. Ahora lo que estaba comprometido eran los gigantes industriales y financieros cuyo capital alcanzaba hasta decenas y cientos de millones. Por consiguiente, los Estados y sus ejércitos se involucraron cada vez más directamente en esa competencia, la cual se convirtió en rivalidad imperialista por egresos destinados a la inversión en nuevos mercados, por el acceso a materias primas baratas o raras. El espíritu de destrucción que tenía esta competencia se hizo cada vez más pronunciado en medio de una creciente tendencia hacia la militarización y su reflexión ideológica: la justificación y glorificación de la guerra. Y, por otro lado, el desarrollo de la manufactura, el aumento en la capacidad productiva de las empresas técnicamente más avanzadas, la producción total de las principales potencias industrializadas y especialmente la expansión del capital financiero y el potencial de inversión, cada vez más rebasando las fronteras de los Estados-nación, incluso las más grandes. Esta extensión del capital nacional particular hacia afuera condujo inevitablemente a una precipitada competencia por los recursos, los mercados y el control de rutas comerciales del exterior, dentro de Europa, pero también –y más espectacularmente– fuera del continente: entre 1876 y 1914 las potencias europeas se las arreglaron para anexarse unos once millones de millas cuadradas de territorio, principalmente en Asia y África.

Sin embargo la creación de imperios coloniales que siguió a la intromisión del capital internacional, demostró ser solamente una respuesta temporal al problema de la creciente desproporción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la forma política en la cual este desarrollo había tenido lugar: el Estado-nación<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Recientemente un autor soviético afirmaba que esto es específicamente una tesis “trotskista”, análoga a la sostenida por tecnócratas burgueses que tratan de “justificar los esfuerzos cosmopolitas del capital monopolista”. N. Vassetsky, “Trotskyism in Alliance with Reaction”, *Mirovaia Ekonomiy y Mezhdunarodnikh otnoshenya (World Economy and International Relations)*, No. 7, 1985. Desafortunadamente para Vassetsky, esta tesis la encontramos en documentos oficiales de la Comintern apoyados por Lenin y todos los líderes soviéticos e internacionales. Ver *Thesis Resolutions and Manifestoes of the First Four Congresses of the Communist International*, Londres, 1978 (en español: Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, Córdoba, Argentina, Cuadernos de Pasado y Presente, 1973, 2 vols. (núms. 43 y 47)).

Debido a la pobreza y a las bajas tasas de crecimiento de las colonias, su demanda de artículos manufacturados estaba inherentemente limitada; difícilmente eran un sustituto de los mercados lucrativos establecidos en los mismos países industrializados, cuyo cierre sistemático – debido a las altas tarifas sobre los artículos importados y al capital cada vez más gravado, a fines del siglo XIX– aceleró la tendencia al sometimiento colonial. Al mismo tiempo, el hecho de que el mundo hubiera quedado dividido relativamente más pronto, con particular ventaja para la parte occidental del continente europeo, significaba que las recientes potencias industrializadas (EUA, Alemania, Rusia, Japón) tenían poco espacio para extenderse hacia ultramar. Su prodigioso desarrollo dio como resultado un poderoso desafío a los acuerdos territoriales existentes. Esto afectó al concomitante equilibrio del poder político y económico. El creciente conflicto entre las fuerzas productivas que estaban brotando y las estructuras políticas prevalecientes era cada vez más difícil que quedara contenido en la diplomacia convencional o detenido por escaramuzas militares locales. Las coaliciones de poder que este conflicto provocó tan sólo lo exacerbaron, asegurando que alcanzaría un punto de explosión. El estallido se dio con la Primera Guerra Mundial.

No es sorprendente que el primer movimiento en el cuestionamiento del *status quo* hubiera sido hecho por Alemania, país que al haber asumido el liderazgo industrial de Europa estaba, en consecuencia, en posición de objetar una repartición colonial favorable a Gran Bretaña y Francia por la fuerza de las armas. La perspectiva de unificación del continente bajo el dominio alemán, con todas sus implicaciones para el futuro de las colonias y otros Estados independientes fue una cuestión de interés no sólo para los más inmediatamente afectados, como Gran Bretaña, Francia o Rusia, sino también para las potencias no europeas: Japón y EUA. En este caso, la intervención de EUA del lado de la Entente resultó decisiva para la derrota de Alemania.

Sin embargo la Primera Guerra Mundial de ningún modo “resolvió” la creciente contradicción entre la economía y la política dentro del mundo capitalista. Es cierto que Alemania fue derrotada, pero no tan decisivamente como para eliminarla de la competencia por el liderazgo mundial. Y la guerra había abierto la puerta para una recién llegada: la revolución socialista. La victoria y la consolidación del poder bolchevique en Rusia; la agitación revolucionaria que condujo a la aparición del poder soviético en otros países derrotados y en Italia; la reacción generalizada contra la guerra, que produjo un cambio masivo hacia la izquierda en los mismos países vencedores en el momento en que finalizó; todo esto cambió el significado de la guerra internacional para la burguesía. Desde el principio el nuevo arreglo entre vencedores y vencidos estuvo dominado por el deseo de las clases dominantes de prevenir la difusión de la revolución, especialmente hacia Alemania. Los imperialistas americanos, británicos e incluso franceses no se arriesgaron a desarmar completamente a sus rivales alemanes, para que la clase trabajadora germana no tomara el poder. Ciertamente entre noviembre de 1918 y octubre de 1923, el *Reichswehr* era la única fuerza real que defendía el debilitado

orden capitalista en Alemania. La contradicción del *Tratado de Versalles* era que los vencedores querían debilitar el capitalismo alemán sin realmente desarmarlo y, al mismo tiempo, que conservara intacto su poder industrial. Esto hizo inevitable su rehabilitación militar.

Se ha dicho muchas veces que la Segunda Guerra Mundial fue el resultado lógico e inevitable de la Primera. Pero el vínculo entre ambas es reducido normalmente a las cláusulas antialemanas del *Tratado de Versalles*, y especialmente a la disparatada política de reparaciones en la que la burguesía francesa había insistido particularmente. En realidad, a pesar de que los términos del convenio de paz ciertamente ayudaron a exacerbar los conflictos políticos, militar y, sobre todo, económico que predominaron en los años veinte y treinta, facilitaron el camino hacia la Segunda Guerra Mundial; no crearon, sin embargo, estos problemas; fue únicamente por la planificación “imprudente” de los Estados Mayores austríaco, ruso, alemán o francés lo que ocasionó la Primera Guerra Mundial.

A este respecto es conveniente ver un poco más allá de lo que se considera estrictamente la política europea hacia la peculiar relación desarrollada entre China, Japón y EUA, que eventualmente conduciría a la Guerra del Pacífico. En 1900 Japón y EUA colaboraron en la represión de la Rebelión de los Boxer, en China. En 1905 el Tratado de Paz Ruso-Japonés fue firmado bajo los auspicios de EUA. En la Primera Guerra Mundial Japón intervino como aliado de EUA y de las otras potencias con intereses económicos en el Lejano Oriente: Gran Bretaña y Francia. No fue tratado mal por la Conferencia de Paz de París ni por los Acuerdos Navales de Washington de 1922. De ahí el hecho de que la política exterior japonesa, aventurara gradualmente en seguir un curso de agresión violenta, nada diferente a la del imperialismo alemán, difícilmente pueda ser explicada como resultado de alguna “humillación” impuesta sobre ese país por sus futuros enemigos. Por el contrario, el objetivo japonés era China, el territorio más poblado del mundo. La ocupación de Manchuria por parte de Japón en 1931, y la guerra total que desencadenó contra China en 1937, hicieron inevitable el conflicto armado con EUA, ya que esta potencia estaba resuelta, a cualquier costo, a impedir la transformación de China en colonia o dependencia japonesa. A un nivel más profundo, el conflicto americano-japonés estuvo alentado por la grave crisis económica de 1929-32 en ambos países. Nació de la percepción de que una solución a largo plazo implicaba una ruptura decisiva con el aislamiento económico (un cambio en el desarrollo, centrado en el mercado nacional) y de ahí la necesidad de lograr para sí mismo (o negar a otros) la inserción estratégica en el mercado mundial por la vía de la hegemonía sobre una parte sustancial del mundo, como un paso necesario en la trayectoria hacia el dominio mundial<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> La crisis económica mundial después de 1929 había perjudicado al campo japonés en particular. La industria nacional de la seda, que era una de las principales fuentes de ingreso adicional para el campesinado, padeció mucho cuando el precio del hilo y los productos de seda se fueron abajo en EUA. La introducción de la Tarifa Smoot-Hawley, en junio de 1930, que elevó los derechos de importación de los artículos japoneses que estaban entrando a

Así se llevó a cabo el segundo acto del drama imperialista de acuerdo con la lógica interna del sistema mundial capitalista. Una vez más el objetivo era la hegemonía internacional de una potencia imperialista, que tenía que ser logrado y conservado mediante una combinación activa de conquista o presión militar y de dominación o saqueo económico, la mezcla exacta que dependía de la fuerza o debilidad relativas de los contendientes individuales, mismas que se derivarían de cuestiones apremiantes internas tales como el nivel de desarrollo económico y el carácter de las instituciones políticas. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial estas potencias eran EUA, Alemania, Japón y Gran Bretaña, con Francia e Italia desempeñando un papel de aliados secundarios, careciendo de fuerza para ser verdaderos contendientes.

Puede objetarse que la caracterización anterior de los objetivos de la Segunda Guerra Mundial sea demasiado absoluta y no corresponda al curso real de los acontecimientos, los cuales revelan ambiciones mucho más limitadas por parte de las potencias en guerra; que se deba distinguir de una manera más rigurosa entre las causas y los efectos, y diferenciar a los agresores de aquellos Estados que entraron en la conflagración en defensa propia. ¿No fue la Segunda Guerra Mundial simplemente una concatenación de conflictos regionales cuyo origen radica en las peculiaridades de las políticas alemana y japonesa, induciendo a una ruptura que de otro modo habría sido una evolución pacífica de la economía mundial hacia lo que Kautsky llamó el “ultra imperialismo”? Desde este punto de vista, la tendencia de Japón estaba limitada a la creación de una zona de influencia en el oriente-asiático y el Pacífico, y el expansionismo alemán a partes de Europa, Norte de África y el Medio Oriente. El deseo de la burguesía británica de conservar sus posesiones imperiales puede entonces ser liberado de responsabilidad, por el militarismo japonés o alemán, y los objetivos de EUA frente a Asia y África, para no hablar de Europa, pueden ser considerados como más modestos y benignos en esencia que la política de conquista armada creada por el fascismo alemán y japonés.

Sin embargo, esta objeción malinterpreta el papel que han desempeñado las guerras interimperialistas en la internacionalización de la economía capitalista y las reduce a la prosecución de –o a una reacción hacia– la conquista violenta. Pero los casos de agresión imperialista más violentos y criminales son expresiones de relativa debilidad más que de fuerza. La conquista imperialista del mundo no es sólo, o siquiera principalmente, una tendencia a ocupar enormes territorios de manera permanente con millones de soldados. Por el contrario, el motor de la Segunda

---

Estados Unidos en un promedio del veintitrés por ciento, fue seguida en 1931 por el alcance que dio Estados Unidos a Japón como exportador principal para China. La actitud británica hacia la deuda de guerra china también ocasionó problemas para las exportaciones japonesas. La respuesta de Japón fue emprender “un asalto primero sobre muchos de los mercados privados de Occidente y, subsecuentemente, sobre las materias primas y sus lugares de procedencia”. Jon Hallyday, *A Political History of Japanese Capitalism*, Londres, 1975, p. 122. Ver también H. F. McNair y D. F. Lach, *Modern Far Eastern International Relations*, 2da. ed., N. York, 1976, pp. 402-403.

Guerra Mundial fue la mayor necesidad de los estados capitalistas de dominar la economía de todos los continentes mediante inversiones de capital, acuerdos preferenciales de comercio, reglamentaciones monetarias y hegemonía política. El objetivo de la guerra era no sólo la subordinación del mundo menos desarrollado sino también de otros estados industrializados, fueran enemigos o aliados, a las prioridades de acumulación de capital de una potencia hegemónica. Bajo esta perspectiva el dominio de EUA sobre los países de América Latina, logrado en gran parte por la guerra económica y con una intromisión militar relativamente marginal, no era un paradigma factible para establecer el gobierno mundial; nada más la organización militar de Tojo o de Hitler eran suficientes para ese propósito. Para EUA, una potencia económica por excelencia, esto significó la construcción de una poderosa armada y forzar a Gran Bretaña, inmediatamente después de terminada la Primera Guerra Mundial, a aceptar la igualdad sobre los mares, exactamente como Japón insistiría en la igualdad con Gran Bretaña y EUA, torpedeando así el acuerdo de Washington una década y media después. La hegemonía mundial, en otras palabras, puede ser ejercida sólo a través de una combinación de fuerza militar y superioridad económica. Naturalmente no puede saberse que exacta combinación habrían adoptado Alemania y Japón en caso de una victoria final; pero ciertamente había algo de dicha combinación, más que la sola dependencia de la fuerza bruta. Aún en la Europa ocupada los nazis sabían cómo tratar en forma muy diferente, por ejemplo, con las burguesías francesas, belga, holandesa o danesa, de como lo hacían con los pueblos judío, polaco o de la Unión Soviética, no obstante las circunstancias excepcionales desplegadas en la guerra<sup>3</sup>.

Igualmente, no hay la menor prueba de alguna limitación en los objetivos de guerra de Japón, Alemania o EUA, los auténticos opositores del *statu quo* en la Segunda Guerra Mundial. Muy al principio, en el Memorandum Tanaka, se estableció que para el ejército japonés, la conquista de China era sólo un escalón hacia la conquista de la hegemonía mundial, la cual se alcanzaría después de acabar con la resistencia de EUA.<sup>4</sup> Ciertamente, la alianza de Japón con Alemania pudo ser solamente temporal y permaneció frágil e ineficaz durante la guerra; ya que fue considerada como una tregua provisional con un futuro enemigo.<sup>5</sup> La comprensión

---

3 Benoist-Méchin, el ideólogo más radical e inteligente, colaborador con los nazis en la Francia de Vichy, describe con detalle las oscilaciones e indecisiones de la política de Hitler hacia la burguesía francesa comprometida en la cooperación económica en gran escala con Alemania, en *De la Défaite au Désastre*, París, 1984.

4 El general Giichi llegó a ser Primer Ministro en 1927, el año en que el estallido de la crisis financiera dañó a la sociedad japonesa. En su Memorandum (o memorial) de 1927 exigía una política de expansión “positiva”, es decir la dominación de Asia y finalmente de Europa por Japón. Ver León Trotsky, “The Tanaka Memorial”, *Writings of Leon Trotsky*, 1939-40, N. York, 1973, pp. 169-80 (en español: “El Memorial Tanaka”, en León Trotsky, *Escritos*, 1939-40, Bogotá, Ed. Pluma, 1976, 2 vols., Vol. I, pp. 232-248)

5 Hitler estaba muy consciente del conflicto de intereses a largo plazo entre el imperialismo alemán y japonés. Después de las rápidas conquistas japonesas en Asia, declaró:

por parte de Hitler del significado del advenimiento de la guerra fue igualmente clara: “La lucha por la hegemonía en el mundo será decidida para Europa por la posesión del espacio ruso. Cualquier idea de política mundial es ridícula [para Alemania] mientras ésta no domine el continente... Si somos los amos de Europa, entonces tendremos la posición dominante en el mundo. Si el Imperio [británico] se viniera abajo hoy mediante nuestras armas, no seríamos sus herederos, ya que Rusia tomaría la India, Japón el Este de Asia, y Estados Unidos a Canadá”.<sup>6</sup>

El imperialismo americano también estaba consciente de su “destino” como líder mundial. “La decisión que él [Roosevelt] tomó en 1940, por su propia autoridad y sin clarinada, implicaba el compromiso de EUA a asumir la responsabilidad por nada menos que el liderazgo del mundo”.<sup>7</sup> El derrumbe de la economía mundial, en los años veinte, al que EUA contribuyó generosamente, y la creación de bloques comerciales exclusivos (el más grande de los cuales se localizaba en la zona de la libra esterlina británica) pusieron en peligro no sólo los mercados de América sino también su abastecimiento de materias primas. Para EUA la guerra iba a ser la palanca que abriría todo el mercado y los recursos mundiales para la explotación americana.<sup>8</sup> Cordell Hull, el Secretario de Estado de EUA, lo expuso claramente en 1942: “La dirección hacia un nuevo sistema de relaciones internacionales en el comercio y otros asuntos económicos recaerá en gran medida en EUA, a causa de nuestra gran fuerza económica. Debemos asumir este liderazgo y la responsabilidad que esto implica, fundamentalmente por razones sólo de interés nacional”.<sup>9</sup>

En cuanto al imperialismo británico, aún cuando ciertamente había ya mastinado más de lo que podía digerir, de ningún modo dejó de maniobrar hábilmente para lograr más posiciones. Su intervención en el Este de África, las operaciones de

---

“Asia Oriental pudo haberse conservado todos los estados antirrevolucionarios hubieran formado una coalición. Japón no habría actuado en contra de ella”. *Monologe mi Führerhauptquartier*, 1941-1944, p. 163. Goebbels fue aún más explícito: “Europa, y en primer lugar Alemania, tiene un alto nivel de vida, que debe ser incrementado más. Se enfrentara tarde o temprano en Asia con un bloque de 500 millones de gente de raza amarilla con un nivel de vida sustancialmente más bajo, un hecho que no se dará sin que tenga efectos sobre Europa.” (Ibid, p. 264).

<sup>6</sup> Hitler, *Op. cit.*, p. 110. Existe gran cantidad de literatura sobre los planes del imperialismo alemán para la hegemonía mundial. Las mejores recopilaciones son: Jochen Thiess, *Architekt der Weltherrschaft: Die “Endziele” Hitlers*, Dusseldorf, 1976, y *Wolfgang Schumman & Ludwig Nestle (eds.), Weltherrschaft im Visier: Dokumente zu den Europa-und Weltherrschaft Planen des Deutschen Imperialismus von der Jahrhundertwende bis Mai 1945*, Berlín, 1975.

<sup>7</sup> Robert E. Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, N. York, 1950, p. 151.

<sup>8</sup> A principios de la Segunda Guerra Mundial, en su libro *The American Century*, Henry Luce escribió: “Roosevelt tendrá éxito en lo que Wilson fracasó... Por primera vez en la historia, nuestro mundo de dos mil millones de habitantes formará una unidad indisoluble. Para que este mundo sea saludable y fuerte, el siglo XX debe convertirse, en el mayor grado posible, en un siglo americano”.

<sup>9</sup> Gabriel Kolko, *The Politics of War: The World and United States Foreign Policy, 1943-1945*, N. York, 1970, p. 251.

limpiamiento del imperio colonial italiano, la liquidación de los enclaves franceses en el Cercano Oriente, la opresión sobre Irán, la preparación de una invasión a los Balcanes con el evidente propósito de hacer de Grecia un escalón para la creación de estados-clientes británicos en Europa Oriental, reemplazando los satélites franceses que habían surgido en 1918, varios atentados al poder político en América latina (tales como el apoyo clandestino dado a Perón contra el imperialismo de EUA) indican que el sueño de la hegemonía se seguía teniendo también en la City, si bien bajo condiciones en que la desproporción entre fin y medios se volvió cada vez más patética.

En la era del imperialismo, incluso una búsqueda de zonas regionales de influencia presupone una disposición para una lucha a escala mundial. La lógica de esto surge de las instrucciones y decisiones militares de los escenarios de apertura de la Segunda Guerra Mundial. Ya en noviembre de 1940 la Instrucción No. 18 de Hitler menciona la necesidad de tomar las Islas Canarias y de Cabo Verde, las Azores y el Oeste de África, en virtud de su importancia estratégica frente a EUA. Iraq e Irán fueron mencionados como objetivos adicionales de las Operaciones Caucásicas y la Instrucción No. 24, del 5 de marzo de 1941, extiende los planes de guerra alemanes hasta Australia.<sup>10</sup> Imitando estos intereses, los estrategas americanos consideraron a Islandia, las Azores, las Islas de Cabo Verde y el puerto de Dakar como imprescindibles para reconquistar Europa y para tomar una línea de defensa contra un posible ataque alemán.<sup>11</sup> Roosevelt estaba convencido en 1940 de que “si Gran Bretaña caía, sería inevitable una desastrosa guerra para EUA, [ya que] Alemania atacaría el Hemisferio Occidental, probablemente primero en América Latina, tan pronto como reuniera una fuerza naval suficiente, aviones y buques de carga (un proceso no muy largo con todos los medios de construcción naval de Europa a la disposición de Alemania), y Japón continuaría la embestida en el Pacífico”.<sup>12</sup>

Seguramente los apremios geográficos y los requerimientos militares en parte dictaron estas líneas de expansión.<sup>13</sup> Pero fundamentar estos constreñimientos y consideraciones era la lógica interna del imperialismo, lo cual puede verse claramente en las juntas de planeación de los estados combatientes. Tenían que asegurarse petróleo, caucho, cobre, níquel, estaño, manganeso, acero, minerales, algodón, etc; las rutas marítimas tenían que mantenerse abiertas para transportar todo esto a la nación; la fuerza de trabajo debía ser movilizadada, alojada y alimentada; las exportaciones tenían que ser aumentadas y endilgadas a clientes mal dispuestos; los competidores extranjeros tenían que ser obligados a asociarse o simplemente

---

<sup>10</sup> Ver H. R. Trevor Roper (ed.), *Hitler's War Directives, 1939-1945*, Londres, 1966.

<sup>11</sup> R. E. Sherwood, *Op. cit.*, p. 290.

<sup>12</sup> *Ibid*, pp. 125-6.

<sup>13</sup> Un buen resumen de estos requisitos y restricciones puede encontrarse en la historia oficial de la guerra de EUA en *Global Logistics and Strategy, 1943-1945* de Robert Coakley y Richard Leighton, Washington, 1968.

debían ser absorbidos; las exportaciones de los oponentes tenían que ser cortadas y sus poblaciones expuestas a padecer hambre. Ciertamente la guerra demostró ser nada más que la continuación de la política, pero por otros medios.<sup>14</sup>

Pero si el significado de la Segunda Guerra Mundial, como el de su predecesora, puede ser comprendido sólo en el contexto de la tendencia imperialista por el dominio mundial, su importancia radica en el hecho que era la prueba fundamental de la fuerza relativa de los estados imperialistas competidores. Su resultado determinó el patrón particular de acumulación de capital mundial para todo un periodo. En el mundo organizado por el capital basado en el Estado-nación, la guerra es el mecanismo para la solución última de las diferencias. Aun cuando el poder militar no es la única forma de presión que un Estado capitalista puede utilizar para dominar a sus rivales es, sin embargo, la máxima forma de poder: el uso potencial o real del poder armado para imponer su voluntad es la prueba decisiva de la superioridad de un Estado imperialista. Por eso, lo que estamos tratando aquí es la capacidad de cada uno de los beligerantes para usar la fuerza militar en forma sostenida y de manera más afortunada que sus oponentes, lo cual depende, a su vez, de la habilidad de cada Estado para movilizar todos los recursos necesarios –tanto humanos como materiales– para la victoria. Consecuentemente, las guerras a esta escala son la prueba suprema de la solidez del orden social y su salud económica, en la medida en que lo son de la resistencia política de las clases dominantes y sus gobiernos.

Por lo que a estas últimas se refiere, la cuestión central es la habilidad de la burguesía para reinar en su propio terreno, más que nada sobre la clase trabajadora nacional. A final de cuentas, la expansión imperialista expresa una sed insaciable por la plusvalía, su producción y realización, esto es: la dinámica de la bola de nieve de la acumulación del capital. Pero la producción de plusvalía cualitativamente incrementada sólo es posible a través de una relación específica con el trabajo asalariado, una subordinación de la clase trabajadora al capital. En consecuencia, una integración estratégica de la clase trabajadora en los centros metropolitanos es un componente necesario de la habilidad de los países imperialistas para seguir la lucha por el dominio mundial. El mundo que surgió a partir de la guerra de 1914-1918 estuvo formado, al menos parcialmente, por un aumento sin precedentes en la confianza en sí misma y en la auto-organización de la clase trabajadora, especialmente en Europa, aunque también en EUA, durante el cuarto de siglo que la precedió. La actitud de la clase trabajadora hacia las guerras imperialistas fue, por lo tanto, de importancia no sólo para las clases dominantes sino, también, para el futuro de la propia clase trabajadora. El debate histórico que tuvo lugar entre los partidos de la Segunda Internacional entre 1907-17 –un debate que comenzó

14 Goebbels resumió el objetivo del imperialismo a su acostumbrada manera clara y cínica: “La objetividad, un sentido de la justicia y el sentimentalismo solamente estorbarían a los alemanes en su misión mundial. Esta misión no consiste en extender la educación y la cultura en todo el mundo, sino en llevarse el trigo y el petróleo.” *Monologe im Führerhauptquartier*, 1941-1944, p. 362.

antes de la guerra (aunque en un momento en que las alianzas militares estaban ya emplazadas) y continuó durante ella– unió la cuestión de la futura guerra a una discusión más amplia sobre si la organización de los trabajadores debía ser instrumento de reforma del orden burgués o su sepulturera.<sup>15</sup> Cuando la guerra comenzó –y después que la euforia nacionalista inicial se había evaporado en medio del hambre, la muerte y la destrucción– la tregua social se interrumpió bajo su impacto en todo el continente.

Motines en los ejércitos franceses, alemanes, austriacos y rusos; marchas de hambre y huelgas en las fábricas; la caída del zarismo en Rusia; la disolución del Imperio Austro-Húngaro; la caída del Sultanato Otomano; la abdicación del Kaiser alemán; el advenimiento de la revolución en las ciudades del Centro, Oriente y Sureste de Europa; y, finalmente, el éxito de la Revolución encabezada por los bolcheviques en Rusia: todos ellos representan los diversos intentos de las poblaciones explotadas de esta parte de Europa y Asia para encontrar soluciones alternativas a la intensificación de la crisis estructural del capitalismo y a la anarquía, con tendencia a la guerra, del orden internacional establecido por la burguesía. La abdicación de una mayoría en la Segunda Internacional ante la *raison d'état* de las clases dominantes nacionales en 1914 encontraron su respuesta en la organización de una minoría en la Tercera Internacional y en la formación de partidos comunistas en todo el mundo para oponerse a las desacreditadas organizaciones socialdemócratas.

La resistencia de las clases obreras a la tendencia hegemónica de la burguesía y la joven república soviética, que sobrevivió a pesar de los esfuerzos concentrados de las potencias imperialistas para destruirla, constituyeron formidables obstáculos en la prosecución de los designios imperialistas, especialmente para el capital europeo. Ambas tenían que ser, si no eliminadas, por lo menos neutralizadas antes que cualquier potencia imperialista pudiera contemplar seriamente la idea de empezar otra guerra internacional. La historia de la preparación y desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial es, por tanto, no sólo la de una creciente diferenciación explosiva de intereses (nacionales) regionales de la burguesía mundial, sino también de sus sostenidos y más o menos afortunados esfuerzos para eliminar estos obstáculos. En otras palabras, es también una historia de contrarrevolución. En 1939 la constancia de esta consolidación contrarrevolucionaria era prometedora pero desigual. El destino y la evolución de la Unión Soviética eran particularmente cruciales. Los trastornos revolucionarios que siguieron a la Primera Guerra Mundial habían sido lo suficientemente fuertes como para impedir la restauración del capitalismo en la antigua Rusia imperial. Pero el hecho de que no produjeran ninguna nueva victoria debilitó gravemente a la clase obrera soviética: la república soviética había sobrevivido, pero en una forma muy deformada. Esto a su vez

15 Algo de esta discusión recientemente fue reimpresso en Henri Weber (ed.). Kautsky, Luxemburg, Pannekoek: *Socialisme: La voie occidentale*, París, 1983, y John Riddell (ed.), *Lenin's Struggle for a Revolutionary International: Documents 1907-1916*, N. York, 1954. De Carl E. Schorske, *German Social Democracy, 1905-1917: The Development of the Great Schism*, reeditada por la Harvard University Press en 1983, puede consultarse ampliamente.

contribuyó a la impotencia de la clase obrera europea en el periodo de entre guerras. Una tendencia descendente de la revolución dio luz verde para una nueva embestida contra el movimiento obrero tan pronto como la crisis lo demandó. Los escalones hacia la Segunda Guerra Mundial fueron la masacre de comunistas y militantes obreros realizada por Chiang Kai-Shek en Shanghai en 1927; el surgimiento del fascismo en Italia y Alemania en los años veinte y treinta; la caída de la república española; el fracaso del Frente Popular en Francia; el fracaso de la huelga general británica y el dominio absoluto impuesto por la burocracia del Comité for Industrial Organization (CIO) sobre la naciente militancia de la clase obrera americana igualmente estuvieron lejos de desempeñar un papel marginal en la preparación del nuevo conflicto.

La afirmación aquí que el objetivo real de la Segunda Guerra Mundial fue el establecimiento de la hegemonía mundial de una potencia imperialista, y que la guerra fue también la culminación de un proceso de contrarrevolución, no debe ser tomada, por supuesto, sólo para referirse al papel particularmente detestable desempeñado por Hitler y el nazismo alemán al originar una nueva guerra mundial. Por el contrario, ésta representa un juicio general sobre el imperialismo, como una forma específica del capitalismo generado por la contradicción fundamental entre la internacionalización y la socialización del proceso productivo, por un lado, y su organización continuada por los intereses privados y nacionales, por el otro. Aquellos marxistas revolucionarios, empezando con Trotsky, que claramente entendieron esto lo dijeron repetidas veces desde los años treinta en adelante, mostraron más visión que aquellos que esperaron la Guerra Fría y el conflicto coreano para redescubrir la naturaleza estructuralmente bárbara del imperialismo como sistema, no limitado a ninguna forma política específica del Estado burgués o a ninguna clase dominante nacional particular.

Además, porque desde entonces las guerras de mediados del siglo XIX entre las grandes potencias han conducido a la revolución, o al menos a la reforma drástica en el lado perdedor, la clase dominante de los estados imperialistas, de manera individual o colectiva, forzosamente también aprendió a manejar la contrarrevolución. Aquí el momento histórico decisivo fue el año de 1914. La abdicación de grandes fracciones de los estratos dirigentes del movimiento obrero y de los sectores clave de la intelectualidad liberal, ante el colonialismo, el imperialismo y la guerra, significaron una aceptación de la violencia, las matanzas, el nacionalismo y el racismo, así como de la restricción de los derechos civiles y de la clase trabajadora (es decir, una aceptación de la inestabilidad de los logros civilizadores de muchas generaciones) por motivos de la *Realpolitik* dictada por las burguesías nacionales.

Aquellos que se negaron a pagar cualquier precio posible por echar abajo el orden burgués en 1918-23, y otra vez en 1932-37, y aceptaron el verdadero y horrible precio del imperialismo y la guerra,<sup>16</sup> cargan con la responsabilidad histórica por

<sup>16</sup> Hay algo totalmente irracional —y moralmente obsceno— en quienes aceptaron tranquilamente que diez millones de soldados —la flor de la juventud europea— fueran asesinados

haber permitido un segundo intento en la solución imperialista a la crisis mundial del capitalismo, esta vez a un precio mucho mayor en vidas humanas y sufrimiento del que se pagó en 1914-18. Nadie que examine juiciosamente la historia de 1918-45 puede cuestionar seriamente la conclusión de que el nazismo y la Segunda Guerra Mundial fueron el precio que la humanidad pagó por lo que incluso León Blum llamó el rechazo o el fracaso de la Socialdemocracia Alemana para derrumbar el orden burgués en noviembre-diciembre de 1918. Stalin y sus seguidores compartieron esta responsabilidad, por la contribución de su política al establecimiento del régimen nazi en Alemania, a la derrota de la revolución española y al fortalecimiento del gobierno burgués en Francia.

La guerra de 1914 se inició con un disparo hecho por un joven bosnio contra el futuro emperador de Austria, considerado como la personificación de la opresión nacional y la injusticia social. Terminó con una intervención desafortunada de los estados liberales occidentales del lado de la contrarrevolución en la guerra civil en Rusia. Este no fue un mero accidente: los dos acontecimientos simbolizaron la estrecha relación entre las guerras imperialistas, de liberación nacional y revolucionarias. La cuestión de la autodeterminación nacional fue impuesta en la Agenda de Versalles por la Rusia revolucionaria; a diferencia de Wilson y Clemenceau, quienes limitaron este derecho a los pueblos de Europa Oriental y los Balcanes, la Unión Soviética, bajo el gobierno de Lenin, extendió su apoyo a los movimientos de liberación nacional que surgieron en los países coloniales y semi-coloniales (debe recordarse que la masacre de Amritsar, India, y el surgimiento del Movimiento del 4 de mayo en China, ocurrieron durante las deliberaciones de paz en Versalles). Como el centro de la política mundial ya no era Europa, las luchas anticolonialistas a su vez se convirtieron en aliadas cruciales del proletariado en los países capitalistas avanzados.

en la Primera Guerra Mundial y aprobaron para la guerra créditos que financiaron esa carnicería, pero que se opusieron estridentemente a las revoluciones en Alemania, Austria, Italia o Francia, que habrían hecho imposible la Segunda Guerra Mundial en virtud que podían haber costado miles de muertes, que no era ni siquiera seguro.

## 2. LAS CAUSAS INMEDIATAS

Si la expansión imperialista y sus contradicciones fueron las causas históricas fundamentales de la Segunda Guerra Mundial, una potencia imperialista específica (Alemania) y un sector específico de la clase dominante alemana fueron los grupos más directamente vinculados con la producción de armas y más responsables por asistir a Hitler en la creación del Tercer Reich y los que deliberadamente determinaron esa guerra.

Trotsky, ya en 1931, predijo: “Si Hitler toma el poder, desencadenará una guerra contra la Unión Soviética.”<sup>1</sup> Con una percepción tardía, el historiador británico Trevor-Roper escribió en 1964: “Con el fin de llevar a cabo su meta final (la restauración y extensión del imperio alemán perdido en el Oriente), Hitler siempre había reconocido que la diplomacia podía no ser suficiente finalmente debe haber guerra: la guerra contra Rusia.”<sup>2</sup>

Una gran parte de la evidencia histórica confirma ese juicio. Prácticamente desde el momento en que llegó a ser Canciller, Hitler comenzó a rearmar a Alemania. Desde el principio su programa tuvo un doble objetivo: hacer posible, con la inmediata ayuda de fondos públicos, la puesta en marcha de la industria alemana haciendo frente a la crisis, bajo las condiciones de una sostenida y elevada promoción de ganancias (en volumen y en valor), y preparar en algún momento futuro –no más de 10 años– un ataque furioso contra la Unión Soviética con el fin de conquistar, para el imperialismo alemán en Europa Oriental, el equivalente al Imperio Indio de la Gran Bretaña.

De manera general, el *Lebensraum* (espacio vital) en cuestión ya había sido planeado por el Tratado de Brest-Litovsk y por las tendencias generales anexionistas de los imperialistas radicales alemanes y los grandes intereses comerciales en tiempos de la Primera Guerra Mundial. El gran conocimiento que la burguesía alemana había adquirido desde entonces acerca de los recursos naturales de Rusia y el real progreso de la industrialización en la URSS, sólo lograron hacer estos objetivos más amplios y excitantes. Por supuesto, una guerra de conquista y saqueo imperialista contra la URSS no implicaba automáticamente una guerra europea en gran escala, ya no se diga una guerra mundial, al menos no desde el punto de

vista de la lógica económica particular del imperialismo alemán, o incluso dentro del sistema de la lógica política particular de los nazis. Estos últimos ciertamente hubieran preferido mantener a sus diversos adversarios divididos y ponerlos fuera de combate o neutralizarlos uno por uno. Instar a Checoslovaquia y a Polonia a convertirse en aliados renuentes del tipo húngaro en una guerra contra Rusia habría sido menos costoso para el imperialismo alemán que tener que someterlos militarmente primero. Pero eso sólo era posible si se dieran, en ellos, importantes cambios en el personal dirigente burgués y si dejaran de ser Estados-clientes del imperialismo francés (y británico, en menor grado). Esto, a su vez, era posible sólo a través del consentimiento o la resignación pasiva de París o Londres ante la hegemonía alemana sobre el continente.

Hitler trató de lograr ese objetivo paso a paso entre 1935 y 1939, mediante una combinación pragmática de amenazas y engaños, de chantaje y presión militar. Estas manipulaciones marcaron una serie de sucesos entre 1934 y 1938 (remilitarización de las Provincias Renanas, *Anschluss* (unión) con Austria, anexión de los Sudetes). Pero su fracaso quedó asegurado una vez que el ejército alemán ocupó Praga en marzo de 1939. Desde ese momento en adelante el Imperio Británico (manejando a su renuente aliado francés) determinó resistir por la fuerza cualquier otra expansión alemana en Europa Oriental. Hitler sabía esto. Pero no quiso renunciar al progreso en la fabricación de armas modernas, lo que todavía gozó durante un par de años. Deliberadamente se arriesgó a una guerra con Gran Bretaña al atacar a Polonia el 1º de septiembre de 1939. Del 3 de septiembre de ese año en adelante, se encontró a sí mismo en guerra con Gran Bretaña y Francia, como resultado de esa consciente decisión.

Hubo un intento mezquino por terminar la guerra después de la conquista de Polonia –a cambio de un reconocimiento por parte de Londres del *statu quo* internacional que prevalecía en ese momento crítico– es decir: sin la restauración de la independencia polaca o checoslovaca. Stalin dio su apoyo diplomático a esa maniobra. Pero Hitler sabía que tenía pocas oportunidades de conseguir que Gran Bretaña aceptara una capitulación política de esa naturaleza.

El imperialismo británico se dio el objetivo a largo plazo de impedir que un poder hostil dominara completamente el continente europeo, porque entendió –al parecer correctamente, desde el punto de vista de sus propios intereses– que un dominio como ése sólo sería el interludio de un ataque total del imperialismo alemán contra el Imperio Británico como tal. ¿No había sostenido Hitler que garantizaría la independencia de Checoslovaquia una vez que la cuestión de la minoría alemana quedara resuelta? Londres sabía lo que había llegado a ser esa promesa. Cualquier promesa que Hitler hiciera para respetar al Imperio Británico no valía ni el papel en que fuese escrita.

Un segundo intento, incluso menos serio, para evitar una guerra mundial en gran escala fue hecho por Hitler después de la derrota de Francia, en mayo-junio de 1940. Una vez más lo que se requería del Imperio Británico era el reconocimiento de un hecho consumado. Pero consentir un continente europeo dominado por

1 León Trotsky, *The Struggle Against Fascism in Germany*, N. York, 1971, pp. 126; (en español: *La lucha contra el fascismo. El proletariado y la revolución*, Barcelona, Ed. Fontamara, 1980, p. 72).

2 H. R. Trevor Roper (ed.). Introducción a *Op. cit.* p. 16.

Berlín, sin la existencia de un poderoso ejército francés independiente (situación en junio de 1940) tenía menos sentido para la City del que tuvo la perspectiva anterior de septiembre de 1939, cuando ese ejército todavía estaba ahí. En cualquiera de los dos casos esto significaba algún desastre seguro para Gran Bretaña como potencia mundial, sin mencionar el riesgo de ser reprimida y ocupada militarmente en pocos años. Aunque (como sabemos ahora) dentro del gabinete de guerra, Halifax apoyó un intento de mediación de Mussolini, empero la gran mayoría de la clase dominante británica se unió a la resolución de Churchill para discutir los asuntos ahí y en ese momento, sin permitir que Hitler consolidara, asimilara y organizara sus logros. Hitler sabía eso y no detuvo ni por un día sus planes políticos, económicos y militares para extender la guerra, ya fuera después de la conquista de Polonia o después de la derrota de Francia.

Igualmente, Hitler deliberadamente decidió lanzar un ataque sobre la URSS incluso antes de que Gran Bretaña fuera eliminada; es decir: extender la guerra geográfica y militarmente sobre una nueva escala cualitativa. Esta decisión fue tomada a principios de julio de 1940. Fue suya. Ninguna fuerza externa fue tomada en cuenta en ella, aun cuando otras potencias influyeron y facilitaron esta decisión a través de sus propias acciones y reacciones. La responsabilidad del imperialismo alemán en el estallido y extensión de la Segunda Guerra Mundial fue total (en contraste con la situación de julio-agosto de 1914, cuando las principales potencias más o menos desatinaron en una guerra mundial sin saber realmente lo que estaban haciendo).<sup>3</sup>

La opción del imperialismo alemán en favor de una agresión abierta y en gran escala sólo puede ser entendida en contraste con los antecedentes de la profunda crisis económica, social, política y moral que sacudió a la sociedad burguesa alemana de 1914 en adelante. No hay necesidad de volver a contar esa historia aquí. Para nuestros propósitos, es suficiente recordar que la tendencia que se imprimió a la economía alemana, manejada por la dirección del gabinete nazi desde un principio, fue dar una importancia decisiva a la industria pesada, a las máquinas-herramientas y a la construcción de caminos. Todo intercambio disponible con el exterior fue utilizado para acumular cantidades de materias primas para la eventualidad de la guerra. Al mismo tiempo las industrias químicas fueron desarrolladas con el fin de sustituir la manufactura por material de guerra. Tales medidas inequívocas apuntaron hacia la creciente probabilidad, si no es que inevitabilidad, de la guerra. A principios de 1935 estas medidas fueron combinadas con la paulatina liquidación de las disposiciones del *Tratado de Versalles* en la reconstrucción de un poder militar técnicamente mucho más avanzado que el de las potencias occidentales (aunque menos adelante de la URSS de lo que Hitler podía imaginar).

3 E. M. Robertson, *Hitler's Pre-War Policy and Military Plans*, Londres, 1964, p. 84.

ÍNDICE DE PRODUCCIÓN (1913 = 100)<sup>4</sup>

|      | Producción total industrial | Metalúrgica | Industria química |
|------|-----------------------------|-------------|-------------------|
| 1929 | 121.4                       | 170.3       | 186.1             |
| 1932 | 72.8                        | 84.2        | 138.4             |
| 1936 | 137.2                       | 202.6       | 234.8             |

Inversiones en la industria

|      |  | de las cuales en medios de producción |
|------|--|---------------------------------------|
| 1928 | 2.6<br>miles de millones de marcos del Reich | 66%                                   |
| 1933 | 0.3  | 55%                                   |
| 1934 | 1.1  | 66%                                   |
| 1935 | 1.6  | 75%                                   |
| 1936 | 2.2  | 76%                                   |
| 1937 | 2.8  | 77%                                   |
| 1938 | 3.7  | 80%                                   |
| 1939 | 4.4  | 81%                                   |

Diversas fuerzas de inclinación más conservadora y prudente dentro de la clase dominante alemana, incluyendo aquéllas dentro del ejército, periódicamente cuestionaron lo juicioso del curso temerario en que habían sido embarcadas, no sólo por los nazis sino por sus principales partidarios dentro de la burguesía. Su tímida protesta permaneció completamente ineficaz, al menos mientras el sendero de Hitler parecía estar regado por el éxito: sólo después de las derrotas de El Alamein, Argel y Stalingrado, dicha oposición se hizo más general (por razones obvias de autopreservación). Evidentemente la clase dominante alemana no quería ser extinguida, y mucho menos por el ejército soviético. Pero aún entonces sus reservas siguieron siendo lastimosamente débiles.

La forma en que la estructura de la industria alemana y el capital financiero evolucionaron durante los primeros años del Tercer Reich es un indicador importante de estas opciones básicas por parte de la clase dominante alemana.

Pero la carrera hacia un rearmamento total no fue sólo imprudente desde el punto de vista diplomático y militar. También representó una jugada desesperada

4 Friedrich Forstmeier y Erich Volkmann (eds.), *Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des Zweiten Weltkrieges*, Dusseldorf, 1981, p. 47, y Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, Berlín, 1984, vol. I, p. 21.

para la misma economía alemana. En 1938-39 la economía cayó en una grave crisis. Surgió un enorme déficit presupuestario: el gasto público de 55 mil millones de marcos del Reich en 1938-39 (lo que iba a convertirse en 63 mil millones en 1939-40) fue compensado con el cobro de impuestos y aranceles de sólo 18 mil millones de marcos ese año y 25 mil millones el siguiente. Sobrevino una colosal deuda pública. Cada vez pudo contenerse menos la inflación. Timothy Mason sugiere que había una relación directa entre esta crisis y la opción en favor de la *Blitzkrieg* (guerra relámpago) en 1938-39.<sup>5</sup> Ya que el pago de intereses sobre la deuda nacional se convirtió en un grave problema, y las exportaciones se estancaron a pesar del aumento de recursos para traficar, las leyes de reproducción del capital se hicieron sentir. Una severa contracción de la economía amenazó, a menos que un nuevo y masivo flujo de bienes materiales fuera puesto en circulación. Pero las capacidades de producción alemanas ya habían dado lo máximo. Ya no se podía fácilmente extorsionar a la clase obrera, a la clase media baja o a los judíos dentro del Tercer Reich. La única solución era ampliar la escala de producción física a través del saqueo masivo fuera de las fronteras de Alemania. Eso significaba la guerra de conquista. Y esa clase de guerra ya estaba desencadenada.

En sus *Origins of The Second World War*, el historiador británico A. J. P. Taylor cuestionó la responsabilidad particular del régimen nazi en el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de las interesantes ideas que ofrece, su tesis en general es indefendible. Sostiene que Hitler era básicamente un oportunista que no tenía un itinerario preciso para guerras y conquistas, pero que aprovechaba la ocasión para actuar cuando se presentaban circunstancias favorables. Aun así, seguramente no era necesario tener un plan preciso para establecer la hegemonía en Europa, más que el necesario para empezar las hostilidades en una fecha precisa para que la preparación de la guerra sea realmente muy efectiva. Hitler, o mejor aún el imperialismo alemán, intentó crear un nuevo orden en Europa, y esto, a su vez, hizo de la guerra algo inevitable. El libro de Taylor abunda en ejemplos de declaraciones insustanciales debido a los hechos. Está la afirmación, por ejemplo, de que: “Hasta 1936 el rearmamento fue en gran parte un mito.”<sup>6</sup> Esto es refutado por los diversos memoranda redactados por el *Reichswehr* (ejército) y sectores del alto comercio alemán que indicaban un triple gasto militar entre 1932 y 1934.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> Ver T. W. Masón “Some *Origins of The Second World War*” en Esmonde Robertson (ed.) *The Origins of The Second World War*, Londres, 1971, y “Zunere Krise und Angriffskrieg”, en Forstmeier y Volkmann (eds.), pp. 158-59. En 1938 Goenng, quien era responsable de la economía alemana, dijo: “Hay una tremenda escasez de trabajadores calificados... Esto no puede ser remediado mediante el cierre definitivo de las fábricas que producen artículos de consumo aparentemente sin importancia. Pues cuando los trabajadores ya no pueden comprar artículos de consumo a causa de sus salarios... ése es el principio de la inflación y éste es el principio del fin.” Citado en Berenice A. Carroll, *Design for Total War: Arms and Economics in the Third Reich*, La Haya y París, 1968, p. 159.

<sup>6</sup> A.J.P. Taylor, *The Origins of The Second World War*, Londres, 1964, p. 18.

<sup>7</sup> “A principios de febrero de 1938 Hitler exigió de la dirección del *Reichswehr* ‘el fortale-

Taylor también escribe: “El rearmamento costó aproximadamente 40,000 millones de marcos en los seis años fiscales que finalizaron el 31 de marzo de 1939 y aproximadamente 50,000 millones hasta el principio de la guerra.”<sup>8</sup> Pero esta cifra es demasiado baja: la suma real se asemejaba más a 70,000 u 80,000 millones de marcos del Reich.<sup>9</sup> Luego Taylor se equivoca otra vez: “El 15 de marzo de 1939 Bohemia se convirtió en protectorado alemán... Fue el resultado imprevisto de los acontecimientos en Eslovaquia”<sup>10</sup>. Sin embargo, los acontecimientos en Eslovaquia estaban lejos de ser imprevistos; en realidad, habían sido deliberadamente planeados y ejecutados con el fin de fragmentar una Checoslovaquia ya trunca.<sup>11</sup> Escribe además: “Tampoco había nada siniestro o premeditado en el protectorado sobre Bohemia... Bohemia siempre había sido parte del Sacro Imperio Romano”<sup>12</sup>. Pero, ¿no había nada “siniestro” en romper una solemne promesa públicamente hecha pocos meses antes (*Wir wollen ja keine Tschechen! Meinetwegen werden wir ihnen garantieren*)? ¿No había habido igualmente nada “siniestro” al reclamar Alsacia, Lorena y Artois para Alemania porque también habían sido alguna vez parte del Sacro Imperio Romano? ¿Y qué hay de la división de Italia o Alemania en docenas de principados independientes en tierras que permanecieron en esa forma durante siglos? Una vez que se comienza a trazar de nuevo las fronteras de Europa, ¿en dónde se detiene uno? Aquí el argumento de Taylor es claramente inconsistente.

cimiento de nuestra determinación para luchar por todos los medios’ y pocos días después el Gabinete ratificó su decisiva exigencia de que la creación de empleos básicamente sirviera para una buena disposición militar. A la luz de éstos y otros hechos, los intentos iniciales de escribir la historia económica de los primeros años del Tercer Reich como una fase diferente de la creación de empleos, previa al rearmamento, han sido abandonados.” Forstmeier y Volkmann, pp. 118-19. Eso en cuanto a la tesis de Taylor de una fase para “cebar la bomba” del tipo New Deal anterior a 1936. El *Reichswehr* había solicitado un gasto militar de 1,400 millones de marcos del Reich en 1932-33. El gasto militar de hecho aumentó de casi 1,000 millones de marcos en 1932 a 2,800 en 1934 y a 5,500 en 1935, de los cuales más de mil millones estaban en la *Luftwaffe*. (*Ibid.*, p. 56) Ver también Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, vol. 1, 1939-1941, Berlín, 1984, p. 31.

<sup>8</sup> Taylor, p. 17.

<sup>9</sup> Las cifras de Taylor confundieron la inversión en la industria de guerra con el gasto total militar. Volkmann (pp. 29-30) cita la cifra de 70 mil millones de marcos sin la inversión privada en la industria de armamentos, 75,500 millones de marcos con esa inversión privada, y 81 mil millones de marcos si se agrega la inversión privada en la industria pesada proporcionando la instalación y el equipo para la industria de armamentos.

<sup>10</sup> Taylor, p. 250.

<sup>11</sup> Hitler dio instrucciones al *Wehrmacht* ya el 21 de octubre de 1938 para liquidar al resto de Checoslovaquia. Esto fue repetido en una orden al general Keitel el 17 de diciembre de 1938. Los nazis incitaron a los eslovacos a hacer propaganda por la completa independencia el 16-17 de octubre de 1938 en una entrevista entre el líder eslovaco Durcansky y Goering, señalada en los documentos del Ministerio del Exterior. Ver el capítulo 13 de William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, N. York, 1962. (En español: *Auge y caída del Tercer Reich. Una historia de la Alemania nazi*, Barcelona, Luis de Caralt Ed., 1962, 2 vols.)

<sup>12</sup> Taylor, p. 250.

Ya sea que se apoye en la lógica de la *realpolitik* y que los juicios morales de lo que es “siniestro” sean irrelevantes; pero entonces la reacción británica hacia la ocupación de Bohemia por parte del *Wehrmacht* fue también un “hecho”, como la ocupación misma y una *realpolitik* que no previó que era ineficaz y desatinado. O, si el historiador puede legítimamente pronunciar un juicio sobre la reacción –“exagerada”, “fuera de lugar”, etc. – entonces la ocupación que provocó ésta debería igualmente ser enjuiciada: ¿fue “razonable”, “inevitable”, “justificada”? ¿o no lo fue? Taylor escribe: “El [Hitler], no tenía idea de que podía dejar fuera de combate a Francia cuando invadió Bélgica y Holanda el 10 de mayo de 1940. Este fue un movimiento defensivo para asegurar el Ruhr de la invasión de los aliados. La conquista de Francia fue una bonificación imprevista”<sup>13</sup>. Pero seguramente todo el plan Manstein-Guderian tenía como meta específica dejar fuera de combate a Francia, no a Holanda ni a Bélgica<sup>14</sup>.

En la concepción de la historia de Taylor, la política exterior está determinada por la reacción de la *realpolitik* hacia situaciones internacionales contingentes. Los actores no están sujetos a las fuerzas internas, políticas y económicas, articuladas por los partidos, Estados y movimientos, sino que flotan en un espacio, obligados finalmente sólo por el carácter y las motivaciones individuales. En esta forma Hitler es visto como un “prisionero” de su propio itinerario,<sup>15</sup> y el éxito de su proyecto (el Nuevo Orden de Europa) queda puesto en peligro únicamente por su propia irracionalidad: “La lucha europea que empezó en 1918, cuando el delegado alemán del armisticio se presentó ante Foch... terminó en 1940... Había un “nuevo orden” en Europa: fue dominada por Alemania... El éxito de Hitler dependió del aislamiento de Europa del resto del mundo. Gratuitamente destruyó la fuente de este éxito. En 1941 atacó a la Rusia Soviética y declaró la guerra a EUA”<sup>16</sup>. Todo esto es falso. La Segunda Guerra Mundial fue ineludiblemente una guerra por la hegemonía mundial. No había posibilidad de “aislar” a Europa del resto del mundo, no sólo por razones militares o estratégicas sino también por evidentes razones económicas. Hitler, Roosevelt y eventualmente incluso Stalin entendieron bien esto. Ninguna “lucha europea” finalizó en junio de 1940: los estudios sobre operaciones para una campaña en contra de la Unión Soviética empezaron en julio, incluso antes de que

13 Taylor, p. 19.

14 La instrucción de “liquidar definitivamente al Occidente” fue dada al alto mando del *Wehrmacht* ya el 29 de octubre de 1939. Hitler instruyó a sus generales para atacar a Gran Bretaña y luego a Francia “lo más pronto posible”. Las instrucciones de octubre de 1939 establecen que “la mayor parte posible del ejército francés tenía que ser aplastada”. El ataque contra Holanda y Bélgica fue considerado como un medio para lograr esa meta, no lo contrario. Hans-Adolf Jacobsen (ed.), *Kriegstagebuch des Ober-Kommandos der Wehrmacht*, vol. I, Munich, 1982, pp. 45-59R, pp. 55-56B.

15 “Como sus generales lo observaban escépticamente, no pudo volver a cancelar el ataque sobre Polonia, a menos que tuviera algo sólido que mostrar, y esto aún le fue negado por los polacos.” Taylor, p. 333.

16 Taylor, p. 336.

la Batalla de Gran Bretaña hubiera realmente empezado. De cualquier modo, el Nuevo Orden en Europa no pudo quedar estabilizado hasta no haber sido reconocido por todas las grandes potencias y, al menos, consentido en forma pasiva por los pueblos involucrados, y ése no era el caso en el verano de 1940 sino el de la primavera de 1941.<sup>17</sup>

Lo que es correcto básicamente en la aproximación de Taylor es su comprensión de que el imperialismo alemán no era intrínsecamente diferente de los otros imperialismos: todos están manchados con sangre, traición y abominables crímenes contra la humanidad. Pero reconocer el hecho que se vive en un mundo de *gangsters* no implica la conclusión que un crimen específico no pueda ser cometido por un *gangster* en particular en un momento dado. No puede haber la menor duda de que el imperialismo alemán deliberada y descaradamente desencadenó la guerra contra Polonia y, con ello, la Segunda Guerra Mundial, el 1º de septiembre de 1939. Cualesquiera que sean las responsabilidades del sistema capitalista mundial en su conjunto y de las otras potencias imperialistas, ese acto en particular fue obra de la clase dominante alemana dirigida por el Führer y sus secuaces militares.

¿Fueron la desmoralización y el creciente derrotismo de la clase dominante francesa factores que contribuyeron en el curso temerario de Hitler hacia una nueva guerra mundial? Indudablemente. Pero esa desmoralización correspondió a una realidad material y a intereses sociales específicos. Francia disfrutaba de un predominio político-militar sobre el continente europeo a finales de la Primera Guerra Mundial. Pero ese estatus de ninguna manera correspondía al equilibrio real de fuerzas económicas en ese continente, ya no se diga a escala mundial. Ni el capital francés ni la industria francesa pudieron sostener ejércitos en el Oeste ni el Este de Europa listos para vencer cualquier intento alemán para recuperar la delantera. Si acaso, las consecuencias desastrosas financieras y diplomáticas de la ocupación de Poincaré, en el Ruhr, en 1923, sólo confirmaron la discrepancia total entre las ambiciones diplomáticas francesas y el poder económico. La ausencia subsecuente de voluntad política fue un resultado –y no una causa– de la debilidad material.

17 Con el fin de crear dudas sobre el expansionismo a largo plazo y los planes de guerra de Hitler –y del imperialismo alemán– Taylor tiene que desacreditar el llamado Memorandum Hossbach, que informa de una reunión llevada a cabo por Hitler con sus altos dignatarios el 12 de noviembre de 1937, en la cual estos planes fueron presentados en forma abierta y cabal. (Taylor, pp. 2-21.) En realidad, tres preguntas diferentes son expuestas en forma combinada por Taylor: 1) ¿la revelación comprometedor de Hitler realmente contiene las instrucciones “que no pase de 1942-43 la guerra para conquistar Ucrania”?; 2) ¿aquéllos presentes le dieron importancia a la junta?; 3) ¿el llamado Memorandum Hossbach rinde cuenta debidamente de la junta? Al concentrarse en el punto 3, y al exponer en forma combinada los puntos 1 y 2 con el 3, Taylor insinúa que no había un plan de conquista y guerra a largo plazo. Pero esa conclusión es totalmente insostenible. Por el contrario, al menos seis generales diferentes, independientes uno del otro, atrajeron la atención hacia la importancia de la junta, confirmando el contenido del discurso de Hitler y las serias conclusiones que sacaron de él.

Además, grandes sectores de la clase dominante francesa fueron aterrorizados por la fuerza potencial de la clase trabajadora francesa, ejemplificada por la huelga general de junio de 1936. Eliminar el “peligro comunista” se había convertido en obsesión para muchos de ellos, privando sobre cualquier proyecto internacional. Ellos consideraban cada vez más a la democracia parlamentaria como una carga intolerable que evitaba cualquier eliminación efectiva de la fuerza sindical. Laval fue la personificación de esta perspectiva, que gozó de apoyo en gran escala dentro del parlamento. Pétain fue considerado ampliamente como la imagen ideal para un nuevo orden, aún antes de que hubiera comenzado la guerra. En un informe enviado a Roma por Lavoni (el principal agente del Duce en París) y recientemente descubierto en los archivos italianos, se reportó que Laval había dicho –el 17 de marzo de 1938– que estaba por formar un gobierno nacional bajo el mando de Pétain. Cuando se le preguntó cuál sería la reacción de los comunistas, contestó con un ademán que podía significar “apretarles los tornillos” o bien “romperles el cuello”.<sup>18</sup>

En virtud de su pequeñísima mayoría parlamentaria, Paul Reynaud, cuando llegó a ser Primer Ministro, el 23 de mayo de 1940, incluyó en su gabinete a varios conservadores que simpatizaban con dichos proyectos.<sup>19</sup> El temor a un levantamiento obrero en París, aún después de la derrota de la huelga general de septiembre de 1938, siguió siendo intenso. “Weygand y los demás temían una Comuna en París”, dijo el almirante Auphan a Raymond Tournoux. Esta era la principal motivación atrás del deseo de Weygand de terminar la guerra a cualquier precio, un deseo absolutamente compartido por Pétain y Laval. “Si la moral del Ejército tiene que preservarse y al mismo tiempo evitarse un movimiento revolucionario en París, el gobierno debe hacer valer su voluntad para permanecer en la capital a toda costa, para mantener el control de la situación, aun corriendo el riesgo de ser tomada por el enemigo. Es un asunto de orden interno y dignidad”, declaró Weygand.<sup>20</sup>

Hasta donde concernía a Inglaterra, durante el periodo de 1929 a 1938 sus políticas eran desfavorables para la hegemonía francesa en Europa. Empero nunca implicaron ninguna aceptación de una sustitución de su hegemonía por la alemana. El “apaciguamiento” de Chamberlain fue esencialmente en función del criterio de Londres acerca del tiempo necesario para superar la supremacía alemana en rearmamento, ya que habiendo empezado Hitler en 1933, el imperialismo británico

18 Max Gallo, *La cinquième colonne*, París, 1970, p. 234. Incluso antes, en abril de 1937, de acuerdo con un informe confidencial del *Wilhemstrasse*, Laval dijo a un enviado secreto de Alemania que Francia necesitaba el gobierno de Pétain. Raymond Tournoux, *Pétain et la France*, París, 1980, p. 39. Existe evidencia importante de que Pétain era parte de estas tentativas de conspiración. Cassius, *La vérité sur l’Affaire Pétain*, París, 1945, e.g. pp. 88-89.

19 Charles De Gaulle, *Memoires de Guerre -1: L’Appel*, París, 1956, p. 37. (En español existe una edición de Plaza y Janés, Barcelona, 1970.) De Gaulle también menciona que de lo que se hablaba en todo París en abril-mayo de 1940 era que si Reynaud caía, Laval tomaría el poder con Pétain a su lado (p. 36). En sus memorias, el mismo Paul Reynaud comenta tácitamente sobre la apertura que hizo a la derecha; ver *Au Coeur de la Mêlée*, París, 1951.

20 Tournoux, p. 57.

empezó seriamente a rearmarse tres o cuatro años más tarde. En otras palabras, fue un intento ilusorio y temerario por aventajar a Hitler, no una aceptación de una Europa dominada por Berlín. En contraste con la burguesía francesa, la clase dominante inglesa no estaba desmoralizada ni se sentía derrotada ahí en donde la defensa de la posición mundial de Gran Bretaña, en primer lugar la del Imperio Británico, estaba en juego. La diferencia entre las facciones de Chamberlain y Churchill no era que hubiera entre aquéllas una que estuviera dispuesta a capitular ante el imperialismo alemán y otra que no. Era un conflicto sobre la manera más efectiva de preservar el Imperio y oponerse a Hitler: hacerlo ahora o más tarde. Dado el curso tomado por Hitler, la facción de Churchill estaba obligada a ganar ese debate. Por un corto periodo, algunos de los “apaciguadores” jugaron con la idea de desviar la agresiva dinámica del imperialismo alemán hacia la URSS, pero después de la ocupación de Praga quedó claro para ellos que la conquista del Este de Europa por Hitler le daría a este una fuerza formidable para chocar contra el Imperio Británico. Tan amplias concesiones serían suicidas para el imperialismo británico.

En la otra parte del mundo, el imperialismo japonés estaba igualmente comprometido en una conquista paulatina de China, al mismo tiempo que aspiraba al Sureste de Asia como siguiente botín. Desde el punto de vista de los círculos imperialistas más radicales dentro y alrededor del Ejército Imperial, dicho curso no implicaba necesariamente un conflicto abierto con Gran Bretaña y, ciertamente, tampoco con EUA. En efecto, la conquista de China aparecía cada vez más como una empresa formidable, mucho más complicada, prolongada y costosa de lo que los señores de la guerra japoneses habían calculado. Otra vez aquí la variante preferente era tener *faits accomplis* reconocidos por Londres y Washington, en lugar de embarcarse en una confrontación simultánea con China, Gran Bretaña, EUA y, posiblemente, también la URSS.

Pero cualquiera que pueda haber sido la tentación de semejante perspectiva para Londres –sin mencionar el menor poderío colonial de los franceses y holandeses en la región– Washington estaba tan resuelto en contra de la aceptación de las conquistas japonesas en Asia como lo estaba Londres respecto a las conquistas de Alemania en Europa. La razón era la misma en ambos casos.

El imperialismo americano consideró como inevitable, a la larga, un futuro conflicto con Japón por la hegemonía sobre el área del Pacífico en el Este de Asia (incluyendo China). Bajo estas circunstancias, para EUA hubiera sido tonto consentir a un futuro enemigo primero consolidar conquistas formidables, permitiéndole duplicar, triplicar o cuadruplicar su fuerza militar, financiera e industrial, y así capacitarlo para desencadenar la confrontación final bajo condiciones de desventaja para su país, que la relación de fuerzas en curso. De ahí que la administración de Roosevelt se embarcara en una política de embargo no oficial de las materias primas vitales para Japón y de una creciente ayuda a la China de Chiang Kai-Shek. Frente a la obstinada resistencia de Washington, Tokyo tenía la alternativa de retirarse de China o presionar hacia una confrontación con EUA. Deliberadamente optó por el segundo camino mediante la ocupación de Indochina el 23 de julio de

1941, con la ayuda de la Francia de Vichy (una ocupación que incidentalmente llegó tarde para permitir al Ejército Imperial tomar Malasia y Singapur por la retaguardia). Roosevelt respondió haciendo oficial el bloqueo de EUA.

El curso que tomó Tokyo estuvo determinado ampliamente por una necesidad económica abrumadora. Antes de la guerra Japón importaba el 66% de su petróleo de EUA. También necesitaba: diez millones de toneladas de coque para sus plantas de acero en China, toda la bauxita para la producción de aviones, todo el níquel para su programa de armamento, todo el estaño y el caucho, el 60% del cobre y casi todas las sales industriales, que le llegaban del exterior. Virtualmente estos productos podían ser obtenidos de las Indias Orientales Holandesas, Indochina, Malasia, Las Filipinas o China.

En un principio la guerra en Europa y la guerra en el Lejano Oriente parecían separadas e independientes. Inevitablemente, sin embargo, las victorias iniciales de los nazis dieron un cambio de dirección e impulsaron a que ambos conflictos se entrelazaran. Incapaces de decidir al principio entre una opción “septentrional” y otra “meridional”, los líderes militares japoneses estaban ahora animados a irse contra las expuestas colonias europeas en el Sureste de Asia. La decisión final fue tomada por EUA, después de julio de 1941, resuelto a bloquear a Japón las materias primas esenciales para la prosecución de la guerra contra China.

Pero aun después de que se tomara la decisión para atacar a EUA el 5 de noviembre de 1941, Tokyo no esperaba necesariamente una lucha hasta el final. Al contrario, consideraba que los triunfos iniciales de Japón, unidos a los de su aliada Alemania, influirían en Washington para que solicitara una paz negociada que le daría al país oriental una esfera de influencia estable y segura en el Este y Sur de Asia. Washington, sin embargo, estaba completamente en contra de cualquier reconocimiento de algo que pudiera conducir a la hegemonía de Japón en Asia, como lo demostró la intransigencia del Departamento de Estado en las negociaciones de EUA y Japón en noviembre de 1941.

El ataque de Japón a Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, proporcionó a EUA un inmediato e inequívoco *casus belli* capaz de captar la imaginación popular americana encaminándola hacia una guerra de venganza. Pero cualquiera que hubiera sido el grado de interés de EUA en las promesas y oportunidades del Oriente, era el futuro de Europa –su riqueza y el control sobre las grandes regiones del mundo– lo que fundamentalmente preocupó a los estrategas de EUA de 1939 en adelante. A principios de 1941 los jefes de Estado americano y británico acordaron pelear la guerra sobre la base de “Europa primero” (el plan *ABC-1*) y esta estrategia fue reafirmada después de que Pearl Harbor provocó la guerra entre Tokyo y Washington.

La determinación del imperialismo americano para involucrarse decisivamente en un nuevo trazo del orden político internacional debe considerarse como la tercera causa inmediata de la Segunda Guerra Mundial (siendo las otras dos los ataques de Alemania y Japón fuera de sus fronteras nacionales). Esto reflejó una política deliberada de la administración Roosevelt (opuesta, es verdad, a los llamados aislacionistas,

hasta ya avanzado 1940, que no representaron nunca más que un grupo provinciano insignificante en la clase dominante de EUA).<sup>21</sup> Esta resolución fue el producto de la transformación a escala total sufrida por la economía de EUA después de 1929. El imperialismo de EUA tenía a su disposición reservas tremendas de capital, capacidad productiva y potencial humano inactivos. El intento de movilizarlos por vía del New Deal (es decir, una orientación hacia el mercado interno), que trataba de sacar a la economía y a la sociedad de su peor crisis, fue en gran medida un fracaso. En 1938 había nuevamente 12 millones de desempleados. La vuelta hacia el mercado mundial se hizo imperativa. El capital tenía que ser invertido y prestado en el exterior. Los artículos tenían que ser vendidos al exterior, en un grado cualitativamente mayor que antes de 1929 o entre 1933 y 1939 (como ciertamente lo serían después de 1945).<sup>22</sup> Pero primero el mundo tenía que estar libre de peligro para recibir ese capital y esa exportación gigantesca de mercancías. Ese era el contenido material de la fórmula: “hacer del mundo un lugar seguro para la democracia” y la voluntad de una ruptura decisiva y final con el aislacionismo americano. Gabriel y Joyce Kolko resumen admirablemente la situación y el propósito del imperialismo de EUA: “El recuerdo profundamente grabado de la década de la depresión de 1929 se cernió sobre todos los planes americanos para la era de la posguerra. La guerra había dado fin a la crisis de la sociedad americana, pero la pregunta seguía siendo si la paz la restauraría... Al final de la Segunda Guerra Mundial el gobierno de EUA determinó una política que intentaba prevenir el retorno de una crisis económica y social para la sociedad americana, una política que explícitamente demandaba que se resolviera el dilema de EUA en la arena mundial”.<sup>23</sup>

Roosevelt tuvo que maniobrar en una forma más prudente que Hitler o los dirigentes militares de Tokyo, ya que dentro de EUA todavía prevalecía la democracia. Los americanos no podían ser forzados a la guerra: tenían que ser engatusados. La perspectiva no era muy popular en EUA (ni en ningún país importante). El

21 Esta opción básica de la clase dominante americana fue sorprendentemente confirmada cuando el Partido Republicano –tradicionalmente aislacionista– escogió como su candidato presidencial en 1940 a Wendell Willkie, cuya opinión sobre el mundo difícilmente difería de la de Roosevelt “El grupo Willkie-Welles-Luce ve al mundo como un gran mercado para el productor, el industrial y comerciante americanos. Cree en el siglo americano, en los técnicos en energética y en los hombres de negocios llenos de un imperialismo económico romántico, igualmente seguro de sí mismo, ansioso de convertir al mundo al patrón americano”, escribió Halifax a Londres en mayo de 1942. Christopher Thorne, *Allies of a Kind*, Londres, 1978, p. 139.

22 “Desde la baja de 1932 a 1,600 millones de dólares, las exportaciones americanas se elevaron a 12,800 millones en 1943 y a 14 mil millones en 1944. La cifra de 14 mil millones en exportaciones de post-guerra elevó cuatro veces el nivel de 1939, por lo tanto llegó a ser el objetivo de la mayoría de los planificadores en tiempo de guerra y de su calculada precondición para la prosperidad continuada americana.” F Gabriel y Joyce Kolko, en Thomas G. Paterson (ed.), *The Origins of the Cold War*, Lexington, Mass., 1974, p. 244. De hecho las exportaciones americanas alcanzaron los 10 mil millones en 1954 y 20 mil millones en 1960.

23 *Ibid*, p. 243.

ataque sorpresa de Japón a Pearl Harbor hizo las cosas más fáciles para Roosevelt. Pero la intención de intervenir virtualmente a cualquier costo no era su elección personal. Era la opción de la clase dominante americana, tan deliberada como la de sus contrapartes de Alemania o Japón.

El ataque a la Unión Soviética no provino, como muchos habían supuesto, de los esfuerzos unidos del capitalismo mundial. El completo aislamiento de la República Soviética y las conmociones que esto generó habían dado rienda suelta a luchas interimperialistas, de tal suerte que la apertura del Frente Oriental originalmente se debió al deseo del imperialismo alemán de fortalecer su influencia frente a sus competidores occidentales. Dentro de la misma URSS surgió una contradicción explosiva entre el fortalecimiento de la infraestructura industrial y militar del país bajo el plan quinquenal, por un lado, y la grave crisis política en la que las purgas de Stalin y su imprudente juego diplomático sumergieron al país, por el otro. El segundo proceso decapitó al Ejército Rojo, desorganizó la defensa del país, entregó Polonia y Europa a Hitler, y facilitó el ataque nazi sobre la URSS. El primero capacitó a la Unión Soviética para sobrevivir al final.

La completa falta de preparación del Ejército Rojo<sup>24</sup> en 1941 fue el resultado directo de la desastrosa equivocación de Stalin respecto de la situación política en Europa y de las intenciones de Hitler— es decir, del imperialismo alemán— en la próxima guerra. Sólo algunos años antes Tukhachevsky, entonces Primer Diputado Comisario de Guerra, había sostenido que el ejército francés no ofrecía oposición activa contra Alemania y que en todo caso las intenciones agresivas de esta última se manifestaban en el Oriente. Por el contrario, Stalin estaba convencido de que si la Unión Soviética se conducía “correctamente”, Hitler no atacaría: el Pacto Nazi-Soviético de agosto de 1939 aparecía cada vez más como una orientación estratégica en lugar de un movimiento táctico.<sup>25</sup> La idea de que Alemania era un

24 Un estudio conducido por el Inspector General de la Infantería del Ejército Rojo en el verano de 1940 estableció que “de los 255 nuevos comandantes de regimiento, ninguno había asistido a un curso completo en una academia militar, sólo veinticinco habían terminado el colegio militar y los 200 restantes meramente habían pasado un curso semisuperior para teniente”. John Erickson, *The Road to Stalingrad*, Londres, 1975, pp. 19-20. Las lecciones de la guerra con Finlandia trajeron algún respiro para los militares, favoreciendo, *inter alia*, la liberación de 4,000 oficiales de los campamentos de trabajo en el Ártico. Mucho de lo que sigue está basado por el autor en la hasta ahora insuperada historia de la guerra nazi-soviética.

25 El discurso de Molotov ante el Soviet Supremo el 3 de octubre de 1939 contiene la siguiente escandalosa formulación: “Si vamos a hablar hoy de las principales potencias europeas, Alemania se encuentra en la posición de un Estado que busca la más rápida terminación de las hostilidades y el advenimiento de la paz, mientras que Inglaterra y Francia —que ayer hablaban en contra de la agresión— están hoy a favor de la continuación de la guerra en contra de la conclusión de una paz... El gobierno inglés ha declarado como sus objetivos de guerra ni más ni menos que la aniquilación del hitlerismo. De esto resulta que en Inglaterra... los propaladores de la guerra han declarado algo como una guerra ideológica sobre Alemania, evocadora de las antiguas guerras religiosas... Aquellas guerras no pudieron más que traer la decadencia económica y la ruina cultural al pueblo que las sufrió, haciéndolo

enemigo potencial fue firmemente suprimida en una reunión de gabinete de importantes jefes de Estado Mayor, en diciembre de 1940, como lo fue cualquier noción de la posibilidad de guerra en un futuro cercano. La decisión de abandonar los planes de entrenamiento después de la reunión, no fue por consiguiente producto de ningún profundo estudio del Estado y de las necesidades del ejército, ni formaban parte de ningún plan de guerra coherente. El “Plan de Defensa de las Fronteras del Estado de 1941” que el Estado Mayor General abandonó en abril de 1941, y con el que entró la Unión Soviética a la guerra dos meses después, encomendó al Ejército Rojo a defender las fronteras exteriores de la Unión Soviética y a prestar mínima atención a la defensa estratégica.

Considerando la irresolución (para decir lo menos) de los gobiernos francés y británico sobre la colaboración militar en caso de una agresión alemana contra Polonia, el gobierno soviético tenía todo el derecho de garantizar su seguridad inmediata en caso de una conquista alemana de ese país. Pero el Pacto Hitler-Stalin contenía un protocolo secreto en el que se realizaba, aun antes de que esa conquista comenzara, una división en cuatro partes de Polonia. Con eso Stalin dio luz verde a la agresión de Hitler, salvando temporalmente al Tercer Reich de la pesadilla de una guerra prolongada en dos frentes. La historiografía rusa continúa negando esto, guardando silencio acerca del protocolo secreto del 27 de agosto de 1939. Igualmente, pone un velo sobre la oposición formal de Stalin a la supervivencia del Estado polaco.<sup>26</sup> Las consecuencias de esta cínica *realpolitik* para la actitud del pueblo polaco hacia la URSS siguen siendo desastrosas hasta nuestros días. Seguramente ésta fue una causa concomitante del desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial.

retroceder a la Edad Media. ¿No están las clases dominantes de Inglaterra y Francia arrastrándonos a los tiempos de las guerras religiosas, de superstición [ila oposición al fascismo equivalente a la superstición! (E.M.)], de regresión cultural?... Una guerra de esta clase no puede ser justificada de ningún modo. La ideología del hitlerismo, como cualquier otro sistema ideológico, puede ser aceptado o rechazado, es cuestión de opinión política (!). Pero cualquiera puede entender que una ideología no puede ser destruida por la fuerza... Es por eso que no tiene sentido y es ciertamente criminal proseguir cualquier guerra como esta para la eliminación del hitlerismo.” (*Cahiers du Bolchevisem*, enero de 1940.)

26 Ver, por ejemplo Pavel Jiline, *Ambitions et Méprises du Troisième Reich*, Ediciones de Moscú, 1972. La demanda explícita de Stalin a Hitler de no haber reconstituido nada de lo que quedaba del Estado polaco fue hecha en presencia de Molotov en una reunión con el embajador alemán Von der Schulenburg, el 25 de septiembre de 1939 (*Nazi-Soviet Relations*, *Op. cit.*, p. 102).

### 3. LAS FUERZAS SOCIALES

La Segunda Guerra Mundial presenció una conjunción de acciones en virtud de un amplio espectro de naciones, clases sociales, fracciones de las clases sociales, partidos políticos y asociaciones más reducidas (financieras, industriales, militares y políticas) en todo el globo. Cada vez se determinaba más su curso por esta interacción, la cual alcanzó su clímax en los años 1943-45, cuando literalmente millones de hombres y mujeres se vieron comprometidos en un conflicto a través de un área geográfica que iba desde Francia a Bengala, del Chad a Leningrado, de Las Filipinas a Birmingham, de Detroit a Bosnia, del Norte de la planicie de Manchuria a Egipto, de Avellaneda a Milán. Nunca antes tanta gente había participado directa o indirectamente en un combate político y armado. La naturaleza contradictoria del capitalismo contemporáneo fue expresada por el hecho de que la guerra a un mismo tiempo se vio centralizada con un control progresivamente brutal de las jerarquías militares sobre millones de soldados, mientras se levantaban e intervenían otros millones fuera del control de cualquier jerarquía establecida. La contradicción era visible, además, desde el comienzo mismo del conflicto.

Las grandes potencias lograron vencer todos los obstáculos en el camino hacia la guerra; el curso de la contrarrevolución estuvo marcado por su eliminación sucesiva. Las luces de la civilización parecían apagarse una por una: en Europa, en Asia, en la URSS. La barbarie se presentaba en todas partes. Los años 1940, 1941 y 1942 fueron los más funestos de nuestra época. Víctor Serge dio a una de sus novelas el título idóneo: *Media Noche en el Siglo* (Madrid, Ed. Ayuso, 1976).

Pero lo que las potencias fueron incapaces de lograr fue conseguir el entusiasmo por la matanza. En contraste muy marcado con agosto de 1914, ningún tren o convoy de soldados en estos años se dirigía al frente adornado con flores y seguido de una multitud alentadora. El fastidio por la guerra estuvo presente desde sus inicios. Hitler recibió su primera conmoción no en los aeropuertos de La Haya, ni de los cadetes del Ejército Rojo de Brest Litovsk, ni aun a las puertas de Moscú. La recibió el 27 de septiembre de 1938 cuando, después de su discurso en el Palacio de los Deportes anunciando su ultimátum sobre Checoslovaquia, esperó ávidamente en la ventana del *Reichskanzlei* que las multitudes entusiastas salieran vitoreando la violenta división que ordenó y desfilaran con ese propósito por las calles de Berlín: la multitud nunca aplaudió.<sup>1</sup> En todo caso, la gente estaba resignada a la guerra,

<sup>1</sup> Fritz Wiedeman, *Der Mann der Feldherr werden wollte*, Munich, 1964, p. 101. De acuerdo con Joachim Fest, Walter Hewall se reportó ante Hitler diciendo: "Con ese pueblo no puedo

aceptándola como una fatalidad que no se podía impedir. Pero la resignación pasiva era, con mucho, un lamento en lugar de un apoyo entusiasta. Y eso fue algo que estuvo muy ausente en cada país durante la guerra.

La situación cambió gradualmente en las últimas fases de la guerra, en una forma que difiere ampliamente de país a país. En Gran Bretaña, una combinación de temor a la invasión alemana, el nacionalismo tradicional y el odio de clase al fascismo reunieron a la aplastante mayoría de la clase obrera detrás del Gobierno Nacional encabezado por el archi-reaccionario Churchill<sup>2</sup>. En consecuencia, la prosecución de la guerra llegó a enlazarse después de mayo de 1940 con un extenso programa de reforma social, que una sección importante de la clase media –censura del exagerado conservadurismo del gobierno de los Tory en el periodo de entre guerras– podía respaldar, y lo hizo. El esfuerzo de Gran Bretaña en la guerra, a pesar de su dependencia respecto de EUA, estuvo dominado por un grado de unidad nacional excepcional entre los aliados. Churchill, como jefe de un gobierno que oficialmente incorporó al reformista Partido Laborista, fue capaz por eso de hacer incursiones impunes en el nivel de vida de los obreros británicos, que Hitler no se atrevió inicialmente a hacer con la clase obrera alemana. Obsesionado por sus recuerdos de los levantamientos por hambre y la insurgencia de los obreros a finales de la Primera Guerra Mundial, Hitler estaba dispuesto a sacrificar incluso algunas prioridades de la industria de guerra para garantizar una dieta mínima regular a los obreros alemanes a principios del conflicto.<sup>3</sup>

conducir la guerra" (Das Gesicht des 3 Reiches. Munich, 1980, p. 77). John Toland describe cómo después del discurso de Hitler del *Reichstag* el 1º de septiembre de 1939, anunciando la guerra contra Polonia, "... las calles estaban fatalmente silenciosas. Las pocas personas que había afuera estaban serias, como agobiadas con la preocupación por el futuro. No había señales de júbilo como en ese día de agosto, veinticinco años antes, cuando el Káiser anunció su guerra" (*Adolfo Hitler*, N. York, 1976, p. 78).

<sup>2</sup> Churchill era conocido por la clase obrera británica como un consagrado oponente de la Revolución Rusa y un defensor, allá por 1920, de la intervención militar para suprimirla. También era reconocido por su activa oposición a la huelga general de 1926 en Gran Bretaña, y como un hombre que había admirado a Mussolini, condenado a la causa republicana en España, y ridiculizado a Gandhi. Era vigoroso proponente del Imperio Británico e igualmente un racista. Su desprecio por la gente "de color" no era sólo cuestión de sentimientos: cuando en el otoño de 1943 estalló la hambruna bengalí, en la que millones de personas murieron, Churchill contribuyó a impedir cualquier ayuda efectiva. Debe señalarse que, al respecto, no fue objetado por sus colegas laboristas del Gabinete. Sobre las relaciones de Churchill con Mussolini, véase el libro de Arrigo Petalco *Dear Benito*, Caro Winston, Mondadori, 1985. Aun en medio de la Segunda Guerra Mundial, en el momento de la caída del Duce, no vaciló en escribir "... había elevado al pueblo italiano del bolchevismo, en que pudo haberse hundido en 1919, a una posición tal como nunca Italia había tenido antes en Europa. Le había dado un nuevo impulso a la vida nacional. Erigió el imperio italiano en el Norte de Africa" (*The Second World War*, vol. 9, p. 45). (En español: Barcelona, Ed. Orbis, 1985, 12 vol., IX p. 54.)

<sup>3</sup> Este no era un juicio básico equivocado de la situación. Cuando los racionamientos de alimentos fueron reducidos o los precios de los mismos incrementados, los informes

En EUA después de Pearl Harbor, la aceptación de la guerra como una venganza contra las potencias del Eje, con un acompañamiento armónico chauvinista y racista, dirigido especialmente contra los japoneses, también llegó a difundirse, aunque la guerra nunca gozó ahí del apoyo popular que se presenció en Gran Bretaña. Después de todo, sus dramas estaban muy distantes del territorio norteamericano. Efectivamente, la renuencia del gobierno de EUA a mandar suficientes tropas para pelear con los japoneses en Asia –porque ello habría significado bajas escalonadas– fue crucialmente importante en la determinación de la política bélica estadounidense hacia la URSS y China. Durante la guerra las tensiones de clase aumentaron más en EUA que en Gran Bretaña.<sup>4</sup> Además, se combinaban cada vez más con las tensiones raciales, conforme se aceleraba la afluencia de población negra a los grandes centros industriales del Medio Oeste y del Este, y los nuevos obreros empezaban a reaccionar contra la atmósfera generalmente racista prevalente en todos los establecimientos industriales y en los vecindarios. Los obreros en EUA estaban más propensos a rebelarse contra los compromisos de antihuelga que en Gran Bretaña. De manera similar, el control de los oficiales sobre los soldados era más cuestionado en las fuerzas armadas de EUA que en cualquier otro ejército regular. El repudio a la guerra –que sólo se esparció gradualmente en Gran Bretaña en los dos últimos años de la guerra– surgió en gran escala en los servicios militares de EUA, con huelgas de soldados y motines en 1945, que expresaban el deseo de los hombres a volver a sus casas tan pronto como la guerra terminara en Europa y en el Lejano Oriente.

Mientras la situación en la URSS era mucho más compleja –y es todavía objeto de discusión entre los historiadores– surgió también ahí un patrón similar. No obstante identificarse con la Revolución –un fenómeno mucho más difundido en 1939-41 que en la actualidad– la masa del pueblo soviético era hostil a la dictadura de Stalin. En ciertas áreas como las repúblicas del Báltico y Ucrania, donde la opresión nacional había estado combinada con el terror en gran escala y la carestía del periodo de colectivización, la hostilidad hacia Stalin entre grandes sectores del campesinado, clases profesionales y estratos de la clase obrera, se había transformado en franco odio, que fue intensificado por la experiencia de haber sido abandonados a los invasores alemanes en 1941. Cualquier potencial que esto

secretos del *Sicherheitsdienst* de la SS señalaron “serias quejas”, en “amplios círculos de la población”, especialmente la parte más pobre y “sobre todo, los obreros industriales”. Ver *Meldungen aus dem Reich*, Berlín, 1984, por ejemplo: vol. 12, p. 4451 (informe del 9 de noviembre de 1942); pp. 4796-8 (informe del 8 de febrero de 1943); y vol. 9, pp. 3496-7 (19 de marzo de 1942) cuando fueron realmente cortados los racionamientos. Hubo un gran descenso en la productividad de los trabajadores alemanes en la industria de guerra, la cual cayó por debajo de la de los obreros extranjeros. William S. Alien en J. Schnadecke y P. Steinback (eds.), *Der Widerstand gegen den nationalsozialismus*, Munich, 1985, p. 860.

4 Los despachos de Isaia Berlain de la Embajada de Washington al Ministerio de Asuntos Exteriores normalmente acentúan la importancia de las luchas obreras en EUA durante la guerra (Washington Despatches, 1941-1945, editado por H. G. Nicholas, Londres, Weidenfeld & Nicholson, 1981).

podiera haber creado para un grado significativo de colaboración entre los invasores y la población local pronto fue anulado a causa de los monstruosos crímenes perpetrados por las fuerzas de ocupación nazis. La destrucción sistemática de la infraestructura de la vida civil; la esclavitud masiva de decenas de millones de personas bajo condiciones inhumanas; la ejecución y maltrato en una escala superior a cualquier cosa que Stalin y sus partidarios habían dirigido, pronto cambiaron el curso de los acontecimientos. Las masas soviéticas –en primer lugar la clase obrera y los soldados del Ejército Rojo, pero de ningún modo sólo ellos mostraron una determinación indomable en la resistencia, en la cual la defensa de Leningrado, por muchas razones más que la de Stalingrado, se convirtió en un símbolo.<sup>5</sup>

Ningún tipo de exhortación por parte del Estado, del partido, o de la dirección militar, habría tenido éxito sin esta determinación de las masas soviéticas para combatir y ganar la guerra. Queda comprobado al máximo que los logros de Octubre revelaban ahora su superioridad histórica en medio de la muerte y la violencia de la guerra. Las ofensivas del Ejército Rojo encontraron un complemento vital en el movimiento de guerrillas que surgía tras las líneas alemanas, lo que en las propias palabras de Hitler creó una intolerable situación. Su fuerza estaba arraigada a la misma voluntad obstinada para pelear hasta la muerte contra el terror nazi, que también se encontraría en los heroicos combatientes del ghetto de Varsovia. Hitler se convirtió en víctima de su propio mito demente de la superioridad racial. Su *Ostpolitik* nunca previó que las “razas inferiores” –como la de los “eslavos” o “judíos”– pudieran pelear con la misma gran energía, valor, inteligencia y dedicación del *Herrenvolk*. Los habitantes de Europa Oriental y la URSS –quienes se suponía que serían expulsados y exterminados, o convertidos en esclavos para trabajar en la forja del nuevo Imperio Alemán– escogieron, en lugar de eso, resistir a cualquier precio. Se levantaron millones de ellos, forzaron a docenas de divisiones alemanas a retirarse del frente y, con su admirable lucha, se convirtieron en uno de los factores clave que inclinaron la balanza en contra de los planes imperialistas alemanes.<sup>6</sup>

Durante la ofensiva militar revanchista alemana los cimientos podridos del orden burgués establecido en grandes regiones de Europa al final de la primera Guerra Mundial, se desplomaron. Sus sucesores surgieron de acciones de abajo, con la formación de alianzas de obreros y campesinos para alcanzar objetivos de

5 Sobre el sitio de Leningrado, durante el que murieron 630,000 personas, ver *Russia at War* de Alexander Werth, Londres, 1964, parte 3. El trato inhumano a los prisioneros de guerra soviéticos en 1941-42 fue un factor importante en el fortalecimiento del espíritu de lucha del Rojo. Unos 28 millones de prisioneros de guerra soviéticos murieron entre el 22 de junio de 1941 y el 1º de febrero de 1942 como resultado del hambre, falta de cuidados médicos y la completa carnicería. En relación con este asunto ver *Keine Kameraden-Die Wehrmacht und die Sowjetischen Kriegsgefangenen-DVA*, de Christian Streit, Stuttgart, 1979.

6 Por ejemplo, Hitler inicialmente pensó que podía controlar a Yugoslavia con dos divisiones, mientras que, de acuerdo con los informes de las oficinas centrales del Ejército Alemán, fueron finalmente quince las que se emplearon contra los guerrilleros. El número de aquellas comprometidas contra el movimiento de guerrilleros rusos, polacos e italianos fue al menos idéntico.

liberación nacional y de reformas sociales radicales: metas que la burguesía local y los terratenientes no habían podido ni querido apoyar. Las clases dominantes esperaron al ejército de los aliados para derrotar a los nazis y restaurar su poder, mientras colaboraban activamente o mostraban pasividad ante las tropas invasoras. Pero el grueso de la población de los países ocupados prefirió luchar, y de esta forma tomar parte activa en el restablecimiento de Europa después de la guerra. Conforme la resistencia antifascista se iba fortaleciendo, también aumentaba la propensión, por parte de la clase dominante, a colaborar con los nazis. En 1943 la división social, más que la nacional, se hizo permanente y la guerra adquirió una dinámica revolucionaria dirigida no sólo contra el retorno del antiguo orden sino, también, contra cualquier reforma de aquél.

El caso de Yugoslavia demuestra esto muy claramente. A pocas semanas, (si no es que días) de la invasión, la monarquía, la burguesía y el ejército regular fueron miserablemente aplastados. Lo que le esperaba a la población fue anunciado por un bombardeo en gran escala de la ciudad abierta de Belgrado, aun antes de que la guerra fuera declarada oficialmente. Esta fue una medida –a la que siguieron muchas otras, empezando con borrar al país del mapa de Europa– tomada para castigar e intimidar a la población por el “crimen” de oponerse a la adhesión de Yugoslavia al Eje. Pero la reacción fue totalmente imprevista. Miles de yugoslavos se levantaron para resistir a los ejércitos de ocupación y a sus colaboradores nacionales. Lo que comenzó como una guerra de liberación nacional pronto adquirió el carácter de una revolución social, cuyo desarrollo estaría garantizado por la creación de un ejército guerrillero que a finales de 1945 llegaba a medio millón de hombres y mujeres. Siete ofensivas concentradas y sucesivas por parte de uno de los ejércitos más poderosos del mundo no pudieron romper esa resistencia.

Inicialmente, la resistencia en Grecia fue también una reacción espontánea hacia la ocupación fascista. La forma organizada que tomó –el Frente de Liberación Nacional (EAM) iniciado, mas no controlado, por el Partido Comunista Griego (PCG)– estuvo políticamente mejor fundamentada que en Yugoslavia, y con un ejército más numeroso. Su objetivo original era la reforma radical del orden político (incluyendo la abolición de la monarquía profascista). Pero conforme se desarrollaba la lucha, el EAM cambió firmemente hacia la izquierda. Como en Yugoslavia, esto dio como resultado una aguda polarización social, misma que el PC griego, conscientemente reformista y muy obediente al dictamen soviético, se negó a reconocer y hacerle frente. La decisión de no resistir con las armas (hasta que fue demasiado tarde) a las fuerzas expedicionarias británicas mandadas (con apoyo de EUA) para restaurar el orden de la preguerra y la creencia, fundada solamente en la fe, de que los aliados respetarían los derechos democráticos del pueblo griego, significaron que la heroica lucha de cientos de miles de obreros y campesinos griegos organizados en el Ejército de Liberación del Pueblo (BLAS) sería reprimida por el terror antirrevolucionario desencadenado contra ellos por parte de los aliados occidentales.

Un fermento radical similar proveniente de abajo iba a encontrarse, con diferencia de grados, no sólo en los países ocupados sino, también, en aquellos que se

habían unido a la guerra del lado de Alemania. Italia, la primera potencia del Eje que se rindió a los aliados, nos da un notable ejemplo de la energía con la que las masas se lanzaron a la lucha para destruir al Estado fascista y de la determinación de los aliados para resistir cualquier impulso revolucionario.

El mayor temor de los aliados era el crecimiento espectacular de la resistencia en el norte, todavía bajo la ocupación alemana, en donde se localizaban los principales centros industriales del país.<sup>7</sup> La reconstitución del movimiento obrero desde finales de 1943 en adelante condujo a toda una serie de huelgas en las ciudades del norte, involucrando a cerca de un millón de obreros y con una duración, en el caso de Turín, de ocho días. Como sucedió en Austria entre 1934 y 1938, el éxito de la militancia de la clase trabajadora demostró que, cuando esta clase recobra la confianza en sí misma y adquiere en término medio una perspectiva política, es enteramente capaz de organizarse clandestinamente a escala masiva.

¿Habría sido posible en Alemania un acontecimiento similar a los ocurridos en el sur de Europa ocupada y en Italia –levantamientos en gran escala bajo una dirección de izquierda– si el terror de carácter masivo no hubiera diezmando una parte importante del núcleo sobreviviente del movimiento obrero alemán después del atentado contra Hitler el 20 de julio de 1944, y si los bombardeos no hubieran destruido una gran parte de la infraestructura de la sociedad civil industrial en la segunda parte de ese año?<sup>8</sup> Existen toda clase de razones para creer que éste habría sido el caso. Después de todo, los obreros alemanes habían conservado una elemental conciencia de clase sobre los asuntos económicos, al menos durante la guerra. Los informes de la policía secreta de la SS citados en la nota 4 (*Meldungen aus dem Reich*) registran frecuentes protestas de la clase obrera cada vez que se daban cortes en los salarios. Cuando la movilización de la “guerra total” de Goebbels de 1943 condujo a un reemplazo general de obreros por obreras en la industria, los patronos aprovecharon la ocasión para rebajar salarios en un veinte por ciento: tanto hombres como mujeres protestaron vigorosamente. De acuerdo con Ludolf Herbst: “Hacia fines de 1943, una diferencia específica de clase apareció en la población. Se hizo notorio que las clases alta y

7 Sobre la escala del movimiento de resistencia italiano en 1943-45, ver, entre otros, de Paolo Spriano, *Storia del partito comunista italiano*, Turín, 1967; de Roberto Battaglia, *Storia della resistenza italiana*, Turín, 1964; de Battaglia y Garritano, *Breve storia della resistenza italiana*, Florencia, 1974.

8 Los bombardeos arrasadores a ciudades como Dresden, Hamburgo, Colonia y Tokio, que causaron más muertes que las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, fueron simplemente un crimen contra la humanidad. Pero este juicio sólo puede ser hecho, por supuesto, por aquellos que no compartieron la responsabilidad moral por los aparatos mortales alemanes y japoneses. Para los generales y líderes alemanes y japoneses del momento, protestar contra tales bombardeos, mientras olvidaban sus propios actos criminales, es una descarada hipocresía. ¿No demandaban las instrucciones de guerra del Führer la destrucción de Kiev (una ciudad más grande que Dresden) con todos sus habitantes, y el arrasamiento de Leningrado (ciudad más grande que Hamburgo)?

media pusieron sus esperanzas especialmente en los americanos y los británicos mientras que los obreros finalmente le tenían menos temor a los soviéticos.”<sup>9</sup>

El grado de resistencia hacia los nazis en la misma Alemania ha sido subestimado sistemáticamente por parte de los historiadores. Todavía entre febrero de 1933 y septiembre de 1939, 225,000 hombres y mujeres fueron condenados en las cortes nazis por razones políticas. A esta cifra debemos añadir a los prisioneros sin previo juicio en los campos de concentración, quienes el 10 de abril de 1939 fueron estimados, en un informe secreto de la Gestapo, en más del 50% de convictos políticos: 162,734 comparado con 112,432. Había 27,369 prisioneros más acusados de crímenes políticos no condenados aún.<sup>10</sup> Así que no sería exagerado estimar entre 400,000 y 600,000 (dependiendo de los cambios de prisioneros en los campos de concentración) el número de alemanes arrestados como oponentes por los nazis desde el día en que éstos tomaron el poder hasta el comienzo de la guerra. Durante la conflagración las cifras aumentaron. En la primavera de 1943 los campos de concentración recibieron a unos 200,000 alemanes, muchos de ellos moribundos. Sólo entre el 1º de enero y el 30 de junio de 1944 (antes del terror masivo desencadenado como resultado de un atentado contra Hitler) fueron arrestados 30,000 ciudadanos por razones políticas, más otros 6,000 clasificados como “criminales”<sup>11</sup> (Estas cifras no incluyen a los extranjeros –trabajadores deportados, trabajadores extranjeros “libres”, trabajadores explotados, prisioneros de guerra, etc.– también arrestados por razones políticas, cuyo número es el doble de la cifra de los nacionales: en total, durante la mitad de ese año, más de 100,000 fueron hechos prisioneros en Alemania como oponentes del Tercer Reich). De acuerdo con una estimación americana, 1.663.550 de personas en Alemania fueron llevadas a campos de concentración en tiempos del Tercer Reich, y aproximadamente un millón de ellas eran nacionales.<sup>12</sup>

Fue el temor a Alemania (que estaba volviéndose revolucionaria) tanto como al creciente poder de la Unión Soviética en Europa, lo que estimuló el deseo de los aliados occidentales a tener sus tropas en Francia y Alemania en el momento del último aplastamiento militar. Como en Grecia, Italia y Yugoslavia, así también en Alemania la influencia de la Unión Soviética en los partidos comunistas fue vista como un baluarte potencial en contra de la “anarquía” –realmente “comunismo”– acechando tras la fuerza de los movimientos de resistencia que surgieron con toda su fuerza en marzo de 1943.

En ese mes, a raíz de una conversación que tuvieron los gobernantes americano y británico en relación con la izquierda en Europa, Harry Hopkins (el consejero

9 Ludolf Herbst, *Der Totale Krieg und die Ordnung der Wirtschaft*, Stuttgart, 1982, p. 237.

10 Gunther Weisenbom, *Der laudase Aufstand*, Hamburgo, 1962, p. 30.

11 *Ibid.*, pp. 133-34. Estas cifras fueron tomadas de un informe oficial para Thierack, el Ministro de Justicia nazi, aparecidas en Die Lage, una publicación confidencial distribuida exclusivamente entre los cuadros directivos del partido.

12 Eugene Kogon, *The Theory and Practice of Hell*, N. York, 1960, p. 251.

más cercano de Roosevelt) escribió en un memorándum: “Dije que pensaba que no había entendimiento entre la Gran Bretaña, Rusia y nosotros en cuanto a cuáles ejércitos estarían en donde y qué clase de administración debería desarrollarse [en las zonas ocupadas]. Dije que a menos que actuáramos con prontitud y seguridad, sucedería una de dos cosas: o Alemania se volvería comunista o se establecería un Estado abiertamente anárquico; que realmente lo mismo podría suceder en cualquiera de los países de Europa, así como en Italia... Obviamente ésta será una cuestión mucho más simple [que un acuerdo formal con los rusos] si los ejércitos británico y americano se encuentran bien armados en Francia y Alemania en el momento de la caída, pero nosotros debemos trazar un plan (con los británicos y los rusos) en caso de que Alemania caiga antes de que lleguemos a Francia.”<sup>13</sup>

Stalin también consideró la ocupación de los aliados de Occidente como un arma contra la “anarquía”, según el informe de Eden a Churchill, extraído de sus conversaciones de marzo de 1943. Stalin, señaló Eden, también quería un Segundo Frente en Europa por razones políticas, ya que: “Si Alemania caía, el no deseaba tomar toda la responsabilidad por lo que sucediera en ese país o en el resto de Europa y consideraba que era una cuestión decidida por la política exterior rusa que hubiera tropas británicas y americanas bien armadas en ese continente en el momento de la caída alemana. Eden expresó que esto era puramente su propio sentir y que estaba seguro que en varias partes de Rusia se tenía una opinión diferente, pero que, sin embargo, él pensaba que con la suya habrá establecido la posición de Stalin”<sup>14</sup>.

Una lucha social y antiimperialista fusionada –esta vez dirigida tanto en contra de los ejércitos invasores como de las potencias coloniales de Europa Occidental– surgió como tendencia dominante, en tiempos de la guerra, en la política de Asia, especialmente en China y en el Sudeste. Aquí las incontables e impredecibles fuerzas sociales obstaculizaron cada vez más los planes imperialistas para la región.

La clave para el futuro de Asia era la creciente resistencia a los violentos ataques japoneses, por parte de millones de campesinos pobres, aldeanos desarraigados y habitantes hambrientos de las ciudades del norte y centro de China.<sup>15</sup> El Ejército Imperial Japonés ocupó los puertos chinos, controló todas las estaciones del ferrocarril, tomó la mayoría de las ciudades importantes, puso una administración fija en las áreas ocupadas e intimidó al régimen de Chiang Kai-Shek obligándolo a una aceptación pasiva del gobierno de Tokyo sobre una gran parte del país. En realidad, la guerra debería haberse terminado. Eso era lo que el Alto Mando del Ejército y el gobierno de Tokyo esperaban ansiosamente que sucediera, mes

13 Documentos del Departamento de Estado de EUA, Ministerio de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos, 1943, vol. 3, p. 26.

14 Robert E. Sherwood, *Op. cit.*, pp. 711-12.

15 Sobre el movimiento de resistencia chino, ver *Unfinished Revolution*, de Israel Epstein, Boston, 1947; de Jean Chesneauux, *Peasant Revolts in China, 1840-1949*, Londres, 1973 (en español: Madrid, Siglo XXI de España, 1982).

tras mes, año tras año. Pero la guerra no desapareció con las tropas de Chiang. Por el contrario. La intolerable explotación y las humillaciones por parte de los imperialistas extranjeros habían despertado al “gigante dormido” de Asia: el pueblo chino; Se desarrolló una resistencia espontánea y la brutal respuesta japonesa sólo logró transformarla en un vasto ejército de guerrillas.<sup>16</sup> El liderazgo de este resurgimiento no venía de la burguesía china, que cada vez le temía más. En su lugar, el Partido Comunista de China se convirtió en el dirigente de la lucha nacional por la supervivencia.

Chiang y su cohorte vieron la fuerza de esta alianza de rápido desarrollo, encabezada por comunistas, con creciente preocupación. Los japoneses, en comparación, fueron vistos como un problema secundario que podría ser resuelto en cualquier caso por una victoria militar americana. Por su parte, los EUA se encontraron gastando grandes sumas de dinero en un aliado que no tenía intención de luchar, pero que al mismo tiempo era –desde el punto de vista de los intereses americanos a largo plazo en China– cada vez más difícil de reemplazar por una alternativa conveniente de derecha. La política de EUA en China tropezó así con la misma contradicción básica enfrentada por Gran Bretaña en los Balcanes, causada por el creciente entrelazamiento de guerras de liberación nacional y de clase. Entre más organizadas estaban las masas, más aumentaba la presión para el cambio revolucionario y, en consecuencia, estaba menos preparada la clase dominante para luchar contra los invasores. Las fuerzas de Kuomintang, en cambio, se reservaban para la prueba final de resistencia con el Ejército de Liberación del Pueblo. Por otro lado, entre menos luchaba Chiang contra los japoneses, más se convertía el Ejército de Liberación del Pueblo en el centro de la lucha de liberación nacional y la tendencia se inclinaba más a favor de la revolución.<sup>17</sup>

La aceleración de los problemas políticos y sociales a causa de la guerra no se limitaba a China. Reacciones y trastornos similares, que ni Washington, Londres o Vichy (más tarde París) habían previsto, se dieron entre poblaciones que habían ya padecido las condiciones inhumanas impuestas por el imperialismo occidental. En Filipinas, las hostilidades de la Segunda Guerra Mundial se juntaron con una guerra civil que se remontaba a los años treinta. La resistencia contra la ocupación japonesa, encabezada principalmente por comunistas, llegó a tener un ejército de

16 En 1942 el general japonés Okamura proclamó oficialmente la doctrina de *Senko Seisaku* o “de los tres todo”: quemar todo, maten todo, destruyan todo.

17 Un acontecimiento muy similar ocurrió en Yugoslavia en donde, ya en 1941, los *Chetniks* bajo el mando de Mihajlovic (reconocido en el momento como un ejército aliado) decidieron que la principal amenaza eran los comunistas en lugar de los alemanes. Dado el horrible intento de muchos historiadores occidentales e incluso algunos yugoeslavos, por ejemplo Veselin Djuretic, para rehabilitar a Mihajlovic, es necesario reafirmar que no hay duda de que los *Chetniks* colaboraron activamente con los fascistas nazis e italianos; para probar esto es necesario solamente consultar documentos oficiales alemanes como *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht*, p. ej.: vol. 5, pp. 98-9, 168-71 y vol. 7, pp. 637-640, 706-07.

100,000 hombres controlando gran parte del archipiélago. La reaparición de las tropas americanas indicaron el principio de una contrarrevolución, una guerra civil que ha durado con irregularidad hasta nuestros días.<sup>18</sup>

Mientras que los filipinos, de una manera general, luchaban contra los ejércitos japoneses, los indonesios, durante siglos explotados y reprimidos por el imperialismo holandés, recibían a las tropas invasoras en 1942 como liberadores, para sorpresa de muchos, incluyendo a los mismos japoneses. Comenzó una movilización antiimperialista que, en los años que siguieron a la derrota de Japón iba, con el apoyo tácito de EUA, a dar fin al Imperio Holandés. Mientras tanto el movimiento de resistencia de Indochina peleaba obstinadamente contra todos los proyectos de “normalización” colonial de la posguerra intentados por los británicos, chinos nacionalistas, franceses y, mucho después por las fuerzas americanas, en combinación con la clase dominante del lugar. Para los indochinos la guerra no terminó en 1945 sino que continuó hasta mediados de los años setenta: su lucha (que duró cerca de treinta y cinco años) dirigida contra Japón, Francia y los EUA sucesivamente, no tiene paralelo en la historia contemporánea. Dado su relativo aislamiento, los tremendos sacrificios que ésta impuso sobre la población y la destrucción humana y material que acarreó, los resultados han sido más penosos para este valeroso pueblo (calamitosos en Kampuchea) de lo que se hubiera esperado o deseado. La estrategia viciosa del bloqueo político y económico dirigida contra Vietnam en particular, desde 1975, por EUA, ha hecho mucho por amargar los frutos de la victoria. Todavía la inflexible y magnífica lucha de los vietnamitas continúa considerándose como un monumento a la fuerza de las aspiraciones populares y a la resistencia militar, capaz de acabar rudamente con la arrogancia y presunción imperiales. En Vietnam, como en China, la violenta intrusión de la guerra de clase en el conflicto interimperialista fue confirmada como un fenómeno transcontinental en la Segunda Guerra Mundial.

En la India también la resistencia por parte de las masas contra la presencia colonial británica persistió durante la guerra, a pesar de todos los halagos de la ideología “antifascista” ardientemente empleados contra las luchas masivas autónomas por parte del Partido Laborista Británico y el Partido Comunista de la India (un partido notable, diferente al de China o Vietnam, por su obediencia servil hacia Moscú). Fuera de la zona de guerra japonesa, el conflicto igualmente dio un poderoso ímpetu a los sentimientos antiimperialistas y a la resistencia organizada, por ejemplo, entre crecientes sectores de las masas árabes, especialmente en Egipto y Argelia. El 8 de mayo de 1945 hubo grandes demostraciones en Setif en favor de la independencia argelina. Le siguió una masacre causada por el ejército colonial: de

18 El movimiento Hukbalahap tomó la causa de la reforma de la tierra durante la administración de Quirino (1948-53); fueron atacados militarmente a finales de 1945. Ver de R. A. E. Smith, *Philippine Freedom*, 1946-1958, N. York, 1959. De Benedikt J. Kerkutiet, *The Huk Rebellion*, Quezon City, 1979; de William J. Pomeroy, *The Forest*, Berlín, 1965 (en español: La Habana, Ed. Venceremos, 1975); de Renato Constantino, *A History of the Philippines*, N. York, 1975.

acuerdo con las fuentes nacionalistas, la represión costó cerca de 40,000 muertos. ¡El Partido Comunista Francés, absolutamente comprometido en su luna de miel de colaboración de, clase, con Maurice Thorez, encargado de la vice-presidencia en el gabinete de De Gaulle, se comportó escandalosamente, llegando al extremo de encubrir la represión, llamando nazi al gobierno nacionalista argelino! Una represión colonial similar fue emprendida por el gobierno de De Gaulle-Thorez-Ramadier contra los movimientos nacionales sirio y libanés en mayo-junio de 1945. A pesar de que los imperialistas franceses y británicos lograron temporalmente volver a imponer su gobierno, la radicalización política de la pequeña burguesía urbana (en Egipto, los jóvenes oficiales) iba a conducir, una década más tarde, al fenómeno del nasserismo y al brote de la revolución argelina.

Las burguesías imperialistas; las burguesías de los países independientes, coloniales y semi-coloniales; las clases profesionales y la *intelligentsia*; las pequeñas burguesías urbana y rural; la clase trabajadora; la clase terrateniente; el campesinado pobre y desposeído, todas estas clases y fracciones de clases, importantes y sin importancia, organizadas en Estados y ejércitos, partidos, organizaciones y movimientos profesionales, entraron voluntaria o compulsivamente en el cataclismo de una guerra que empezó como una lucha inter-imperialista por el poder mundial. Dada la participación de esta multitud de fuerzas sociales mutuamente antagónicas, ¿cómo hemos de caracterizar a la Segunda Guerra Mundial?

A finales de 1945 la guerra se habrá convertido no sólo en transcontinental sino, también, en un asunto multiplicado que comprendía: la lucha de clases revolucionaria desde abajo; la revolución desde arriba; los movimientos de liberación nacional bajo los liderazgos burgués y proletario; la reforma del antiguo orden; y la contrarrevolución violenta. El resultado exacto de cada instancia dependía de la fuerza y madurez de los liderazgos de clase, del grado de importancia que los vencedores atribuyeran a un país o área determinados, y de su habilidad para imponer un convenio político.

Teniendo esto en mente, el carácter global de la Segunda Guerra Mundial debe comprenderse como una combinación de cinco conflictos diferentes:

1. Una guerra inter-imperialista por la hegemonía mundial y ganada por EUA (aunque su dominio se vería territorialmente truncado por la extensión del sector no-capitalista en Europa y Asia).
2. Una guerra justa de autodefensa de la Unión Soviética contra un intento imperialista por colonizar el país y destruir los logros de la Revolución de 1917.
3. Una guerra justa del pueblo chino contra el imperialismo que se desarrollaría dentro de una revolución socialista.
4. Una guerra justa de los pueblos coloniales asiáticos contra varias potencias militares y por la liberación nacional y la soberanía, que en algunos casos (por ejemplo: Indochina) se mezcló con una revolución socialista.
5. Una guerra justa de liberación nacional llevada a cabo por las poblaciones de los países ocupados de Europa, que se transformaría en revolución socialista

(Yugoslavia y Albania) o una guerra civil abierta (Grecia, Norte de Italia). En el Este de Europa el antiguo orden derrumbado bajo la doble presión desigual de las aspiraciones populares y la acción burocrático-militar soviética, mientras que el orden burgués del Oeste y el Sur era restaurado –a menudo contra los deseos de las masas– por las tropas aliadas occidentales.

Por “guerras justas” se entienden guerras que *tuvieron* que librarse y cuyos revolucionarios apoyaron entonces y lo hacen ahora. Esta caracterización anula la ambigüedad política de la fórmula de acuerdo con la cual las fuerzas activas en la guerra están divididas en “fascistas” o “anti-fascistas”, estando basada esa división en la noción de que –por su naturaleza específica– las formas de imperialismo alemanas, italianas o japonesas debían haber sido combatidas en alianza con las clases dominantes de Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia, etc. La política de “alianza anti-fascista”, cualquiera que sea el significado semántico de las palabras involucradas, equivale en realidad a la sistemática colaboración de clases: los partidos políticos, y especialmente los partidos comunistas que sostenían que los estados imperialistas occidentales estaban haciendo una guerra justa contra el nazismo, acabaron formando gobiernos de coalición después de 1945, en donde participaron activamente en la reconstrucción del Estado burgués y la economía capitalista. Además, esta interpretación incorrecta del carácter de la intervención de los estados occidentales en la guerra llevó a una traición sistemática de las luchas antiimperialistas de los “pueblos coloniales”, sin mencionar la contrarrevolución en Grecia.

## 4. RECURSOS

Las guerras mundiales son el resultado de la tendencia del imperialismo hacia el expansionismo agresivo. Pero también tienen una causa más específica. Son resultado del funcionamiento de la ley del desarrollo desigual, esto es, a partir de la contradicción entre la tendencia del equilibrio industrial-financiero de las fuerzas imperialistas a sufrir modificaciones periódicas (mediante el ascenso repentino de clases burguesas específicas previamente retrasadas en su desarrollo) y la tendencia para la división del mundo en esferas de influencia a permanecer estancada durante un periodo más largo. Esta última división está reflejada en la reconstrucción militar-naval, en las alianzas internacionales y el comercio preferencial, en los sistemas monetario y aduanero que cambian mucho más lentamente que la relación de fuerzas industrial-financieras en y por sí mismas.

Hillman<sup>1</sup> estima como sigue la participación en términos de porcentaje de las diferentes grandes potencias en la producción industrial total global en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

|              | 1937 | 1938  |
|--------------|------|-------|
| EUA          | 35.1 | 28.7* |
| URSS         | 14.1 | 17.6  |
| Gran Bretaña | 9.4  | 9.2   |
| Francia      | 4.5  | 4.5   |
| Alemania     | 11.4 | 13.2  |
| Italia       | 2.7  | 2.9   |
| Japón        | 3.5  | 3.8   |

\* Este descenso en el porcentaje se debe a la crisis económica de 1938

Hillman calcula la participación de estas potencias en lo que él llama el “potencial de la economía mundial de armamentos” en 1937:

<sup>1</sup> H.C. Hillman, “Comparative Strength of the Great Powers” en Toynbee y Ashton-Gwatkin (eds.), *Survey of International Affairs*, 1939-46: *The World in March 1939*, Londres, 1952.

|              |      |
|--------------|------|
| EUA          | 41.7 |
| URSS         | 14.0 |
| Gran Bretaña | 10.2 |
| Francia      | 4.2  |
| Alemania     | 14.4 |
| Italia       | 2.5  |
| Japón        | 3.5  |

Si uno compara estos porcentajes con el mapa del mundo, la incongruencia es sorprendente. A final de cuentas es el equilibrio de fuerzas industrial-financiero, en unión con el peso de los factores político-sociales, lo que decide el resultado de cualquier conflicto para una nueva división del mundo en imperios coloniales y/o esferas de influencia imperialistas. Las guerras son precisamente un mecanismo para ajustar o adaptar el equilibrio de fuerzas militar y político a uno nuevo de carácter industrial-financiero, a través de la victoria (o victoria parcial) de algunas y de la derrota (o derrota parcial) de otras potencias.

Debe quedar establecido desde el principio que lo que es relevante en el cálculo de los diversos recursos económicos de las potencias no es solamente la capacidad productiva de sus industrias y el potencial humano disponible (número de hombres y mujeres capaces de ser obligados a trabajar en la producción) en un sentido puramente cuantitativo. Utilizamos la expresión “fuerza industrial-financiera” en lugar de “fuerza industrial” porque es importante, en particular, incluir el oro y las reservas monetarias, mediante las cuales pueden suplementarse los recursos nacionales con aquellos importados de otros países. Por lo tanto, la expresión implica un grado de “solidez” de la moneda nacional, es decir, su convertibilidad en oro o moneda extranjera “sólida”. Esto también implica la capacidad física para transportar bienes comprados en otros países a un lugar deseado por una determinada potencia en guerra.<sup>2</sup>

Al mismo tiempo la fórmula “fuerza industrial-financiera” incluye el grado de entrenamiento, habilidad y cultura de una determinada fuerza de trabajo. Junto con el oro y los valores en reservas monetarias, éste es uno de los fondos de reserva

<sup>2</sup> A pesar de sus desvarios demagógicos contra la “plutocracia”, los líderes nazis tenían una veneración casi mística por el oro, por la razón práctica de que lo necesitaban para pagar las escasas materias primas importadas de los países neutrales. De ahí, por ejemplo, que hicieran extraordinarios esfuerzos por recobrar los depósitos de oro de los bancos centrales de Bélgica y Holanda (de aproximadamente 1,600 millones de francos suizos en ese momento) que habían sido desviados hacia el *Banque de France* en mayo de 1940 y transportados a Dakar después de la caída de Francia. La historia de este intento es como una novela, llevada a cabo con caravanas a través del desierto y conspiraciones de espionaje. Este oro (cuyo valor actual sería de 5,000 millones de dólares) los nazis pudieron comercializarlo sólo con la complicidad del mundo bancario suizo, sobre todo el banco central suizo. Werner Rings, *Raubgeld aus Deutschland*, Frankfurt, 1955.

clave de una potencia industrial contemporánea, y no se le puede hacer desaparecer con bombardeos, como lo descubrieron para su desgracia Alemania, Gran Bretaña y EUA. Es tan difícil destruir el potencial humano capacitado de un país importante como lo es destruir el oro. Sólo puede ser eliminado como una fuente de la fuerza del competidor a través de la completa destrucción física o de su aprehensión directa.

Por lo que respecta a las materias primas vitales, otra vez, es importante distinguir entre las que pueden encontrarse o producirse en el territorio controlado por una determinada potencia y aquellas que esa potencia pueda comprar o, de otra manera, integrar físicamente en su producción industrial. Alemania era pobre en producción y requería el acceso a materias primas vitales como petróleo, caucho, acero, minerales, aluminio, níquel y varios metales preciosos necesarios para aleaciones claves utilizadas en la fabricación de armas. Pero, contra lo que muchos estrategas occidentales y de la URSS creyeron, esta carestía no limitó el potencial industrial de Alemania, ni siquiera en la producción de armas, no obstante la duración de la guerra.

En primer lugar, en años anteriores el centro militar industrial alemán se había embarcado en un enorme programa de acumulación de reservas de materias primas vitales. Ciertamente esto se había convertido en uno de los aspectos esenciales de los preparativos de guerra.<sup>33</sup> Una vez que ésta hubo empezado, y después de la firma del Pacto Molotov-Ribbentrop, importantes adiciones llegaron de la misma Unión Soviética, o por su mediación.<sup>4</sup> En segundo lugar el mismo centro había organizado sistemáticamente la sustitución de ciertas materias primas químicas (sobre todo petróleo y caucho sintético), generalmente extraídas del carbón, por las naturales, porque sabían que escasearían en caso de una acción bélica prolongada. Estos preparativos tuvieron mucho éxito, a pesar de que hicieron a los recursos vulnerables a un ataque aéreo concentrado. En tercer lugar, la conquista militar y la ocupación a largo plazo de territorios específicos dieron al aparato de guerra alemán acceso a bienes que no podía producir ni tenía la capacidad económica para comprar. Por mencionar un ejemplo: al ocupar Francia, Alemania adquirió una reserva de gasolina natural más grande que toda la producción anual de petróleo sintético en las fábricas alemanas. El Alto Mando Alemán y Hitler personalmente estaban obsesionados con este aspecto del saqueo físico directo y en varias ocasiones modificaron las prioridades militares básicas

3 En agosto de 1936 Hitler redactó un memorándum en el que desarrollaba un plan para la completa autarquía de Alemania en un plazo de cuatro años, en el que se volvería absolutamente “capaz” de conducir la guerra (*Kriegsfähig*) en 1939-40. Reproducido en *Vierteljahrsschrift für Zeitgeschichte*, No. 3, 1955, p. 204.

4 Las exportaciones soviéticas a Alemania en 1940-41 incluían 1,000,000 de toneladas de trigo y petróleo, 100,000 de algodón, 500,000 de mineral de hierro, 300,000 de chatarra y una gran cantidad de platino y manganeso. A los nazis también se les ofreció el uso de los sistemas de transporte para importar mercancía de Asia y América Latina. *Nazi-Soviet Relations: Documents From the Archives of the German Foreign Office* y Washington, Departamento de Estado, 1948, pp. 83, 109, 200.

de acuerdo con ese objetivo.<sup>5</sup> En cuarto lugar, la fuerza militar capacitaba a Alemania para chantajear a las potencias neutrales en la “venta” de materias primas ya fuera con papel moneda cada vez más devaluado o mediante el intercambio en la forma de trueque. Un ejemplo que se destaca de esto fue el mineral de hierro sueco, pero también el cromo turco y el volframio portugués.<sup>6</sup> Henri Michel resumió así la colaboración de Suecia: “De 1940 en adelante, y durante la guerra, [Suecia] proporcionó a Alemania virtualmente todo el mineral de hierro que no procesó, o sea unos 9 millones de toneladas al año. Después de objeciones iniciales, permitió al *Wehrmacht* despachar o retirar las tropas y el equipo a través de su territorio por ferrocarril, o por todas sus costas. Entre julio y diciembre de 1940 se movilizaron 130,000 hombres en esta forma, en ambas direcciones y en más de 500 vagones. En el tiempo en que toda división alemana, con armas y bagaje, viajó a través de Suecia hasta las líneas finas contra la Unión Soviética, en junio de 1941, la neutralidad sueca era escasamente sólo una ficción, desde el momento en que los aviones nazis volaban libremente por su espacio aéreo. No obstante que Suecia trazó una línea que se determinó no cruzar, se rehusó a firmar un tratado político con Alemania y rechazó las propuestas alemanas para integrarse, no solamente *de facto* sino expresamente, al orden económico de la Europa dominada por los nazis. Suecia disfrutó de los beneficios de su política, que estaban lejos de ser despreciables: se le permitió comprar carbón alemán tres veces más barato que en Suiza; y si sufrió pérdidas económicas con el Tercer Reich, como le pasó al resto de Europa, en su caso fueron muy moderadas.”<sup>7</sup>

Por medio de la conquista, Alemania impuso el mismo “sistema de liquidación” sobre los propietarios de grandes fábricas en Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega y, más tarde, Italia, en donde las fábricas trabajaban tiempo completo para la industria de guerra alemana, mientras los países ocupados recibían cada vez menos “valor real” a cambio de sus entregas.<sup>8</sup> En Checoslovaquia, Yugoslavia

5 El objetivo de la malograda ofensiva del Cáucaso de 1942 era la apropiación de los campos petrolíferos de Baku. Incluso la campaña de 1941 contra la Unión Soviética estaba decisivamente influenciada por el deseo de apoderarse de la riqueza de Ucrania y los Donets aún antes de que el Ejército Rojo fuera decisivamente derrotado.

6 En 1940 el 90% de las importaciones alemanas de mineral de hierro y el 45% del consumo total del hierro alemán provino de Suecia. El manganeso y el níquel habían sido almacenados de tal forma que a principios de la guerra las reservas de manganeso eran suficientes para quince o veinte meses y las reservas de níquel para seis meses. Los envíos soviéticos durante el pacto Hitler-Stalin y el subsecuente saqueo de los recursos soviéticos, junto con los pequeños envíos de Eslovaquia, mantuvieron estables las reservas de manganeso hasta el final de la guerra. El níquel vino de la mina de Petsamo, en Finlandia, hasta 1944. El plomo fluyó desde Turquía hasta 1943, luego de los Balcanes. El 63% de los requerimientos alemanes de volframio se cubrieron con importaciones desde España y Portugal. Alan S. Milward, *Der Zweite Weltkrieg: Krieg, Wirtschaft und Gesellschaft, 1939-1945*, Munich, 1977, pp. 335-37.

7 Henri Michel, *La Seconde guerre mondiale*, París, 1969, pp. 332-33.

8 El sistema de liquidación significaba que Alemania no tenía que pagar el déficit de su balanza de pagos en moneda extranjera; a las empresas exportadoras de los socios

y Polonia, la planta industrial estaba en la mayoría de los casos apropiada directamente, como lo estaba en los territorios ocupados de la Unión Soviética.

En cuanto a Japón, la ofensiva de 1941-42 tenía como único objetivo importante obtener petróleo y bauxita de Indonesia, caucho y estaño de Malasia y arroz de Indochina, Tailandia y Birmania, tanto como para crear una gran reserva estable de recursos de las materias primas que se requerían para una larga guerra contra China, EUA y Gran Bretaña. Después de eso, la transportación de estas materias a la patria; de ahí que la necesidad de mantener abiertas las rutas marítimas entre Singapur y Yokohama/Kobe se convirtió en el objetivo militar clave del imperialismo japonés.

Mientras que todas estas consideraciones tienen que tomarse en cuenta para juzgar el equilibrio de las fuerzas industrial-financieras en su conjunto, sin embargo es la capacidad productiva básica de un país –su industria, agricultura y transporte– lo que sigue siendo el índice más seguro de poder económico. Y aquí es donde a las leyes de la reproducción se les reconoce su valor. No hay forma en que los tanques puedan producirse con armas o los aviones con depósitos de municiones. Para hacer tanques y aviones se necesitan máquinas-herramientas, acero y aluminio; y para producir éstos se necesitan otras máquinas-herramientas, mineral de hierro, coque, bauxita, petróleo o carbón. Una vez forzados –a fin de cuentas a través de la escasez de toda la capacidad industrial necesaria y/o de materias primas– a producir menos máquinas-herramientas, menos acero o menos carbón, inevitablemente se acabará por fabricar cada vez menos armas y aviones.

La ley de hierro de la reproducción no se aplica solamente al dominio de los medios de producción. También se aplica al campo de los bienes de consumo. Los artículos de primera necesidad son precondiciones materiales para la reproducción de la fuerza de trabajo humana, es decir, son medios indirectos de producción. Sin un consumo normal de calorías, la fabricación de tanques, armas y aviones regularmente descenderá. La fórmula de Goering de “armas en lugar de mantequilla” tiene sentido sólo a corto plazo. A la larga no se pueden fabricar suficientes armas sin la mantequilla necesaria. Sin una capacidad global determinada (y regularmente en aumento), cualquier potencia industrial que se embarque en la producción de guerra en gran escala acabará por disminuir la producción civil, que a su vez reducirá a la base material para cualquier expansión adicional de la misma producción de guerra.

Los intentos por parte de la ciencia académica para determinar con mayor precisión el concepto de “potencial de guerra” generalmente adolecen de una insuficiente comprensión de la dinámica de las leyes de la reproducción. Nicholas

---

comerciales se les pagó en moneda nacional. Las balanzas, a una tasa de intercambio favorable para el Reich, fueron asignadas por escrito para las importaciones de Alemania. Pero entre más se transformaba la economía alemana en una economía de guerra, menos mercancía tenía disponible para la exportación y más significaba el ítem de liquidación un saqueo directo, “compensando” la deuda externa en pagarés con las importaciones alemanas.

Kaldor, por ejemplo, escribe<sup>9</sup>: “El potencial de guerra de cualquier país debe estar determinado al menos por uno de los siguientes factores: el equipo capital para la industria, el potencial humano disponible, el abastecimiento de materias primas y, finalmente, la capacidad y habilidad de sus organizadores industriales, ingenieros y técnicos... los últimos límites para el potencial de guerra de un país están determinados simplemente por la cantidad y calidad de su potencial humano, y por la riqueza en minerales de las zonas que están bajo su control o con las que está comerciando.” La fórmula de Milward adolece de la misma debilidad: en ella el potencial de guerra es igual a  $p+r+S+e^*f$ ; en la que  $p$  representa el Producto Nacional Bruto,  $r$  la reserva de la economía,  $S$  los ahorros de una reducción de inversiones de reemplazo comparada con aquellas en tiempo de paz,  $e^*$  y  $f$  la eficiencia reducida como resultado de una administración menos competente. La reducción en la productividad del trabajo ni siquiera está considerada, y las proporciones precisas en que el Producto Nacional Bruto tiene que dividirse con el fin de provocar una expansión de la producción de guerra posible en una determinada época de depresión, no están tomadas en cuenta.<sup>10</sup>

El problema del potencial humano requerido tanto para un crecimiento monstruoso en las fuerzas armadas como para la industria capaz de abastecerlas con un flujo regular de armas cada vez más sofisticadas, se convirtió en una fuente de desarrollo de crisis y en una cuestión de alternativas agonizantes para todas las principales potencias durante la Segunda Guerra Mundial, con excepción de EUA. (Y aun en ese país, debido en parte a la afluencia masiva de aparceros negros sureños a las ciudades industriales del norte, causó trastornos graves y duraderos en la estructura social.) Entre mayo de 1939 y septiembre de 1944 la fuerza de trabajo comprometida en la economía alemana descendió de 39 a 28 millones, siendo las mujeres más de un cincuenta por ciento del total. Simultáneamente, el número de trabajadores extranjeros y prisioneros comprometidos en la economía ascendió de 300,000 a 7.5 millones. Así los nazis, que habían anunciado su deseo de “limpiar” Alemania de “razas inferiores”, importaron diez veces más de los llamados *Untermenschen* que el número de judíos y gitanos que mataron abiertamente o en los campos de concentración: las necesidades económicas reemplazaron la obsesión racista con implacable lógica.

El balance de la acción recíproca de todos los recursos humanos y materiales enumerados (incluyendo los llamados sociales y morales) que se requieren para conducir una guerra de larga duración fue resumida en las cifras que aparecen en la página siguiente, producidas por el autor alemán Dieter Petzina.<sup>11</sup>

Estas cifras son, en parte, engañosas. Dejan afuera las contribuciones directas francesas e italianas a la industria de guerra alemana (las contribuciones indirectas

---

9 Nicholas Kaldor, *The German War Economy*, documento leído en la Sociedad de Estadística de Manchester el 22 de mayo de 1946.

10 Milward, pp. 41-2

11 Dieter Petzina, *Die Deutsche Wirtschaft in der Zwischenkriegszeit*, Wiesbaden, 1977, p. 151.

están incluidas en las cifras de la producción total de Alemania). Se abstrae la calidad diferencial de armas. En particular subestiman el avance industrial de EUA, que tuvo un aumento elevado en 1944 (la cifra de este año por lo menos duplica las de Alemania, Francia y Japón juntas). Ocultan el descenso de la producción de armas soviéticas en la segunda mitad de 1941.<sup>12</sup> Sin embargo reflejan la relación de fuerzas básicas en forma inequívoca. A la luz de esto puede verse que no había forma en que Alemania y Japón pudieran haber vencido la alianza conducida por EUA ni en cuanto a la guerra ni en cuanto a recursos para realizar el conflicto.

|              | Producción de armas<br>(miles de millones de dólares de 1944) |      |      |      |
|--------------|---|------|------|------|
|              | 1939  | 1940 | 1941 | 1942 |
| Alemania     | 3.4   | 6.0  | 6.0  | 13.8 |
| Gran Bretaña | 1.0   | 3.5  | 6.5  | 11.1 |
| URSS         | 3.3   | 5.0  | 8.5  | 13.9 |
| EUA          | 0.6   | 1.5  | 4.5  | 37.5 |
| Japón        | 0.6   | 2.0  | 3.4  | 4.5  |

Se pueden deducir algunas conclusiones adicionales. El avance de Alemania en rearmamento a principios de la Segunda Guerra Mundial esta gráficamente registrado en las cifras de 1939-40, como lo está el atraso de EUA para convertirse en una economía de guerra. El tremendo esfuerzo productivo de Gran Bretaña después de Dunquerque está también notablemente descrito; en efecto, excedió la producción de armas alemanas en 1941. Y el enorme esfuerzo alemán para alcanzar la producción total de rápido crecimiento de sus enemigos, rindió mejores resultados de lo que en general se ha aceptado. Pero lo que es especialmente sorprendente es el gran aumento de la producción de guerra soviética entre 1941 y 1943 (las cifras de 1944 son aún más elevadas) a pesar de la captura, por parte de los nazis, de más del cuarenta por ciento de los recursos industriales soviéticos mediante la ocupación de Bielorusia, Verania, el valle del Donetz, y la destrucción

12 De acuerdo con John Erickson, "en noviembre [1941] la pérdida de 300 fábricas para el enemigo despojó al Ejército Rojo de lo que había sido una producción mensual de 8.5 millones de cápsulas para cartuchos, cerca de 3 millones de minas y 2 millones de bombas aéreas. La pérdida de plantas químicas retardaron la producción total de explosivos... el desequilibrio entre la producción de cañones y la producción total de municiones aumentaba semana con semana... La producción total de municiones empezó a descender en agosto y se vino abajo al final del año... La producción de aviones se elevó salvajemente de 1,807 en julio a 2,329 en septiembre hasta bajar a un número catastrófico de 627 en noviembre... Para la segunda mitad de 1941, sólo un poco más de la mitad de la producción total planeada de tanques fue echada a andar." (*The Road to Stalingrad*, p. 233).. Todas estas cifras fueron tomadas de fuentes oficiales soviéticas, sobre todo del volumen 6 de *History of the Great Patriotic War of the Soviet Union* (Istoriya Velikoi Otechestvennoi Voiny Sovietskogo Soyusa, 1941-1945), Moscú, 1960.

de las fábricas de Leningrado y Stalingrado. Así, no obstante que dramáticamente se desplomara toda la producción industrial soviética en el verano y otoño de 1941, llegando a su nivel más bajo en diciembre de ese año, se recobró con una rapidez tal que ningún observador extranjero pensó que fuera posible, demostrando la superioridad económica y social de una economía dirigida. Esta asombrosa recuperación se debió a cuatro factores básicos: el desarrollo sistemático de la base industrial en los Urales y otras regiones orientales durante el segundo y tercero de los planes quinquenales (en junio de 1941 el 39% del acero soviético, el 35% de su carbón y el 25% de su electricidad provinieron del este); el exitoso intento en los dos últimos meses de 1941 para desmantelar la planta industrial en el oeste de la URSS y transportarla más al este, comprendiendo algunas 1,360 grandes fábricas; la construcción de 2,250 fábricas nuevas en la parte oriental del país en 1942-44; y el tremendo compromiso individual de la clase obrera y de las mujeres campesinas soviéticas de sostener la producción bajo terribles, a veces inhumanas, condiciones de privación y destrucción.<sup>13</sup>

En 1942, la balanza de los recursos materiales se había inclinado decisivamente en contra de Alemania y Japón, siendo la entrada de América el factor crucial, pero de ninguna manera el único. A mediados de 1944 los recursos humanos y materiales de Alemania y Japón fueron severamente agotados. En Japón la reproducción se redujo al punto en que la maquinaria en funcionamiento fue convertida en chatarra para la fabricación de armas. En Alemania los sectores clave de la economía de guerra fueron paralizados por los cuellos de botella debidos a los déficits, afectando en particular la producción de petróleo sintético (en el momento en que los campos petroleros de Rumania ya no estaban disponibles) y la de cojinetes de bolas.<sup>14</sup> Además, se hizo imposible cada vez más sostener el nivel existente de las fuerzas armadas y el potencial humano industrial. La afluencia de prisioneros y de mano de obra oprimida se detuvo con las sucesivas derrotas militares y la pérdida de territorios ocupados. El patético esfuerzo del *Volkssturm* en el reclutamiento de jovencitos y ancianos pensionados, por ejemplo, indica el descenso absoluto en recursos humanos disponibles para el imperialismo alemán. Desde ese momento y en adelante, el esfuerzo del Eje en la guerra ya no tuvo la base material para sostenerla. Ya no era cuestión de evitar la derrota: sólo era cuestión de cuánto duraría la agonía.

13 En un informe para el *Stavka* en vísperas de la contraofensiva soviética en Stalingrado, los mariscales Vasilevskii y Zhukov, del Ejército Rojo, alabaron la contribución vital de los trabajadores soviéticos para la ofensiva: "La concentración de fuerzas y el abastecimiento vital se ha debido al esfuerzo titánico de los trabajadores del transporte ferroviario y fluvial y a aquéllos cuyos encargos adicionalmente ordenados por la GKO, especialmente la expansión de la red de ferrocarriles del área del frente, terminaron con lo que es meramente una infracción insignificante del itinerario estipulado." Erickson, p. 459.

14 Los recursos totales disponibles de los productos del petróleo descendieron de un promedio de 10 millones de toneladas en 1941, 1942 y 1943 a cerca de 6 millones de toneladas en 1944. Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft* vol. II, pp. 354-55. Sobrevino una desastrosa escasez de combustible para aviones y blindaje. Ver de Albert Speer, *Inside the Third Reich: Memoirs*, Londres, 1970.

## 5. ESTRATEGIA

La cuestión de la estrategia en la Segunda Guerra Mundial tiene que verse a la luz de la famosa frase de Clausewitz, citada con frecuencia, pero también a menudo mal entendida: “la guerra es una continuación de la política por otros medios”. El problema radica en el término *continuación*. En una guerra, los medios militares específicamente son utilizados para adelantar una determinada meta política (más precisamente socio-política, económico-política y clasista-política). De ahí que el subsecuente establecimiento de la paz deba medirse no tanto por el daño o derrotas infligidas al enemigo, sino por el grado alcanzado en la realización de la meta política.

La definición de estrategia más detallada y en consecuencia muy útil, es la del general David Fraser: “El arte de la estrategia consiste en determinar la finalidad, que es, o debe ser, inherentemente política; derivar de ese fin una serie de objetivos militares a conquistar; determinar estos objetivos en cuanto a los” requisitos militares que se establezcan y las precondiciones que el logro de cada uno de ellos probablemente exijan; medir los recursos potenciales y disponibles frente a los requisitos; y trazar a partir de este proceso un patrón coherente de prioridades y un curso de acción racional.”<sup>1</sup>

Pero si bien esta definición es útil porque concentra en ella la necesidad de determinar prioridades a la luz de los recursos disponibles o potenciales para el logro de una meta política central (es decir, establece correctamente la relación dialéctica entre política y guerra) es, sin embargo, crucialmente defectuosa ya que descuida las determinantes y restricciones decisivas que rigen la elección de prioridades y, con ello, el uso de los recursos disponibles: la naturaleza clasista del Estado que hace la guerra y por tanto los intereses de clase que esencialmente determinan las consideraciones militares y geopolíticas. La libertad de elección de una clase dominante nacional determinada está decisivamente limitada por la correlación de fuerzas sociales y materiales.

Respecto a la correlación *social* de fuerzas, a principios de la Primera Guerra Mundial Franz Mehring, añadiendo nuevas ideas a la fórmula de Clausewitz, escribe: “La guerra es una explosión (*Entladung*) de contradicciones históricas que se han agudizado a tal punto que ningún otro medio está disponible para su solución, ya que no hay juez en una sociedad de clases que pueda decidir por medios jurídicos o morales aquellos conflictos que serán solucionados por las armas en la guerra. La guerra es, por lo tanto, un fenómeno político, y no jurídico, moral o penal.

<sup>1</sup> David Fraser, *Alanbrooke*, Londres, 1982, p. 215.

La guerra no se conduce para castigar a un enemigo por culpas supuestas o reales, sino con el fin de romper su resistencia a la prosecución de intereses propios. La guerra no es una cosa en sí misma, que posea su propia meta; es parte orgánica de una política a cuyas conjeturas permanece unida y a cuyas necesidades tiene que adaptar sus propios logros. Se ha discutido mucho sobre si es la política exterior la que determina la política interna o viceversa. Pero cualquiera que sea la opinión a este respecto, las dos están indiscutiblemente vinculadas una a la otra: no se puede actuar en el campo de una sin provocar reacción en el de la otra. Es posible que no se entienda esta interrelación, pero esa falta de comprensión no la elimina. Se pueden tratar de suspender las luchas de clase y de partido durante una guerra, con gusto o de mala gana, deliberadamente o bajo coacción, pero como quiera que se haga, estas luchas continuarán aunque sólo sea en forma latente. No obstante, bajo la influencia de la guerra, la correlación de fuerzas entre las diferentes clases y partidos es considerablemente modificada.”<sup>2</sup>

Lenin aceptó la interpretación que Mehring hace de Clausewitz y, de manera característica, le dio mayor precisión. La Primera Guerra Mundial era “una continuación de la política de las grandes potencias y de las principales clases dentro de ellas”. El carácter social de la guerra estaba así determinado por la política bajo la cual la guerra continuaría, por la clase que conducía la guerra y decidía sus metas. En un análisis de las estrategias adoptadas por los estados combatientes en la Segunda Guerra Mundial se debe, por tanto, tener en cuenta que ellas reflejaban no sólo las intenciones de la “política exterior” de las naciones-estados sino, también, las luchas de clase y de partido “internas”; es decir: se deben entender en su determinación global de clase.<sup>3</sup>

En cuanto a la correlación material de fuerzas, lo que puede e intenta hacer el enemigo pesa mucho sobre cualquier elección racional que el gobierno haga de sus prioridades en la utilización de los recursos.<sup>4</sup> La mayoría de las potencias comprometidas en la Segunda Guerra Mundial subestimaron este aspecto de la estrategia, pagando muy caro por sus errores.

<sup>2</sup> Franz Mehring, “Vom Wesen des Krieges”, *Die Neue Zeit* 33 (I), 20 de noviembre de 1914, reimpresso en *Gesammelte Werke*, Partida 8, Berlín, 1976, pp. 291-92.

<sup>3</sup> Ver “The Collapse of the Second International” y “Socialism and War”, en *Collected Works*, vol. 21, Moscú, 1964 (en español: México, Ed. Salvador Allende, 1971, vol. XXI). Clemente Ancona escribió un excelente ensayo, “*L’Influenza del Vom Kriege di Clausewitz sul pensiero marxista da Marx a Lenin*” en *Revista Storica del Socialismo*, 8, 1965 (en español: en Ancona, Clemente et al., *Clausewitz en el pensamiento marxista*, México, Cuadernos de Pasado y Presente No. 75, 1979). Recalca la enorme deuda de Lenin a Mehring.

<sup>4</sup> Desde este punto de vista el tratado de la China antigua de Sun Tzu, *The Art of War* (en español: Sun Tse, *Los 13 principios del buen guerrear*, Bs. As., Ciencia Nueva, 1972), es superior a Clausewitz en virtud de que es más dialéctico. Está basado en el aforismo: “Para ganar una guerra, conoce a tu enemigo y concéte a ti mismo”. Ver la nueva traducción de Samuel B. Griffith, Oxford, 1963, con un prefacio de Liddell Hart

La historia de las operaciones militares modernas revela una sucesión acostumbrada de armas predominantemente ofensivas y defensivas. Un conflicto mayor dominado por medio de operaciones militares móviles generalmente es seguido por uno en que la mentalidad militar está basada en la defensa. La Guerra Civil Americana y la Guerra Franco-Alemana de 1870-71 fueron guerras móviles, seguidas por la táctica de trincheras de la Primera Guerra Mundial. La invención de la ametralladora, capaz de arrasarse con miles de soldados por hora desde una posición atrincherada, hizo la lucha ofensiva virtualmente imposible en 1914-18. En la Segunda Guerra Mundial, en contraste, el uso de tanques, carros blindados o artillería montada en carros, unidos a los ataques aéreos sobre puntos débiles a todo lo largo de las líneas defensivas, significó que las estrategias ofensivas dominaron una vez más la mentalidad militar. Después de la Segunda Guerra Mundial, en la guerra convencional también el desarrollo de toda una familia de misiles dirigidos para usarse en aire, tierra o mar, señala el regreso de la estrategia de defensa. Naturalmente, hay un incentivo constante para conducir la investigación con el fin de contrarrestar los efectos de cualquier arma ofensiva o defensiva eficiente. Desde la y Primera Guerra Mundial la investigación y el desarrollo científico-tecnológico (I y D) se han convertido en parte integral de los grandes negocios; bien enfocado, fácilmente puede establecerse y consolidarse con propósitos militares. La integración de las necesidades industriales y militares de un determinado Estado-nación, a su vez, fomenta el desarrollo industrial.

Antes de la Segunda Guerra Mundial los imaginativos expertos militares—Tukhachevsky, Guderian, Fuller, Liddell Hart, De Gaulle, Martell, Swinton, Doumenc—entendieron básicamente las implicaciones de la táctica de trincheras de la Primera Guerra Mundial.<sup>5</sup> Para algunos las lecciones de esa guerra dictaron el establecimiento de una cadena de fuertes inexpugnables basados en artillería pesada: la línea *Maginot*, la llamada línea Stalin<sup>6</sup>, y el sistema de fortificación Eben-Emael/Liege a lo largo de la parte norte de la frontera belga-alemana,<sup>7</sup> fueron los

5 Sobre los orígenes de la Blitzkrieg (guerra relámpago) basada en tanques, ver de Jean Lacouture, *De Gaulle*, París, 1964, vol. I, pp. 225-28 (en español: Madrid, Tiempo Nuevo, 1969).

6 La línea Stalin era una combinación indeterminada de las fortificaciones en Bielorusia y a lo largo de la frontera de las Repúblicas Bálticas, de 400 a 450 km., aproximadamente. De acuerdo con Erickson consistía esencialmente en “un cinturón de puntos de ataque con unos dos kilómetros de profundidad, con emplazamientos de artillería especialmente reforzados para resistir intensos bombardeos”. Después de la ocupación soviética de Ucrania Occidental, Bielorusia Oriental y los Estados Bálticos, fue desmantelada ampliamente, sin que una nueva línea sólida de defensa fuera construida, lo cual no fue sino otra consecuencia desastrosa del Pacto Hitler-Stalin. Erickson, pp 70-71.

7 El fuerte Eben-Emael fue construido para que fuera capaz de cubrir con su artillería toda la red de carreteras y ferrocarriles entre Colonia-Aachen, por un lado, y Liege-Maestricht, por el otro, es decir para impedir el cruce del río Meuse alrededor y al norte de Liege hasta la frontera holandesa. Fue tomado el primer día de la ofensiva del *Wehrmacht* en el oeste (10 de mayo de 1940) a causa de la debilidad en su perímetro de defensa. La toma del fuerte fue planeada minuciosamente y ensayada muchas veces en un terreno idéntico al de

prototipos. Contra ellos, los nuevos estrategas de la guerra móvil afirmaron que la potencia de fuego intenso, basada en la combinación de la artillería de campaña, bombardeo aéreo y armas de blindaje pesado, habilitaban a las unidades de tanques concentradas para la ruptura de casi cualquier línea defensiva y para cercar y destruir poderosas fuerzas enemigas. Una estrategia ofensiva como ésta enfocaría sus esfuerzos en aquellos puntos más débiles de las posiciones fortificadas del enemigo, que no podría evitar ningún frente de cientos o miles de kilómetros. El énfasis estaba ahora puesto en *la iniciativa de ofensiva*, reforzada por el ataque sorpresivo.<sup>8</sup>

Esta estrategia militar causó un aumento cualitativo en la importancia de los servicios secretos, comprometidos por ambos lados a descubrir los planes del enemigo y a ocultar los propios. Los ardides deliberados desarrollaron un arte. En cada momento decisivo de la guerra las técnicas de camuflaje y engaño desempeñaron un papel como nunca antes y probablemente jamás lo harán otra vez.<sup>9</sup>

Lo que para la lucha en tierra fue la combinación de carros blindados y bombarderos, en el mar lo fueron los portaaviones y los torpedos. Con el desarrollo de estas armas los grandes acorazados se hicieron obsoletos sin esperanza. Los torpedos lanzados de aviones catapultados desde portaaviones podrán infligir graves daños sobre cualquier nave de combate. La armada británica, que las utilizó exitosamente contra la flota italiana en el Mediterráneo en la batalla de Matapan, en noviembre de 1940, también por ellas se convirtió en víctima de la superioridad japonesa en portaaviones: una gran parte de su flota en el Lejano Oriente fue destruida por la armada japonesa en el sur del Mar de China en enero de 1942 debido a la inadecuada cobertura aérea. Y el hecho de que la fuerza aérea japonesa no destruyera todos los portaaviones de EUA anclados en Pearl Harbor cambió su éxito por una pírrica victoria.

El imperialismo alemán, preocupado hasta la primera mitad de la guerra (1939-42) por el desarrollo y empleo de armamento ofensivo, tiempo después fue forzado —por la superioridad en armas ofensivas del enemigo— a dirigir su atención al diseño y manufactura de armas defensivas, especialmente anti-tanques y anti-aéreas. El famoso *panzerfaust* desarrollado entonces era muy superior a la bazuka

los alrededores del verdadero fuerte. Esta combinación de magnífica planeación de estrategia y atención al más mínimo detalle es una característica de las operaciones de la guerra móvil en la Segunda Guerra Mundial.

8 Habiendo demostrado entre 1939-41 la falta de habilidad de sus enemigos para sostener una línea de fortificaciones defensiva contra una potencia de fuego superior, al Estado Mayor alemán no le quedaba otra alternativa que retirarse precisamente atrás de dicha línea (el “muro del Atlántico”) a la expectativa del desembarco de los aliados occidentales en el continente europeo.

9 Ver, por ejemplo, *Deception in World War II*, de Charles Cruickshank, Oxford, 1979. Los extremos a los que había llegado Montgomery para encubrir la dirección general de su ofensiva en noviembre de 1942 son relatados con una exactitud bastante pasmosa por el general Bayerlein, uno de los agentes de Rommel durante la Batalla del Alamein. S. Friedin y W. Richardson (eds.), *The Fatal Decisions*, N. York, 1956, pp. 104-05.

americana. Sin embargo, los cañones anti-aéreos ni los *panzerfaust* pudieron contra la potencia superior de los caza-bombarderos y los carros blindados en el campo de batalla. Las armas ofensivas dominaron la Segunda Guerra Mundial hasta el final y decidieron batallas clave.

Pero si la estrategia militar está determinada en gran parte por la superioridad de un tipo definido de armamento (sujeto a la producción en masa en cualquier momento dado), no depende exclusivamente de ello. La decisión para adoptar una estrategia (ofensiva o defensiva) dimana de la relación de fuerzas total en la cual un Estado en guerra se encuentra atrapado. Es generalmente reconocido que, dada su particular posición, el imperialismo alemán tuvo que optar por la *Blitzkrieg* en 1939-41: el tiempo estaba en contra del Tercer Reich. La ventaja de dos años en rearmamento con la que el *Wehrmacht* entró en acción<sup>10</sup> era factible que se perdiera si la guerra se convertía en una batalla prolongada. Dos de sus enemigos en Europa (Gran Bretaña y la Unión Soviética) podían disponer de mayores reservas de materias primas y potencial humano de las que poseía Alemania y –después de la participación americana– también de los recursos prácticamente inagotables de la industria de EUA. Era, por lo tanto, imperativo para Alemania alcanzar la victoria decisiva en Europa antes de que EUA se involucrara. Para Hitler, al menos, la guerra contra la Unión Soviética era la clave: “la esperanza de Gran Bretaña está en Rusia y en los Estados Unidos. Si la esperanza en Rusia desaparece, la que se tiene en América también estará perdida, porque la eliminación de Rusia aumentaría tremendamente el poder de Japón en el Lejano Oriente”, dijo a los jefes políticos y militares en julio de 1940.<sup>11</sup> Una vez que la guerra en el Frente Oriental se volvió contra Alemania después de la batalla de Stalingrado, también cambió su posición. Ya no podía ganar la guerra, así que su estrategia militar se convirtió en defensiva, mientras esperaba que pudiera lograrse un compromiso político con los aliados occidentales sobre la base de una hostilidad común hacia la avanzada del Ejército Rojo más allá de la frontera soviética. La estrategia defensiva de Alemania era altamente efectiva, como sus enemigos lo aprendieron a su costa en el Este e igualmente en el Oeste. Al final, sin embargo, fue la burguesía alemana la que pagó un precio aún más grande, porque su nueva estrategia militar llegó a divorciarse cada vez más de cualquier meta política positiva y factible después de 1943.

La estrategia militar de Japón estuvo dictada por una posición muy diferente a la de Alemania. Su interés era la prosecución de la guerra contra China y el ataque a Pearl Harbor fue ideado para asegurar materias primas con las cuales continuar su batalla en el continente asiático. Después de eso, era cuestión de conservar un perímetro de defensa exterior para estas conquistas. Parte de su éxito estuvo basado en los brillantes conceptos de estrategia, como el de la campaña de Malasia, concebida por Akira y ejecutada por Yamashita. Como resultado, la estrategia de Japón en menos de seis meses se hizo defensiva. Pero este país cometió el error estratégico

10 Sobre la ventaja alemana en rearmamento anterior a la guerra, ver Hillman, *Op. cit.*

11 De Gordon Craig, *Germany, 1811-1945*, Oxford, 1981, p. 722.

decisivo de intentar combinar la defensa de este perímetro vital con innecesarias incursiones ofensivas en el Pacífico Sur e incluso en el Océano Índico. De ese modo se sobreextendió y perdió, a causa del desgaste, fuerzas vitales, como lo eran sus portaaviones principales y sus divisiones de infantería, que acabaron destruidas en batallas en torno a Guadalcanal, Midway y las regiones altas de Birmania.

El imperialismo británico inicialmente optó por una estrategia defensiva tendiente a conservar abiertas las dos líneas vitales de su economía: el Atlántico y el Mediterráneo. A principios de 1943, cuando se hizo posible un cambio hacia la ofensiva, los intereses políticos británicos dictaron sus prioridades militares. Con la derrota de Alemania a la vista, la burguesía quiso sobre todo evitar la superioridad militar soviética en Europa Central y Suroriental. Esto, por lo tanto, favoreció la entrada de los aliados occidentales a Europa desde el Sur (vía Italia o los Balcanes) a fin de impedir que el Ejército Rojo ocupara el centro de Europa. Además, los potenciales recursos humanos y financieros de Gran Bretaña estaban en situación peligrosa en 1943-44. Sus posesiones en el exterior se les estaban yendo de prisa.<sup>12</sup> El número de soldados encargados de la Operación *Overlord* hicieron el reemplazo o reforzamiento regular prácticamente imposible. La repentina e impropia encomienda de la *Blitzkrieg* a Montgomery en el Frente Occidental revela que una rápida victoria llegó a ser tan importante para Churchill en el otoño de 1944 como lo había sido para Hitler en 1940-41.

Sólo el imperialismo americano podía enfrentar la guerra con absoluta confianza, disfrutando (como lo hizo) de un enorme abastecimiento en potencial humano, materias primas y capacidad productiva. Con tiempo suficiente, su fuerza militar podía aumentar más allá de los requisitos normales con tal de que, sin embargo, la URSS y China llevaran a cabo batallas continentales mayores. EUA peleó una guerra en dos continentes, con sus fuerzas divididas en proporción de dos a uno, en escenarios separados por más de quince mil millas. EUA pudo mantener una larga guerra en el conocimiento de que el tiempo estaba en contra de los otros participantes, “amigos” y enemigos; mientras más durara, más debilitados estarían económica y financieramente. Una guerra larga era, efectivamente, la ruta más corta para el “Siglo Americano”. En consecuencia, la estrategia de EUA se convirtió en una cuestión de avance lento, con ahínco y regularidad, particularmente en Europa, basado en una absoluta superioridad en el espacio aéreo y una presencia considerable en tierra; una estrategia desprovista de cualquier iniciativa real, ruptura de frentes o sorpresas temerarias. Cuando los acontecimientos tomaron un aspecto inesperado –por ejemplo la captura del puente Remagen–, también vino como una sacudida para el mando militar americano.

La distancia de Washington de los escenarios de guerra dio a los comandantes militares de EUA un grado de autonomía que otros no tenían y de ahí la capacidad

12 Gran Bretaña obligó a sus colonias a pagar el costo de la guerra bloqueando los saldos acreedores de su balanza de pagos en los bancos británicos. En el caso de India, éste ascendió a 1,100 millones de libras esterlinas. El paralelo con el sistema alemán de “déficit por liquidación” es obvio.

para explotar las oportunidades desinhibidas de rígidos planes de guerra y vías jerárquicas. En el Pacífico el almirante Nimitz desplegó gran talento como estratega: el avance por etapas en línea recta desde Guadalcanal y Nueva Guinea a Okinawa, evitando las fuerzas superiores japonesas atrincheradas en Indonesia, Malasia y en la orilla continental, es suficiente evidencia. Después de haber alcanzado superioridad naval y aérea en el Pacífico, en las islas de Midway, Saipan y Truk, el Alto Mando de EUA pudo seguir este curso, sabiendo que, si los japoneses no podían abastecer adecuadamente sus fuerzas en el sudeste de Asia, no representaban ninguna amenaza para la incursión americana en territorio japonés.

La burocracia soviética entró a la guerra con sus militares absolutamente imprevistos. La desastrosa campaña de Finlandia de 1939-40 confirmó el terrible estado de las fuerzas armadas soviéticas y provocó alguna reflexión y reorganización. Esto había sido originado en gran parte por la depuración criminal de Stalin en el Ejército Rojo, que mezclaba los efectos de la mala administración burocrática de la economía y la sociedad.<sup>13</sup> Totalmente sorprendido por la Operación Barbarroja, el gobierno soviético no recobró la iniciativa hasta el otoño de 1942.<sup>14</sup> Fue capaz de hacerlo así en virtud del tremendo aumento de su potencial industrial y reserva productiva creada por la Revolución de Octubre y la economía planificada, en agudo contraste con la debacle militar del zarismo en la Primera Guerra Mundial. Una nueva promoción de comandantes de campo surgió pronto de la dura escuela de batalla y el instinto de Stalin de autopreservación fue lo suficientemente fuerte como para dejarles un terreno considerable para iniciativas estratégicas independientes. Esto condujo a las victorias de Stalingrado, Kursk, Minsk, del Pruth y el Vístula, que rompieron la columna vertebral del ejército de Alemania.<sup>15</sup>

A finales de la guerra se trató de presentar, en forma cruda, las derrotas de 1941-42 del Ejército Rojo como productos de una estrategia de retirada calculada,

13 Tukhachevsky y sus colegas habían promovido la teoría del “combate a profundidad”, que combinaba el uso de un ejército masivo con una moderna guerra ofensiva basada en el uso masivo de tanques. Esta doctrina fue incorporada en los Reglamentos de Campo de 1936, pero completamente descartada como resultado de las purgas. Tukhachevsky y sus colegas han sido completamente rehabilitados en la Unión Soviética; nadie más que el crédulo o el deshonesto presta ya la menor atención a las mentiras de la GPU-Gestapo que “prueban” la culpabilidad de Tukhachevsky. Otra vez aquí, Taylor está equivocado cuando dice “nosotros no sabemos nada acerca de eso” (es decir, de la inocencia o culpabilidad de Tukhachevsky). En *Op. cit.* p. 147.

14 *The Road to Stalingrad*, de John Enckson, da debida cuenta del precio que el pueblo soviético pagó por la renuencia de Stalin a hacer caso a la información que entró a raudales de todas partes sobre la inminencia del ataque alemán. Ver, además, *Memoirs de Vasilevsky*, tanto más importantes dado que trató en general de defender la reputación de Stalin, así como los propios méritos de Maisky y Yeremenko.

15 La decisión de Stalin de dejar la conducción de la guerra a sus generales en 1942-44 fue tomada después de su desastroso manejo de la ofensiva de Kharkov en la primavera de 1942. Esta representó un momento decisivo importante de la guerra, poco señalado por la mayoría de los historiadores.

con la que deliberadamente arrastraron al *Wehrmacht* al interior de Rusia sólo para destruirlo en una serie de contraofensivas. Cualquiera de esas interpretaciones era insustancial. Ciertamente Stalin denunció vigorosamente esos rumores en ese momento; fueron contraproducentes militarmente ya que animaron a las tropas a continuar con la defensiva y fomentaron el derrotismo en las filas.<sup>16</sup> Una vez que fue ganada la batalla por la completa supervivencia, sin embargo, y que la guerra había cambiado de defensiva a ofensiva, la estrategia militar comenzó a ser influenciada por los planes del Kremlin para un convenio de posguerra, en sí mismos un reflejo de los objetivos políticos fundamentalmente contradictorios de la burocracia. Resquebrajada su política entre el deseo de mantener la “gran alianza antifascista” y la necesidad de seguridad nacional, permaneció en el molde tradicional de la política del poder europeo: una combinación de diplomacia y fuerza militar en busca de esferas de influencia claramente definidas, a las que estaba dispuesto a subordinar los levantamientos revolucionarios en Europa y Asia. No obstante, su estrategia tenía como fundamento un suceso importante al que la guerra dio origen: el surgimiento de EUA como potencia imperialista dominante.

Incapaz de ver por su seguridad por vía de una alianza duradera con Gran Bretaña y EUA, el gobierno soviético escogió en su lugar transformar a los estados fronterizos del Este europeo en un *glacis* estratégico destinado a proteger el flanco occidental del país contra un posible ataque alemán de venganza. Dadas las posibilidades revolucionarias presentes en la última fase de la guerra y el inmenso sacrificio del mismo pueblo soviético, ésta era una meta suficientemente modesta. Pero se topó con la creciente hostilidad de los aliados de otro tiempo, conduciendo directamente a la Guerra Fría. En vista de la percepción acrecentada de la burguesía americana acerca de su propio poder económico y militar, especialmente después de la utilización de la bomba atómica contra las ciudades japonesas, esto era en última instancia inevitable, si bien eso todavía llegó como sorpresa para Stalin y sus administradores.

El destino del régimen de Chiang Kai-Shek nos ilustra muy bien acerca de la absoluta determinación de la estrategia puramente militar por parte de intereses políticos o, fundamentalmente, socio-políticos. Era perfectamente factible para el mando del Kuomintang desarrollar una estrategia ofensiva contra los invasores japoneses.<sup>17</sup> El ejército de Chiang había sido entrenado por oficiales del *Reichswehr*

16 Erickson, p. 371

17 El tratado antes mencionado de Sun Tzu sobre la guerra (ver la nota 2) a menudo es citado para explicar la pasividad de Chiang. ¿No escribió el antiguo sabio que en la mejor guerra el enemigo es derrotado sin una batalla? De hecho, ésta es una interpretación totalmente inexacta de lo que dijo Sun Tzu. En su tratado señala la importancia crucial de la flexibilidad, es decir, moverse de una a otra parte entre operaciones defensivas y ofensivas. En realidad la obra de Tzu parece muy moderna y sobre todo en lo que respecta al punto relativo a la guerra en China y la Segunda Guerra Mundial en general. Griffith afirma que esta inspiró directamente las operaciones japonesas en Malasia en 1942, así como la guerra de Mao contra Chiang. Griffith, pp. 41, 51-55, 177-178.

en los años treinta, quienes eran partidarios de la guerra móvil. En efecto, Chiang aceleró su derrota en la guerra civil a causa de los ataques ofensivos frecuentemente descuidados de sus fuerzas principales metidas en las profundidades de los lodazales de Manchuria y la llanura del norte de China en 1945-46. Lo que lo hizo estar renuente a utilizar sus crecientes reservas de armamento americano y de soldados entrenados por americanos contra el ejército japonés –para desesperación del general Stillwell de EUA así como de otros oficiales americanos y diplomáticos- no fue ninguna incapacidad militar, sino prioridades políticas básicas. Para Chiang (como finalmente también para EUA), el futuro del capitalismo en China era diez veces más importante que la guerra contra Japón. La principal prueba de fuerza iba a venir después de la derrota de Japón, con los ejércitos de Chu Teh, Peng Te-Huai, Lin Piao y Ten Hsiao-Ping, es decir, con los campesinos y obreros chinos uniformados.

El caso de China ejemplifica una verdad fundamental de cualquier guerra importante: aunque el resultado esté muy influenciado por un determinado equilibrio de fuerzas humano y material, las estrategias militares no están solamente en función de éstas. Están, finalmente, en función de la relación de fuerzas entre las principales clases involucradas en la guerra y, en consecuencia, de las metas económicas y políticas. El prejuicio de clase, la percepción de sí mismo, las inhibiciones y el autoengaño, así como la información inadecuada y los errores de juicio directos pueden, todos, desempeñar importantes papeles en la determinación de la estrategia militar. Una serie de errores de naturaleza esencialmente política que influyeron en el resultado de la Segunda Guerra Mundial pueden ser citados:

1. La creencia de Hitler de que sus enemigos no se unirían y que podrá, entonces, encargarse de ellos uno por uno.
2. La ilusión de Stalin de que la URSS podía evitar la guerra con Alemania.
3. La subestimación por parte de los líderes franceses, británicos y soviéticos del éxito probable de la *Blitzkrieg* alemana en 1939-41 en Europa, y una subestimación similar por parte de los británicos y los americanos de la capacidad “del primer golpe” japonés y el alcance de sus victorias en el Sudeste de Asia en 1941-42.
4. La subestimación de Hitler de la capacidad de recuperación del imperialismo británico a principios de la guerra y de los aliados respecto a Alemania después del viraje en 1943.
5. Una subestimación general del potencial de guerra de EUA y la determinación de su burguesía a favor de la rendición incondicional.
6. La subestimación por parte de las potencias capitalistas de la dinámica anti-imperialista y revolucionaria desencadenada por la guerra en Europa y Asia, ampliamente compartida por Stalin.
7. La subestimación de las potencias capitalistas de la fuerza social e industrial de la URSS.

De todas éstas, las tres últimas fueron las que más que cualquier otra determinaron la forma final de los acuerdos de posguerra. La subestimación de la lucha de clases y de la capacidad del Estado soviético no sólo para sobrevivir a la embestida del Estado capitalista más poderoso de Europa sino, también, para acabar derrotándolo, fue compartida por todas las potencias capitalistas y condujo a los ahora familiares acontecimientos culminantes de la historia contemporánea: la división de Europa; la victoria de la revolución en China, Yugoslavia y Albania; y el resurgimiento de luchas revolucionarias y anticoloniales en el Tercer Mundo.

Los errores de juicio en la conducción de la guerra estaban estrechamente vinculados con una obstinada negativa a aceptar una información que chocaba con ambos prejuicios estratégicos, el político y el militar. La negativa de Stalin a tratar seriamente las noticias del amenazante ataque alemán fue un clásico ejemplo de esta tendencia. En vísperas de la invasión alemana, en mayo de 1940, Gamelin, el comandante en jefe francés, estaba convencido de que el principal ataque sería librado en el sector Louvain-Namur y no a través de Las Ardenas, no obstante información en contrario.<sup>18</sup> Al recibir las noticias de que un fuerte convoy anglo-americano había cruzado el Estrecho de Gibraltar el 8 de noviembre de 1942, Hitler atacó a las fortalecidas Creta y Trípoli y se rehusó a considerar la posibilidad de que el desembarco tendría lugar en el norte de África francesa. Igualmente se negó a creer en la concentración de enormes reservas soviéticas al norte del río Don y Stalingrado, en otoño del mismo año. En diciembre de 1941, cuando Roosevelt y sus jefes de Estado Mayor se enteraron de que Tokyo estaba retirando a su comisión de negociadores de Washington, sabrán que esto significaba la guerra, pero no tomaron en consideración la posibilidad de un ataque japonés sobre Pearl Harbor.<sup>19</sup>

Tales errores no eran sólo cuestiones de idiosincrasia personal sino que se referían a un importante problema que confrontaban los líderes de la guerra: el de la iniciativa. Como señaló Mehring en 1914, ellos están frente a la terrible alternativa entre la inercia y la temeridad, entre *Wägen* y *wagen* (en palabras de von Moltke, el arquitecto de la victoria alemana sobre Francia en 1871), “lucidez” y “audacia” (como lo expuso Napoleón).<sup>20</sup> Este problema es inherente a su exacta naturaleza de acción, sea ésta militar o política. Haciendo un balance correcto entre lucidez y audacia, cautela e iniciativa, realidad y deseo, es justamente de lo que trata el arte de la guerra.

Además, si la guerra es una forma específica de política, entonces una precondition para un resultado afortunado (al lograr las metas deseadas) radica en captar todas las posibilidades ofrecidas por la guerra. Por lo mismo, también reside en la comprensión de las limitaciones inherentes al uso de la violencia armada. Una falla fundamental del imperialismo alemán durante su fase nazi radicó en la sobreestimación del instrumento de fuerza en la búsqueda de la hegemonía europea. Habiendo

18 Paul Reynaud, p. 422.

19 R. E. Sherwood, p. 426.

20 Franz Mehring, diciembre de 1914, en *Op. cit.*, p. 304.

vencido a su oponente, la clase obrera nacional, la burguesía alemana no ofreció a los pueblos de Europa más que la subyugación. La extremada urgencia de las advertencias de Trotsky sobre lo que la victoria nazi en Alemania presagiaba para el movimiento obrero europeo, fue confirmado con toda la violencia en el enorme número de muertos y en la destrucción de las auténticas bases de la existencia civilizada acarreadas por la guerra.

Las clases dominantes americana y británica pelearon en la guerra no con el fin de derrotar al fascismo, sino el de romper la resistencia de las burguesías alemana y japonesa para la conservación o extensión de sus propios intereses particulares. Aquellas secciones del movimiento obrero en Europa y Asia que entraron a la guerra apoyando a sus burguesías nacionales en esta empresa y sin elaborar sus propias metas de clase independiente, necesariamente terminaron también por apoyar la negación o restricción de las libertades democráticas y nacionales para millones de obreros y campesinos en gran parte de Europa y Asia, sin importar cuándo surgieron estas últimas para defender los intereses que se opusieron a los de la burguesía occidental. En otras palabras, esta falta de claridad en relación con el carácter social de la guerra sostenida por los estados capitalistas iba a conducir, como lo confirmó la experiencia (especialmente después de 1943), directamente a la colaboración de clase y al estrangulamiento de las posibilidades revolucionarias que surgieron durante ella. Aquí hay un paralelo sorprendente entre los finales de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, con la diferencia importante de que la habilidad de la clase obrera europea para formular objetivos de lucha independientes fue considerablemente mayor en 1917-18 que en 1943-45.

Cuando todo está dicho y hecho, las fuerzas morales y políticas tienen su peso autónomo en la determinación del éxito de cualquier estrategia dada. Tukhachevsky expresó esto más claramente en una conferencia impartida seis meses antes de su ejecución, en la Academia del Estado Mayor soviético, sobre la naturaleza de las operaciones militares en el periodo inicial de la futura guerra, de la que estaba convencido que sería enfrentada contra Alemania. “En cuanto a la *Blitzkrieg*, a la que le han hecho tanta propaganda los alemanes, está dirigida hacia un enemigo que no quiere pelear y no peleará. Si los alemanes encuentran un oponente que resista y luche y tome la ofensiva, esto daría un aspecto diferente a las cosas. La lucha sería más amarga y prolongada; por su propia naturaleza induciría a grandes fluctuaciones en el frente para un lado y para el otro y de gran profundidad. En última instancia, todo dependería de quién tuviera el mayor carácter moral y quién, al cierre las operaciones, dispusiera de reservas en plenas condiciones de servicio.”<sup>21</sup>

## 6. ARMAMENTO

La Segunda Guerra Mundial aparece, sobre todo, como una acción bélica de armas automáticas producidas en masa. Era la guerra de la banda transportadora de montaje, la guerra del fordismo militar. (Hay cierta ironía en esto, ya que el mismo Henry Ford fue de los primeros defensores de Hitler y quien personalmente se opuso a la entrada de EUA en la conflagración.)<sup>1</sup> La producción masiva de aviones, tanques, artillería, ametralladoras, minas y municiones se llevó a cabo tanto en fábricas instaladas especialmente para ese propósito como en plantas automotrices o de tractores y textiles, transformadas. Algo muy singular fue que ni EUA ni la URSS trataron de estandarizar ni producir en masa piezas de repuesto —como ruedas, ejes, etc.— que pudieran requerirse. Albert Speer, el arquitecto de Hitler, fue quien dio este paso en la producción de armas durante la organización de la “guerra total”, emprendida después de Stalingrado por el régimen nazi. Los resultados fueron impresionantes.

La capacidad para la producción en masa de armas estaba en función de los recursos industriales generales de las potencias combatientes analizados en un capítulo previo. A este respecto Alemania y Japón fueron dos países que quedaron abrumados por la manifiesta superioridad de la capacidad industrial americana. El *Wehrmacht* había utilizado 2,700 tanques en el frente Occidental en mayo de 1940, y 3,350 en su invasión a la URSS en junio de 1941. El gobierno de EUA decidió producir 45,000 tanques en 1942 y 75,000 en 1943 la producción de aviones anual de Alemania ascendió a cerca de 11,000 en 1940-41. El gobierno de EUA decidió construir 43,000 aviones en 1942 y 100,000 en 1943. Su producción total de barcos mercantes ascendió de un millón de toneladas brutas (TER) en 1941 a 7 millones en 1943 y 10 millones en 1944. Los gobiernos alemán y japonés hicieron esfuerzos desesperados para superar esta ventaja después de Stalingrado y las Islas Midway, respectivamente. El general Thomas, el verdadero jefe de la industria alemana de armamentos, quiso cuadruplicar la producción total de armas comparada con el nivel de 1941. No tuvo éxito en el logro de este objetivo en 1943, pero se acercó a él en 1944, como lo muestran las siguientes cifras.<sup>2</sup>

<sup>21</sup> Citado en John Erickson, *The Road to Stalingrad*.

<sup>1</sup> James y Suzanne Pool, *Who Financed Hitler?*, N. York, 1978, cap. 3.

<sup>2</sup> Eichholtz, vol. 2, pp. 331,336, 340.

| Alemania: producción de armas durante la Segunda Guerra Mundial |         |         |         |         |         |
|---|---------|---------|---------|---------|---------|
|   | 1940    | 1941    | 1942    | 1943    | 1944    |
| Aviones   | 10.826  | 11.776  | 15.556  | 25.527  | 39.807  |
| Vehículos blindados   | 2.154   | 5.138   | 9.278   | 19.824  | 27.340  |
| Armas   | 170.880 | 324.850 | 316.724 | 435.384 | 787.081 |
| Lanzagranadas   | 4.380   | 4.230   | 9.780   | 22.955  | 30.898  |
| Cañones de 7,5 cm o mayores                                     | 5.964   | 8.124   | 14.316  | 35.796  | 55.936  |

El Alto Mando japonés emprendió un programa similar desde 1943 en adelante... A mediados de 1943 el gobierno de Tojo decidió construir 40,000 aviones (la armada y el ejército juntos solicitaron 70,000, que Tojo consideró inasequibles).<sup>3</sup> Con el fin de lograr esto, virtualmente todas las instalaciones de la industria textil japonesa fueron transformadas en fábricas de aviones. Se construyeron nuevas plantas a todo lo largo de la línea del ferrocarril Tokkaido, especialmente en Nagoya y Shimatsu, mientras el trust de Mitsubishi emprendía un esfuerzo similar en Manchuria. Fueron impuestas terribles condiciones sobre la clase obrera. Más de un millón y medio de artesanos y pequeños comerciantes fueron violentamente obligados a realizar trabajo asalariado en fábricas de armamentos y municiones, teniendo jornadas de más de doce horas al día con salarios de hambre. Niñas de catorce años fueron enviadas a las minas de carbón. La mortalidad infantil ascendió a un nivel tres veces mayor que el de Gran Bretaña o Francia.

Pero a pesar de estos esfuerzos, el total de armas producidas en Alemania y Japón no pudieron alcanzar la banda transportadora de montaje americana, ni mucho menos la producción total combinada de EUA, URSS y Gran Bretaña. Bajo la dirección de Albert Speer y en un contexto de esfuerzo de guerra que se incrementó desde la segunda mitad de 1942, Alemania se concentró mejor en tratar de acabar con el enemigo con armas cualitativamente superiores en lugar de abrumarlo con la cantidad.

Como resultado de una investigación especializada conducida sobre una base estrictamente militar-profesional, el Tercer Reich logró varias cartas de triunfo en el campo de los armamentos; por ejemplo: dos tanques (el Tiger I y la Panther), cualitativamente superiores a los de sus rivales americanos y británicos, aunque no tanto frente a los tanques pesados soviéticos (especialmente en lo que se refería al calibre del cañón y al espesor del blindaje); el cañón antiaéreo de 88 mm de mayor precisión, que fue también eficiente como antitanque (como lo descubrieron

<sup>3</sup> John Toland, *The Rising Sun: The Decline and Fall of the Japanese Empire*, N. York, 1970; Robert Guillain, *Le Japón en Guerre*, París, 1979, p. 226.

los aliados occidentales en Normandía);<sup>4</sup> aviones turboreactores, especialmente el Messerschmidt 262 y 163 (de los cuales sólo 1,000 fueron utilizados en 1944-45); y proyectiles teledirigidos, entre ellos los famosos cohetes V1 y V2, que fueron apenas valorados a finales de la guerra.

El intento de Japón de producir armamento cualitativamente superior fue un fracaso; sin embargo, la armada mantuvo un avance en el campo de los torpedos aeronavales, probablemente los más eficientes utilizados por cualquiera de los dos contendientes durante toda la guerra. A pesar de la calidad del 00 y 01 de la Mitsubishi, los 40,000 aviones producidos de 1943 en adelante fueron frecuentemente de calidad inferior, como resultado de los errores de fabricación debidos a la carencia de trabajadores especializados e insuficiente control de calidad. Muchos de ellos estallaron en pleno vuelo aun antes de ser utilizados contra el enemigo.<sup>5</sup>

Las "armas secretas" japonesas tomaron la forma patética de cargas explosivas montadas dentro de globos de papel, que el viento se suponía llevaría a través del Pacífico. De los 9,000 globos lanzados entre noviembre de 1944 y marzo de 1945, sólo 900 llegaron al continente americano, generalmente explotando sobre campos y bosques alejados de cualquier fábrica o ciudad. Sólo seis habitantes americanos fueron víctimas de estos *juguets de guerra*.<sup>6</sup>

La artillería y los explosivos jugaron un papel clave. De acuerdo con algunas estimaciones, cerca del treinta por ciento de los soldados que murieron en batalla fueron alcanzados por la artillería. Los proyectiles de carga hueca y la bomba planeadora radiodirigida eran las dos grandes innovaciones en este campo introducidas por los ejércitos alemán y americano, respectivamente. Pero la perfección de la artillería móvil –los obuses para los tanques, los cañones-oruga automotores y los cañones auto-propulsados– fue el factor clave al hacer posible toda una variedad en la *Blitzkrieg* y en general la guerra móvil de la Segunda Guerra Mundial.<sup>7</sup> Mientras al principio el *Wehrmacht* gozó también de alguna superioridad en artillería

<sup>4</sup> De acuerdo con Max Hastings, el cañón antiaéreo de 88 mm alemán utilizado contra los tanques y la artillería fue el más temido por los soldados americanos y británicos en Normandía. El mismo autor da cuenta detallada de armas alemanas superiores utilizadas en el frente occidental en 1944. Ver su libro *Overlord*, N. York, 1984, pp. 192-93.

<sup>5</sup> La fuerza aérea japonesa, sin embargo, recibió varios aviones de calidad avanzada en 1944-45. Pero ya sea que no hayan podido ser producidos en masa o que no hayan podido utilizarse con eficiencia, esto se debió al ascenso general en la industria y a la falta de portaaviones y de pilotos diestros. A. J. Barker et al, *The Japanese War Machine*, Bruselas, 1978, pp. 142-44 (edición francesa). En sus memorias, el general MacArthur escribió: "Los japoneses nunca fueron capaces de resolver el problema [de entrenamiento aéreo]... Después de la rendición y mi llegada a Japón, inspeccioné unos 8,000 aviones japoneses que fueron encontrados en campos aéreos de islas nacionales. Todos éstos estaban completos en un 95 a 98%, pero no en condiciones de servicio, porque les faltaban algunas piezas. ¡Qué inestimable diferencia habrían hecho estos 8,000 aviones para el esfuerzo de guerra del enemigo!" (*Reminiscences*, N. York, 1964, pp. 168-69).

<sup>6</sup> Guillain, p., 191.

<sup>7</sup> Len Deighton, *Blitzkrieg*, Londres, 1980, pp. 139-99.

ligera, minas (las famosas minas magnéticas submarinas que la armada británica produjo con tanto celo para terminar siendo sólo un fracaso), lanzallamas y granadas de mano, así como en el uso de aviones de bombardeo en picada, esas ventajas se perdieron progresivamente conforme la fabricación de armamento avanzaba en Gran Bretaña, EUA y la URSS. En el campo de la artillería ligera el Katyushka soviético, montado sobre cadenas, fue superior a cualquier arma alemana, como lo fueron los lanzallamas y las granadas de mano americanas. Los especiales tanques británicos, los “cangrejo” y los “cocodrilos”, jugaron un papel importante en Normandía en 1944.<sup>8</sup> La destreza y el ingenio americanos los produjeron en un tiempo récord, mismo en que abasteció a los ejércitos que invadían Europa Occidental con un flujo regular de petróleo enviado por medio de oleoductos, primero por debajo del Canal de la Mancha y luego a través de Francia. La superioridad del T-34 soviético, ya antes mencionado, significó que la mitad de los tanques alemanes comprometidos en la invasión de la Unión Soviética fueran destruidos a las tres semanas de guerra.<sup>9</sup>

En general el esfuerzo soviético en la producción de armamento durante la guerra fue tremendo, como puede apreciarse en las siguientes cifras (las cuales subestiman ligeramente la producción alemana).

| Producción total de armamento<br>durante la guerra soviético-alemana (miles) |   |  |
|--|---|--|
|  | <b>URSS<br/>(de julio de 1941<br/>a agosto de 1945)</b> | <b>Alemania<br/>(de enero de 1941<br/>a abril de 1945)</b> |
| Tanques y carros blindados transportadores de cañones                        | 102,8   | 43,4   |
| Aviones militares  | 112,1   | 80,6   |
| Cañones de todos calibres  | 482,2   | 311,5  |
| Lanzagranadas  | 351,8   | 73,0   |
| Ametralladores   | 1.515,9   | 1.096,6  |
| Pistolas automáticas   | 6.173,9   | 1.097,9  |

Estas cifras son tanto más impresionantes porque el potencial industrial total del imperialismo alemán era mayor que el de la Unión Soviética después de la conquista de una gran parte de las provincias occidentales soviéticas. El éxito soviético sugiere la superioridad de una economía planificada en la centralización y movilización de los recursos, así como la existencia de un gran estado de ánimo

8 Winston Churchill, *The Second World War*, Londres, 1964, vol. 9, pp. 63-65.

9 G. K. Zhukov, *Erinnerung und Gedanken*, Berlín, 1976, vol. 1, p. 310.

entre el personal de trabajo y los hombres y mujeres en combate. Seguramente no se debiera olvidar la valiosa ayuda militar concedida a la Unión Soviética por sus aliados. (El valor relativo y absoluto de esta ayuda siempre ha estado en discusión.) Sin embargo, se deben tener en cuenta dos factores: primeramente, que los éxitos militares soviéticos estaban basados principal e inequívocamente en los esfuerzos y sacrificios del pueblo, y no en la ayuda externa dada a ellos por EUA; en segundo lugar, que la cantidad de ayuda otorgada por EUA mediante la Ley de Préstamo y Arriendo, y de otras formas, a todos sus aliados, fue relativamente pequeña: un 15% de su producción militar total y un porcentaje aún más pequeño de su producción de alimentos.<sup>10</sup>

El diseño de aviones militares soviéticos, muy obsoleto ya antes de la guerra, tuvo un avance regular, especialmente bajo el impacto de diseñadores talentosos como Tupolev, Ilyshin, Yakovlev y Lavochkin; varios de estos especialistas tuvieron que ser liberados del Gulag para trabajar en la industria de guerra. La defensa aérea soviética tuvo mucho éxito al defender la capital; mientras que los aliados (y especialmente los occidentales) llegaron a infligir serios daños a las ciudades alemanas, la *Luftwaffe* nunca obtuvo logros contra la defensa aérea de Moscú.<sup>11</sup>

Después de cierta confusión inicial, y a pesar de las continuas disputas entre los comandantes de la fuerza aérea, los bombarderos de ataque anglo-americanos (especialmente los Mustang) lograron una superioridad decisiva y suprimieron a la fuerza aérea alemana del cielo del oeste europeo, algo importante para el éxito de la batalla de Normandía y para Francia en el verano de 1944.

En el campo de la guerra naval, los débiles intentos de Alemania para derrotar a la armada británica con cruceros de bolsillo y destructores de diseño superior, fueron poco fructíferos. Nada lograron ni el intento de Italia de emplear rápidos cruceros de bolsillo (*Schnellboote*) en el Mediterráneo, ni los intentos de la armada japonesa de usar submarinos de bolsillo contra la armada de EUA en el Pacífico. Bajo la dirección de Doenitz, un fanático creyente de la guerra de ofensiva submarina, la armada alemana concentró todos sus esfuerzos en el desarrollo de tecnología y tácticas submarinas. Los resultados fueron el *Schnorkel* y las tácticas de “jauría” (ataque de varios submarinos sobre convoyes). Pero aun cuando causaron tanto daño, al final no detuvieron el flujo trasatlántico de provisiones gracias a la utilización masiva de aviones antisubmarinos, del sonar y otros medios sofisticados de detección, especialmente los asombrosos logros de los astilleros navales de EUA que construyeron barcos nuevos considerablemente más rápidos de los que Doenitz pudo hundir con anterioridad.<sup>12</sup>

10 Kolko, p. 19.

11 Werth, *Russia at War*, pp. 181-82.

12 El gasto de EUA en la construcción naval aumentó de 400 millones de dólares en 1942, a 12,500 millones en 1943 y 13,400 millones en 1944. Durante los cinco años de guerra construyó 4,900 barcos mercantes con una capacidad de 51.4 millones de TBR (Japón en total sólo produjo menos de un millón de TBR). Milward, pp. 90,101.

Las barcas militares de desembarque y los vehículos anfibios producidos en masa en EUA fueron una de las más importantes innovaciones de la Segunda Guerra Mundial que Japón y Alemania nunca intentaron seriamente igualar. La simplicidad del diseño los hizo convertirse –como los camiones, tanques y barcos mercantes– en productos típicos de la banda transportadora de montaje, en los que EUA demostró ser insuperable. Crearon las precondiciones materiales para la invasión de Europa en el oeste y para la estrategia de “salto de isla en isla” de la armada americana en el Pacífico.<sup>13</sup> En contraste, la armada japonesa se concentró en el diseño y producción de acorazados superiores y portaaviones. Dada la relativa debilidad de su industria pesada, Japón logró un sorprendente éxito. Pero conforme la guerra se prolongaba la creciente escasez de recursos causó una pérdida proporcional en el ímpetu, dando como resultado los ataques suicidas de los pilotos japoneses (los *Kamikaze*) contra la flota americana, que utilizaban aviones parcialmente contruidos con madera.<sup>14</sup>

En la fabricación masiva de armamento regular, la acelerada investigación científica y la innovación industrial fueron cada vez más reconocidas. En este sentido la Segunda Guerra Mundial también fue la guerra de la última etapa del capitalismo, para el cual esa aceleración era un punto culminante.<sup>15</sup> Al mismo tiempo, actuó como detonador de la tercera revolución tecnológica, tres de cuyos principales componentes –la calculadora electrónica (a partir de la que se desarrolló la computadora), la energía nuclear, y la automatización realmente se originaron con la producción de armamentos. Un componente muy subestimado del armamento de la Segunda Guerra Mundial fue el adelanto revolucionario en los sistemas de comunicaciones, en primer lugar en el uso de la transmisión por radio en dos sentidos y la radiotelefonía, que permitieron a los tanques, a las divisiones e incluso a los comandantes del ejército estar en contacto, al instante, con sus bases. Jugó un papel decisivo en los combates de rompimiento de líneas de batalla, por ejemplo en Meuse, en 1940; en las victorias del *Wehrmacht*, de junio-agosto de 1941; en las victorias del Ejército Rojo en Stalingrado y en Jassy sobre el Pruth; y también en el avance de los aliados occidentales en Francia en el verano de 1944.

El adelanto más revolucionario en la producción de armas fue, desde luego, el desarrollo de la bomba atómica, a finales de la contienda, después de la derrota de Japón. Este es el principal y más horrible legado de la Segunda Guerra Mundial: un símbolo de la disposición del burgués para utilizar como agresión definitiva si sus intereses globales económicos y políticos se vieran amenazados.

13 Paul Lund y Harry Ludlam, *The War of the Landing Craft*, Londres, 1976.

14 Guillan, p. 275. No se debiera subestimar el daño ocasionado por los *Kamikaze*. De acuerdo con las estadísticas oficiales americanas publicadas después de la guerra, destruyeron 31 unidades navales, incluyendo 3 portaaviones, e impactaron a 258, incluyendo 36 portaaviones, 15 acorazados y 15 cruceros.

15 Mandel, *Late Capitalism*, Londres 1975, cap. 8. (*El capitalismo tardío*, México, Ed. ERA, 1978.)

## 7. LOGÍSTICA

La logística, en el sentido estricto de la palabra –el transporte y alojamiento de tropas, así como su abastecimiento en víveres, ropa y armas– adquirió una nueva dimensión durante la Segunda Guerra Mundial, paralela a la de la fabricación de armas. Esto se debió principalmente a los cambios en la industria del transporte antes de la contienda, sobre todo el impacto del coche de motor. El gran estratega americano, el general Marshall, denominaría a la Segunda Guerra Mundial como “la guerra del automóvil”.

No obstante la utilización que se hizo de los taxis parisinos durante la batalla del Marne, la Primera Guerra Mundial había sido en gran parte una guerra de ferrocarril. En realidad hay historiadores que defienden la tesis, un tanto mecanicista, de que la rigidez en los itinerarios de los trenes impusieron un sistema tan estricto en la movilización militar que hicieron inevitable esa contienda a fines de julio de 1914, al menos en lo referente a los Estados Mayores de Rusia, Alemania y Francia.

Como quiera que sea, la flexibilidad en el transporte de un gran número de hombres y armas aumentó dramáticamente con la utilización masiva de automóviles y camiones por parte de las fuerzas armadas. Ciertamente la Segunda Guerra Mundial se convirtió en la primera guerra motorizada de la historia. El Tercer Reich ilustró este cambio del sistema logístico básico cuando centró la preparación de su ataque no en la construcción de nuevos ferrocarriles estratégicamente importantes sino en la creación de una moderna red de carreteras: el *Autobahnen*.

Conforme las operaciones de guerra se acercaban a Europa central y occidental, la red ferroviaria<sup>1</sup> jugó otra vez un papel clave en la logística alemana. La administración del *Reichsbahn* se convirtió en una fuerza vital en el aparato bélico, hecho reflejado en el incremento de salarios a los empleados ferroviarios.

El grado de motorización de los ejércitos de las grandes potencias variaba. De hecho, sólo las fuerzas armadas americana y británica se volvieron completamente

1 Los ferrocarriles también fueron un punto central para operaciones como los asesinatos en masa de los judíos europeos. Karl Wolff, ayudante personal de Himmler, le escribió, el 13 de agosto de 1942, a Ganzenmüller, el director del *Reichsbahn*: “¡Querido *Parteigenosse* Ganzenmüller! En nombre del *Reichsführer* [Himmler] de las SS [tropas selectas], le agradezco mucho su carta del 28 de julio. He notado con especial alegría que durante la última quincena un tren con 5,000 miembros de la gente escogida viaja diariamente a Treblinka, y así sucesivamente... Kempner, Eichmann und Komplizen, Viena, 1961, p. 76. Después de 1955 Ganzenmüller se convirtió en Director del Consejo de Administración de Transportes del Trust Hoesch.

motorizadas desde 1942 en adelante, a tal punto que el desembarco de un millón de soldados en Normandía estuvo acompañado por no menos de 140,000 vehículos (100,000 sólo en los primeros once días). El ejército alemán todavía utilizaba mucho los caballos y cada vez más conforme se prolongó la guerra. La infantería alemana literalmente *camino* hacia el interior de la Unión Soviética y también lo hizo de regreso a casa, con sus provisiones cargadas en carros tirados por caballos. Los ejércitos soviético y japonés estaban aún menos motorizados. La guerra de Japón en China fue, en gran parte, llevada a cabo por ferrocarril. La importancia, para el Alto Mando japonés, de establecer los enlaces directos por este medio entre Singapur y Manchuria, especialmente de Singapur-Birmania-Tailandia, es algo muy conocido<sup>2</sup> En cuanto a la URSS, las fábricas de tractores y automóviles se desviaron casi completamente hacia la producción de tanques durante una gran parte de la guerra. En consecuencia, sus fuerzas armadas eran muy deficientes en camiones, y ésta fue un área en la que los envíos desde EUA jugaron un papel importante.

El transporte y abastecimiento de las tropas son complementos vitales para la elaboración de estrategias y tácticas; el resultado de las batallas a menudo depende de la adecuada coordinación de éstas.<sup>3</sup> Problemas muy diferentes surgieron para los cinco principales estados combatientes al reflejar su potencial económico diferencial y sus distintas estructuras sociales.

Las fuerzas armadas japonesas se diseminaron sobre una enorme área, pero disponiendo de una base material mucho más limitada que los otros beligerantes, sufrieron después de 1942 de escasez de alimentos y ropa. En los territorios ocupados vivieron durante mucho tiempo de las provisiones del lugar, causando carencias a la población local y, finalmente entre los mismos soldados. La hambruna de los prisioneros y otros fenómenos similares, en respuesta a la eternamente desesperada situación de abastecimiento de alimentos, caracterizó los últimos años de la contienda en los territorios ocupados por Japón. La batalla crucial de Guadalcanal se perdió principalmente como resultado de la insuficiencia de alimentos; las tropas japonesas tenían que sobrevivir durante semanas con una dieta de bayas silvestres y hierbas. La armada imperial, incapaz de aportar suficientes barcos para sus avanzadas, trató de abastecerse por medio de cilindros remolcados a través del mar. Estos esfuerzos fueron poco fructíferos: de los 1,500 cilindros enviados en esta forma, sólo 300 llegaron realmente a las playas. En Japón mismo las raciones de alimentos empezaron a disminuir en 1943, y para 1944 eran insuficientes, no

2 El ejército japonés realmente trató de establecer una conexión ferroviaria Shanghai-Manchuria-Singapur, usando los ferrocarriles de Shanghai-Hang-Chou, de Zhengiang-Jianxi, de Hunan-Guanxi, de Vietnam y de Tailandia. La ofensiva militar lanzada contra Changsa, Zhejiang y Jiangxi en la primavera de 1942 tenía como objetivo asegurar el completo control del enlace del ferrocarril. Dick Wilson, *When Tigers Fight*, Londres, 1982, p. 207.

3 Clausewitz mucho antes había señalado que “toda la conducción de la guerra es similar al funcionamiento de una compleja maquinaria de tremenda fricción, de tal modo que las combinaciones que se pueden concebir fácilmente sobre el papel puedan llevarse a cabo solo mediante el mayor de los esfuerzos”.

obstante la gran frugalidad del pueblo nipón.<sup>4</sup> Esto contribuyó a un creciente desgaste de guerra en el país y al desarrollo del mercado negro.<sup>5</sup>

La Unión Soviética entró a la Segunda Guerra Mundial con una profunda crisis en su agricultura, ocasionada por las políticas imprudentes de Stalin de colectivización forzada. Pero mientras que la estructura del *Koljox* en gran parte resistió la prueba de la guerra y no sobrevino ningún cambio estructural básico en la organización de la agricultura soviética, la escasez de alimentos persistió agudizada durante todo el conflicto. Fue exacerbada por la pérdida de ricas tierras agrícolas en Ucrania en el verano de 1941 y por el reclutamiento masivo de la población campesina adulta (una gran parte del total de la producción agrícola tuvo que ser acarreada por las mujeres en sus hombros). Los términos de comercio entre industria y agricultura ahora cambiaron en favor de los campesinos, pero el ingreso incrementado en papel moneda del lugar no trajo ningún aumento significativo en la producción agrícola. Los soldados del Ejército Rojo estaban inadecuadamente alimentados y tendían a compensarlo procurándose provisiones en el camino. La posibilidad de vivir de la tierra estaba severamente restringida, sin embargo, por la devastación sufrida en virtud de la política de tierra arrasada de Hitler y por el deseo soviético de negar alimento al enemigo. La situación alimenticia del Ejército Rojo sólo mejoró después de haberse movido más al oeste en las etapas concluyentes de la contraofensiva de 1943-44.

Más hacia el este, cuando lo que quedaba de la China de Chiang Kai-Shek también se vio seriamente amenazado, el abastecimiento del gobierno y de los ejércitos en Chungking se convirtió en uno de los objetivos clave de la prueba de fuerza de los aliados frente a los japoneses en Birmania. El ejército imperial había tenido éxito al cortar la ruta a Birmania, pero EUA se las arregló para construir el camino a Ledo —a un gran costo y con capacidad logística limitada—, por vía del cual fue posible abastecer a las tropas de EUA en China (sin mencionar el consecuente mercado negro ante su presencia y la dádiva extendida a Chiang y su familia por parte de EUA).

El imperialismo alemán fue a la guerra con un estricto sistema de racionamiento, tratando de asegurar todas las necesidades básicas de sus fuerzas armadas así como las de un mínimo para todos sus ciudadanos. Estas prioridades tan rígidas determinaron el trato a la población en los países ocupados y a los prisioneros de guerra. La extrema crueldad dio como resultado el progresivo saqueo de los recursos locales que causó casi la inanición, especialmente en la zona de los Balcanes, donde el alimento era deficiente; los prisioneros en los campos de concentración

4 El antiguo Ministro de Asuntos Exteriores japonés Shigemitsu describe en sus memorias de guerra los efectos deletéreos de la escasez de alimentos en el ánimo japonés. Mamoru Shigemitsu, *Die Schicksal Jahre Japans 1920-1945*, Frankfurt, 1959, p. 325.

5 Además de la ya citada obra de Shigemitsu, ver también la de Guillain pp. 162-163, 144-145, 150. Consultar igualmente la de J. Livingston, J. Moore y F. Oldfather (eds.) *The Japan Reader: Imperial Japan 1800-1945*, especialmente el extracto de “Bridge to the Sun”, de Gwen Terasaki, pp. 465-74

y los ghettos de judíos estaban literalmente muertos de hambre; cientos de miles de prisioneros soviéticos encontraron el mismo destino. El sistema de racionamiento italiano empezó a derrumbarse en 1942, infligiendo terribles privaciones a la clase obrera y los estratos más pobres de la población. A finales de 1943 el costo de la vida era siete veces más elevado que en 1939, mientras los salarios difícilmente se habrán duplicado. El consumo de carne per capita había descendido a un nivel anual de 11 kilos, contra 63 kilos en Gran Bretaña, 51 en Alemania y 39 en Francia.<sup>6</sup>

El abastecimiento de las fuerzas armadas británicas surgió como un problema en el verano de 1940, después de la apertura de la guerra en el Atlántico. El estricto racionamiento se aplicó tanto a la población civil como a las fuerzas armadas. El transporte era un enlace ineficaz y permaneció así hasta que se ganó la guerra contra los submarinos alemanes. Las unidades británicas en el Medio Oriente, por otro lado, recibieron provisiones adecuadas –mucho mejores que las de los italianos y los alemanes que inicialmente procedían del Atlántico Sur por vía del Cabo, enlazando así una enorme cantidad de embarques. Es por eso que el control sobre el Mediterráneo se convirtió en un objetivo estratégico para el imperialismo británico. El Eje perdió la guerra en Egipto esencialmente a causa de la irresolución de los problemas logísticos, sobre todo la falta de habilidad para cortar las líneas de abastecimiento del Octavo Ejército Británico en el Mediterráneo y su propia carestía de petróleo, municiones y refacciones para los tanques.<sup>7</sup>

En contraste con sus aliados y enemigos, las fuerzas armadas americanas disfrutaron de provisiones casi ilimitadas. Roosevelt deliberadamente optó en favor de conducir una “guerra de rico”. Los comentaristas alemanes y soviéticos, pero también los oficiales y civiles británicos, especialmente en el Lejano Oriente, se mofaban de los soldados rasos llamándolos “soldados del confort”, haciendo con eso una virtud de la necesidad. Cada división americana consumía 720 toneladas de provisiones al día, contra escasamente 200 para su contraparte alemana.<sup>8</sup> Mientras que la enorme infraestructura logística del ejército, la armada y la fuerza aérea de EUA tendía a obstruir las líneas de abastecimiento, con frecuencia interfiriendo con la conducción real de la guerra, logró, sin embargo, un aumento regular en la

6 Franco Ciannontoni, *Fascismo, Guerra e Società nella Repubblica Sociale Italiana*, Milán, 1981, p. 26.

7 En *Krieg ohne Hass*, Heidenheim/Brenz, 1950, pp. 104, 107-109, el general Franz A. Bayerlein señala que la estrategia de Rommel en Alamein en noviembre de 1942 fue completamente dictada por la insuficiencia de los abastecimientos. Era incapaz de conducir la guerra móvil por falta de gasolina y no pudo ni siquiera destruir las posiciones de base avanzada de Montgomery por la falta de municiones. Michel (pp. 430-35) señala cómo las altas y bajas de la guerra en el desierto occidental estaban estrechamente vinculadas con la habilidad de la Real Fuerza Aérea (RFA) con base en Malta, para interceptar los convoyes italianos que iban hacia Libia.

8 “Una escala propuesta de una onza de golosinas, dos onzas de galletas y un paquete de goma de mascar para cada hombre de las fuerzas de asalto necesitaban la distribución de 6,250 libras de golosinas, 12,500 de galletas y 100,000 paquetes de goma de mascar.” (Hastings, pp. 33-34.)

eficiencia de las fuerzas armadas y preservó el estado de ánimo entre los soldados que peleaban lejos de un hogar que nunca estuvo amenazado por la invasión. Ciertamente, esta “política del confort” era socialmente indispensable y provechosa para la clase dominante americana.

Para la mayoría Japón era capaz de mantener abiertas sus rutas marítimas entre su territorio y las extensas conquistas de 1942 y 1943, si bien con creciente dificultad. En el norte, las líneas de abastecimiento entre Manchuria –la cual se había convertido en la base industrial principal de su industria de guerra y el territorio japonés estuvieron adecuadamente protegidas hasta el final del conflicto. Pero en el sur la mayoría fueron cortadas desde la segunda mitad de 1943 en adelante. La pérdida de barcos mercantes como resultado de la acción submarina de EUA los hizo tambalearse, 139 barcos de carga o medio millón de TBR en 1942 y 300 barcos de carga o más de un millón de TBR en 1943 (se debe tener en cuenta que toda la marina mercante japonesa ascendía a sólo cinco millones de FER antes de la guerra y que muchos de sus barcos se transformaron en transporte para tropas después que comenzaron las hostilidades). No sería exagerado decir que la marina mercante de Japón había sufrido una reducción del 50% a finales de 1943.<sup>9</sup>

Japón comenzó la guerra en el Pacífico con el fin de obtener las ricas materias primas del sudeste de Asia, requeridas para el mantenimiento de su maquinaria de guerra en China. Aunque las controló hasta agosto de 1945, no pudo enviarlas para su industria de guerra después de 1942. la batalla del Pacífico resultó ser un hito clave de la guerra al reflejar su carácter global. Como en el Atlántico, otro escenario clave, las batallas marítimas fueron llevadas a cabo principalmente entre submarinos y destructores que protegían a los convoyes mercantes, aunque los plantaminas, los aviones y los barcos de combate en superficie también desempeñaron una función importante. El elemento ofensivo comenzó con una gran ventaja, mejorada por los cambios en la construcción de submarinos y las tácticas a las que se hizo referencia en el capítulo anterior. La protección de las bases submarinas también se volvió muy importante, realizándose con más éxito en la costa del Atlántico que en la del Pacífico. Gradualmente, sin embargo, la defensa alcanzó a la ofensiva en el Atlántico, gracias especialmente al *sonar* y otros aparatos de detección submarina y a la utilización de aviones de muy largo alcance contra los submarinos.

La ampliación de los perímetros de las bases aeronavales británicas y particularmente americanas en el Atlántico durante 1940-41, resultó de gran importancia, como

9 John Toland, *L'Empire du Soleil Levant*, París, 1970, p. 188. A. J. Barker et al, *The Japanese War Machine*, p. 180. Sobre la batalla del Atlántico, ver el libro con ese título de Donald Macintyre, Londres, 1961. En 1942 los aliados occidentales perdieron 8,245 barcos mercantes como resultado de una guerra naval, 1 millón de TBR más de lo que construyeron en nuevos barcos. En 1943 la pérdida de 3,611 barcos (ocurrida predominantemente en los primeros cinco meses del año) fue compensada por la construcción de tantos barcos nuevos que la marina mercante de los aliados presenció un crecimiento neto de 10 millones de TBR. Las pérdidas de la armada alemana aumentaron de 85 submarinos en 1942 a 237 en 1943, otra vez esencialmente durante los primeros

también la construcción de aviones especiales equipados para la guerra antisubmarina. Después de la primavera de 1943, con las consiguientes pérdidas terribles, Doenitz tuvo que retirar sus fuerzas; tan desmoralizado estaba por la superioridad técnica de los aliados occidentales que no se atrevió a utilizar el todavía considerable número de submarinos a su disposición contra las barcasas militares de desembarque durante la invasión a Normandía, y después.<sup>10</sup>

En la guerra, conservar abiertas las propias líneas de abastecimiento es una tarea complementada con el simultáneo intento de obstrucción de las líneas del enemigo. El bloqueo, un intento deliberado de privar a un país de materias primas, municiones y alimentos, ha sido una característica permanente de las guerras modernas desde la era de Napoleón. Ciertamente, la importancia de la guerra económica quedó bien entendida por el gobierno británico, el cual estableció un ministerio especial para tratar los aspectos defensivos y ofensivos de esta. En Japón, otra potencia insular, la guerra económica asumió un carácter esencialmente defensivo desde el principio. Lo mismo sucedió en el caso de la Unión Soviética. Mientras el Tercer Reich seguía siendo un país fuerte, Hitler tranquilamente contempló a los ingleses morir de hambre, utilizando esto como una forma de ganar la guerra contra Gran Bretaña, pero se opuso al bloqueo económico de Alemania que los aliados occidentales le impusieron.<sup>11</sup>

La importancia de los alimentos durante la guerra transformó la posición de, por lo menos, un país: la formalmente neutral Argentina. Entre más se prolongara la guerra más se elevarían los precios de los alimentos en el mercado mundial y más fuerte se haría la posición de Argentina como un abastecedor importante de

10 Alemania construyó 222 nuevos submarinos en 1942 y 292 en 1943, de tal modo que sus fuerzas submarinas totales eran realmente más fuertes a finales de 1943 y principios de 1944 de lo que lo habían sido a principios de 1942. Pero ellos operaron a una escala mucho más pequeña y con resultados destructivos mucho menores. Ver *Hitler's War Directives*, pp. 56-59.

11 Parece que la estrategia alemana a largo plazo contra Gran Bretaña estaba basada en esa suposición después del fracaso de la operación Sea-Lion, en el otoño de 1940. De acuerdo con Robert E. Sherwood, Rudolf Hess, después de su vuelo a Escocia, se supone que dijo: "Estoy convencido de que en todo caso —ya sea que el frente oriental persista o no— Alemania y sus aliados están en posición de llevar a cabo la guerra hasta que Inglaterra caiga por falta de tonelaje... El sistema de convoy que, en la guerra mundial —pero hasta el último momento— definió la guerra de submarinos en favor de Inglaterra, en esta guerra ha fallado. No pudo evitar las altas cifras de hundimientos, que finalmente deben ser fatales... una ocupación de toda la isla no está a discusión, ya que Alemania adquiriría la carga de la alimentación de la población. A la larga sólo los campos aéreos más importantes se mantendrían bajo ocupación. Todos serían herméticamente cerrados en una amplia zona separada de la población, de tal modo que las tropas de ocupación no fueran afectadas por la miseria de su hambre." (Sherwood, p. 374.) En un mensaje enviado a Roosevelt el 7 de diciembre de 1940, Churchill mismo estimó que "el tonelaje anual que debe importarse para mantener nuestro esfuerzo de guerra con toda su fuerza es de 43,000,000 de toneladas; el tonelaje que entró en septiembre [de 1940] era sólo de 37'000,000 de toneladas, y en octubre de 38,000,000. (*Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 1, p. 104).

trigo y carne. La burguesía argentina se encontró entonces con la posibilidad de formar un depósito de reserva en moneda extranjera con estas ganancias inesperadas, logrando así un prerrequisito para la industrialización y la acumulación del capital, relativamente independiente del control imperialista que se convirtió en la base para el régimen peronista. Los millones de víctimas de la hambruna bengalí y el enriquecimiento repentino de Argentina, gráficamente confirman el vínculo entre la guerra mundial y el mercado mundial, independientemente de si aquellos que se beneficiaron o sufrieron por ello estaban formalmente involucrados en las hostilidades.

## 8. CIENCIA Y ADMINISTRACIÓN

La Primera Guerra Mundial había sido testigo del novedoso impacto de la ciencia en la conducción real de las operaciones militares, especialmente a través del desarrollo del gas venenoso y la producción de petróleo sintético en Alemania, ambos vinculados con la segunda revolución tecnológica basada en la industria química. En el periodo de entreguerras, la importancia de la investigación científica para la innovación tecnológica, regularmente incrementada, puso así las bases para una mayor investigación e invención científico-militar.

Cuatro innovaciones radicales durante la Segunda Guerra Mundial fueron directamente estimuladas por la investigación científica para propósitos militares: el radar, el sonar, la bomba planeadora radiodirigida y la bomba atómica.<sup>1</sup> Los aliados occidentales gozaban de una ventaja decisiva en el conjunto de las cuatro áreas. En el caso del equipo de energía atómica, se ganó la ventaja con la ayuda de los científicos que huyeron del continente europeo bajo la embestida de los regímenes fascistas.<sup>2</sup> Alemania había llevado la delantera en la utilización de emisiones de radio para los propósitos de la guerra ofensiva (especialmente para dirigir a los aviones bombarderos hacia sus objetivos), pero la RFA británica fue la primera en darse cuenta del papel decisivo que el radar, unido al sistema de control terrestre, podía jugar en la protección de los espacios aéreos y en la orientación de los

1 Además de estas innovaciones radicales, debe ser acentuada la importancia de los gigantescos avances hechos por las ciencias médicas, en cirugía y medicamentos, antes y durante la guerra. Las sulfamidas, la penicilina y la cirugía avanzada salvaron las vidas de millones de soldados y civiles heridos, quienes habrían muerto si se hubieran mantenido las condiciones de la Primera Guerra Mundial. Los medicamentos anti-tifus hicieron al ejército de Alemania menos vulnerable a las epidemias en el frente oriental. La cortisona fue desarrollada como resultado de investigaciones en tiempo de guerra. El DDT hizo físicamente posibles las incursiones americanas en las regiones del Pacífico infestadas de malaria. No obstante su gran capacidad de resistencia tísica, las fuerzas armadas japonesas, escasas de algunos abastecimientos médicos que el progreso de la ciencia médica había hecho disponibles, pagaron un alto precio por conducir la guerra en la selva y no proveerse de ellos.

2 La ciencia alemana decayó dramáticamente bajo los nazis. El número de estudiantes universitarios descendió de 118,000 en 1932 a 51,000 en 1938, y el de *Habilitationen* (cursos de postgrado que dan derecho a la maestría completa) bajaron de 2,333 entre 1920 y 1933 a 1,534 entre 1933 y 1944. Grumberger, *A Social History of the Third Reich*, Londres, 1974, p. 401-08. El 20% de todos los científicos y el 25% de los físicos fueron despedidos (generalmente estaban al frente de sus clases). Alan D. Beyerchen, *Scientists under Hitler*, New Haven, 1977.

aviones de caza.<sup>3</sup> Este fue probablemente el factor decisivo en la batalla de Gran Bretaña en el verano y otoño de 1940.

El uso del radar fue, sin embargo, mucho más extenso que la función, tan ampliamente publicada, que desempeñó para el Comando de Guerra de la RFA. Por ejemplo, jugó un importante papel en la protección de los espacios aéreos de la *Luftwaffe* en Rusia en 1942-43, frustrando así el intento del Ejército Rojo de destruir la fuerza aérea alemana en tierra, poco antes del asalto del *Wehrmacht* en la saliente de Kursk el 5 de julio de 1942 (Operación Citadel).<sup>4</sup>

El radar fue utilizado para guiar la artillería naval hacia sus objetivos, los bombarderos o misiles hacia sus blancos, las baterías antiaéreas hacia aviones en arribo y para defender a los portaaviones contra el ataque del enemigo. La combinación del radar de microondas y las calculadoras mecánicas tipo computadora convirtieron a los cañones antiaéreos en armas mortales contra los bombarderos a finales de la guerra. El radar también fue un poderoso medio de detección de submarinos en superficie impidiéndoles, en forma muy severa, las oportunidades de supervivencia durante el largo proceso de cargar sus baterías. (Su impacto se redujo cuando la armada alemana desarrolló el submarino tipo *Schnorkel*).

Durante un tiempo considerable el sonar permaneció como arma secreta británica. La respuesta de Alemania a este artefacto, y a la combinación del sonar y el avión cazabombardero, equipado con radar para el ataque de submarinos, fue el submarino de bolsillo y los torpedos de largo alcance, que hicieron posible a este tipo de nave atacar a un convoy a distancia y escapar antes de ser detectada.

Debe hacerse aquí una mención especial de los avances de la ciencia de la criptografía justo antes y luego durante la guerra, la cual estaba íntimamente ligada con la creciente importancia de la clandestinidad, la sorpresa, el engaño y el espionaje en la guerra de ofensiva móvil contemporánea. La Operación Ultra, el exitoso desciframiento por parte de los aliados occidentales de la mayoría de los códigos militares alemanes, incuestionablemente influyó en el resultado de muchas batallas, aunque su efecto total sobre la derrota de Alemania se ha exagerado.<sup>5</sup> Un juicio similar se aplica al descifrado americano de los códigos de la armada japonesa.

En los tres casos –el radar, el sonar y la bomba planeadora radiodirigida– la colaboración entre los científicos y planificadores militares fue muy estrecha. En realidad es difícil precisar la persona en particular o el grupo de personas realmente responsable de su uso en las operaciones militares. Esto es todavía más cierto en

3 La investigación del radar había empezado en la URSS desde 1934 pero sin resultados decisivos o respaldo apropiado. Las depuraciones de 1936-38 sólo pusieron peor las cosas. Erickson, pp. 35-6.

4 Paul Carrell, *Verbrannte Erde*, Frankfurt, 1985, pp. 53-5.

5 Lothar Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, Munich, 1982, cuidadosamente examina los efectos de la habilidad de los aliados para descifrar los códigos de la armada y el ejército alemanes, y afirma de manera persuasiva que éstos no fueron tan grandes, como a menudo es asumido. La operación ULTRA es analizada en F. W. Winterbotham, *The Ultra Secret*, Londres, 1974, y en Peter Calvocoressi, *The Secret Ultra*, N. York, 1981.

cuanto a la bomba atómica; ciento cincuenta mil personas estuvieron involucradas en la realización del Proyecto Manhattan, un enorme complejo científico/militar/industrial destinado a producir y utilizar sólo dos proyectos nucleares. Un mecanismo sistemático de investigación científica con propósitos militares era esencial para el éxito de todos estos proyectos: “Las universidades se transformaron en grandes laboratorios para el desarrollo de armas. Los físicos teóricos se convirtieron en ingenieros y los ingenieros llevaron las soluciones a los límites del conocimiento.”<sup>6</sup>

Pero dada la naturaleza de los ejércitos contemporáneos, en tamaño y complejidad, la utilización real de las invenciones científico-tecnológicas en la guerra dependió tanto (si no es que más) de la planificación y la producción que de los descubrimientos *per se*, o incluso del reconocimiento de la importancia y del uso potencial del descubrimiento. Es por eso que la Segunda Guerra Mundial no era tanto una “guerra de brujos” (como afirmó Churchill), sino una de administradores y planificadores, reflejando con eso las implicaciones organizacionales de ser una guerra de banda transportadora de montaje. Keitel, Eisenhower y también en gran medida Stalin, no eran tanto estrategas como administradores, y algo similar puede decirse de Tojo, quien empezó su carrera en la policía secreta del Ejército Japonés (*Kempetei*) en la China ocupada y desempeñó un papel relativamente pequeño en la determinación de las operaciones militares. De los líderes militares que se distinguieron en la Segunda Guerra Mundial, Zhukov y Montgomery fueron notables excepciones, siendo principalmente soldados-estrategas.

La correlación entre el descubrimiento científico y su aplicación en gran escala variaba de país a país. Un país podía ser el primero en hacer un descubrimiento científico, pero luego ser incapaz o no querer aplicarlo en escala masiva, ya sea por la inadecuada previsión de sus líderes, la incompetencia en la planificación o por una falta de recursos productivos. En contraste, otro país podrá ser capaz de imitar un descubrimiento hecho en cualquier parte y desarrollarlo porque los planificadores militares entendieron su importancia y pudieron integrarlo en sus conceptos de ofensiva o defensiva en una forma en que los mismos inventores originales no habrían previsto. Un ejército determinado podrá lograr un avance sensacional en eficiencia de armamento explotando correctamente un nuevo invento, pero permanecer incapacitado por la falta del dinero necesario para utilizarlo en gran escala. (La *Luftwaffe*, por ejemplo, se vio forzada a mantener en tierra la mitad de sus mortíferos ME163 en la última fase de la guerra a causa de la falta de combustible.) Incluso el empleo prematuro de una nueva arma revolucionaria pudo ser contraproducente si no hubiera sido adecuadamente probada y mejorada antes de ser producida en masa. Los cohetes alemanes V1 y V2 son ejemplos de esta aplicabilidad de la ley del desarrollo desigual y combinado a la innovación y producción científico-militar.

La planificación y administración en la utilización de los grandes avances científicos se convirtió así en una cuestión de juicio sintético, de determinación de

<sup>6</sup> Gerard Piel, *Science in the Cause of Man*, N. York, 1962.

prioridades y del cálculo de las ventajas y desventajas antes de tomar ciertas decisiones. Una vez tomada la decisión, sin embargo, cambia toda la situación, y por algún tiempo considerable. Antes que un invento determinado pueda ser utilizado en escala masiva en la guerra real, debe tomarse la decisión de construir (o transformar) las fábricas en que va a producirse en masa; los recursos para construir las plantas y los proyectos deben ser asequibles; el personal debe ser entrenado tanto para la producción como para el uso del nuevo invento; el Estado Mayor tiene que estar preparado para integrar estos inventos a su planificación, etc. Mientras todo esto sucede, puede que se dé algún nuevo invento revolucionario que deje obsoleto, parcial o totalmente, al invento original, incluso antes de que haya sido ampliamente introducido.

La semejanza con la innovación tecnológica civil y la forma en que opera en el sistema de las grandes corporaciones decididas a maximizar los beneficios a través de la competencia por una mayor participación en el mercado mundial, es sorprendente y confirma que la guerra contemporánea es más un producto del capitalismo contemporáneo de lo que generalmente se reconoce. Así como los grupos financieros clave que controlan las grandes corporaciones con sus jefes (y no los administradores, banqueros y tecnólogos) son los amos de la economía bajo el capitalismo monopolista, así los estratos más elevados de la burguesía y sus representantes políticos claves son los amos de las decisiones científico-militares (y no los científicos o los generales).

A este respecto, las diferencias entre los países bajo democracias burguesas y aquellos bajo distintos tipos de dictadura, a la larga desaparecen en condiciones de guerra. Se podría argumentar que Roosevelt y Churchill –pero especialmente Churchill– realmente gozaron de más poder para imponer las mencionadas decisiones del que tuvieron Hitler, Tojo, Mussolini o, incluso, Stalin. La toma de decisiones centralizada es inevitable dada la centralización del poder económico y político; no es posible delegar la autoridad en la construcción de un nuevo tipo de avión (digamos un jet) a diez autoridades distintas que cubren cien fábricas diferentes.

Si el carácter administrativo de la Segunda Guerra Mundial produjo un resultado militar óptimo es totalmente otra cuestión.<sup>7</sup> Este surgió de la misma naturaleza del reciente capitalismo monopolista. Desarrollo las mismas contradicciones que el sistema en su totalidad: las selecciones falsas hechas por un puñado de personas condujeron a desastres por los que muchos millones sufrieron.<sup>8</sup> Los grandes decisores,

<sup>7</sup> En *In the Battle of France*, 1940, (Londres, 1958), el coronel Adolphe Goutard señala: “Otro resultado de ese concepto de ‘guerra metódica’ fue la ‘burocratización’ del mando. De 1914-1918 en adelante, la organización de todos estos planes de fuego, de despliegue de *matériel* y de establecimiento de estas operaciones siguiendo ‘ordenes estrictamente medidas’ de treinta y cuarenta páginas, necesitaron un pletórico personal que inundó el ejército en el campo con toneladas de papel.” (p. 23).

<sup>8</sup> Churchill, por ejemplo, no dio prioridad a la producción masiva de un avión jet británico cuando era técnicamente posible. Este error de juicio podía haber prolongado la guerra por muchos meses ya que el Tercer Reich, que había empezado a producir tales aparatos en

confrontados con un número creciente de selecciones urgentes, cada vez dependían más de la información y el consejo provenientes de comisiones y fueron abrumados con documentos que debían leer.<sup>9</sup> De esta forma se vieron forzados, a su vez, a delegar la autoridad sobre cuestiones aparentemente de importancia secundaria, pero que decisivamente podían impedir el progreso o incluso causar retrocesos de consideración. Como en la corporación moderna, el resultado final fue una compleja –y súper complicada– estructura que combinaba la sobre centralización con la sobre-descentralización. Haciendo un balance, fue probablemente menos eficiente que las unidades más pequeñas y que la dirección colectiva.<sup>10</sup>

Algo que debe ser enfatizado es la falta de realismo de aquellos que argumentan que los regímenes opresivos son, por su misma naturaleza, incapaces de desarrollar armamento cada vez más sofisticado o participar seriamente en la carrera tecnológica. No hay nada en el registro de la industria de armamentos durante la Segunda Guerra Mundial que garantice una conclusión tan optimista. Por el contrario, los sensacionales avances cualitativos en el “progreso” de los armamentos se dio en todos los países que habían pasado por cierto umbral de la infraestructura industrial/científica. Aquellos que establecen supuestos vínculos causales entre “armas modernas y hombres libres”, para citar el título del una vez famoso libro de Vannevar Bush,<sup>11</sup> subestiman seriamente la capacidad de cualquier gobierno, Estado, clase o estrato dominante, para movilizar el conocimiento parcial súper especializado en busca de proyectos específicos, independientemente de la naturaleza total o de las metas globales “inmorales” que persiga. Aún la más inepta de las dictaduras de la Segunda Guerra Mundial, el régimen de Vichy en Francia, desarrolló en secreto un revolucionario lanzagranadas ante las propias narices de la Gestapo y agentes del *Abwehr*.<sup>12</sup>

El punto no es tanto el servilismo de los científicos y tecnólogos o su disposición para llegar a corromperse por arrogancia, dinero, honor, poder o valores falsos (si bien todos esos factores intervienen). El punto es que la misma naturaleza

---

grandes cantidades, pudo haber adquirido ventaja en el aire a principios de 1945. Alemania realmente tenía una pequeña ventaja a finales de 1944, pero fue malgastada por la ofensiva de las Ardenas, mal concebida por Hitler. El caso del avión turbo-jet es un buen ejemplo del riesgo asumido descuidadamente por parte de cada lado, que neutralizó a ambos; esto es el resultado de demasiado poder concentrado en muy pocas manos.

9 Eisenhower se supone que adoptó la posición de que no leería ningún legajo que no estuviera resumido en una página mecanografiada y que nada que no estuviera así resumido valía la pena leerse.

10 Zhukov escribe en sus memorias: “El mérito de Stalin [durante la guerra] consistía en reconocer inmediatamente en forma correcta las recomendaciones de los expertos, complementándolas, desarrollándolas y generalizándolas—en forma de instrucciones, direcciones, reglas—y transmitiéndolas sin retraso a los líderes del ejército en el campo.” (Vol. 1, p. 360.) (En español: México, Ed. Nuestra América, 1985.)

11 Vannevar Bush, *Modern Arms and Free Men*, Londres, 1950.

12 Benoist-Mechin, vol. 2, pp. 258-59.

de la producción contemporánea, preparada como está para la producción generalizada (capitalista) o parcial (poscapitalista) de artículos de primera necesidad, fomenta el logro de *metas parciales específicas*, independientes de su impacto global a largo plazo en la sociedad o la humanidad como un todo. “No está en nosotros entenderlo” había llegado a ser la justificación para la gran mayoría de los científicos y tecnólogos desde los lamentables días de la guerra de Crimea.

El caso de la bomba atómica, producida en EUA, resulta ser precisamente lo opuesto de lo que pretendieron demostrar los defensores de la tesis: “armas modernas y hombres libres”. Pues no solamente fue concebida y construida por “expertos” que en su mayoría no sabían si sería utilizada cómo y contra quién, ni bajo qué condiciones y con cuáles efectos colaterales (sólo como un ejemplo, los efectos a largo plazo de la radiación fueron en general ignorados); en las discusiones que condujeron a su utilización los “hombres libres” fueron conspicuos por su ausencia. A la gran mayoría de los interesados no se les permitió participar. Nadie fue tomado en cuenta, ni la población, ni el Congreso, ni la institución científica misma.<sup>13</sup> Un grupo muy pequeño de personas, probablemente no más de una docena contribuyeron a tomar la decisión final para arrojar la bomba sobre Hiroshima y Nagasaki, con todas las aterradoras consecuencias que acarreoó para el futuro curso de la historia y el destino de la humanidad. No fue el que “la ciencia se hubiera vuelto loca” lo que condujo a la utilización de la bomba atómica. Fue el militarismo y el imperialismo agresivo fuera de control de cualquier forma de soberanía popular lo que llevó a dichos desastres y puede conducir a otros similares o más graves en el futuro.

El armamento contemporáneo es solamente el objeto material concreto con el que trata la ciencia contemporánea. No posee un impulso social independiente que imponga a ciegas su “voluntad” sobre la gente. La bomba atómica o la computadora no tienen “voluntad”, propia. La gente que las controla y está preparada para usarlas si tiene intenciones; y éstas están determinadas por enormes intereses sociales. Su poder sobre las máquinas y armas está en función del poder sobre otra gente. Esa es la conclusión que se debe sacar del *éxito* relativo del Tercer Reich en el desarrollo de armas sofisticadas, del avance sensacional de Stalin al

---

13 Peter Wyden afirma que algunos de los físicos que trabajaban en Los Alamos se consideraban a sí mismos “científicos-esclavos”. La ignorancia, el secreto excesivo, la falta de discusión en “lugares importantes” dominaron esta triste imagen. “En 1947, personalidades médicas del proyecto escribieron un informe diciendo que sus apreciaciones acerca de los niveles de radiación tolerables habían sido conjeturas equivocadas y ese informe fue sólo descubierto por accidente en 1983... Aunque algunos científicos americanos todavía insisten en que las muertes por radiación combinada en Hiroshima y Nagasaki estuvieron limitadas a mil o dos mil personas, los equipos médicos americanos han determinado que al menos 20,000 (posiblemente dos veces más) sufrieron importantes daños debido a la radiación... En 1945, personalidades científicas en los Alamos tuvieron una apasionada discusión acerca de si recomendar una demostración de la bomba en lugar de usarla en la guerra, y Oppenheimer ni siquiera informó de esa discusión a la Casa antes de que fuera tomada la decisión de arrojar la bomba sobre Japón.” *Day One – Before Hiroshima and After*, N. York, 1954.

haber puesto en la banda transportadora de montaje los *Katynushkas*, del éxito del imperialismo americano en la producción de la bomba atómica. Un monopolio del proceso de toma de decisiones por parte de “expertos” humanos o los intentos para detener el progreso científico no puede prevenir acontecimientos desastrosos. Pero la población en masa, mediante un control real de los medios de producción, en contraste con lo anterior, sí puede. No existe la “inevitable sucesión de los acontecimientos.”<sup>14</sup>

Si a pesar de todo hay alguna lección positiva que aprender de las cada vez más inhumanas implicaciones de la subordinación de la ciencia a la guerra, ésta es que el espíritu humano y la práctica humana nunca se someterán al chantaje y a las amenazas del Estado terrorista, algo parcialmente confirmado por la historia de la bomba atómica. Robert Sherwood recuerda que la primera iniciativa para instituir el Consejo de Administración de la Defensa Nacional “para la movilización de los científicos americanos para trabajar en las nuevas armas con el fin de alcanzar y superar el terrible desafío que la tecnología nazi había presentado”, vino en respuesta a los intentos de Charles Lindbergh “para amedrentar a sus oyentes después de la caída de Francia, contándoles historias acerca de la supuestamente insuperable fuerza de Alemania”.<sup>15</sup> Igualmente, el terror de las armas nucleares desencadenó un espíritu de resistencia internacional contra la locura de la guerra nuclear. La lucha entre aquellos dispuestos a desencadenarla y aquellos que se oponen a ella por todos los medios necesarios, no está decidida con anticipación en favor de los locos. Estará decidida políticamente por un choque de las fuerzas sociales básicas, motivadas no sólo por el interés sino, también, por la convicción y la resistencia moral.

14 En su discurso de despedida a sus colaboradores en el Proyecto Manhattan, del 2 de M noviembre de 1945, Robert Oppenheimer estableció que ya que los “buenos propósitos” de la ciencia, nacidos desde el Renacimiento, eran conquistar “el mayor poder posible para controlar al mundo”, la bomba atómica fue su “inevitable producto”. (A Kimball Smith y Charles Weiner, eds.: W Robert Oppenheimer, *Letters and Recollections*). El argumento de Oppenheimer es un perfecto *non-sequitur*. El único producto inevitable del esfuerzo para conquistar la naturaleza es el conocimiento de cómo liberar la energía atómica. Su uso con propósitos destructivos no es inevitable: es el producto de un orden social determinado (más bien: desorden), de una forma dada de organización social. Esta organización social es el resultado de la falta de habilidad transitoria de la humanidad para controlar (conquistar) racionalmente los procesos sociales. Esto es así porque el mundo social —que es parte del mundo natural— está en sí mismo *insuficientemente* conquistado, por lo que la bomba atómica fue producida no porque hubiera demasiado conocimiento.

15 Robert E. Sherwood, p. 153.

## 9. IDEOLOGÍA

Si la Segunda Guerra Mundial fue la guerra motorizada y de la banda transportadora de montaje, también lo fue de la radio. En ningún conflicto anterior los gobiernos beligerantes habían gozado de la posibilidad de llegar directamente hasta tantos millones de hombres y mujeres con sus intentos de adoctrinamiento y manipulación ideológica.

La radio ya había jugado un papel importante con el surgimiento del Partido Nazi en Alemania, como un partido de masas de la pequeña burguesía y de los elementos *déclassé* de otras clases sociales. Jugó un papel similar al mantener con mano de hierro a las poblaciones alemana y japonesa durante la guerra, inundándolas con propaganda basada cada vez más en la completa supresión de hechos “desagradables” de la vida. Churchill y Roosevelt igualmente explotaron la radio en forma magistral para inducir a los pueblos británico y americano a apoyar la guerra imperialista y lo indispensable del esfuerzo de guerra. La BBC y más tarde, en menor grado, Radio Moscú fueron cruciales para neutralizar la propaganda nazi en los territorios ocupados y motivar a los habitantes para apoyar a los aliados.

Al mismo tiempo, sin embargo, los límites a la campaña de la propaganda de guerra se hicieron visibles. En los países menos desarrollados el bajo nivel de vida significaba que el campesino promedio en China, India o Indonesia (e incluso una parte importante de la población urbana) no tuviera un aparato de radio. Los tímidos esfuerzos para sustituir la transmisión, por medio de altavoces, destinada al consumo colectivo fueron totalmente ineficaces. Entre las poblaciones generalmente hostiles hacia las autoridades, la existencia de un gran número de aparatos de radio hizo posible difundir la “propaganda enemiga” a una escala inaudita en la Primera Guerra Mundial e incluso durante la guerra civil en Rusia (La guerra civil española, sin embargo, ya había previsto esta posibilidad).

Habiendo perdido las ilusiones respecto a la eficacia de su propaganda, los gobernantes no tuvieron otro recurso que confiscar todos los aparatos de radio, reconociendo así su fracaso ideológico para manipular con resultados positivos a una determinada población. Los nazis hicieron esto en Polonia, Yugoslavia y Grecia, países ocupados virtualmente desde el principio y más tarde en todos los territorios invadidos. Es interesante señalar que, de acuerdo con las Memorias de Ilya Ehrenburg, ¡Stalin y la NKVD tomaron medidas similares en el otoño de 1941 en Moscú!<sup>1</sup>

1 Ilya Ehrenburg, vol. 3, p. 8 de la edición alemana. Alexander Werth confirma esta medida, tratando de disculparse por ella (Werth, p. 181).

Estos ejemplos claramente indican que el peso de la ideología en la guerra no es puramente una cuestión mecánica de producción y distribución masiva, así como de disponibilidad de los medios adecuados de comunicación. El contenido de la propaganda –que implica la naturaleza de las ideas que se van a difundir y la habilidad para facilitar su recepción– es una codeterminante de los resultados. Y aquí tiene que ser analizada una sutil acción recíproca entre el interés objetivo de clase, la conciencia (propia) social (es decir, intereses como los hechos a un lado por ideologías prevalecientes) y los intentos deliberados por parte de los gobiernos y aquellos encargados de la propaganda para explotar o transformar esa conciencia.

Para el imperialismo británico y sus aliados en los países imperialistas europeos menores, la principal arma ideológica fue el antifascismo. Explotando el odio justificado de las masas británicas y europeas por la supresión del movimiento obrero por parte de Hitler y otros regímenes fascistas –abusos de los derechos y libertades vitales de los trabajadores y los crímenes contra la humanidad– dicha propaganda, de manera general, tuvo éxito en la subordinación de los antagonismos de clase fundamentales entre el capital y el trabajo asalariado, al dar prioridad a la derrota de los nazis. El carácter imperialista de los estados británico, francés y americano, con su continua explotación y opresión de cientos de millones de seres humanos en los imperios coloniales, y la denegación general de los derechos humanos más elementales, fue borrado por esa propaganda, o al menos situado en último término. La complicidad de la socialdemocracia, la burocracia sindical y el aparato comunista internacional fue vital para la efectividad de esa campaña. Aun con la objeción de los partidos comunistas durante el intervalo del pacto Hitler-Stalin, cuando se hicieron concesiones horribles a la ideología imperialista alemana, se estaba llevando a cabo esta propaganda.

En el territorio ocupado de Europa, los fenómenos de sobreexplotación y de opresión nacional añadieron una dimensión nacionalista a la ideología antifascista, haciéndola aún más aceptable para las grandes masas.<sup>2</sup> En Gran Bretaña, el nacionalismo tradicional e incluso el chovinismo formaron un elemento de la campaña ideológica, pero con efectos menores sobre la clase trabajadora (como lo demostraría el fracaso de la campaña electoral de Churchill 1945).

En EUA donde, en contraste con Europa, la ausencia de conciencia de clase en los trabajadores es una característica constante de la situación política, la acción recíproca de los motivos ideológicos en la propaganda del gobierno era menos compleja que en Gran Bretaña o el resto de Europa. El antifascismo militante y una versión más cruda que la de Churchill, o la de De Gaulle, del tema “guerra-por-la-libertad”, ciertamente predominaron. Pero se mostraba impotente frente a realidades palpables como el racismo antinegro en el sur y, también, cada vez mayor en el

<sup>2</sup> Los poetas franceses Araron y Eluard expresaron esta ideología más gráficamente en sus composiciones sobre la resistencia conmovedoramente patriótica. Ver, por ejemplo, *La Rose et le Réseda*, en donde se dice que cuando la casa se está quemando sólo los locos continúan con antiguas querellas. ¡La lucha de clases como una “querella” es ciertamente una fórmula muy reveladora!

norte. Por otra parte, “el anticolonialismo” populista tradicional hizo difícil para la administración Roosevelt encubrir en forma general la continua denegación de los derechos políticos y la autodeterminación de las colonias británicas y francesas. El nacionalismo tan íntegro (en primer lugar el antijaponés, alentado por la indignación popular contra “el día de la infamia” de Tokyo en Pearl Harbor), se convirtió en el ingrediente principal en la propaganda de guerra de Washington. El mundo aprendería que no era posible mandar al diablo a los americanos Honestos, Viriles, Virtuosos, Inocentes, sin desencadenar un poderoso efecto contraproducente; el mundo entero, y no sólo el Tempei, el Führer y el Duce, ese cómico de ópera. El mensaje fue recibido fuerte y claro y ampliamente aceptado, al menos en EUA. Fue mucho más difícil conseguirlo allende los mares, aunque allí también tuvo muy buenos resultados.

Comparado con el chovinismo inglés, francés, alemán o italiano, este nacionalismo americano era una maquinación ideológica relativamente reciente. El presidente McKinley había formulado un primer planteamiento que sin sorpresa coincidía con el surgimiento de la expansión imperialista de EUA en las Filipinas y el Caribe.<sup>3</sup> Un segundo planteamiento coincidió con la entrada de EUA a la Primera Guerra Mundial y las expediciones “iniciales” contra la revolución mexicana. Ambas tuvieron un impacto popular bastante limitado, como lo ilustró el regreso subsecuente de EUA al “aislacionismo”. Pearl Harbor y la entrada de América en la Segunda Guerra Mundial iniciaron la internacionalización decisiva de la sociedad burguesa de EUA. Precisamente porque el aumento repentino del nacionalismo americano servía no sólo para maximizar el esfuerzo de guerra, sino también porque un proyecto más amplio de apoyo al lanzamiento del imperialismo de EUA por la hegemonía mundial tenía un sucio fundamento racista, que se manifestó sobre todo como una “alianza” anti-japonesa de la cual la población nipona-americana, la Nissei, llegó a ser la primera víctima.<sup>4</sup> Pero no estaba por ningún motivo restringido a un sólo objetivo.

A principios de la Segunda Guerra Mundial la burocracia soviética trató de adherirse tenazmente a la peculiar ideología que había surgido del Thermidor:

<sup>3</sup> La expansión militar americana en México no era de naturaleza imperialista, al menos no en el sentido científico del término. Pero obviamente tenía una dimensión colonialista y por lo tanto guardaba un aspecto de superioridad étnica (racial). La conquista de las Filipinas del imperialismo americano, con el cambio de siglo terminó en crímenes masivos contra la humanidad, que fueron encubiertos por un racismo más crudo.

<sup>4</sup> El almirante Halsey es citado públicamente por haber dicho de las fuerzas armadas japonesas: “Estamos ahogando y quemando a los bestiales monos de todo el Pacífico y es tan placentero quemarlos como ahogarlos.” El ejército y la armada americanas públicamente exhibieron otro de sus dichos: “maten japoneses, maten japoneses, maten más japoneses.” (Citado en Richard J. Barnet, *Roots of War*, Londres 1973, p. 46.) Se supone que Halsey dijo en una comida de periodistas en Washington: “Odio a los japoneses. Les digo que si me topara con una japonesa embarazada la golpearía en el vientre.” (Politics, agosto de 1945, p. 2.) “Debemos odiar con cada fibra de nuestro ser”, el lugarteniente general Lesley J. McNair declaró en un programa de radio a las tropas en noviembre de 1942. (Citado en Barnet, *Ibid.*)

una mezcla del crudo, dogmatizado y simplificado “marxismo-leninismo”, alterado y deformado para adaptarse a los intereses específicos de la burocracia; un culto a Stalin no menos crudamente bizantino (a los soldados y los trabajadores literalmente se les pedía pelear y morir “por el padre de la patria, por Stalin”), y un creciente gran nacionalismo ruso. Después de la agresión imperialista alemana, los temas comunistas y pseudo-comunistas pasaron rápidamente a último término, como incidentalmente sucedió con el culto a Stalin, al menos hasta 1943. El nacionalismo ruso se ponía cada vez más en primer plano, junto con el paneslavismo. Esto culminó con el Manifiesto de Victoria de Stalin de mayo de 1945, que definió la victoria como la de los pueblos eslavos en su “lucha secular contra los pueblos germánicos”. Ni qué decir de la fórmula contrarrevolucionaria (étrotskista?) del *Manifiesto Comunista*, de acuerdo con la cual la historia de todas las sociedades es la historia de las luchas de clase, no la historia de las luchas étnicas.

La conciencia nacional de los pueblos oprimidos surgió como un poderoso fenómeno de masas, parcialmente encauzado hacia los intereses de la burguesía nacional en los dos principales países subdesarrollados del mundo: China e India. Contrario al nacionalismo de los estados opresores, esta conciencia contiene un ingrediente progresivo. Puede desencadenar una dinámica política progresiva. Pero cuando toma la forma de nacionalismo también lleva las semillas de la colaboración reaccionaria de clase, sofocando potencialmente la lucha de los trabajadores y de los campesinos pobres por la independencia política de clase y la defensa de sus intereses materiales contra sus explotadores “nacionales”.<sup>5</sup>

Esto fue especialmente claro en el caso de China, en donde la guerra de liberación nacional se combinaba cada vez más con la guerra civil. Pero también era obvio en el caso de la India: el triste fracaso de su Partido Comunista para estimular la lucha de liberación nacional contra el colonialismo británico, unido a su abierta traición al levantamiento nacional de julio de 1942, dio a la burguesía del Partido del Congreso de Gandhi-Nehru casi el monopolio de esa lucha, que a su vez le dio absoluta hegemonía política sobre las masas indias durante tres décadas.

La Segunda Guerra Mundial también fue testigo del lento surgimiento del nacionalismo de masas en los países árabes y el primer ejemplo de nacionalismo organizado de masas en América Latina, desde la revolución mexicana, sobre todo en Argentina con el peronismo.

La ideología dominante del imperialismo japonés fue en extremo nacionalista y chovinista, con un creciente ingrediente de demagogia de “poder proasiático y antiblanco”. Demagogia, porque los imperialistas japoneses, siempre o cuando salieron victoriosos, trataron a los pueblos asiáticos de “sus colonias”, si acaso, peor de lo que lo hicieron los colonialistas británicos, franceses, americanos u holandeses. Muchos elementos de esa ideología con orígenes semifeudal e imperialista-racista, estaban basados en el mito de la superioridad étnica y el estatus excepcional del

<sup>5</sup> “El marxismo no puede ser reconciliado con el nacionalismo, aunque sea de la clase ‘más justa’, ‘más pura’, ‘más refinada y civilizada.’ Lenin, *Collected Works*, vol. 20, p. 34.

pueblo japonés, no sólo en oposición a “la raza caucásica” sino también a otros pueblos asiáticos. Sin embargo, esta demagogia, que no tenía tanto impacto inmediato fuera de Indonesia y Birmania, indudablemente puso una bomba de tiempo ideológica que explotaría después de la derrota de Japón en 1945.

Mientras los límites del impacto del chovinismo japonés fuera de su territorio son obvios, es más difícil juzgar el grado de control mental que logró en el archipiélago mismo. Nadie puede dudar de sus efectos en el fanatismo que creó en la clase alta y media, así como (parcialmente) en la pequeña burguesía y la juventud; la motivación de los *Kamikazes* fue un amplio testimonio. Pero, ¿hasta qué punto estaban simplemente acobardados, intimidados, aterrorizados y paralizados por la atomización dentro de una sumisión pasiva? Es difícil responder sin estudiar las fuentes originales, lo cual desafortunadamente no estamos capacitados para hacer. Pero algún material traducido –así como una fuente del tipo de las *Memorias* de Shigemitsu– son testimonio de esta última interpretación.<sup>6</sup>

La ideología nazi, con su específica mezcla de extremo chovinismo, anticomunismo, demagogia pseudo-socialista y racismo (culminando con el antisemitismo de asesinos de masas) exitosamente unió al grueso de las clases media y alta (que incluía el cuerpo de oficiales), a la minoría (sin conciencia de clase) tradicionalmente no organizada de la clase obrera y a los elementos *déclassé* de todas las clases sociales. Esta nunca fue más de la mitad (y probablemente hasta menos) del pueblo alemán. La otra mitad, los miembros y simpatizantes del Partido Comunista Alemán (PCA) y del Partido Socialdemócrata Alemán (SPA) el grueso de los trabajadores católicos y la intelligentsia, así como una minoría del sector liberal de las clases altas (que incluía a los “liberales-conservadores”) nunca apoyaron a Hitler ni a sus crímenes. Pero fueron en su mayoría condenados a la pasividad mediante la clara represión física, el terror y –especialmente– la falta de una alternativa política. Los efectos del bombardeo masivo hicieron el resto.

La demagogia pseudo-socialista era sólo eso: demagogia. Los trabajadores alemanes tuvieron una dura vida durante la guerra. Sus salarios y nivel de vida eran bajos. Un incremento en el precio de la margarina era considerado un gran contratiempo; la mantequilla y la carne difícilmente eran consumidas. Por otro lado, Hitler con frecuencia se molestaba en asegurar a los capitalistas que protegería la propiedad privada.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> “En muchas ocasiones, el ‘jefe’ local o su secuaz lograron el reconocimiento local en esta forma [suprimiendo toda la crítica del régimen existente], y la sumisión a ellos en esta forma se hacía inevitable, porque podían con facilidad negar alimentos, combustible y otros artículos a una familia o individuo recalcitrante. A menudo los jefes de asociaciones de manzana se convertían en tiranos despreciables y la posición que tomaban fue resentida... En los centros urbanos en particular, el tonarigumi (grupo de diez familias) a menudo creaba más fricción que buena vecindad y había ahí mucha hostilidad contra el sistema.” Kurt Steiner, *Local Government in Japan*, Stanford, 1965, p. 60. Ver también Guillain, pp. 215-18.

<sup>7</sup> Típico de la ideología básicamente burguesa de Hitler fue su negativa en 1943 a ampliar el destacamento en la industria que proponía el llamado de “guerra total” de Goebbels

Casi todos los comentaristas han tratado el antisemitismo fanático de Hitler, que condujo al Holocausto, como algo más allá de la explicación racional, algo totalmente diferente de todas las otras ideologías del siglo XX (es decir, de la era imperialista). No creemos que ese drástico excepcionalismo histórico pueda ser empírica o lógicamente sostenido.

En su forma extrema el racismo está congénitamente vinculado al colonialismo e imperialismo institucionalizados. Ciertamente, el uno no puede funcionar sin la protección ideológica del otro. Es imposible para los seres humanos pensantes –y los colonialistas, imperialistas y defensores de su “orden” específico son seres humanos pensantes negar a millones de hombres, mujeres y niños los más elementales derechos humanos sin intentar racionalizar y justificar estas indignidades y opresiones mediante un sofisma ideológico específico –a saber, el de su inferioridad “racial” o “étnica” o “intelectual/moral”, o una combinación de éstas, es decir, en un intento por deshumanizarlos ideológicamente. Pero una vez que grandes grupos de seres humanos son considerados como intrínsecamente inferiores –como “sub-humano”, como *Untermenschen*, como alguna especie de animal–<sup>8</sup> entonces sólo falta dar un paso político-ideológico más para negarles no sólo el derecho a la libertad y a la búsqueda de la felicidad, sino el derecho a la vida misma. En la peculiar combinación suicida –y cada vez más destructiva– de la “perfecta” racionalidad local y la extrema irracionalidad global que caracteriza al capitalismo internacional, este paso se da con frecuencia.

En otras palabras, las semillas del Holocausto no deben buscarse en el antisemitismo semifeudal tradicional y pequeño burgués, aunque, naturalmente, ese antisemitismo entre los sectores de la pequeña burguesía polaca, húngara, ucraniana, báltica y rusa ofreció un terreno fértil para tolerar y ayudar al Holocausto. Este tipo de antisemitismo llevó a los pogroms, que eran para los asesinos nazis lo que los cuchillos son para la bomba atómica. Las semillas de las cámaras de gas residían en la esclavitud masiva y el asesinato de los negros a través del comercio de esclavos y en la total exterminación de los indios del Centro y Sur de América por los conquistadores.<sup>9</sup> En esos casos, el término genocidio está completamente justificado:

a mujeres de la clase alta. Esto no era *standesgemäß* (correspondiente al rango), estableció torpemente. El mejor indicador de la naturaleza capitalista del Tercer Reich era el aumento excesivo en utilidades que, sólo para las corporaciones, ascendió de 3 mil millones de MR en 1933 a 14 mil millones en 1942-43 (utilidades brutas). En la industria eléctricas y en la de equipo eléctrico las utilidades netas se elevaron de 100 millones de MR en 1933 a 481 millones en 1939, 594 millones en 1940 y 654 millones en 1941. (Eichholtz, vol. 2, p. 566)

8 Los sofismas de Aristóteles sobre la esclavitud en el primer libro de *La Política* contienen las mismas racionalizaciones. Los esclavos “naturales” se supone que son “naturalmente” inferiores a sus amos y desprovistos de la capacidad de razonamiento racional. El esclavo puede tener alguna forma de virtud –en contra de los animales puros, él tiene un alma– pero su virtud consiste en aceptar la sumisión a su amo. Tal racionalización disfrazó horrendos crímenes contra la humanidad.

9 Horrible precedente fue el asesinato masivo de los prisioneros de guerra y esclavos (a menudo mujeres) por la clase dominante romana en espectáculos públicos. Los llamados

millones de hombres, mujeres y niños fueron asesinados sólo porque pertenecían a un grupo colectivo supuestamente “inferior”, “subhumano” o “malvado”.<sup>10</sup> Es cierto que estos crímenes del colonialismo/imperialismo ocurrieron fuera de Europa. Pero era precisamente el “destino manifiesto” del imperialismo alemán para colonizar Europa oriental. Los nazis y los más extremos proponentes de la doctrina imperialista de la superioridad racial de ningún modo pensaron en el esclavismo y la exterminación sólo de los judíos; los gitanos y algunos grupos eslavos figuran en la misma lista.<sup>11</sup> La mayoría de los historiadores y otros comentaristas olvidan convenientemente que el primer grupo de *Untermenschen* que se sacrificó en las cámaras de gas durante la guerra no fue de judíos sino de alemanes nativos, confirmados como “mentalmente insanos”: doscientos mil (nuevamente hombres, mujeres y niños) fueron exterminados entre 1940-41 en *Aktion T4*.<sup>12</sup>

Se debe agregar que las atrocidades japonesas en la “unidad 731” en Manchuria son algo insignificante en comparación con Auschwitz y sólo puede ser explicado por una mentalidad y una motivación básicamente similares a la del *Herrenvolk*. En cuanto al insensible asesinato de doscientos cincuenta mil civiles japoneses (también hombres, mujeres y niños) por el lanzamiento de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki, aun cuando no sea exactamente comparable al Holocausto por su falta de humanismo, ciertamente reflejó un desprecio por los seres humanos de una “clase especial” que no está tan absolutamente alejado del racismo extremo.

Cuando decimos que el germen del Holocausto debe encontrarse en el racismo extremo del colonialismo y del imperialismo, no queremos decir que el germen produzca inevitable y automáticamente el mal en su peor forma. Para que se dé el caso, la locura del racista tiene que combinarse con la moribunda racionalidad parcial del sistema industrial moderno. Su eficiencia debe estar apoyada por un servicio civil servil, por un consecuente desprecio del juicio crítico individual como básicamente “subversivo” (*Befehl ist Befehl*), por miles de agentes ejecutivos pasivos (de hecho: cómplices pasivos del crimen); por, la conquista del poder por parte del personal político de tipo malhechor al servicio de una burguesía específica y esa

gladiadores casi siempre eran obligados a matarse entre ellos, una crueldad que aun los nazis no generalizaron.

10 Cuando los autores soviéticos “disidentes” como Alexander Zinoviev y otros declaran ahora que las autoridades soviéticas realmente han logrado crear un nuevo tipo de ser humano –“homo sovieticus”, desprovisto de pensamiento y reacción crítica (una clara racionalización de su propia incapacidad para atraer el apoyo de las masas en la URSS y un evidente disparate)–, tenemos una horrible premonición de que éste es el primer escalón hacia la justificación de toda clase de trato bárbaro a esos seres humanos, en primer lugar negándoles todos sus derechos humanos y democráticos.

11 Ya el 21 de septiembre de 1939, Heydrich, segundo comandante de la SS, declaró que los “polacos primitivos” tenían que ser incorporados en el proceso de trabajo como trabajadores migratorios, mientras las clases medias –los intelectuales y otros elementos dirigentes– tenían que ser liquidadas. (Ludolf Herbst, p. 123.)

12 Sobre las fuentes recientes en esta acción, ver Gotz. Aly et al, *Aussendung im Tod*, Berlín, 1985.

disposición de clase para permitirles ejercer el poder político; por la locura desencadenada de una agresión *va-banque*, no sólo por estos malhechores sino también por sectores importantes de, los mismos grandes negocios; por la cínica *realpolitik* que lleva al peor chantaje y al sistemático terrorismo de Estado (Goering, Hitler y Cía amenazando erradicar sucesivamente Praga, Rotterdam, Londres, Coventry –“*wir werden ihre Städte ausradieren*”: algo concebible sólo cuando dichas amenazas fueron ocasionalmente cumplidas); por la ejecución gradual de ese terrorismo de Estado desencadenando una implacable lógica propia;<sup>13</sup> por un fétido sustrato de culpa y vergüenza inconscientes, que tuvo que ser racionalizado a pesar (o mejor: en función) de los monstruosos crímenes. El Holocausto sólo viene al final de esta larga cadena causal. Pero puede y debe ser explicado a través de ella. Realmente, aquellos que entendieron la cadena podían haberla prevenido.<sup>14</sup>

Himmler dijo a los *Gauleiter* y *Reichsleiter* reunidos de toda Alemania el 6 de octubre de 1943: “La siguiente pregunta nos ha sido planteada en relación a la exterminación de los judíos: ¿Qué hacer con las mujeres y los niños? Yo reflexioné y encontré aquí también una solución obvia. No creí tener el derecho de exterminar a los hombres... y dejar crecer a los niños, quienes eventualmente tomarían venganza en nuestros niños y sus descendientes. La grave decisión debe tomarse en el sentido de tener que desaparecer a esta gente de la faz de la tierra”.<sup>15</sup> Dos días antes Himmler habrá desarrollado el mismo tema más extensamente en Poznan, ante una asamblea de funcionarios dirigentes de la SS.

Lo fácilmente que surge esa racionalización está sorprendentemente confirmado en la siguiente cita proveniente de EUA: “Un hombre de la audiencia le preguntó al mayor Lessner: ¿No infligiría penalidad innecesaria, sobre millones de niños alemanes que de ningún modo pueden tomarse como responsables por los crímenes de sus mayores, el castigo de todos los alemanes? El mayor Lessner contestó: Claro que sí. Estos inocentes niños alemanes son los soldados potenciales de la Tercera Guerra Mundial, justamente como los inocentes niños alemanes que habían sido alimentados después de 1918 y luego sirvieron en el ejército de Hitler y que lo hicieron notablemente bien”.<sup>16</sup>

No se debe olvidar que el antisemitismo fue difundido entre la mayoría de los círculos nacionalistas-conservadores en Francia y Rusia así como en Alemania, antes

13 Hitler declaró públicamente en su discurso al *Reichstag* del 30 de enero de 1939: “... si los financieros judíos internacionales dentro y fuera de Europa logran la precipitación de los pueblos hacia la guerra una vez más, el resultado no será la bolchevización de la tierra y con esto la victoria de los judíos, sino la destrucción de la raza judía en Europa”. En 1943 Goebbels utilizó estas mismas palabras en una editorial para su semanario *Das Reich*, añadiendo: “Esto está sucediendo ahora”

14 Trotsky predijo la exterminación física de los judíos europeos en su llamado del 22 de diciembre de 1938 a los judíos americanos. Reimpreso en la *Fourth International*, diciembre de 1945.

15 Heinrich Himmler, *Geheimreden 1933 bis 1945 und andere Ansprachen*, Munich, 1974.

16 Informe del *Bulletin of the Society for the Prevention of World War Three*, de abril de 1945, reproducido en *Politics*, mayo de 1945, p. 134.

y durante la Primera Guerra Mundial. Alcanzó un paroxismo a finales de la guerra, durante el periodo revolucionario. Fueron expresados sentimientos extremistas que Hitler sólo tuvo que recoger y sistematizar. Pueden darse muchos ejemplos. Así tenemos que el Káiser escribió en sus Diarios en diciembre de 1918 la siguiente frase siniestra: “No permitamos que ningún alemán descansa hasta que estos parásitos [los judíos] hayan sido expulsados del territorio alemán y exterminados.”<sup>17</sup>

Explicar y entender un crimen no implica ninguna justificación de él: el Holocausto –el asesinato deliberado y sistemático de seis millones de hombres, mujeres y niños simplemente a causa de su origen étnico– se tiene como algo único en la triste historia criminal de la humanidad. Pero lo que a la explicación y el entendimiento sí implican es que causas similares pueden tener efectos similares; crímenes análogos podrían repetirse contra otros pueblos si el capitalismo sobrevive lo suficiente como para desencadenar la totalidad de su potencial bárbaro una vez más.

Se ha hecho la siguiente pregunta: “¿No fue totalmente irracional este asesinato imperdonable de obreros potenciales, incluyendo a los altamente calificados, cada vez más escasos en la industria de guerra alemana?” En general, los sistemas de sobreexplotación y esclavismo son muy irracionales. Pero han existido en muchos lugares durante largos periodos de tiempo. Aun cuando no constituyen la base del capitalismo (trabajo sin salario), están a y menudo integrados en el modo de producción capitalista, diferente del modo de producción esclavista en sí mismo. Tienen una racionalidad parcial: los costos de ese trabajo pueden ser reducidos a casi nada, una ración miserable que rápidamente reduce el peso y la salud del obrero hasta que literalmente muere de hambre y de privación. Ya no hay ninguna duda de la necesidad de una reproducción intermedia de la fuerza de trabajo individual. Es cierto que el promedio de productividad de ese trabajo es abismalmente bajo. Pero mientras sea abundante el abastecimiento de esclavos, una operación de este tipo tiene una racionalidad de mala muerte. Los antiguos senadores romanos y los *gangsters* contemporáneos de la SS –sin mencionar a los propietarios de plantaciones sureños de los siglos XVIII y XIX en EUA– hicieron cálculos “exactos” para descubrir en dónde estaba el límite preciso en que descansaba esa “racionalidad”. Y mientras los *gangsters* de la SS han sido ciertamente los más criminales de todos, no fueron de ningún modo los menos arteros. Como los propietarios de esclavos romanos de algunos períodos, literalmente obligaron a sus esclavos a trabajarles hasta la muerte.<sup>18</sup> A todos aquellos

17 J.C.G Röhl y N. Sombart (eds.). *Kaiser Wilhelm II: New Interpretations*, Cambridge, 1984.

18 El Ministro de Justicia nazi (*sic!*) Thierack realmente usó la fórmula “destrucción mediante el trabajo” (*Vernichtung durch Arbeit*) en una de sus cartas. Documentos oficiales indican que 15,500 prisioneros de los campos de concentración trabajando para la empresa de la SS Deutsche Ausrüstungswerke representaron cuarenta millones de horas de trabajo en 1943. En ese tiempo produjeron artículos valuados en 23.2 millones de marcos del Reich, por lo que recibieron un “consumo” que en total eran 13 pfennigs por hora. (*Deutschland im 2 Weltkrieg*, vol. 4, pp. 415, 417, Berlín, 1944.) Aun esas cifras parecen “exageradas”; otras fuentes indican un “consumo” de 50 pfennigs por día, 15 pfennigs por hora! De acuerdo con Hermán Rauschnig, antes de la guerra Hitler había declarado categóricamente: “Tenemos

que podrán trabajar no los mataron en el momento. Esa era la función precisa de los notorios campos de exterminación, las “selecciones” en las que el Dr. Mengele y su personal desempeñaron sus siniestras funciones.

Más generalmente, la explicación razonada del programa de exterminación era drásticamente reducir la población de Polonia y de Ucrania –el espacio de colonización alemán y permitirles sobrevivir sólo a aquellos que se convirtieran en obedientes esclavos. Los judíos fueron considerados inadecuados para desempeñar ese papel (en cierto modo un cumplido racista hacia ellos).<sup>19</sup>

La visión de conjunto de la ideología prevaleciente durante la Segunda Guerra Mundial es, en efecto, así de sombría. La conciencia internacionalista y aún la simplemente humanista estaban en un punto crítico histórico, tanto así que muchos pensaron que ya se había establecido un irreversible deslizamiento hacia la barbarie, siendo el 1984 de Orwell el prototipo de dicha premonición.

Ese profundo pesimismo era prematuro. Después de todo, en la declinación radical en la conducta globalmente racional que sin duda marcó la Segunda Guerra Mundial era un reflejo de las grandes derrotas sufridas por la clase trabajadora internacional antes y durante los primeros años de la guerra. Pero después de la caída de Stalingrado y de Mussolini, ocurrió un nuevo y tumultuoso surgimiento de la militancia de la clase trabajadora internacional. La desaparición de las dictaduras fascistas en Europa y la victoria de las revoluciones yugoslava y china, fueron las más claras expresiones de esta modificación en el equilibrio global de las fuerzas de clase. El levantamiento de los movimientos obreros francés e italiano en 1944-48; la victoria arrolladora del Partido Laborista inglés en 1945; la insurgencia de los movimientos de liberación nacional por toda Asia que seriamente debilitaron al imperialismo en el periodo 1945-50, deben agregarse a ellas. Esos trastornos en esencia hicieron posible un resurgimiento limitado y contradictorio de la conciencia de la clase trabajadora y también de un internacionalismo genuino, aun cuando tuvieron que empezar desde un nivel muy bajo.

Algunas fuerzas sociales e individuos salvaron el honor del proletariado internacional y de la humanidad durante la Segunda Guerra Mundial. Los trabajadores de Amsterdam se lanzaron a una magnífica huelga en febrero de 1941 contra las

---

el deber de despoblar... todos los grupos raciales tendrán que ser eliminados de Rusia.” No menos clara era su intención de crear una “clase moderna de esclavos que deben recibir el beneficio del analfabetismo.” (Gespräche mit Hitler, p. 124.) Ya en 1941 el profesor de la SS Mayer-Hetling realmente trabajó en el notorio *Generalplan Ost*, que proyectaba la “liberación” del suelo ruso para establecer a cinco millones de “germánicos”.

19 En realidad al mismo tiempo mientras las cámaras de gas y los crematorios de Auschwitz estaban trabajando a su máxima velocidad, el Obergruppenleiter de la SS, Muller, escribió: “¡Cada trabajador potencial [*Arbeitskraft*] cuenta!” El transporte de prisioneros de los campos de concentración, incluyendo los judíos, a fábricas específicas y a talleres subterráneos estaba organizado a escala masiva. Se dieron órdenes de matar inmediatamente sólo a aquellos no capacitados como trabajadores no calificados para la productividad promedio. Ver el resumen de los documentos oficiales nazis en *Deutschland im 2 Weltkrieg*, Berlín, 1982, vol. 3, pp. 245-50.

primeras medidas antisemitas de la ocupación nazi. Los comunistas yugoeslavos formaron una brigada proletaria –para mayor furia de Stalin– que logró el reclutamiento de varios miles de soldados y voluntarios italianos, austriacos, húngaros y alemanes en sus filas. La resistencia danesa salvó a casi todos los judíos daneses del Holocausto transportándolos durante las noches a Suecia. Pequeños grupos de izquierdistas japoneses ayudaron a las guerrillas chinas en Manchuria. Un ex militante de la oposición de izquierda, Lev Kopelev, consiguió disponer propaganda antifascista en idioma alemán en forma tan eficientemente que el presidio alemán de Grandenz se rindió sin luchar al Ejército Rojo. Habiendo salvado así las vidas de miles de soldados soviéticos y alemanes, Kopelev fue inmediatamente arrestado y metido en prisión por la NKVD de Stalin por el horrible crimen del “cosmopolitismo”.<sup>20</sup> Un pequeño grupo de comunistas europeos bajo la dirección de Leopold Trepper estableció un sistema de información en Francia y Bélgica (ocupadas) que costó varias divisiones al Ejército Rojo, de acuerdo con opinión autorizada. Después de la liberación de Francia, Trepper viajó a Polonia, donde fue rápidamente arrestado por la NKVD y puesto en prisión por varios años.<sup>21</sup> Pequeños grupos de comunistas internacionalistas, en general de convicción trotskista, combinaron la actividad de la resistencia anti-fascista con una defensa constante de los intereses de la clase trabajadora y una firme actitud internacionalista hacia el trabajador y el soldado alemán individual. Muchos de ellos pagaron con sus vidas por su posición, una muy temida por los fascistas. Toda la dirección del RSAP semitrotskista holandés y su más reconocido representante, el cofundador del PC de China e Indonesia y ex-P holandés, Hendrik Sneevliet (Maring), fueron asesinados por los nazis. Los fascistas italianos condenaron a muerte al ex-Secretario General del PC griego, Pantelis Pouliopoulos quien, habiendo llegado a ser un trotskista internacionalista, dirigió la palabra tan persuasivamente a los soldados italianos del pelotón de fusilamiento, que éstos se negaron a dispararle (los oficiales fascistas presentes tuvieron que hacer el trabajo sucio).

Estas fueron pequeñas excepciones. Pero demostraron que bajo las cenizas amontonadas por Noske, Hitler y Stalin sobre la conciencia de clase de los trabajadores quedó encendida una chispa. De esa chispa nuevas flamas surgirían. Lo que estos proletarios internacionalistas formularon fue la convicción de que la guerra podía terminar de otra forma que no fuera la restauración del poder de la clase dominante o el surgimiento de nuevos estados burgueses; que podía terminar de otra forma que no fuera la victoria total de cualquiera de las dos coaliciones; que podía conducir al desarrollo de victoriosas revoluciones socialistas populares. Esa convicción no fue ni utópica ni dejó de considerar la fuerza de los ejércitos de los vencedores potenciales. Expresó un entendimiento de los deseos instintivos y las tendencias espontáneas de decenas de millones de trabajadores y campesinos pobres en tres continentes. Para que esto se llevara a cabo se requería de la suficiente

---

20 L. Kopelev, *No Jail for Thought*, Londres, 1979, pp. 102-14.

21 Leopold Trepper, *Le Grand Jeu*, París, 1975.

fuerza organizativa –incluyendo la fuerza armada– y capacidad política. Pero el propósito y la iniciativa pudieron hacer toda la diferencia. No fue la fuerza relativa de sus oponentes lo que hizo vencedora a la revolución yugoeslava y condujo a los griegos a la derrota, y la que llevó a la victoria a la revolución social en China y a su derrota en Indonesia. Las diferencias en la resolución y determinación de los partidos comunistas en estos cuatro países fueron los factores decisivos. Y lo que fue posible en Yugoslavia y China podría también haber sido posible en algunos otros países europeos y asiáticos.

## SEGUNDA PARTE

### ACONTECIMIENTOS Y RESULTADOS

## 10. EL GAMBITO DE APERTURA EN EUROPA

La estrategia de la *Blitzkrieg* de Hitler iba por victorias rápidas en Polonia y Francia, con la condición de una exitosa “ofensiva de paz” haciendo innecesaria la guerra con Francia. La planificación de ambas operaciones comenzó pronto. Fueron terminadas en el verano-otoño de 1939. Naturalmente, los estados mayores de todas las grandes potencias tenían planes de contingencia para muchas –a menudo contradictorias– eventualidades. En este caso, sin embargo, algo más estaba implicado aparte de la planificación de contingencia.<sup>1</sup>

La guerra contra Polonia opuso fuerzas completamente desiguales. La derrota de Polonia era inevitable como resultado de su inferioridad militar e industrial. La única cosa que podrá haber salvado al Estado y al ejército polacos era una alianza con la Unión Soviética así como con el imperialismo británico y francés las tropas soviéticas habrían tenido que entrar a territorio polaco para pelear junto al ejército polaco contra Alemania, forzando así a Hitler a mandar un contingente importante del *Wehrmacht* y especialmente de la *Luftwaffe* al frente oriental. Aun entonces, sólo lo que quedaba de Polonia probablemente habría sobrevivido en el triángulo Varsovia-Bialystok-Lwow, hacia donde el ejército polaco habría tenido que retirarse antes de la embestida alemana.

Pero esta posibilidad nunca fue seriamente considerada, ni por el régimen de Beck-Pyz-Smigly ni por los estados mayores francés y británico, ni por Stalin. La hostilidad de clase de los terratenientes y capitalistas polacos hacia la Unión Soviética, el temor de clase al Ejército Rojo, las sospechas acerca de intenciones adicionales de Stalin, las tensiones nacionales entre la minoría oprimida ucraniana, los polacos y judíos en Polonia oriental, todo esto era demasiado como para que Varsovia contemplara la perspectiva de una real alianza militar con el Kremlin. La negativa del régimen polaco para aceptar ayuda soviética directa convirtió en una

---

<sup>1</sup> El Plan Weiss para invadir a Polonia el 1º de septiembre de 1939 data del 3 de abril de ese año. El 23 de mayo Hitler dijo a sus jefes del Estado Mayor que “Danzig no está sujeto a discusión en absoluto. Es cuestión de expandir nuestro espacio vital en el Oriente... Habrá guerra. Polonia será atacada en la primera oportunidad.” Ver las notas manuscritas sobre este discurso por el ayudante de Hitler, el lugarteniente coronel Schmundt, que fueron encontradas entre los documentos alemanes tomados por los aliados occidentales. Una ocupación provocativa de la estación de radio Gleiwitz y ataques similares por comandos organizados por la SS tuvieron lugar del 30 al 31 de agosto, antes de que el gobierno polaco pudiera siquiera contestar el ultimátum de Hitler. Eso en cuanto a la afirmación de A. J. P. Taylor de que Hitler no estaba de ningún modo resuelto a una guerra con Polonia en el verano de 1939.

farsa las negociaciones militares entre el Estado Mayor de los aliados occidentales y el gobierno soviético en el verano de 1939.

En estas circunstancias, Stalin prefirió mejor aliarse con el probable vencedor que con la casi segura víctima. Aun en el caso poco probable de que el gobierno polaco hubiera aceptado dentro de su territorio al Ejército Rojo, está en duda que Stalin hubiera favorecido una alianza militar con ese país y sus aliados occidentales. Tenía poca confianza en su capacidad de lucha y estaba fascinado y atemorizado por el poder del aparato militar alemán<sup>2</sup> cuyo aumento aventajaba con mucho la modernización tardía del Ejército Rojo. Prefirió mejor, por lo tanto, una posición neutral para Rusia, dejando que los imperialistas lucharan entre ellos en una prolongada guerra, ganando tiempo para fortalecer al ejército y la industria de guerra de la URSS. Al actuar así indudablemente ayudó a Hitler a entablar las hostilidades invadiendo Polonia. También subestimó seriamente la rapidez de la victoria alemana ahí,<sup>3</sup> y más tarde en el oeste; de aquí también la amenaza para la URSS de que Alemania controlara el continente europeo desde los Pirineos a Bialystok y Wyborg y desde el Cabo Norte a Dniester.<sup>4</sup>

En cuanto al ejército francés, con muy poca ayuda de parte de Gran Bretaña, no tenía intención de atacar la línea Siegfried o de lanzar alguna ofensiva en el oeste. Prudentemente se retiró detrás de la línea *Maginot* e imprudentemente no protegió la laguna de Sedan con fuertes contingentes y adecuada reserva móvil. Por razones difíciles de comprender fueron emplazadas ahí en su lugar, débiles divisiones compuestas de veteranos que eran ya gente mayor.<sup>5</sup>

2 J.A.S Grenville, *The Major International Treaties, 1914-1973*, Londres, 1974, p. 349. Hitler y Stalin estaban fascinados el uno con el otro, como lo revelan muchas observaciones hechas hasta mediados de 1944. Un estudio preliminar de sus relaciones ha sido hecho por Sven Alard, *Stalin and Hitler*, Berna, 1974. El 26 de agosto de 1942 Hitler dijo de Stalin: "Tengo un libro sobre Stalin. Debo decir que es una figura colosal, un gigante ascético que, con puño de hierro, ha mantenido unida la tierra de gigantes... liberando de todos los límites a 200 millones de seres humanos, el hierro, el manganeso, el níquel, el petróleo. En la cumbre, un hombre que dijo: '¿considera usted la pérdida de trece millones demasiado por una gran idea?'" *Monologe mi Führerhauptquartier*, 1914-44, p. 366.

3 El 10 de septiembre de 1939 Molotov dijo a Von der Schulenburg, el embajador alemán en Moscú, que el gobierno soviético estaba sorprendido por la rapidez del éxito militar alemán en Polonia. "El ejército Rojo, dijo, había contado con varias semanas, que ahora han sido reducidas a pocos días." "*Nazi-Soviet Relations, 1939-1942*", en *Documents from the Archives of the German Foreign Office*, Departamento de Estado, Washington, 1948, p. 91.

4 La opinión prevaleciente en los círculos stalinistas en esos momentos era que Stalin, no Hitler, había sacado el mayor provecho del pacto Hitler-Stalin. Edgar Snow, por ejemplo, informó en enero de 1940 que "Stalin tenía ahora a Hitler en el bolsillo", y afirmó que "aquí [en Asia Oriental] como en Europa, Stalin domina el equilibrio del poder." (Edgar Snow, "Will Stalin Sell Out China?", en P.E Moseley de., *The Soviet Union 1922-1962: A Foreign Affairs Reader*, N. York, 1963, pp. 155-56.) Trotsky estaba mucho más cerca del blanco cuando escribió que Stalin, como resultado del pacto, se había convertido en un prisionero de las decisiones estratégicas de Hitler.

5 No solamente puede darse una explicación militar al hecho de que 90 unidades completamente armadas con 10,000 piezas de artillería y 2,500 tanques no atacaron una débil

Así que Hitler tenía las manos libres para atacar a Polonia. Pudo concentrar la totalidad de sus divisiones acorazadas y la mayor parte de la *Luftwaffe* en el frente oriental, asegurando con eso una rápida victoria. En cierta forma el Estado Mayor polaco le ayudó al reunir en masa a gran parte de su propio ejército cerca de la frontera, donde éste se convirtió en fácil blanco para las grandes operaciones de cercamiento. Stalin también prestó su ayuda obstruyendo el camino al ejército polaco cuando éste finalmente decidió retirarse y ocupando la Ucrania polaca, con lo cual logró incrementar el sentimiento antiruso de los polacos. Sin embargo, el ejército polaco peleó con gran valor, algo muy sorprendente si se considera la pésima situación del Estado y el carácter explosivo de las contradicciones sociales dentro de su sociedad. La guerra no había terminado en quince días, como lo anunció la propaganda alemana: Varsovia se rindió el 2 de octubre después de resistir durante cuatro semanas (es decir, casi tanto como el ejército francés, que era mucho más poderoso). Sin embargo, las bajas alemanas fueron limitadas y la experiencia que adquirieron las divisiones acorazadas, los bombarderos y cañoneros sería de gran importancia en operaciones subsecuentes en el oeste y en Rusia.

Durante el interludio de la *drôle-de-guerre*, Hitler febrilmente preparó la ofensiva contra Francia, basada en el brillante plan estratégico de Von Manstein y Guderian. En lugar de tratar de cercar a los ejércitos franceses en la Francia oriental (como se había hecho con estupendos resultados en 1870, aunque sin ningún éxito con el plan Schlieffen en 1914), el *Wehrmacht* intentaría cercarlos en el centro del frente mediante un atrevido rompimiento en Sedan y una embestida rápida por el canal inglés. El general Gamelin cayó justo en la trampa al mandar sus desgastadas divisiones móviles a Holanda y Bélgica el 10 de mayo de 1940. El resultado no fue una conclusión inevitable, ya que la efectiva superioridad en ese momento de las fuerzas alemanas era insignificante.<sup>6</sup>

Sin embargo, la jugada alemana obtuvo buenos resultados gracias a su superioridad en la concepción estratégica y la rapidez en la ejecución militar. La doctrina

defensa alemana de una docena de divisiones que tenía la línea Siegfried a principios de septiembre de 1939. De acuerdo con el lugarteniente general alemán Westphal, "un ataque como ese lanzado antes de que un considerable número de elementos del ejército alemán pudieran ser traídos a través de Polonia, ciertamente casi habría llevado a los franceses hacia el Rhin sin problema y bien podían haberlos visto a través del río." (*The Fatal Decisions*, p. 15.) La única explicación posible radica en un gobierno social, político-ideológico deficiente: una doctrina militar anticuada, una total falta de seguridad en sí mismo, un temor a Hitler, un temor a los sentimientos anti-militaristas dentro del ejército francés, un temor a la revolución en Alemania en caso de la caída del Tercer Reich, etc. J. B. Duroselle señala que Gamelin no tenía un verdadero plan de ofensiva inmediata durante 1939, a pesar de las promesas hechas a Polonia, y que sólo podía esperar que el frente pudiera ser estabilizado en Polonia, una perspectiva poco plausible.

6 Diferentes fuentes dieron fuerza a la *Luftwaffe* en el oeste en vísperas de la ofensiva de mayo de 1940 con alrededor de 3,000 aviones, contra la cual la fuerza aérea francesa pudo dirigir 1,300 y la RFA 1,000. (Estas cifras no incluyen las reservas de la RFA mantenidas para la defensa de Gran Bretaña y las importantes reservas francesas en el norte de África y en el Medio Oriente.) Ver Goutard, *Op. cit.*

estratégica francesa, muy influenciada por Pétain, continuó adhiriéndose a los dogmas defensivos.<sup>7</sup> La contraofensiva frente al rompimiento en Sedan fue lenta y gradual, en parte debido al atraso de las comunicaciones francesas.<sup>8</sup> Una segunda contraofensiva en Arras, unida a un esfuerzo de último momento para efectuar el rompimiento de los ejércitos aliados cercados en el norte, fracasaron por razones similares: falta de coordinación, velocidad y unidad de propósito.<sup>9</sup>

El ejército holandés fue vencido en cuatro días, los belgas en dieciocho, y las unidades británicas fueron empujadas hacia Dunquerque y el Canal de la Mancha en un lapso de quince días. El ejército francés fue vencido en seis semanas. A mediados de junio de 1940 Pétain y Weygand suplicaban un armisticio. La guerra parecía terminada en el frente occidental.

La *drôle-de-guerre* había sido precedida por una carrera británico-alemana hacia la costa de Noruega, la vía marítima por la que se transportaba el mineral de hierro para la industria de guerra de Alemania. La carrera finalmente fue ganada por los alemanes, quienes lograron ocupar todo el territorio de Noruega. Dinamarca había caído sin intentar resistir militarmente. A cambio, ganó algo único: la conservación de la investidura de la democracia parlamentaria burguesa durante dos años bajo la ocupación nazi.

Sin embargo, para que la guerra realmente terminara en el frente occidental, el imperialismo alemán tenía que asegurar el reconocimiento británico de sus logros. Mediante un intento indiferente de propuestas diplomáticas, Hitler preparó la invasión de Gran Bretaña. Lo que estaba entre él y la victoria final en el oeste no era tanto el cuerpo expedicionario bajo la dirección de lord Gort, milagrosamente repatriado desde Dunquerque, sino la Real Fuerza Aérea y la

7 En el prefacio a un libro del general Chauvineau (*Une invasion est-elle?*, París, 1939), Pétain escribió: "Indudablemente, hay formas de acabar con una granizada del fuego de armas automáticas, a saber: tanques y artillería pesada. Pero están escasos de abastecimiento, amigos míos, y toma mucho tiempo ponerlos en condiciones de servicio. La escasez de dicho equipo detiene los frentes de ofensiva y su naturaleza pesada permite a la defensa hacer avanzar a las reservas, con una facilidad proporcional a la estrechez del frente ofensivo." En contraste con el ejército alemán, el francés ciertamente era lento para poner en línea su blindaje para atacar en 1940.

8 El general Gamelin, el comandante en jefe de los aliados, no tenía siquiera un enlace directo de radio de doble sentido con sus comandantes de campo, ni un sistema de líneas de teléfono con varios de los cuarteles del ejército. Sus instrucciones al general Georges, el comandante del frente del noroeste, por ejemplo, eran mandadas diariamente con un mensajero. (Deighton, Op. cit)

9 A pesar de la información sobre las grandes concentraciones alemanas en las Ardenas, indicando que el ataque podía estar dirigido al frente central y no al frente norte, los franceses se adhirió a sus planes iniciales. Sin embarco, no hay un acuerdo general entre los historiadores acerca de qué tanto sabía el mando francés de los movimientos de los Panzer. Para opiniones contrastantes ver el libro de William L. Shirer, *The Collapse of the Third Republic*, Londres, 1972, y el de Len Deighton, *Blitzkrieg*.

Armada Real.<sup>10</sup> No era posible ningún aterrizaje afortunado sin una absoluta maestría en el aire dada la formidable superioridad de la *Home Fleet*. En los comienzos de la batalla de Gran Bretaña la *Luftwaffe* tenía una ligera ventaja sobre la RFA en términos de número y calidad en los aviones, así como la ventaja de la iniciativa de ofensiva, en primera instancia contra los campos de aviación y las fábricas de aviones. A pesar de eso, ésta fue considerablemente neutralizada por el hecho de que la RFA peleaba sobre su propio territorio, tenía una información y un sistema de comunicaciones superiores (aquí el radar jugó un papel clave) y empleó mejores tácticas.

El 7 de septiembre de 1940 la *Luftwaffe* detuvo abruptamente sus ataques concentrados sobre los campos de aviación de la RFA con el fin de desviar su atención hacia el bombardeo masivo en Londres. Esto permitió a la fuerza aérea británica la recuperación de sus agotadas reservas y la incorporación en sus escuadrillas aéreas de aviones de combate recién construidos.<sup>11</sup> Se han desarrollado diversas hipótesis para explicar este cambio repentino. La más convincente es que se trataba de un movimiento táctico dirigido a distraer la atención del Comando de Guerra de los campos de aviación del sur de Inglaterra para la defensa de la capital. Si esto es cierto, fue un grave error, ya que Dowding, el mariscal de aviación británico, no respondió como se esperaba y el cambio sólo dio a la RFA una tregua que necesitaba con urgencia. La decisión alemana se debió en parte a la información incorrecta, la cual, en los meses de julio y agosto subestimó la fuerza de la RFA y ahora erraba en dirección opuesta, así como en las consideraciones estratégicas a largo plazo: la necesidad de conservar las fuerzas de la *Luftwaffe* para las operaciones venideras en el Mediterráneo o contra la URSS.

Para el 13 de noviembre de 1940 la *Luftwaffe*, de los 2,200 aviones que había comisionado para la batalla de Gran Bretaña, había perdido 1,733. Para finales de marzo de 1941 las bajas totalizaban 2,265 aviones, con 8,000 pilotos u otro personal de vuelo, ya fueran muertos, heridos o desaparecidos. En contraposición, la RFA perdió 915 aparatos hasta noviembre de 1940. Lo que realmente salvó a Gran Bretaña fue la determinación de Hitler de no limitarse a una guerra únicamente europea

10 ¿Por qué Hitler detuvo su columna blindada quince millas antes de llegar a Dunquerque, permitiendo así la reembarcación de las fuerzas expedicionarias británicas de 190,000 hombres y 139,000 soldados franceses? Algunos afirman que fue debido a una cuestión política calculada: a Londres debían darle la oportunidad de cubrir las apariencias para un convenio negociado; otros, que Goering lo persuadió de que la *Luftwaffe* podía acabar con las FEB antes de su reembarcación, mientras que los *Panzer*s tenían que reservarse para un ataque final sobre el ejército francés. Pero en realidad, parece que la decisión fue esencialmente técnica; la mayoría de los carros blindados estaban en pésimas condiciones y tenían que ser reparados.

11 La industria de aviación británica fácilmente reemplazó los aviones perdidos durante todo el mes de agosto y la primera parte de septiembre de 1940. Esto confirma que Gran Bretaña todavía era una potencia industrial formidable: en 1941 su producción de aviones incluso superaba a la de Alemania.

sino de ir en busca de la hegemonía mundial,<sup>12</sup> es decir, atacar a la Unión Soviética. Para eso necesitaba aviones que en efecto no podían ser utilizados contra las Islas Británicas.

Una vez que la batalla de Gran Bretaña se perdió y que se canceló la Operación Sea Lion, la *Blitzkrieg* tuvo que extenderse hacia otras áreas, conforme el tiempo estaba comenzando a correr. El Alto Mando alemán hubiera preferido una operación de limpiamiento en el Mediterráneo Occidental y en el noroeste de África. Esto, ciertamente, tenía sentido desde un punto de vista estratégico a corto y a largo plazo. Al tomar Gibraltar y asegurar las costas marroquíes y del noroeste de África hasta Dakar, el imperialismo alemán habría creado condiciones mucho más favorables para un futuro ataque contra Egipto y el Medio Oriente y contra las Américas. Pero esa operación (la Empresa Félix) dependía del consentimiento, si no es que de la activa cooperación, de Franco y Pétain. Aquí surgieron formidables obstáculos militares, económicos y político-psicológicos.

El ejército español había quedado severamente debilitado como resultado de su guerra civil. La economía del país estaba en la ruina. Había hambre en diversas regiones. Lo mismo se aplicaba, *mutatis mutandis*, al ejército y a la economía de la Francia de Vichy, tanto en lo que quedaba de la metrópoli como en las colonias. Bajo estas circunstancias, cualquier operación militar en gran escala tendría que estar completamente fundamentada, armada y abastecida por la misma Alemania, cuyas líneas de comunicación estaban ya considerablemente extendidas (la distancia Bordeaux-Dakar es mayor que la de Berlín-Stalingrado). También significaba poner grandes cantidades de armas a disposición de los ejércitos, acerca de cuya confiabilidad como aliados Hitler tenía muy serias dudas (podían volverse contra Alemania ya fueran los generales mismos o los soldados, ya que la gran mayoría de los franceses y españoles eran hostiles a una franca alianza con Alemania). La renuncia de Franco y Pétain a comprometerse enteramente a la cooperación militar activa con Hitler se intensificó con los resultados de la batalla de Gran Bretaña: las dudas comenzaron a surgir en las mentes de estos reaccionarios conservadores acerca de si el aventurero advenedizo alemán podía realmente ganar la guerra. Hitler mismo no creía que debía comprometer grandes recursos en la Empresa Félix, ya que los necesitaría una vez comenzada la operación contra la Unión Soviética. Así que, después de algunos meses de indecisión, la Operación Barbarossa, planeada inmediatamente en julio de 1940, llegó a ser la siguiente *Blitzkrieg*.

La obsesión de Hitler por la conquista de Ucrania (que tenía sentido desde el punto de vista de los sectores más agresivos del imperialismo alemán) y una duda preocupante acerca de la fuerza industrial real de la URSS, explican la concentración de los

12 Algunos autores soviéticos niegan la importancia de la batalla de Gran Bretaña y afirman que sólo tuvieron lugar indefinidas escaramuzas aéreas sobre las islas británicas en el verano de 1940; ver, por ejemplo, de Pavel Jiline. *Ambitions e méprises du Troisième Reich*, Moscú, 1972, pp. 82-84. La sólida evidencia alemana acerca de la Operación Sea Lion y el papel clave atribuido a la destrucción de la RFA anterior a la invasión de Gran Bretaña, hace insostenible esta tesis. Maisky, en sus *Memorias* cuenta una historia completamente diferente.

esfuerzos en Europa Oriental y la Unión Soviética. Para él, como para Roosevelt, el Mediterráneo y el Cercano Oriente no eran de tanta importancia estratégica.<sup>13</sup>

Por supuesto la opinión de Churchill era muy diferente: después de la batalla de Gran Bretaña él y Dill, jefe del Estado Mayor Imperial, tomaron la decisión estratégica de comisionar a una parte sustancial del ejército británico (incluyendo la única división armada sobreviviente de Gran Bretaña) al norte de África. Para la burguesía británica la pérdida del petróleo de Egipto y Medio Oriente habría significado tanto como perder la propia Gran Bretaña, ya que la patria vendría después. Así que el Mediterráneo se convirtió en el principal escenario de guerra del imperialismo, británico y permanecería así durante tres años.

Mientras se estaba preparando la más grande agresión en su historia –la invasión de la Unión Soviética– la burguesía alemana se enfrentaba a desafíos no previstos, ocasionados por sus aliados más que por sus enemigos. Juzgando equivocadamente la situación mundial en 1940, y creyendo que la guerra terminaría pronto, Mussolini –en contra del consejo de Hitler– declaró la guerra a Francia y a Gran Bretaña con el fin de reclamar un pedazo de pastel al vencedor. Continuó esto con operaciones muy mal preparadas en el norte y este de África y en Grecia, como resultado de lo cual rápidamente perdió Etiopía ante un ejército británico inferior y fue vencido por un ejército griego todavía más débil. Los alemanes tuvieron que venir a rescatarlo, lo cual significó la desviación de recursos desde el frente oriental hacia los Balcanes y la constitución del *Afrika Korps*. Las pérdidas del Reich fueron relativamente pequeñas (excepto en el caso de Creta), pero la desviación fue seria en términos del tiempo perdido. En esta etapa el general Haider, el estratega central del *Wehrmacht*, no pensó que esto crearía problemas, pues esperaba que el Ejército Rojo fuera aplastado en un par de meses, antes del invierno. Pero en el caso de una postergación de la Operación Barbarossa por seis semanas significaba que el ejército alemán, como el de Napoleón antes que este, tenía que habérselas con el fango y el frío rusos antes de un ataque sobre Moscú.

Haciendo un balance final del gambito de apertura en Europa, claramente ganado por Hitler tiene que incluirse también el costo de esa victoria. Aquí se demostró una norma básica de guerra: entre más batallas son peleadas, las cuales no ponen fin a la guerra, más pesa sobre el resultado final el costo marginal de victorias parciales. El imperialismo alemán obtuvo una victoria fácil en Noruega, pero las pérdidas de su armada en esa guerra hicieron que la Operación Sea Lion fuera material y psicológicamente imposible sin una previa derrota de la RFA. Holanda fue vencida en cuatro días y Creta tomada en siete, pero la pérdida de

13 Roosevelt tranquilamente envió un cable a Churchill el 1º de mayo de 1941: si se hicieran necesarias retiradas adicionales (en el Mediterráneo Oriental, incluyendo el norte de África y el Cercano Oriente), serán todas parte de un plan que en esta etapa de la guerra acorten las líneas británicas, alarguen las líneas del Eje y obliguen al enemigo a gastar grandes cantidades en hombres y equipo. (*Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 1, p. 179.) La actitud de Roosevelt en parte reflejaba la autosuficiencia americana en petróleo en tiempo de guerra.

paracaidistas y planeadores hicieron imposible una entrada similar en Malta.<sup>14</sup> La victoria contra Polonia fue fácil, pero los doscientos (o poco más o menos) pilotos polacos que escaparon a Gran Bretaña bien pudieron haber hecho la diferencia entre la victoria y la derrota para el comando de guerra en septiembre de 1940; y el servicio secreto polaco consiguió para Gran Bretaña la clave del código militar alemán que, junto con un avance sensacional similar por parte de EUA en el desciframiento del código de la armada japonesa, dieron a la Alianza Occidental una ventaja en información decisiva sobre sus enemigos durante toda la guerra. De esta forma una justicia de poder opera, después de todo, en la historia militar y, a través de ella, en la historia de la lucha de clases y en la historia mundial considerada en su conjunto.

## II. EL DESARROLLO DE LA BATALLA MUNDIAL.

En la segunda mitad de 1941 el ataque de Hitler a la Unión Soviética y el ataque japonés sobre Pearl Harbor transformaron lo que previamente era un conflicto esencialmente europeo en una guerra mundial. Aunque África meridional y Sudamérica permanecieron fuera de las zonas reales de operación, sin embargo estuvieron muy involucradas, aunque indirectamente. Una importante batalla naval tuvo lugar en el estuario del Río de la Plata. Brasil, el país más grande de Sudamérica, entró en la guerra como un satélite de EUA en el verano de 1943. El Sur de África llegó a ser una base naval clave para cuidar que la ruta de Gran Bretaña hacia la India permaneciera a salvo. Kenia eventualmente se convirtió en centro de operaciones del Medio Oriente para el ejército británico en el momento en que El Cairo fue amenazado, designando al puerto de Kilindini (Mombasa) para servir como base naval británica en el Océano Índico después del bombardeo japonés de Trincomalee, en Ceilán. Durante todo el conflicto, India fue la principal base logística para las fuerzas británicas en el Medio Oriente, convirtiéndose en escenario de operaciones militares en las colinas de Assam y Naga, luego de la conquista japonesa de la mayor parte de Birmania.

El ataque de Alemania a la Unión Soviética no sólo dio a la guerra una nueva dimensión geográfica: también modificó parcialmente su carácter social. Si bien es cierto que los imperialistas alemanes estaban empeñados en despojar a varios países, apoderándose de sus minas, fábricas, bancos, en forma casi omnipresente, esta transferencia de propiedad afectó a otros estados capitalistas. En el caso de la URSS, en contraposición, la propiedad que se iba a saquear no era capitalista sino propiedad colectiva.<sup>1</sup> De ahí que la supuesta apropiación de Sudamérica, implicara una contrarrevolución social a escala gigantesca. Se puede encontrar aquí un paralelo con los ejércitos de las monarquías europeas de 1793 que, de haber derrotado al ejército revolucionario francés, habrían restaurado el *antiguo régimen* – decir, los privilegios sociales y económicos de la nobleza y el clero– excepto que en 1941 ésta habría sido una nobleza extranjera.

El objetivo de la Operación Barbarossa era la destrucción del grueso del Ejército Rojo al oeste de los ríos Dwina y Dnieper, es decir, interceptando su retirada

<sup>14</sup> Sobre las terribles pérdidas sufridas por los paracaidistas alemanes y las formaciones aéreas sobre La Haya el 10 de mayo de 1940, ver de E. H. Brongers, *De Slag om de Residentie* 1940, Baarn, 1968. En Creta, 6,500 de los 22,000 paracaidistas comisionados se perdieron, el más alto porcentaje de muertos y heridos del lado alemán en cualquier batalla de la Segunda Guerra Mundial, sin excluir la de Stalingrado.

<sup>1</sup> Sobre las diferentes medidas mediante las cuales la industria y los bancos alemanes forzaron a los capitalistas europeos a abandonar toda o parte de su propiedad, ver el libro de Dietrich Eichholz, pp. 160-91. Para la apropiación sistemática de la riqueza económica soviética por los monopolios alemanes, ver *Ibid.*, pp. 460-90.

hacia el Don y el Volga mediante una serie de operaciones de cercamiento utilizando maniobras de pinza. Estaba basado en varias suposiciones, de algunas de las cuales se infería un juicio y una inteligencia militar precisos mientras que otras implicaban una total falta de comprensión de la situación en la Unión Soviética, la primera suposición, que demostró ser en gran parte correcta, era que Stalin sería tomado por sorpresa; que por esta razón el grueso del Ejército Rojo estaría concentrado relativamente cerca de la frontera; que no estaría preparado para el ataque; y que la mayor parte de la fuerza aérea sería destruida en tierra.<sup>2</sup> La segunda suposición –sólo parcialmente correcta– era que el ejército soviético no sería contrincante para el *Wehrmacht*; que sus comandantes se encontrarían completamente desconcertados por la rapidez del ataque; que sería destruido gran parte de su equipo y potencial humano; y que, así, su voluntad para pelear quedaría liquidada. En realidad, sin embargo, aun cuando la defensa estaba desorganizada especialmente en el sector central del frente que soportó lo más recio de la *Blitzkrieg*, causando enormes pérdidas humanas, desde el principio la resistencia soviética fue mucho más fuerte de lo que había previsto el mando alemán. Como consecuencia las pérdidas de Alemania fueron más elevadas de lo estimado y el impulso de la ofensiva contenido. El *Wehrmacht* perdió cerca de un millón de hombres aun antes de que empezara la batalla de Moscú.<sup>3</sup> Además, el tanque medio 134 soviético llegó como una sorpresa desagradable, ya que era superior a los modelos alemanes (sólo más tarde los modificados Tiger y Panther, al incorporar las lecciones del campo de batalla, recuperarían el equilibrio). La tercera suposición, que demostró estar muy equivocada, implicaba una estimación mucho muy baja de las reservas del Ejército Rojo, tanto en potencial humano como en equipo militar. El Estado Mayor alemán había calculado 200-220 divisiones del Ejército Rojo, de las cuales por lo menos 150 iban a ser destruidas en los primeros dos meses de la guerra. Después de eso, la guerra se reduciría a simples operaciones de limpieza. Pero aunque el ejército alemán inicialmente aniquiló como 150 divisiones del Ejército Rojo, su oponente fue capaz de elevar su fuerza de lucha a cerca de 300 divisiones (4.7 millones de hombres) para finales del año.<sup>4</sup> Así que aunque el *Wehrmacht* ganó cuatro batallas impresionantes (Bialistok-Minsk, Smolensk, Kiev y Viazma-Bríansk) en el verano y otoño de 1941, sin embargo fracasó en la captura o destrucción del grueso del

2 Alemania utilizó 2,740 aviones para la invasión de la URSS. El Ejército Rojo tenía cerca de 8,000, de los cuales, sin embargo, sólo 1,800 eran modernos. (Gruchmann, pp. 226-27.) Sobre los efectos devastadores del ataque de la *Luftwaffe* sobre los campos aéreos del Ejército Rojo, ver el libro de Erickson, pp. 113-14.

3 De acuerdo con las estadísticas oficiales alemanas, las fuerzas alemanas también habían perdido 1,812 tanques, 76,500 carros blindados, 3,838 aviones, 2,700 cañones, 16,000 ametralladoras y 86,000 caballos para el 1º de noviembre de 1941. Después de la batalla de Moscú, las pérdidas casi se duplicaron, excepto en lo referente a los aviones. Eichholz, vol. 2, p. 42

4 Sobre la rápida reconstrucción de las fuerzas de campaña soviéticas, ver el libro de Erickson, p. 251.

ejército soviético. Tomando en cuenta a los soldados movilizados así como a los potenciales, sólo un treinta y cinco por ciento del Ejército Rojo pereció en el primer movimiento de ofensiva alemana.

Al iniciarse la Operación Barbarossa, el general Halder, jefe del Estado Mayor alemán, junto con Von Manstein, el mejor estratega de las fuerzas armadas alemanas, esperaban que la URSS fuera derrotada en cuatro semanas. Von Ribbentrop dijo a Ciano, su contraparte italiano, que el aplastamiento sucedería en ocho semanas.<sup>5</sup> El Departamento de Guerra americano pensó que Alemania necesitaría entre uno y tres meses para derrotar a Rusia. Los militares británicos creían que la ocupación de Ucrania y la toma de Moscú llevarían de tres a seis semanas.<sup>6</sup> Isaac Deutscher fue uno de los pocos observadores que adoptaron una perspectiva más realista desde muy al principio.

Después del éxito de las primeras maniobras de pinza en gran escala, Hitler, Keitel, Halder y Von Brauschitsch proclamaron que el ejército soviético había sido aplastado. El 2 de octubre de 1941, en un discurso pronunciado en el *Palacio de los Deportes* de Berlín, Hitler informó a su audiencia que “el enemigo fue vencido y nunca volverá a levantarse”. El director de la prensa alemana, Dietrich, declaró una semana después que con la destrucción del Grupo Militar Timoshenko “la decisión ha muerto en el Este”. El 10 de octubre el diario oficial nazi, *Völkischer Beobachter*, tenía un encabezado que se llevaba casi toda la primera plana anunciando: “La batalla en el Este ha sido decidida”, añadiendo que “los ejércitos de Stalin han desaparecido de la tierra”. Esto no era tanto una propaganda falsa o un alarde vano como un autoengaño. Dietrich confirmó después que este anticipado anuncio de la victoria alemana en el Este correspondía a una convicción arraigada de Hitler. La prueba subsecuente de lo contrario vino como una gran conmoción.<sup>7</sup>

Esto no significaba que los golpes asestados al Ejército Rojo fueran menores, ni que fueran el resultado de alguna estrategia deliberada de Stalin. En realidad, las derrotas sufridas en el verano y otoño de 1941, y otra vez en la primavera de 1942, fueron horribles. La URSS estuvo cerca del aplastamiento.<sup>8</sup> 30,000 de sus plantas

5 Halder escribió en su diario del 3 de julio de 1941: “No es una exageración decir que la campaña contra Rusia ha sido ganada en catorce días.” La declaración de Ribbentrop está presentada en el libro de Galeazzo Ciano, *Diario*, 1937-43, Milán, 1980, p. 526.

6 R.E. Sherwood, pp. 303-04

7 Hitler más tarde declararía: “Cuando comencé la Operación Barbarossa, abrí la puerta de un cuarto oscuro, sin visibilidad.” Fue su subestimación severa del potencial económico y la cohesión social de la sociedad soviética, su creencia en la “bancarrotada del bolchevismo”, en particular, lo que causaron la sorpresa.

8 Luego de esbozar las estadísticas de las grandes pérdidas materiales sufridas por la Unión Soviética después de la ocupación alemana de la mayor parte de su área europea, Erickson se refiere a la dimensión humana de la derrota militar inicial: “La cuenta de casi tres millones de prisioneros de guerra en manos alemanas y de las fuerzas del Ejército Rojo reduciéndose al mínimo en toda la guerra fue una prueba lamentable del descuido ignorante y persistente con los alguna vez enormes ejércitos y una indiferencia casi desalmada por su destino.” (p. 222.)

industriales y 40,000 millas de vías férreas fueron destruidas y las pérdidas en la agricultura fueron tales que en 1945 la producción total fue sólo de la mitad del nivel que alcanzara antes de la guerra. Ningún gobierno político o militar habría planeado un sacrificio como ese, que en todo caso no tenía sentido en términos militares.<sup>9</sup>

Que la batalla de Moscú finalmente la haya ganado el ejército soviético se debió a varios factores: la pérdida de tiempo valioso para el *Wehrmacht*, gracias a la obstinada resistencia que opuso el Ejército Rojo en los meses de septiembre-octubre de 1941 y las indecisiones tácticas por parte de Berlín antes del ataque final; la clase trabajadora moscovita movilizó reservas, energía y militancia imprevistas para la defensa de la capital; el ejército alemán empezó a sentir los efectos del retraso de las líneas de abastecimiento y de la desorganización causada por el mal tiempo. Sobre todo, Stalin se encontró a sí mismo en posición de desviar una parte importante de las fuerzas soviéticas templadas en batalla, del Lejano Oriente, después de recibir información autorizada de que Japón permanecería neutral en la guerra alemana-soviética.<sup>10</sup> La exitosa defensa de Moscú estuvo así íntimamente relacionada con el ataque a Pearl Harbor.

Hitler había sido ofendido por la noticia del Pacto de Neutralidad Soviético-Japonés, que vino inmediatamente después de la formulación de la Operación barbarossa- La alianza alemana-japonesa nunca fue una verdadera alianza militar. Es cierto que Alemania declaró la guerra a EUA cuatro días después de que los japoneses atacaron Pearl Harbor;<sup>11</sup> pero este no fue tanto un acto de solidaridad

9 Durante la Segunda Guerra Mundial la URSS nunca recobro su producción total industrial anterior a la guerra, como lo muestra la siguiente tabla

|  | Producción total soviética (en millones de toneladas) |       |      |      |       |
|--|---|-------|------|------|-------|
|  | 1940  | 1941  | 1942 | 1943 | 1944  |
| Lingote de hierro                            | 14,9  | 13,8  | 4,8  | 5,6  | 7,3   |
| Acero  | 18,3  | 17,9  | 8,1  | 8,5  | 10,9  |
| Carbón                                       | 165,9   | 151,4 | 75,5 | 93,1 | 121,5 |
| Energía eléctrica (miles de millones de kws) | 48,3  |       | 29,1 | 32,3 | 39,2  |
| Grano  | 95,6  | 56,4  | 26,6 | 29,6 | 48,8  |
| Remolacha                                    | 18,0  | 2,0   | 2,2  | 1,3  | 4,1   |
| Papa   | 76,1  | 26,6  | 23,6 | 35,0 | 54,8  |
| Leche y productos derivados                  | 6,5   | 5,3   | 2,9  | 2,4  | 2,7   |

(datos tomados de las fuentes soviéticas y publicados en Deutschland in Zweiteu Weltkrieg, Alemania Oriental, vol. 3, p. 467)

10 Ya en octubre Sorge informó a Stalin que los japoneses se habían declarado irrevocablemente en un movimiento hacia el sur contra los británicos y los americanos, permitiéndoles reducir las fuerzas soviéticas en el Lejano Oriente mediante la transferencia de unas diez divisiones, mil tanques y mil aviones hacia el oeste.

11 Hitler y Mussolini conjuntamente declararon la guerra a EUA y con eso dieron a la administración americana una razón necesaria y valiosa a los ojos de su pueblo para involucrarse en el conflicto europeo

como el consecuente deseo de intensificar la batalla en el Atlántico contra los barcos de carga de EUA, que habían llegado a ser vitales para la supervivencia de Gran Bretaña. Después del fracaso alemán para tomar Moscú y el comienzo de la primera contraofensiva estratégica soviética en enero de 1941, Tokio empezó a preocuparse por Alemania temiendo que pudiera involucrarse en una larga y exhaustiva campaña en Rusia, debilitando en esa forma el ataque contra Gran Bretaña y EUA. Por lo tanto trató de persuadir a Berlín para negociar con Moscú. Berlín, por su parte, argumentó firmemente en favor de un ataque japonés en Vladivostok, para seguir con una ofensiva en dirección al lago Baikal, con el fin de acabar juntos con la Unión Soviética. Ningún lado prevaleció.

La decisión de Japón de asegurar el petróleo y las materias primas del sudeste de Asia condujo directamente al ataque sobre Pearl Harbor para prevenir que la flota americana fuese en ayuda de los colonialistas europeos. Una vez tomada la decisión, la neutralidad frente a la Unión Soviética lógicamente vino después. Irónicamente, el vencedor de Pearl Harbor, el almirante Yamamoto, había sido el más escéptico de todo el Alto Mando japonés acerca de una guerra con EUA. Desde el principio advirtió contra una subestimación de la fuerza americana y estableció un objetivo a corto plazo para todas las operaciones militares sobre la base de que la guerra sería ganada en un año, o definitivamente perdida.<sup>12</sup> Desde el principio el ejército japonés y los comandantes de la armada habían diferido en cuanto a cómo responder a la creciente presión del bloqueo económico conducido por los imperios americanos y británico. El ejército había estado a favor de una guerra contra EUA porque temía la colisión alternativa con la Unión Soviética y porque quería tener las manos libres para aplastar a China. Esto significaba neutralizar a la URSS y cortar los abastecimientos occidentales hacia Chiang Kai-Shek. La armada, por el otro lado, prefirió mantenerse alejada de la guerra con EUA y concentrarse sobre las posesiones europeas en el sudeste de Asia. Una vez que se tomó la decisión para una operación combinada (es decir, atacando Pearl Harbor y moviéndose hacia el sur contra Gran Bretaña, Francia y Holanda), el ejército y la armada cambiaron los papeles: la armada propugnaba por un círculo de operaciones cada vez más amplio, mientras que el ejército quería concentrarse en la consolidación de los logros en China y el sudeste de Asia.

La victoria en Pearl Harbor estuvo viciada por dos importantes errores. El almirante Nagumo, que conducía el contingente naval con misión específica, primero falló al asegurar que los portaaviones de EUA habían quedado destruidos por el ataque.<sup>13</sup> Luego falló al preparar un segundo ataque al temer por la seguridad de su contingente naval, aun cuando nadie podía haberlo amenazado en ese momento. Con eso permitió que EUA salvara la mitad de sus barcos (entre ellos

12 Hiroyuki Agawa, *Yamamoto, Chef de Guerre malgré lui* París, 1982, pp. 221, 231, 267.

13 Esto es probablemente resultado de la insuficiente información respecto del tamaño y composición de la flota americana. La sugestión de que la armada japonesa se metió en una trampa que le puso Roosevelt parece poco probable a la luz de la evidencia disponible.

cuatro acorazados) que, aunque dañados, no estaban realmente hundidos. Como resultado y a pesar del gran éxito inicial, Japón sería el amo del Pacífico Sur y Central por sólo seis meses, después de los cuales la flota de EUA, desarrollada gracias a un programa febril de construcción naval, pudo amenazar a las fuerzas imperiales japonesas en el Pacífico Central y en el extremo suroriental del perímetro de defensa.

Si el pacto de no agresión soviético-japonés parece razonable en las citadas circunstancias, la positiva alianza militar entre la Unión Soviética y Gran Bretaña de julio de 1941, con la subsecuente incorporación de EUA, parece ser totalmente otra cuestión. ¿Por qué debía una potencia imperialista aliarse con un Estado obrero en contra de otra potencia imperialista? Hoy día, habiéndose convertido la Unión Soviética en una potencia mundial, la duda en cuanto a la sabiduría de esa decisión es proporcionalmente mayor en el campo burgués. Ciertamente llegó como un *shock* para Hitler, quien estuvo incrédulo durante varias semanas. En la coyuntura, sin embargo, tenía sentido: un caso de selección del mal menor. Renuentes a pelear la guerra en el continente europeo, los británicos y los americanos vieron la alianza como la que simultáneamente debilitaría a Alemania y a la Unión Soviética, después de lo cual les tocarían las operaciones de limpieza. Para asegurarse de que la URSS aguantaría lo más duro de la agresión alemana sin quedar aplastada por ella, los dos países ofrecieron ayuda material. Era el pequeño precio que se tenía que pagar para prevenir que Alemania controlara Europa y, con eso, su futuro poder para vencer a Gran Bretaña y desafiar a EUA por la hegemonía mundial.<sup>14</sup>

Fue el carácter global de la guerra y la meta de la hegemonía mundial lo que inspiró la alianza angloamericana en primer lugar e hizo de su extensión a la URSS una elección racional para la burguesía occidental. En una carta a Roosevelt escrita el 15 de junio de 1940, Churchill resumió lo que estaba en Juego con gran claridad: “Aunque el actual gobierno y yo personalmente nunca dejaríamos de mandar a la flota a través del Atlántico si la resistencia fuera vencida irremisiblemente, puede llegarse a un punto en la lucha en que los actuales ministros ya no tengan control sobre la situación y en que pudieran ser obtenidas condiciones convenientes para las islas británicas a cambio de convertirse en un Estado vasallo del imperio de Hitler. Un gobierno pro-alemán ciertamente se habría dado para hacer la paz y poder presentar a una nación frustrada o hambrienta, una razón casi irresistible para la completa sumisión a la voluntad nazi. El destino de la flota británica, como ya se lo mencioné a usted, sería decisivo para el futuro de EUA porque si estuviera unida a las flotas de Japón, Francia e Italia y a los grandes recursos de la industria alemana,

<sup>14</sup> El 11 de septiembre de 1941 la junta de jefes del Estado Mayor de EUA sometieron a Roosevelt un documento firmado por el general Marshall y el almirante Stark, que declaraba: “Si Alemania lograra conquistar toda Europa [es decir, venciendo a Rusia], entonces podría desear establecer la paz con los Estados Unidos por varios años con el propósito de organizar sus ganancias, restaurando su situación económica e incrementando sus fuerzas militares, con miras a la conquista eventual de Sudamérica y la derrota militar de los Estados Unidos.” R. E. Sherwood, p. 411.

la abrumadora fuerza marítima estaría en las manos de Hitler... Esta revolución en la fuerza marítima podría darse muy rápidamente y en realidad mucho antes de que EUA fuera capaz de prepararse contra ella. Si nosotros nos hundimos ustedes podrían tener unos Estados Unidos de Europa bajo el mando nazi, mucho más numeroso, mucho más fuerte y mucho mejor armado que el del nuevo mundo.”<sup>15</sup>

Al mismo tiempo que había indudablemente un elemento de propalación del pánico en esta advertencia –pretendía procurar más ayuda de EUA de la que en general estaba disponible– el razonamiento fundamental de Churchill era cierto. Si se añadía a este cuadro los vastos recursos materiales de la Unión Soviética y los logros geopolíticos que acumularían Berlín y Tokyo en el caso de la derrota y/o fragmentación de aquella, el argumento para una alianza con Moscú se hacía irresistible. Desde el punto de vista británico y americano, todo lo que tenían que hacer era mantener a la Unión Soviética en la guerra; la demora en la apertura del segundo frente, no obstante verdaderas dificultades, fue motivada por este objetivo a largo plazo: dejar que Alemania y la Unión Soviética se debilitaran una a la otra.<sup>16</sup> Los aliados occidentales pudieron escoger cuándo y dónde comprometer a Alemania y su elección estaba dominada más por consideraciones políticas que militares. La Unión Soviética, en cambio, no podía darse ese lujo: dado su terrible sufrimiento, la ayuda militar inmediata era mucho más importante que los logros políticos a largo plazo. Desde el principio la cuestión del segundo frente fue, por lo tanto, una auténtica prueba de la naturaleza de la Alianza, pagando con sangre el pueblo soviético por el programa de ayuda relativamente modesto en comida y equipo militar de parte de Occidente.

Finalmente se debe agregar que Churchill no estaba en completa libertad para decidir sobre la extensión del apoyo a la Unión Soviética después del 22 de junio de 1941. La negativa de ir en su ayuda o una actitud de estudiada neutralidad habría provocado una gran oposición, especialmente en la clase trabajadora. Además, hasta ese momento no había quedado absolutamente claro cómo podía ganar la guerra Gran Bretaña sin el esfuerzo gigantesco soviético en el Este;<sup>17</sup> toda la situación de la “unidad nacional” podía haber peligrado por una decisión incorrecta y Churchill era lo suficientemente lúcido como para no cometer tal error.

<sup>15</sup> Churchill and Roosevelt: *The Complete Correspondence*, vol. 1, pp. 49-50.

<sup>16</sup> Al principio de la guerra Harry Truman, el futuro Presidente de Estados Unidos, formuló su opinión de la estrategia americana con su acostumbrada franqueza: “Si vemos que Alemania está ganando la guerra, debemos ayudar a Rusia, y si Rusia está ganando, debemos ayudar a Alemania, y en esa forma matar a tantos como sea posible.” (Citado en Barton J. Bernstein, “Confrontation in Eastern Europe”, de Thomas G. Paterson, ed., p. 93.)

<sup>17</sup> La reputación del ejército británico se fue hasta el fondo en el verano de 1942. La pérdida de Bengasi en enero y los logros de Rommel en mayo y junio, combinados con la derrota a manos de los japoneses en el Lejano Oriente, proyectó un penetrante abatimiento sobre los líderes británicos. En Estados Unidos había “un creciente sentimiento de que los británicos son absolutamente incapaces de ejercer el mando o utilizar el equipo”, lo que fomentó la opinión de que la alianza con ellos debía ser nivelada y la atención desviada hacia el Lejano Oriente. (Christopher Thorne, pp. 132-34.) No es extraño que Churchill ordenara que se tocaran las campanas de las iglesias para celebrar la victoria en El Alamein.

## 12. HACIA EL CLÍMAX

El año de 1942 vio una reconstrucción general de las fuerzas en todos los estados beligerantes más importantes, oscilando la fortuna primero en un sentido y luego en el otro. Para finales del año había dos victorias estratégicas. El *Wehrmacht* fue derrotado en Stalingrado. En el Pacífico la armada de EUA alcanzó una victoria resonante contra los portaaviones japoneses en la batalla y de Midway. Esta histórica victoria en Midway dio a EUA la iniciativa en el Pacífico, así como la victoria en Stalingrado pudo más tarde dar la preeminencia a la Unión Soviética en Europa oriental.

En 1942 se dio también un cambio definido en el equilibrio de poder en la Alianza Occidental a favor de EUA. En marzo las dos potencias anglosajonas habían dividido el mundo en tres áreas estratégicas: la del Pacífico, para ser de la incumbencia de EUA; el área entre el Mediterráneo y Singapur, para ser la responsabilidad de Gran Bretaña y la del Atlántico y Europa occidental, para ser compartida entre las dos. Este arreglo no sólo asignó China y Australia –dos zonas tradicionales de influencia británica la esfera americana, sino que una vez que la armada japonesa empezó a aventurarse en el oeste de la frontera malaya, los británicos se vieron forzados a buscar también la ayuda americana en el Océano Índico. El Mediterráneo se convirtió en una responsabilidad compartida *de facto* después del desembarco de los aliados occidentales en el norte de África en noviembre de 1942. En contraposición, los jefes americanos mantuvieron firmemente a sus colegas británicos fuera del proceso de toma de decisiones en el Pacífico.<sup>1</sup>

Económicamente también, Gran Bretaña se estaba haciendo dependiente de EUA. Esta fue una de las principales razones del por qué Churchill y el general Allanbrooke estaban preocupados por la defensa del Canal de Suez y la necesidad de liberar la ruta del mar Mediterráneo hacia Egipto y la India. Las implicaciones a largo plazo de la dependencia económica no escapaban ni a Londres ni a Washington. En febrero de 1942 los británicos fueron forzados a firmar un Acuerdo de Ayuda Mutua en el que se comprometían, a cambio de hacerles extensiva la ley de préstamo y arriendo, a trabajar para un sistema multilateral de comercio mundial

1 En la Conferencia de Casablanca, en enero de 1943, los británicos descubrieron que “mientras sus colegas americanos estaban muy preparados para exponer sus planes para el escenario del Pacífico, se rehusaron resueltamente a discutirlos. Estaban decididos y no abiertos al debate: los británicos no tenían *locus standi* en la cuestión.” Michael Howard, *Grand Strategy*, Londres, 1972, vol. 4, p. 243 (citado en Thorne, p. 165).

después de la guerra.<sup>2</sup> Que la voz de América se estaba haciendo cada vez más dominante en los consejos de los aliados, era algo acerca de lo cual Gran Bretaña podrá hacer muy poco, ya que el mismísimo poder militar y económico americano, que ahora estaba eclipsando los intereses imperialistas de Gran Bretaña, era el que la mantenía en la guerra. Los británicos fueron obligados a escuchar de buena gana la cada vez más fuerte afirmación del liderazgo americano de la Alianza por parte de la burguesía de EUA.<sup>3</sup>

El Ministerio de Hacienda británico, asesorado por Keynes, estaba en conocimiento de que el país necesitaría unos 4 mil millones de ayuda de EUA a plazos fáciles para solucionar el déficit esperado en los primeros años de la postguerra. Además, fueron requeridos 7 mil millones en pertrechos militares para mantener a Gran Bretaña en la guerra después de 1943. Esa ayuda “de alguna manera y hasta cierto punto única, en términos internacionales”, según palabras de un antiguo funcionario de la Oficina de Asuntos Extranjeros, significaba “entregar la autoridad y el control político” (en palabras de Churchill). Esto fue también entendido por funcionarios de los departamentos de Estado, de Hacienda y de Guerra de EUA, quienes trataron de relacionar la cuestión de la ayuda con una *política de puertas abiertas* en consideraciones militares (bases, jurisdicción sobre algunas islas) y económicas (explotación de recursos, apertura de mercados) en todas las áreas del mundo bajo el control británico. *De facto* Gran Bretaña se convirtió en una potencia de segunda clase, poniendo la Segunda Guerra Mundial las bases de para “las relaciones especiales” entre ella y los Estados Unidos.<sup>4</sup>

A su presión militar y económica, los americanos añadían ahora una dimensión política: la condenación de la política colonial practicada por los estados imperialistas occidentales que era percibida por el público de EUA como una de las principales causas de la derrota en el Lejano Oriente. Esta derrota había sido asombrosamente rápida. Para fines de enero de 1942 las unidades de defensa británica y australiana se habían retirado de la península malaya en Singapur sólo para rendirse a mediados de febrero ante el general Yamashita.

Hongkong, el símbolo de los intereses comerciales globales británicos, y Singapur, el verdadero corazón del sistema de defensa del Imperio en el Lejano Oriente,

2 Este fue el momento en que la hostilidad de los americanos hacia la regulación británica-francesa-holandesa de la producción y distribución del caucho, el estaño y el petróleo estaba planteando una seria interrogante sobre la futura relación de los dos lados del Atlántico, esto no es sorprendente dado que los Estados Unidos sacaron el noventa por ciento de su estaño de Malasia y de las Indias Orientales Holandesas.

3 El *New York Times* del 12 de diciembre de 1941: Estados Unidos es “el líder natural de las democráticas”. El *Chicago Tribune* del 10 de enero de 1942: “Si ha de haber una sociedad entre estados Unidos y la Gran Bretaña somos, por derecho, el socio que controla. Podemos arreglárnoslas sin ellos.” Morgenthau: “Estados Unidos, cuando la guerra termine, va a establecer... qué clase de Europa va a ser... ¿Quién va a pagar por ello? Nosotros vamos a pagar por ello. Los ingleses van a estar quebrados.” Stimson: “Si la guerra va a ganarse, debe ganarse en la moral, la psicología y el ánimo de los líderes y las fuerzas americanas”. Etc. Etc. (citados por Thorne, p. 138)

4 Thorne, pp. 384-93.

ahora estaban en manos japonesas. Luego, a principios de abril, las Filipinas fueron tomadas (un duro golpe para el orgullo americano).<sup>55</sup> Para mediados de mayo, casi toda Birmania estaba bajo la ocupación japonesa. El camino de Birmania a China estaba cortado y sólo la costosa ruta aérea a través de los Himalaya permaneció para el abastecimiento de China y las fuerzas americanas que operaban ahí. La India Británica fue, a su vez, amenazada. Esta serie de grandes éxitos japoneses representó un importante momento decisivo en la historia de Asia, que ninguna derrota subsecuente borraría completamente: por una vez el Occidente fue humillado por el Oriente.<sup>6</sup> Sólo la victoria americana en Midway detuvo el impulso militar japonés.

El colapso del poder británico en el Lejano Oriente no fue sólo cuestión de debilidad del Imperio. Después de todo Japón se las había arreglado para conquistar esa enorme área con menos de 200,000 hombres. (En comparación, el ejército británico perdió 140,000 soldados en Singapur, la mayoría de los cuales se convirtieron en prisioneros de guerra.)<sup>7</sup> Más bien la derrota indicó la renuncia de los pueblos dominados a pelear por la causa británica. Las victorias japonesas reflejaron la descomposición del entrettejimiento político y social del gobierno imperial británico. El ejército en Malasia había sido golpeado por motines en gran escala.<sup>8</sup> En Kedah, las masas se habían levantado contra el Sultán; su hijo Tengku Abdul Rahman (más tarde Primer Ministro de Malasia), se autosecuestro y se presentó a los ocupantes ofreciendo transmitir por la radio un llamado a la población para que no resistiera.<sup>9</sup> Los habitantes de Birmania desertaron en masa del ejército creado por los británicos: aun antes de que el ejército japonés llegara a Rangun, el gobierno británico se había llevado una dura paliza.<sup>10</sup> Tailandia claramente se había hecho pro-japonesa con la esperanza de preservar su *status quo social*.<sup>11</sup>

5 El *Chicago Tribune* proclamó en primera plana: “¡Vamos de regreso a Baatan!” La historia nacional que siguió a la expulsión de las fuerzas de MacArthur de las Filipinas condujo al arresto de miles de japoneses-americanos que vivían en la costa oeste y a su internamiento en campos de concentración.

6 “En uno de sus aspectos vitales, la guerra del Pacífico de 1941 a 1945 fue un conflicto racial y necesita verse como tal en una perspectiva de cien años o más. Esto no quiere decir que las causas inmediatas fueran esencialmente raciales... El color de la piel de aquellos implicados no era una cuestión de importancia primaria. Y aún, en su sentido más amplio, la guerra entre Japón y el occidente enfocó agudamente tensiones de naturaleza racial que habían existido hace mucho tiempo, alcanzando con ese aspecto mucho mayor predominancia una vez que la batalla había sido librada. Una y otra vez... fue la amenaza hacia occidente, el prestigio blanco, lo que inquietó a aquellos en el poder en Washington y Londres.” (Thorne, p. 7.)

7 Storry, *A History of Modern Japan*, p. 215, Halliday, pp. 43, 47.

8 David H. James, *The Rise and Fall of the Japanese Empire*, Londres, 1951, pp. 211-12.

9 Halliday, p. 143.

10 Ver de J. S. Furnivall (ed.), *Thakin Nu, Burma under the Japanese*, Londres, 1954.

11 El 25 de enero de 1942, más bien de mala gana, Tailandia declaró la guerra a Gran Bretaña y Estados Unidos. Mientras EUA ignoraba esta declaración, Gran Bretaña respondía declarando la guerra, creando así sospechas en los americanos de posibles ambiciones territoriales británicas respecto de Tailandia, que estaban parcialmente justificadas.

Todos estos acontecimientos representaron un gran peligro para la presencia británica en la India. Y el 2 de febrero de 1942 Churchill le escribió al general Ismay: “Los refuerzos de la India se han convertido en lo más urgente. Estoy profundamente interesado en las reacciones a las victorias japonesas en toda Asia. Será necesario tener un número adicional de tropas británicas en la India. Estas no necesitan ser divisiones completamente formadas, ya que están para la seguridad interna contra una revuelta.”<sup>12</sup> Ciertamente la revolución estaba tocando a la puerta de la India británica. Después del fracaso del intento de Stafford Cripps para pacificar al Congreso Nacional indio,<sup>13</sup> Gandhi y Nehru se lanzaron a una campaña de desobediencia civil masiva en julio de 1942 para lograr la autogestión para la India como un paso hacia la completa independencia. La burguesía india tomó este paso con gran renuencia, ya que nunca pretendió realmente hacerle la guerra a Gran Bretaña.<sup>14</sup> A principios de la Segunda Guerra Mundial, la India estaba sin un ejército nacionalmente fundamentado y la débil fuerza en torno a Chandra Bose, quien quería una alianza con Japón, era un núcleo pequeño e ineficaz para un ejército potencial.<sup>15</sup> El gobierno nativo fue forzado a actuar, no sólo a causa de la gran oportunidad que la derrota británica ofreció a su causa nacionalista, sino también a causa de la presión de una creciente corriente de indignación masiva ante el grave deterioro de la situación económica y alimenticia, de la cual la terrible situación de hambre en Bengala fue el más horrible ejemplo.

Nehru describió estas presiones gráficamente: “Con la caída de Penang y Singapur y conforme los japoneses avanzaban en Malasia, hubo un éxodo de indios y otros que acudían a la India... Luego siguió el flujo de refugiados de Birmania, cientos de miles, en su mayoría indios. La historia de cómo habrán sido abandonados por las autoridades civiles y otras y de cómo salieron de ahí para diseminarse por toda la India... No fue la guerra la que causó la discriminación en el trato entre refugiados indios y británicos... llegaron a nosotros historias horribles de discriminación racial y sufrimiento y conforme los sobrevivientes del hambre se esparcieron por toda la India, llevaban con ellos estos relatos produciendo un poderoso efecto en las mentes de los indios.”<sup>16</sup> Y todavía con mayor precisión: “En Bengala oriental, bajo un estado mental de pánico con anticipación a la invasión [japonesa],

12 *The Second World War*, Londres, 1964, vol. 12, p. 85.

13 En relación con la misión de Cripps en la India, el contexto de la guerra visto desde Londres, ver el libro de Addison, pp. 201-05.

14 La dirección del Congreso estaba totalmente en contra del Eje. Quería que Gran Bretaña ganara la guerra y quería defender a la India armando a la población, política a la que la administración británica se resistió naturalmente.

15 El ejército nacional indio nunca pasó de 50,000 soldados, la mayoría reclutados en los campos de prisioneros (POW) tomados por los japoneses en Singapur. Fue involucrado principalmente en escaramuzas en la frontera entre Birmania e India. Algunos de sus cuadros fueron incorporados más tarde al ejército indio.

16 Jawaharlal Nehru, *The Discovery of India*, Londres, 1960, p. 463. (En español: Bs. Aires, Ed. Sudamericana, 1949.)

se destruyeron decenas de miles de embarcaciones fluviales... Esa vasta área estaba llena de canales y el único transporte posible eran dichas embarcaciones. Su destrucción aislaba a grandes comunidades, las privó de sus medios de subsistencia y transporte, y fue una de las causas que contribuyeron al hambre en Bengala.<sup>17</sup> (La carestía de Bengala de 1942 costó 3400,000 muertes, de acuerdo con un estudio de la Universidad de Calcuta.)<sup>18</sup>

Churchill, lleno de rencor hacia el movimiento de independencia de la India, en parte causado por un absoluto prejuicio racial, se decidió en contra de cualquier ayuda para aliviar los sufrimientos de las masas. Bajo estas circunstancias, Gandhi y Nehru pensaron con mayor prudencia canalizar la indignación masiva a través del movimiento de desobediencia civil en lugar de arriesgarse a perder el control sobre las fuerzas populares hacia un gobierno nacionalista más radical o incluso a uno revolucionario. La guerra en el Lejano Oriente hizo así su propia contribución específica a la lucha de la India por su independencia.<sup>19</sup>

Las conquistas japonesas pusieron en la agenda la cuestión del futuro de las antiguas colonias después de la guerra. Para EUA, cuyos intereses a largo plazo en China y ahora en el sudeste de Asia también habían adquirido mucho realce por la guerra, la destrucción del gobierno colonial proporcionó el estímulo para revisar sus propias expectativas una vez que el competidor japonés hubiera sido eliminado de la 'contienda imperialista. En la etapa inicial de la guerra Roosevelt se había declarado como un "antiimperialista" y por insistencia de los americanos la Carta del Atlántico proclamó "el derecho de los pueblos a escoger la forma de gobierno bajo la cual vivirán". Churchill, siguiendo el legado de Versalles y la política de imperialismo colonial, al que la guerra estaba volviendo redundante, prefirió interpretar este punto como aplicable sólo a los pueblos europeos. Para los americanos, sin embargo, era una declaración de su intento para prevenir la restauración de los imperios coloniales europeos después que la guerra fuera ganada.<sup>20</sup> Así, 1942 fue el año en que EUA empezó a formular su gran designio para Asia.

<sup>17</sup> *Ibid*, pp. 474-75.

<sup>18</sup> *Ibid*, pp. 474-75.

<sup>19</sup> Attlee escribió en un memorándum para sus colegas del gabinete: "India ha sido afectada profundamente por el cambio de relaciones entre los europeos y los asiáticos que empezó con la derrota de Rusa por Japón a principios del siglo... Los contratiempos que nosotros y los americanos estamos sufriendo por los japoneses en este momento continuarán el proceso... El hecho de que estemos ahora aceptando la ayuda china en nuestra guerra contra las potencias del Bey seamos conducidos necesariamente al reconocimiento tardío de China como un igual y de los chinos como compañeros combatientes por la civilización contra la barbarie, hace al indio preguntarse por qué él, también, no puede ser el amo en su propia casa." (Citado en Thorne, p. 157.)

<sup>20</sup> La respuesta británica fue establecer en diciembre de 1942 un comité interdepartamental de alto nivel, que comprendía funcionarios de las oficinas de Asuntos Extranjeros, de los Dominios Británicos, para los Asuntos Coloniales, para los Asuntos de la India y del Ministerio de Información, para "estudiar el estado de los sentimientos americanos en relación con el Imperio Británico", y hacer "recomendaciones concernientes a mejorar los

Japón habrá llevado su línea de conquista no sólo al sudoeste sino también al sur y sudeste, ocupando Guam, las islas Marshall y Gilbert, Nueva Bretaña, Rabaul, las Nuevas Híbridas, la mayor parte de Nueva Guinea y las Islas Salomón. El propósito no era tanto ocupar Australia, lo que Yamamoto supuso correctamente que sería el trampolín para la contraofensiva americana, sino cortar sus líneas de abastecimiento desde EUA: Midway, Nueva Guinea, Samoa, Fiji y Nueva Caledonia fueron a su vez el objetivo. A principios de mayo, sin embargo, la armada de EUA evitó la ocupación japonesa de Port Moresby, en Nueva Guinea y un mes más tarde vino la victoria en Midway. Después de Midway, el ejército y la armada de EUA empezaron una contraofensiva en Guadalcanal, en las Islas Salomón orientales, la cual, al ir progresando lentamente, se convirtió en una terrible pérdida de las embarcaciones y las líneas de abastecimiento japonesas.

Mientras la guerra en el Pacífico captaba la imaginación del público americano mucho más que la contienda europea, en Gran Bretaña sucedió exactamente lo contrario. Para la población británica los bombardeos y la amenaza de invasión venían de Alemania y esta inquietud respecto al enemigo alemán aumentaría con la guerra: ocho veces más fue la cantidad de ingleses que murieron en la guerra con Alemania que con Japón. Para los dirigentes británicos (políticos y militares) también el control del Mediterráneo estaba vinculado con la defensa de los intereses británicos en el Medio Oriente que, además de abastecerlo de petróleo —la corriente sanguínea de la guerra de tanques y aviones— era también el puente marítimo hacia la India. La urgencia de liberar la ruta de abastecimiento Gibraltar-Suez-Aden aumentó con la pérdida de los recursos navales y financieros del país, causada por tener que utilizar la ruta del Cabo, más larga y menos segura. De hecho, fue tan grave este desgaste que, combinado con las pérdidas sufridas en el Atlántico, llevó a Gran Bretaña más cerca de la derrota en el verano y el otoño de 1942 que en el verano de 1940.<sup>21</sup>

Así, aunque el compromiso hacia la guerra permaneció en el lejano Oriente, a causa de las materias primas y la defensa de Australia y Nueva Zelanda, era el conflicto con Alemania el que dominaba la atención del Estado Mayor británico. Con todo, las derrotas británicas en el Lejano Oriente, y la pobre actuación de sus tropas en el norte de África durante gran parte de 1942, ayudaron a fortalecer la tendencia, siempre presente en las juntas militares americanas, a aumentar las operaciones en el Pacífico: para fines de 1942, 346,000 soldados americanos estarían prestando ahí sus servicios (150,000 más de los que originalmente se planearon), cifra casi igual a la del norte de África. La política oficial de EUA nunca cambió; continuó tratando a Alemania como al principal enemigo. Pero los militares de

métodos para estimular sentimientos favorables y moderar los sentimientos hostiles con la intención de asegurar una impresión general de simpatía al mantenimiento del sistema imperial británico y al reconocimiento del Imperio como socio conveniente de EUA en los asuntos mundiales." (Thorne, p. 222.)

<sup>21</sup> Sherwood, pp. 498-528; David Fraser, pp. 222-24; Lidell Hart, pp. 399-403.

EUA siempre vieron al Mediterráneo como a una zona en donde, antes de la invasión de Europa desde el noroeste, el impulso de desviación tenía que ser equilibrado contra el espacio y el tiempo de las operaciones de desviación en el Pacífico antes de la invasión del territorio japonés.<sup>22</sup>

El imperialismo británico estaba en problemas por el intento de Hitler de sacar provecho del creciente sentimiento anti-británico y anti-ruso en el Medio Oriente e Irán, concomitante a los logros militares alemanes de 1941-42. En 1942 la diplomacia alemana presionó bastante sobre Turquía (y su ejército fanáticamente anti-comunista) para que permitiera el paso de las tropas alemanas a través de Anatolia con el fin de atacar a las fuerzas soviéticas en el Cáucaso y a las británicas que se encontraban defendiendo El Alamein en la retaguardia. Al mismo tiempo se hicieron propuestas formales al Cha de Irán en nombre de los intereses nacionales y de clase contra los tradicionales enemigos imperialistas británicos y rusos comunistas. En consecuencia el destino de los dos frentes, en el suroeste soviético y en el norte de África, llegaron a estar concretamente vinculados: la habilidad de los aliados occidentales para mantenerse en el Mediterráneo dependía crucialmente de la determinación del Ejército Rojo para bloquear el trayecto alemán hacia los campos de petróleo de Baku. Puesto que esto, en caso de que se tuviera éxito, no sólo aseguraría abundante abastecimiento, de combustible para la maquinaria de guerra alemana (y durante toda la guerra el petróleo fue el talón de Aquiles del *Wehrmacht*) sino que también alinearía a Turquía e Irán con Alemania, cambiando así todo el equilibrio geopolítico entre el Mediterráneo y la India, para desventaja de Gran Bretaña. Churchill y Roosevelt trataron de que Stalin les garantizara que el Ejército Rojo se mantendría en su puesto en el Cáucaso y pendía ante él la perspectiva de abastecimientos incrementados vía Irán en lugar de la larga e incierta ruta del norte hacia Murmansk.

Consecuentemente, en 1941 y 1942 el resultado de la guerra contra Alemania, y de toda la guerra, continuaba dependiendo de los acontecimientos en el Frente Oriental. Para Hitler la guerra contra la Unión Soviética permaneció como prioridad absoluta; la Rusia europea iba a ser su India, ya que la consolidación del poder alemán en esa parte de Europa era el camino real para que Alemania se convirtiera en potencia mundial. Las fuerzas alemanas en el norte de África consecuentemente dieron sólo muestra de resistencia vacilante y este factor, más que ningún otro, permitió a los aliados occidentales triunfar en el Mediterráneo en 1942.<sup>23</sup> A finales del año la superioridad aérea y naval británica había sido restaurada ahí, al cortar las líneas de abastecimiento para el *Afrika Korps* de Rommel. Egipto y Suez estaban

<sup>22</sup> Thorne, p. 163.

<sup>23</sup> La ansiedad de Japón de que Alemania se estaba hundiendo en Rusia y por lo tanto era incapaz de perseguir lo que Tokyo veía como prioritario, es decir, la guerra contra EUA, fue transmitido al agregado naval alemán en Tokyo después de la batalla de Túnez, advirtiendo que la pérdida del Mediterráneo fortalecería decisivamente la posición anglo-americana en el Medio Oriente y Birmania, destruyendo así cualquier esperanza de una paz negociada con los americanos. *Deutschland in Zweiten Weltkrieg*, vol 3, p. 449.

asegurados. Cumplida la misión, la contraofensiva de los aliados occidentales, dirigida desde Italia por la vía de Sicilia (“el suave bajovientre” de Europa, como la apodo Churchill), fue lanzada.

En 1942 fue cuando, una vez más, la Unión Soviética llegó al borde de la derrota. A finales de 1941 Stalin, embriagado por el exitoso rechazo al avance alemán en Moscú, llegó a convencerse de que el año siguiente el Ejército Rojo vencería al enemigo. A instancias suyas el *Stavka*, casi inmediatamente, adoptó un plan para la contraofensiva total: atacaría simultáneamente a los tres grupos del ejército alemán (el del norte, el del sur y el del centro) a lo largo de un frente de mil millas. La escala de la operación propuesta era incompatible con los recursos soviéticos disponibles en ese momento, tanto *materiales*, como humanos especializados. Además, no era sólida estratégicamente. Zhukov y Voznesensky, entonces a cargo de la economía de guerra, estaban en contra de ella; demostraron tener razón. Una vez que la sorpresa inicial desapareció, los comandantes alemanes fueron capaces de estabilizar la línea del frente, dejando al Ejército Rojo sin superioridad estratégica en ninguna parte a finales de marzo. Era peor seguir. En abril Hitler tomó la decisión de avanzar hacia el Cáucaso a fin de privar al Ejército Rojo de grano y petróleo y cortar sus líneas de abastecimiento orientales. La Operación Blau, programada para el 28 de junio, fue concebida como una operación de doble pinza, la cual, al conducir hacia el río Donets y el río Don, se encontraría en Stalingrado y, habiendo acabado con toda la resistencia soviética, aislaría a Rusia de Irán y de los aliados.

Casi tan pronto como fue tomada la decisión en Berlín, Stalin tuvo los lineamientos principales del plan alemán en sus manos. Una vez más descuido los informes confiables y continuó dirigiendo las operaciones de verano en la hipótesis de una pretendida ofensiva alemana a Moscú. Cuando, a principios de esa primavera, el Estado Mayor soviético empezó a estudiar los arreglos militares para el verano, había presionado mucho por una política de defensa estratégica que permitiría organizar poderosos recursos con hombres bien equipados y entrenados: mediante un esfuerzo sobrehumano, las fábricas en los Urales estaban en aquel entonces produciendo nuevos tanques, cañones y morteros que hicieron posible la reconstitución de las fuerzas acorazadas del Ejército Rojo. No obstante, Stalin fue capaz una vez más de pasar por encima de las propuestas de los generales, favoreciendo su propia política de “ataque y defensa simultánea”, es decir, una política de confusión generalizada.<sup>24</sup> En todo caso, sólo una ofensiva local fue unánimemente apoyada: la conducida por Timoshenko a Kharkov. La policía secreta alemana, bajo la capacitada dirección de Gehlen, estaba enterada absolutamente de la ausencia de cualquier estrategia coherente del otro lado. La desastrosa derrota del Ejército Rojo en Kharkov (en gran parte debida a la insistencia de Stalin de que la ofensiva continuara mucho después de que estaba claro que había fracasado) J era sólo una consecuencia de esto. Mientras Moscú fijaba su atención en Kharkov, la trayectoria alemana hacia el Cáucaso iba alcanzando la máxima velocidad: Crimea cayó con

<sup>24</sup> Erickson, pp. 337-38.

asombrosa rapidez. A mediados de junio el ejército soviético tenía evidencias concretas para demostrar qué tan equivocado había estado respecto a las intenciones alemanas; todavía pasó otro mes antes de que Stalin aceptara que las miras de Hitler estaban puestas en Stalingrado.

Cuando ya en julio los *Panzers* cruzaron el Don y Voronezh cayó en manos alemanas, la batalla de Stalingrado empezó a tomar forma. Consciente del terrible predicamento del Ejército rojo, Hitler ahora interrumpía el concentrado ataque a Stalingrado para efectuar un cercamiento final de las fuerzas soviéticas en Rostov. Pero aunque la ciudad cayó, el Ejército Rojo –en su primera retirada ordenada y planeada de la guerra– se libró de la destrucción, habiendo sufrido, no obstante, terrible castigo. En agosto el Grupo Militar Alemán, bajo la dirección de List, invadió Kuban y procedió a una operación de doble pinza, conducida a lo largo de la costa del Mar Negro y hacia los grandes centros petrolíferos de Grozny y Bakú. Con las montañas transcaucásicas como objetivo del *Wehrmacht* y la flota del Mar Negro a punto de ser destruida, la posibilidad fatal de que Turquía pudiera entrar a la guerra del lado de Alemania fue afrontada por el gobierno soviético.<sup>25</sup> La amenaza de un aplastamiento total y la desintegración del Ejército Rojo animaron al mando soviético. “El trabajo político de masas” en el ejército, cuya moral había sido sacudida derrota tras derrota, fue reorganizado. El reclutamiento masivo de los miembros del Partido Comunista fue muy acelerado. Una revuelta encolerizada de los oficiales más jóvenes dio como resultado que el mando militar asegurara un margen importante de autonomía de la administración política (dirigida por la NKVD). Zhukov, Vasilevsky, Rokossovsky y una veintena de otros capacitados comandantes inmediatamente alcanzaron altos niveles, obteniendo Zhukov el puesto de primer comisario delegado de la defensa.

El Alto Mando volvió a la función doble de Generalísimo y de Comandancia del Frente, con Zhukov y Vasilevsky llenando el vacío entre los dos. En el frente, el comando unitario, que había sido abandonado durante la gran crisis del otoño de 1941, fue reintroducido.<sup>26</sup> Una verdadera y rápida modernización del Ejército Rojo se alcanzaba a ver ahora en lejanía: el cuerpo de tanques mecanizados, el cuerpo aéreo, los ejércitos aéreos y una fuerza de bombardeo de largo alcance surgieron para dar la tan necesitada potencia de ataque. Lenta y penosamente,

25 En agosto de 1942, Beria y sus “muchachos” fueron enviados al norte del Cáucaso y al delta del Volga para evitar la incipiente revuelta de las nacionalidades de la región montañosa: los chechenos, los inguches, los tártaros de Crimea, los karachai, los balcaros, los kalmucos y los alemanes del Volga iban a pagar subsecuentemente un precio monstruoso por las fallas del Ejército Rojo de ese verano.

26 En esos momentos, desconfiando de sus funcionarios, Stalin había designado a comisarios políticos, provenientes en gran parte de la NKVD, para supervisar a los comandantes de campo y para castigar a los “culpables” por la ola inicial de derrotas. Como siempre, la propensión de Stalin a corregir sus propios errores de juicio mediante el castigo severo a los subordinados y una búsqueda de cabezas de turco, sólo se añadieron a la tragedia. Erickson, p. 175.

después de la derrota y la desesperación, el Ejército Rojo se estaba transformando en un aparato de combate viable y moderno. Su prueba decisiva se daría en Stalingrado.

La segunda consecuencia del éxito alemán en el verano de 1942 fue la campaña soviética para la apertura del segundo frente en Europa por parte de los aliados. A finales de 1941, habiendo salido victorioso en Moscú y creyendo que la guerra prácticamente estaba ganada, Stalin había presentado a Eden, el emisario británico, sus planes para una reorganización de Europa. El gobierno británico, no queriendo ofender a su aliado soviético en ese momento (por temor a que Moscú pudiera firmar una paz separada con Berlín) prefirió demorarlos. Ahora, seis meses después, con cuatro quintas partes del total del ejército alemán metidas en territorio soviético y el Ejército Rojo en peligro de ser vencido, Stalin abandonó todos sus objetivos de posguerra y solicitó la ayuda occidental en la formación de un nuevo frente para retirar por lo menos a cuarenta divisiones alemanas. Molotov viajó a Londres y Washington, y regresó a Londres en la primavera y el verano de 1942, sin recibir una respuesta satisfactoria. Lo más que podía esperar la Unión Soviética era un segundo frente en 1943, algo de lo que los americanos parecían ansiosos pero a lo que Churchill sólo dio un apoyo fingido. Aunque la Unión Soviética podía esperar una gran ayuda en alimentos y equipo militar, quedó claro para Molotov que el Ejército Rojo debía pelear solo –o hundirse– en Stalingrado.

Cuando, en ese octubre, Hitler cerró la ofensiva alemana de verano, hizo una excepción con Stalingrado y el Cáucaso. A finales del siguiente mes, sin embargo, la victoria soviética en Stalingrado estaba a la vista. En la segunda mitad de diciembre el plan para la contraofensiva soviética (Operación Urano) estaba preparado. El 1º de febrero de 1943 el mariscal de campo Von Paulus, comandante alemán en Stalingrado, se rindió la corriente de victorias alemanas fue detenida. El triunfo del Ejército Rojo en Stalingrado, y después en Kursk y en el Pruth, hicieron de la Unión Soviética una potencia mundial.

### 13. LOS MOMENTOS DE CAMBIO DECISIVO.

En noviembre de 1942 los aliados occidentales comenzaron su desembarco en el norte de África francesa. En febrero de 1943 la expansión japonesa en el Pacífico fue detenida por la armada de EUA. En el mismo mes el avance de Alemania llegó a su término con la victoria del Ejército Rojo en Stalingrado. Así, en pocos meses la Segunda Guerra Mundial cambió para ventaja de los aliados. Ahora habían conquistado la iniciativa y no la volverían a perder. Las batallas en Túnez, Kursk y Saipan completaron el viraje.

Como resultado de esas batallas la Francia de Vichy dejaría de ser una entidad pseudo-independiente. El lugar de Francia (su alineamiento en el continente) y, surgiendo de él, la futura relación de Europa con EUA integrarían la agenda política. Italia sería invadida por los aliados occidentales quienes, a su modo, establecerían el patrón para un futuro arreglo de esferas de influencia en el continente europeo. La caída de Mussolini y la retirada de las tropas alemanas de los Balcanes permitiría, por primera vez desde 1938, el resurgimiento de un sector de la clase trabajadora –en Italia, Yugoslavia y Grecia– como un protagonista autónomo en el drama global.

El tremendo aumento en los recursos materiales de los aliados occidentales a través de la reorganización del potencial de la producción industrial masiva de EUA en la fabricación de armamento, así como el sistemático y cada vez más eficiente manejo con economía de la enorme capacidad industrial de la URSS, las reservas en potencial humano, el espíritu de lucha y el mando militar, hicieron inevitable que el momento de cambio decisivo, tarde o temprano, variara, después del fracaso de Alemania y Japón en convertir las victorias de su *Blitzkrieg* en un golpe final. Ahora la época de la *Blitzkrieg* había terminado. Había llegado el momento de las confrontaciones entre las siempre grandes concentraciones de armas mecanizadas –en primer lugar: tanques y aviones y su producción y utilización en los campos de batalla con máxima eficiencia y habilidad táctica. La fórmula de Goebbels de la *guerra total* se convertía así en una realidad: la guerra total reemplazó a la *Blitzkrieg* para la inevitable y progresiva desventaja de Alemania y Japón.<sup>1</sup> Desde

<sup>1</sup> El concepto de “guerra total” fue originalmente elaborado por el general Ludendorff en un libro del mismo título (Munich, 1935). Sobre todo acentuaba la necesidad de una dirección política encargada de –en realidad subordinada a– la guerra, y de asegurar la estabilidad moral e ideológica del frente nacional. Para Ludendorff ésta fue claramente una de las lecciones de la guerra de 1914-18. El general Ludwig Beck, anterior jefe de Estado Mayor del *Wehrmacht* y futura cabeza de la conspiración militar contra Hitler el 20 de julio

de 1944, criticó el concepto de Ludendorff en un discurso confidencial enviado a un círculo cerrado de amigos en junio de 1942 (más tarde publicado en *Studien*, de Ludwig Beck, Stuttgart, 1955). Beck acusó a Ludendorff de invertir la relación que hace Clausewitz entre guerra y política: una subordinación de esta última a la primera llevaría a un aumento de la violencia por la violencia, haciendo imposibles todas las negociaciones y compromisos entre los estados. La importancia de esta crítica a la situación alemana a mediados de los cuarenta es obvia.

de 1944, criticó el concepto de Ludendorff en un discurso confidencial enviado a un círculo cerrado de amigos en junio de 1942 (más tarde publicado en *Studien*, de Ludwig Beck, Stuttgart, 1955). Beck acusó a Ludendorff de invertir la relación que hace Clausewitz entre guerra y política: una subordinación de esta última a la primera llevaría a un aumento de la violencia por la violencia, haciendo imposibles todas las negociaciones y compromisos entre los estados. La importancia de esta crítica a la situación alemana a mediados de los cuarenta es obvia.

de 1944, criticó el concepto de Ludendorff en un discurso confidencial enviado a un círculo cerrado de amigos en junio de 1942 (más tarde publicado en *Studien*, de Ludwig Beck, Stuttgart, 1955). Beck acusó a Ludendorff de invertir la relación que hace Clausewitz entre guerra y política: una subordinación de esta última a la primera llevaría a un aumento de la violencia por la violencia, haciendo imposibles todas las negociaciones y compromisos entre los estados. La importancia de esta crítica a la situación alemana a mediados de los cuarenta es obvia.

de 1944, criticó el concepto de Ludendorff en un discurso confidencial enviado a un círculo cerrado de amigos en junio de 1942 (más tarde publicado en *Studien*, de Ludwig Beck, Stuttgart, 1955). Beck acusó a Ludendorff de invertir la relación que hace Clausewitz entre guerra y política: una subordinación de esta última a la primera llevaría a un aumento de la violencia por la violencia, haciendo imposibles todas las negociaciones y compromisos entre los estados. La importancia de esta crítica a la situación alemana a mediados de los cuarenta es obvia.

de 1944, criticó el concepto de Ludendorff en un discurso confidencial enviado a un círculo cerrado de amigos en junio de 1942 (más tarde publicado en *Studien*, de Ludwig Beck, Stuttgart, 1955). Beck acusó a Ludendorff de invertir la relación que hace Clausewitz entre guerra y política: una subordinación de esta última a la primera llevaría a un aumento de la violencia por la violencia, haciendo imposibles todas las negociaciones y compromisos entre los estados. La importancia de esta crítica a la situación alemana a mediados de los cuarenta es obvia.

la operación planeada. Sin consultar a los británicos, Roosevelt entró en acción para obtener, si no el apoyo, cuando menos la aquiescencia de los líderes políticos y militares franceses quienes, sólo días antes, habían estado cooperando con los alemanes; el Pacto Darlan fue así concluido.<sup>2</sup> Cuando, después del asesinato de Darlan, los americanos fueron presionados para una alternativa, escogieron al archiconservador general Giraud como representante de la autoridad francesa en el norte de África.<sup>3</sup>

La cuestión de quién sería reconocido como portavoz francés en ese territorio “liberado” de Francia tuvo importantes implicaciones frente a la futura legitimación y al papel de un Estado francés reconstituido. Giraud, a los ojos de los americanos, tenía muchas cualidades: era anticomunista, antialemán y antibritánico. En contraposición, el estrecho compromiso de De Gaulle con Londres, su ambición y potencial para representar a la nación francesa lo hizo altamente sospechoso para Washington. La diferencia entre Giraud y De Gaulle, entre EUA y Gran Bretaña, también se centró en la cuestión de si Francia quedaría débil o fuerte después de la guerra, es decir: si una Europa capitalista sería pro-americana o relativamente independiente de EUA. La burguesía británica claramente entendió en este punto que Gran Bretaña no sería igual en poder o influencia a EUA y la URSS y, por lo tanto, pretendió construir una especie de bloque europeo occidental. Y ya que Francia era la clave del éxito británico para reunir a pequeños estados europeos occidentales, Gran Bretaña empezó a alborotar por la restauración de Francia como gran potencia.

Pero la razón principal de la diferencia en el método fue la falta de comprensión de Roosevelt del equilibrio real de las fuerzas sociales y políticas en Francia, consecuente con el crecimiento del movimiento de resistencia. Giraud y De Gaulle llegaron a ser copresidentes del Comité Francés de Liberación Nacional (CLN), el cual asumió el poder y la estructura de un gobierno en el exilio. Para la mayoría de la población francesa, y en primer lugar la clase obrera, Giraud fue identificado con la intención de perpetuar un régimen autoritario, anticlase obrera y antirepublicano después de la derrota de Vichy y Alemania. Un “frente nacional” explícitamente asentado en la restauración de la democracia parlamentario-burguesa, incluyendo todas las libertades básicas de las que el movimiento obrero había disfrutado en la

<sup>2</sup> Darlan, el representante nominal de Vichy en el norte de África, fue un colaborador comprometido con los nazis, quizá algo más que Laval. Firmó un convenio con los americanos el 22 de noviembre de 1942 de acuerdo con el cual cambiaría de bando (es decir, apoyaría la causa de los aliados), a cambio de que los aliados respetaran su autoridad en el norte de África y equiparan sus fuerzas militares. Benoist-Méchin, vol. 1, pp. 116-24; Durosell, pp. 286-87; Kolko, p. 66. Stalin aprobó la rehabilitación de Darlan. Maisky, p. 801; *Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 2, p. 51.

<sup>3</sup> Los regímenes de Darlan y Giraud eran de tipo neofascista y descansaban en una alianza de colonos, banqueros e industriales locales. Antisemita y brutalmente represivo de todas las tendencias políticas, menos de la derecha, el gobierno de Giraud era inaceptable para todas las fuerzas antinazis y antifascistas. Kolko, p. 67.

Tercera República, era la única alternativa realista para la burguesía francesa frente a un levantamiento de la clase obrera subsecuente al aplastamiento de la ocupación nazi, una posibilidad que sólo el PCF podía neutralizar.<sup>4</sup> De Gaulle y Churchill mostraron un juicio político muy superior al de Roosevelt, desde el momento en que se basaron en la experiencia de un movimiento obrero europeo, políticamente independiente, que Roosevelt nunca habrá conocido. Una solución propuesta por Giraud no habría sido “proamericana”: habría sido irrealizable o, peor que eso, desde un punto de vista burgués pudo haber conducido a la guerra civil.

La guerra en el norte de África trajo un éxito rápido en Marruecos y en Argelia gracias a la cooperación de los militares franceses y Dakar vino como un premio adicional. Fracaso en Túnez, sin embargo, como resultado de las maniobras del almirante francés Esteva.<sup>5</sup> Su intención inicial de permanecer neutral chocó con la llegada de los alemanes, quienes entraron a Túnez para formar un escudo protector para el *Afrika Korps* en retirada. Después de una batalla sangrienta, Túnez fue tomada en mayo de 1943.<sup>6</sup>

La batalla clave de 1942-43 fue la de Stalingrado. El ataque del Sexto Ejército alemán, bajo el mando de Von Paulus, comenzó el 28 de junio de 1942 y llegó hasta las afueras de Stalingrado exactamente un mes después. La defensa que hizo el Ejército Rojo de la metrópoli del Volga fue improvisada bajo condiciones casi de pánico. Pero con la participación de los trabajadores de esa gran ciudad industrial, la defensa rápidamente asumió proporciones épicas. Ola tras ola de ataques alemanes estuvieron a punto de tomar toda la ciudad y fueron detenidos, cada vez, conforme el Ejército Rojo y los trabajadores de Stalingrado contraatacaban y conservaban libre un sector de la ciudad, una fábrica, una cabecera de puente. Su

<sup>4</sup> “La parte que los comunistas estaban jugando en la resistencia así como mi intención de que sus fuerzas fueran incorporadas con las de la nación, al menos durante la guerra, me condujeron a la decisión de incluir a dos miembros en el gobierno. Desde finales de agosto, el ‘partido’, previendo esto, gustosamente había prometido la cooperación de varios miembros. Pero, en el último momento, toda clase de contrariedades impidieron a aquellos a quienes invité a unirse al Comité de Liberación darme una respuesta positiva.... En realidad, dos opiniones dividían la delegación. Los extremistas, que seguían a André Marty, querían que el partido no hiciera alianzas y se preparara, en medio de la lucha contra el enemigo, para tomar el poder mediante la acción directa revolucionaria. Los tácticos querían infiltrarse en el Estado colaborando con otros, primero que nada conmigo. El originador de esta estrategia fue Maurice Thorez...” - De Gaulle, *War Memoirs*. Unity 1942-1944, Londres, 1959, pp. 154-55.

<sup>5</sup> Aunque las tropas americanas no entrenadas habían sufrido una derrota táctica en Kasserine, el ejército alemán cayó en la trampa en Túnez con la pérdida de 300,000 soldados, 200,000 de los cuales fueron tomados prisioneros. Von Tippelskrich, *Geschichte des 2. Weltkriegs*, p. 306.

<sup>6</sup> A pesar de su éxito en El Alamein, Montgomery nunca logró destruir el grueso de las fuerzas de Rommel que efectuaron una retirada relativamente ordenada en la región de Túnez. Su destino estaba marcado, sin embargo, cuando Hitler rechazó la solicitud de Rommel de un embarco norafricano rápido y sorpresivo, equivalente a Dunquerque.

larga y heroica resistencia le permitió al Estado Mayor soviético (*Stavka*) preparar una contraofensiva. Una fuerza de reserva considerable se había escondido del enemigo detrás del frente Volga-Don. Mientras el general Halder se interesaba cada vez más por la vulnerabilidad de los largos flancos norte y sur de Stalingrado, el *Stavka* había logrado reunir las fuerzas que aseguraban su superioridad en número y potencia de fuego. Para noviembre de 1942 se había obtenido la siguiente distribución de fuerzas en el “Eje de Stalingrado”:<sup>7</sup>

|                    | Soviéticos | Alemanes y del Eje |
|--------------------|------------|--------------------|
| Tanques            | 894        | 675                |
| Cañones y morteros | 13.540     | 10.300             |
| Aviones            | 1.115      | 1.216              |
| Potencial humano   | 1.005.000  | 1.011.000          |

Debe subrayarse que, aun cuando tuvieron gran influencia las reservas soviéticas cada vez más acrecentadas, las líneas de abastecimiento más cortas, la asistencia militar de EUA (especialmente en camiones y tanques), las reservas alemanas rápidamente disminuidas y la debilidad interna de los ejércitos de los aliados del Eje (rumanos, húngaros e italianos), en el resultado de la batalla, el elemento decisivo fue la larga resistencia de los defensores de Stalingrado. Fue esa resistencia la que agotó a las reservas alemanas y dio al *Stavka* el tiempo necesario para planear y organizar con todo detalle el cercamiento del Sexto Ejército. Esa resistencia a su vez se reflejó claramente en un fenómeno social: la superioridad de los soldados y de los trabajadores en la lucha urbana, de casa en casa o de combate en barricada. Ya durante la guerra civil española una observación similar podrá haberse hecho en relación con las batallas de Barcelona y Madrid en 1936. Chuikov, el comandante del Sexagésimo Segundo Ejército soviético, que constituyó la columna vertebral de la defensa de Stalingrado, escribiría más tarde: “La lucha de ciudad es una clase especial de lucha... Los edificios actúan como rompeolas. Detuvieron el avance de las formaciones del enemigo e hicieron que sus ejércitos atravesaran las calles. Las tropas que defendían la ciudad aprendieron a permitir a los tanques alemanes avanzar justo sobre ellas, bajo el fuego de los cañones de la artillería antitanque y de los rifleros; en esta forma invariablemente apartaron a la infantería de los tanques y destruyeron la formación de combate organizada del enemigo”.<sup>8</sup>

La acción de Stalingrado, brillantemente concebida en la Operación Urano, estaba basada en la posibilidad de dos rompimientos de líneas de batalla, al norte y al sur de la ciudad. Comenzando el 19 de noviembre en el norte y un día después

<sup>7</sup> Istoryva Velikoi Otechestvennoi voiny Sovestkogo Soyza 1941-1945, Mosca, 1960, vol. 3, p. 26 (citado por Erickson, p. 563).

<sup>8</sup> V. I. Chuikov, Nachalo puti (citado por Erickson, p. 409).

en el sur, triunfó en cuatro días: el Sexto Ejército alemán fue rodeado y, a pesar de un contraataque desesperado dirigido por Von Manstein, nunca restablecería contacto con el grueso de las fuerzas alemanas ni sería adecuadamente abastecido por la *Luftwaffe*.

Al final de la contraofensiva soviética el *Wehrmacht* había perdido a un cuarto de millón de soldados, la mayoría de las reservas de la *Luftwaffe* en el frente oriental y una enorme cantidad de tanques, cañones y municiones.<sup>9</sup> Los logros políticos y psicológicos de la liberación de Stalingrado iban más allá de los resultados militares inmediatos. Después de eso, una parte importante del cuerpo alemán de oficiales y la burguesía alemana, sin mencionar a una amplia sección del pueblo alemán, perdieron la fe de que el Tercer Reich pudiera todavía ganar la guerra. Con referencia al mismo Stalingrado, Chuikov, quien fue hecho mariscal después de la victoria, grabó en su memoria la siguiente imagen: “La ciudad quemada, cubierta de humo negro y de piedra pulverizada. Desde la cima de la colina Kurgan, que fue llamada Altura 102.0 en nuestros mapas, no podíamos ver más que el armazón de los edificios, ruinas y montañas de ladrillos. La piedra no había resistido los ataques, pero los hombres sí. Cada ruina, cada armazón de edificio, cada hoyo, cada montón de ladrillos, se convirtieron en una fortificación defensiva. La lucha más reñida fue conducida en cada par de metros, en cada piso de los edificios y no sólo por las calles o parte de ellas. Mamayev Kurgan [una colina] fue el lugar de las batallas más obstinadas. Después de la guerra fue calculado que más de mil pedazos de granada o esquirlas de metralla impactaron cada metro cuadrado de Kurgan. La tierra estaba revuelta por el acero y el plomo.”<sup>10</sup> La magnitud de la batalla de Stalingrado puede quizá ser captada mejor si se recuerda que las pérdidas soviéticas en este único encuentro fueron mayores que las de EUA en toda la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, desde el punto de vista de la estrategia militar, había una falla en la Operación Urano. El ejército soviético había, de hecho, empezado una operación de doble pinza, la primera –con éxito– destinada a destruir las fuerzas del Sexto-Ejército alemán en Stalingrado, y la segunda, apuntando hacia el estuario del Don en Rostov, pretendía destruir todo el Grupo A del ejército alemán en el Cáucaso. Este último cercamiento fracasó. Millón y medio de soldados alemanes y sus aliados se salvaron de la aniquilación. Esto no se debió solamente a las maniobras indudablemente diestras de Von Manstein,<sup>11</sup> sino a la defensa obstinada del Sexto Ejército en Stalingrado durante dos meses, afrontando también la adversidad extrema. En contra de una leyenda difundida por los generales alemanes, el mariscal Chuikov correctamente subrayó que la resolución de Hitler de resistir en Stalingrado a toda costa no era tan irracional como parecía. Un cuarto de

<sup>9</sup> Von Trippelskirch, pp. 292-93.

<sup>10</sup> El mariscal Chuikov, *Stalingrad: la Bataille du Siècle*, Moscú, 1982, p. 14.

<sup>11</sup> Von Manstein por su cuenta (Verlorene Siege) exagera su papel e importancia en la secuencia de los acontecimientos.

millón de las tropas fue sacrificado para salvar a más de un millón. Trescientos cincuenta mil soldados soviéticos fueron detenidos alrededor de Stalingrado por la resistencia del Sexto Ejército; ellos pudieron haber hecho toda la diferencia en la capacidad del Ejército Rojo para tomar Rostov rápidamente y destruir al Grupo A del ejército alemán.<sup>12</sup>

La batalla de Stalingrado, como todos los momentos de cambio decisivos en la guerra –la batalla del Meuse, la de Gran Bretaña, el comienzo de la Operación Barbarossa, el ataque sobre Pearl Harbor, los enfrentamientos de Midway y El Alamein, el desembarco en Casablanca/Argel, el de Guadalcanal, la Operación *Overlord*, el ataque en Arnhem y la ruptura en el Vístula, por nombrar sólo algunos de los acontecimientos más importantes– es la confirmación más amplia del papel crucial del elemento sorpresa y por lo tanto también de la información militar inadecuada del enemigo, en el éxito o fracaso de dichas operaciones arrolladoras. Mientras que el servicio de espionaje *Abwehr* en la URSS y los servicios regulares de reconocimiento en el frente –el *Fremde Heere Ost*– que con frecuencia habían advertido desde el verano de 1942 que el contraataque soviético ocurriría tarde o temprano entre el Voronesh y las estepas de Kalmuck, fracasaron al no descubrir la preparación del Ejército Rojo en toda su extensión: la reconstrucción de una reserva de fuerza sorprendente de casi cincuenta divisiones.<sup>13</sup> El por qué se dio este fracaso sigue siendo un misterio, como el que rodea al efecto sorpresa de todas las operaciones exitosas mencionadas. Otra vez una hipótesis probable, aunque de ninguna manera segura, es que los jefes del ejército –y en esto Hitler no fue ni mejor ni peor que Gamelin/Daladier, Stimson/Knox, Stalin/Voroshilov, Tojo o Eisenhower– estaban predispuestos contra la información que contradijera completamente sus formas de pensar y sus conceptos estratégicos, especialmente cuando el dogma y el prejuicio político se combinaban con una doctrina militar anticuada.

La batalla de Midway, que restauró la superioridad naval americana en el Pacífico central es otro ejemplo del papel vital del espionaje durante la Segunda Guerra Mundial. En este caso, sin embargo, las razones del fracaso del almirante Yamamoto son claras. La armada de EUA había descifrado el código japonés y poseía un conocimiento muy completo de su plan para atraer a la armada estadounidense hacia una batalla fatal y definitiva en torno a Midway, siendo el ataque fingido el señuelo para tomar desprevenidos a los portaaviones americanos y destruirlos con aviones lanzados desde los portaaviones japoneses que asechaban, lejos de la supuesta flota de desembarco. Pero el cazador cayó en su trampa cuando la estrategia

12 Chuikov, p. 344. Que el plan inicial tuvo ciertamente la reconquista de Rostov como su principal objetivo, es confirmado por Churchill. Ver *Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 2, p. 39.

13 El servicio secreto de Gehlen transmitió una nota el 12 de noviembre de 1942, exactamente una semana antes de la ofensiva del Ejército Rojo en Stalingrado, en la que se predijo un ataque inminente contra el Tercer Ejército rumano, pero consideró que las fuerzas soviéticas estaban todavía muy débiles para lanzar una ofensiva en un frente más amplio. (*Kriegstagesbuch des OKW*, vol. 4, pp. 1306-07.)

llegó a ser conocida por Nimitz. Los portaaviones operaron por detrás y no frente al principal contingente japonés de misión específica. No se concentraron en la defensa de las islas sino en la captura de los buques enemigos. Y tenían una jugada adicional cuando los aviones japoneses interrumpieran sus ataques iniciales para sustituir bombas por torpedos. Fue durante ese funesto intervalo que los americanos dieron un golpe devastador y hundieron cuatro portaaviones contrarios que habían cometido el error de operar en columna cerrada.<sup>14</sup>

En lo sucesivo, cualquier esperanza japonesa de destruir a la armada americana del Pacífico central, evitando así un serio ataque en el perímetro exterior de las conquistas de 1941-42 y, más tarde, sobre estas mismas conquistas, se esfumó de una vez y para siempre. El camino estaba despejado para una contraofensiva generalizada americana: las batallas de Guadalcanal, del sur de Nueva Guinea, de las Islas Salomón, Nueva Bretaña y las Islas Gilbert darían a las fuerzas americanas la experiencia necesaria y las llevarían al perímetro exterior del mismo Imperio japonés.

El Alto Mando japonés sacrificó grandes recursos en puntos sin importancia de la guerra periférica, negándose obstinadamente a abandonar sus pérdidas y retirarse a la línea interior de defensa. Sobrevino una división fundamental entre el ejército y la armada. La prioridad del ejército era cubrir sus posiciones en Indonesia y las Filipinas mediante operaciones ofensivas en Nueva Guinea. La Armada Imperial, por otro lado, estaba preocupada con la defensa de su gran base en la Isla Truk, cubierta por sus fortificaciones en las Islas Salomón. Estas diferencias en la estrategia paralizaron al Alto Mando japonés durante seis meses fatales.<sup>15</sup>

Una diferencia similar en la concepción estratégica surgió entre el general MacArthur y el almirante Nimitz. MacArthur estaba a favor de la concentración de todos los esfuerzos en la reconquista de las Filipinas, a fin de cuentas por razones políticas. Él entendió el descrédito sufrido por el ejército –y el imperialismo occidental en general– como una consecuencia de las derrotas demoleadoras de 1942. Temía que sin una victoria espectacular ahí, las Filipinas estarían perdidas permanentemente para EUA. Nimitz, por su lado, entendió que los japoneses eran capaces de esfuerzos tremendos de defensa en fortificaciones como Rabual, Singapur, Indonesia y las Filipinas y quería evitarlas avanzando a saltos por las islas para dirigirse directamente hacia territorio nipón. Al final a ambos comandantes se les permitió seguir su curso favorito mediante una operación de ataque de dos frentes hacia Japón, pero soportando la armada americana la carga más dura de la dirección militar de operaciones.

El desembarco de EUA en Guadalcanal se convirtió de este modo en la primera prueba de fuerza más importante entre las tropas combinadas de EUA y Japón, no tanto por alguna importancia estratégica particular en la isla sino por la obstinación

14 Existe bastante literatura sobre la batalla de Midway. Ver, por ejemplo, de Gordon W. Frange, *Miracle at Midway*, Londres, 1983.

15 *The Japanese War Machine*, pp. 171-72.

nipona en tratar de retener estas distantes posiciones,<sup>16</sup> lo que condujo a los japoneses a una terrible pérdida de sus recursos y una profunda desmoralización en el Alto Mando de su ejército.<sup>17</sup>

## 14. LA GUERRA DE DESGASTE

El año de 1943 y principios de 1944 vieron desenvolverse una guerra de desgaste desarrollada en el frente oriental de Europa, en el Mediterráneo, en el Lejano Oriente y en Alemania, como una lenta expansión hacia la embestida final sobre Alemania y Japón, que ocurriría en la segunda mitad de 1944 y en 1945. La situación se había invertido a favor de los aliados occidentales y de la URSS. Pero las reservas que las potencias del Eje podían organizar eran mucho más grandes de lo que inicialmente se había supuesto. Sus conquistas anteriores les proporcionaron gran cantidad de espacio del cual retirarse antes de que la contienda pudiera afectar directamente a sus territorios. La retirada la llevaron a cabo muy lenta, ordenadamente y –al menos en el caso del *Wehrmacht*– con bastante destreza. Así que la guerra se prolongó, con una pérdida cada vez mayor de hombres y material, y a un costo excesivo para toda la humanidad.

Pero los resultados nunca estuvieron en duda. En la guerra de desgaste los enemigos del Eje tenían una carta de triunfo: los recursos virtualmente ilimitados de la industria de EUA. Mientras Alemania y Japón se metían en mayores dificultades como consecuencia de sus pérdidas incrementadas, la movilización de los soldados y la expansión de la producción en EUA permitieron que los aliados occidentales no sólo repusieran sus pérdidas sino que reconstruyeran sus fuerzas para una invasión exitosa a Europa.

La situación de la URSS era intermedia entre la de los aliados occidentales y la de las potencias del Eje. Las tremendas pérdidas de territorio, soldados y armamento alcanzadas entre el verano de 1941 y el otoño de 1942 hicieron difícil reemplazar pérdidas humanas y materiales adicionales en 1943 y a principios de 1944. Por otro lado, las fábricas de armamentos trasladadas y las recién construidas, después de junio de 1941, empezaron a producir a su máxima capacidad en 1943. Esto, junto con el armamento anglo-americano enviado a la Unión Soviética durante los dieciocho meses de la guerra de desgaste, permitió al Ejército Rojo reconstruir las reservas necesarias para lanzar, sucesiva y progresivamente, operaciones de ofensiva más efectivas contra el *Wehrmacht*. Así, se dio un cierto estancamiento en el frente oriental entre la retirada sistemática alemana y la real (aunque todavía limitada) capacidad de ofensiva de las fuerzas soviéticas.

Este estancamiento relativo explica por qué le tomo dieciocho meses al Ejército Rojo liberar al territorio soviético de las de ocupación del Eje y cruzar las fronteras polaca, rumana y húngaro-eslovaca. Pero en esos momentos la fuerza militar de la URSS, incrementada regularmente y la de Alemania (en decadencia continua)

<sup>16</sup> John Toland, *The Rising Sun*, pp. 131 -142.

<sup>17</sup> El coronel japonés Tsuji, que presionó por la reconquista de Guadalcanal, se ha supuesto que dijo: “Soy digno de mil muertes”. Toland, p. 151.

hicieron que se llegara a un punto decisivo cualitativo en la segunda mitad de 1944 con la ofensiva Jassy-Kishinev, que marcó el principio del fin del *Wehrmacht* en el frente oriental.<sup>1</sup>

Un buen indicador del desgaste gradual de las fuerzas alemanas en el frente oriental es la comparación de las pérdidas del *Wehrmacht* y las sustituciones;<sup>2</sup> la batalla de Stalingrado representa un punto irreversible:

| De diciembre de 1941 hasta septiembre de 1942 |  |
|---|--|
| Pérdidas                                      | Sustituciones                                    |
| 1.688.100                                     | 1.169.300<br>(Sustituciones del 60% de pérdidas) |
| De julio a octubre de 1943                    |  |
| Pérdidas                                      | Sustituciones                                    |
| 654.000                                       | 279.000<br>(Sustituciones del 43% de pérdida)    |

En ninguna parte como en Italia fueron tan claras las características de la guerra de desgaste. Inmediatamente después de la derrota al ejército italiano y al *Afrika Korps*, en mayo de 1943, la invasión a Italia quedó en la agenda. Ante cierta deposición de generales americanos, y británicos, Alanbrooke y Montgomery planearon un ataque directo desde Túnez a Sicilia y Calabria que fue llevado a cabo en el verano de 1943 sin mucha resistencia o costo. Esto permitió a los ejércitos anglo-americanos acumular nueva y valiosa experiencia para la invasión final de Europa Occidental.

En Sicilia la capacidad táctica del general Patton (el equivalente americano del general alemán Guderian, que aplicó las teorías de De Gaulle) como dirigente de las columnas acorazadas de ruptura, fue reconocida. Pero los éxitos militares tácticos tenían que ponerse al servicio de un propósito político y estratégico más amplio. Y aquí el fracaso fue virtualmente total. Lo que inicialmente parecía una estocada al corazón de Europa se convirtió en una prolongada guerra de posición y desgaste, penosa y costosa, dirigida hacia el centro y el norte de la península italiana, que duró cerca de veinte meses.

1 La creciente importancia de la actividad guerrillera atrás de las líneas alemanas en Rusia durante las operaciones de 1943-44 debe ser enfatizada. De acuerdo con Paul Carell (*Verbrannte Erde*, Ulstein, 1945, 431), en vísperas de la decisiva batalla de Minsk, que comenzó el 22 de junio de 1944, los guerrilleros soviéticos interrumpieron las conexiones del ferrocarril entre el Dnieper y el área hacia el oeste de Minsk con 10,500 explosiones. Todas las líneas de teléfono a lo largo del sistema ferroviario fueron cortadas; todo el sistema de comunicaciones del *Heeresgruppe Mitte* (Grupo Militar del Centro) fue paralizado durante casi cuarenta y ocho horas; virtualmente todos los puentes fueron volados.

2 El general de división F. W. von Mellenthin, *Panzer Battles*, Londres, 1977, p. 431.

Entre más se acercara la guerra al territorio italiano más pronto sería vencido Mussolini. Para la clase dominante italiana el problema ya no era cómo participar del botín de guerra; se encontraba claramente del lado perdedor de cualquier movimiento en la redivisión del mundo en esferas de influencia imperialista. Ahora la cuestión clave era cómo salvar sus propiedades básicas y el poder de clase en su patria, en donde el descontento de las masas se estaba volviendo ubicuo y las explosiones de tipo revolucionario estaban en la agenda, y las fuerzas clandestinas de la oposición –especialmente el PCI y el *Partido d'Azione*–adquirían confianza de las derrotas militares del *Duce*. El rey y su camarilla, quienes compartieron la responsabilidad con las grandes empresas de permitir a los fascistas tomar el poder en primer término y después consentir sus mayores crímenes, se enfrentaron con el problema de salvar la dinastía a cualquier precio. Se puede decir que desde la caída de Túnez en adelante la clase dominante italiana preparó impacientemente un cambio de alianzas, algo sobre lo que Hitler estaba bien informado y consciente.<sup>3</sup> *Mutatis mutandis*, el mismo patrón se repetiría pronto con los otros aliados europeos menores del imperialismo alemán, es decir: Rumania, Finlandia, Bulgaria y Hungría, sucesivamente. Las represalias alemanas igualmente, más o menos consistían en intentos para detener los desastres militares que dichos cambios de alianza podían acarrear al ocupar el territorio del antiguo “aliado” y al instalar gobiernos netamente *quinta columnistas* en lugar de los relativamente auténticos de las clases dominantes nacionales. La represalia fracasaría en Rumania y Bulgaria (realmente nunca se intentó en Finlandia). Tendría mucho éxito en Italia y Hungría en primer lugar como consecuencia de la ineptitud en las maniobras de la clase dominante nacional y en parte debido a la falta e de iniciativas inmediatas y reacción de los enemigos de Alemania.

En Roma al Consejo de Ministros y al Estado Mayor alrededor de Badoglio no les fue muy difícil derrocar a Mussolini gracias a sus cómplices en el Gran Consejo fascista. En cuanto el *Duce* fue sacado de escena las negociaciones secretas con los anglo-americanos.<sup>4</sup> Inmediatamente se logró un acuerdo de armisticio. El verdadero problema era coordinar el viraje diplomático-militar con los desembarcos de los aliados en Italia. Después del desembarco en Calabria fue planeado un segundo en Salerno para coincidir con el ejército italiano que estaba interceptando las fuerzas alemanas en el sur de Roma, si no es que en el sur de Florencia. Pero el *Wehrmacht* se anticipó. El Consejo de Ministros y el Estado Mayor se aterrorizaron. El rey negoció

3 *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht*, vol. 6, pp. 798-99, 814-15 y especialmente 829-35.

4 El rey y Badoglio dramatizaron inmediatamente el “peligro bolchevique” para sacarles a los aliados occidentales las condiciones favorables para el armisticio: “Los fascistas han destruido a las clases medias. Los rojos han avanzado masivamente por las calles de Milán y Turín. El rey y los patriotas agrupados a su alrededor son la única fuerza que queda para impedir que los bolcheviques tomen posesión”, dijo el marqués D’Ajeta, enviado de Badoglio, al embajador británico en Lisboa, Campbell. (*Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 2, p. 380.)

ignominiosamente su seguridad personal y la de su familia a cambio de importantes concesiones militares al *Wehrmacht* permitiéndole no sólo ocupar Roma sino toda la extensión del territorio desde Salerno hasta la capital.<sup>5</sup> La sorpresa táctica del desembarco en Salerno fue desperdiciada por la ineptitud mostrada en la vacilación de los comandantes americanos.<sup>6</sup> El resultado final de la tragicomedia fue una verdadera tragedia: más de las dos terceras partes de Italia cayeron bajo el control de los nazis ejercido bajo el reinado del terror. Esto le costó al pueblo italiano (y a los ejércitos de los aliados) decenas de miles de muertes y una terrible destrucción material antes de que el *Wehrmacht* capitulara el 25 de abril de 1945.

En Italia la clase dominante y los imperialismos británico y americano ciertamente habían subestimado las reservas alemanas y su capacidad de reacción, así como la habilidad de comandantes como Kesselring. Pero fundamentalmente el error de cálculo fue la causa social más profunda de la nueva guerra de desgaste en la cual, inadvertidamente, cayeron en el sur de Europa. Sus intereses de clase fueron confrontados con un dilema real: ¿cómo liquidar al fascismo y al mismo tiempo preservar las bases del Estado burgués, es decir: su dominación política, indispensable para neutralizar o, si fuera necesario, confrontar las movilizaciones masivas y la amenaza de revolución? Esto generó la intensificación de contradicciones políticas, en las cuales la burocracia soviética, cuidando sus propios intereses, empezó gradualmente a intervenir por mediación del PCI.<sup>7</sup> De ahí las complicaciones intrincadas del juego. De ahí, también, el fracaso de tantas maniobras.<sup>8</sup>

Un relativo estancamiento similar se dio en el frente oriental. Después de la desastrosa derrota sufrida por el *Wehrmacht* en Stalingrado, el ejército alemán se concentró en asegurar la retirada de sus fuerzas desde el Don, el Kuban el Cáucaso, sin que se produjera un nuevo desastre. Pero Hitler y Von Manstein—quien ahora de hecho se encontraba a cargo de todo el frente sur— querían a toda costa prevenir que el Ejército Rojo retuviera la iniciativa. Después de una ofensiva a todo lo largo del frente en 1941 y una ofensiva limitada al frente sur en 1942, ya

5 Sobre todo este sórdido asunto, ver de Ivan Palermo, *Storia di un armistizio*, Milán, 1967.

6 La torpeza ante la excelente oportunidad de conquistar Roma, inmediatamente después del desembarco en Anzio el 22 de enero de 1944, fue una repetición.

7 De ningún modo fue ésta una intervención planeada para hacer “comunista” a Italia. Por el contrario, cuando las masas italianas —e incluso una gran parte de la opinión pública americana— solicitaron la destitución de la monarquía y de Badoglio, Stalin ayudó enviando un embajador ante el régimen de Badoglio. (*Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 3, p. 42.) Togliatti fue enviado de regreso a Italia para poner freno al ala más radical del PC y a las aspiraciones más radicales de las masas italianas. (Ver de Paolo Spriano, *Storia del Partito Comunista Italiano*, Turín, 1975, vol. V, pp. 54,120-24.) Togliatti incluso entró en el gobierno de Badoglio.

8 Debemos añadir que el armisticio italiano, que excluyó a la Unión Soviética de cualquier representación política en los acuerdos del gobierno militar sobre la base de que el ejército ruso no estaba realmente presente, se volvió un precedente importante para la exclusión análoga de los aliados anglo-americanos de acuerdos similares en Rumania, Bulgaria y Hungría, países ocupados solamente por el Ejército Rojo.

en 1943 el *Wehrmacht* era sólo capaz de intentar tomar la ofensiva sobre un pequeño subsector del frente central: una buena señal de la evolución del equilibrio de fuerzas. El sector escogido fue la saliente de Kursk, en que el Alto Mando soviético había conservado fuerzas importantes preparadas para un ataque y que ahora el *Wehrmacht* pensaba interceptar. Una cantidad formidable de armamento —probablemente la más grande de la Segunda Guerra Mundial— se concentró en este limitado territorio: 4,000 tanques del lado soviético contra 3,000 tanques y cañones auto-propulsados del lado alemán.<sup>9</sup>

El ataque alemán tuvo fallas mayores. No había la suficiente concentración de fuerzas como para establecer la superioridad necesaria en el lugar para un verdadero avance.<sup>10</sup> Más aún, le faltaba el elemento sorpresa: el Alto Mando soviético estaba informado del plan y del momento del ataque.<sup>11</sup> El ejército alemán otra vez había subestimado la fuerza, la adaptabilidad y el liderazgo gradualmente adquirido por el Ejército Rojo desde el invierno de 1941-42. La utilización de los campos de minas profundas como obstáculos anti-tanque y el uso de cañones anti-tanque bajo un solo mando contra un objetivo único, fueron tácticas nuevas muy eficientes aplicadas por el mando del Ejército Rojo contra la Operación Citadel en la saliente del Kursk. Así la avanzada fracasó.

La batalla de Kursk es considerada por muchos historiadores como el momento de cambio decisivo en el frente oriental, más que el de la batalla de Stalingrado. Después de Stalingrado, el *Wehrmacht* podía concebir el recuperar la iniciativa. Después de Kursk, la habrá perdido para siempre. En Stalingrado el *Wehrmacht* perdió un cuarto de millón de hombres, pero relativamente poco blindaje. En Kursk perdió sus formaciones blindadas clave. Estas jamás serían reconstituidas en el frente oriental (aunque lo serían parcialmente en el oeste). Después de Stalingrado, el Alto Mando alemán todavía tenía abiertas varias opciones. Después de Kursk sólo le quedaba una alternativa: la retirada ordenada, sacrificando el espacio por

9 Estas son las estadísticas proporcionadas por John Erickson en *The Road to Berlin*, pp. 97-121. El mariscal Babadjanian dio cifras de tanques ligeramente más bajas para el Ejército Rojo (en *La Bataille de Koursk*, Moscú, Louis Perroud ed., 1975, p. 138).

10 Von Mellenthin (pp. 262-63) indica que hubo una gran diferencia de opinión sobre la conveniencia de toda la Operación Citadel entre Von Manstein, quien la propuso y Guderian, que se opuso a ella desde el principio. Hitler titubeó, tomando una posición intermedia. Sus vacilaciones, la negativa a comprometer reservas suficientes y la decisión de retirar fuerzas para oponer el desembarco en Sicilia, fueron citadas por Von Manstein como razones del fracaso final de las operaciones. (*Verloren Siege*, pp. 504-06.)

11 Es interesante señalar que la batalla de Kursk dio una confirmación negativa de la importancia del elemento sorpresa en los intentos de rupturas masivas por parte de las fuerzas armadas. El Alto Mando soviético estaba enterado del momento y el lugar en que ocurriría la Operación Citadel gracias a la información recibida de Rossler, su mejor espía, que operaba fuera de Suiza y que tenía acceso al *Oberkommando der Wehrmacht* sobre una base diaria. El fracaso de la desastrosa ofensiva Stalin-Timoshenko en Kharkov en mayo de 1942 fue el resultado de una falta similar del elemento sorpresa, habiendo “cambiado” el *Fremde Heere Ost* al comisario soviético Mishinkshkii.

el tiempo con el fin de retrasar lo más posible el momento en que el Ejército Rojo cruzaría la frontera del territorio alemán, deseando, a pesar del conocimiento de su situación, que algún milagro político impidiera esa catástrofe.

El Alto Mando soviético tenía dos prioridades en la ofensiva, que siguieron a su victoria en Kursk: avanzar alrededor de Leningrado y liberar el Donets y Ucrania. Ambos objetivos fueron dictados por consideraciones socio-económicas obvias. Tomaron precedencia sobre la tarea estratégica central de destruir al ejército alemán en el este. De tal forma que el *Wehrmacht* pudo organizar una retirada ordenada sin importantes avances soviéticos ni batallas de cercamiento. Se iban acercando al desastre en Krivoi Rag y Tcherkassy, pero hábiles maniobras impidieron un aplastamiento del frente. El desastre sobrevendría más tarde, en Minsk, en el Pruth y en Kuckland.<sup>12</sup> las operaciones durante la primavera, verano y otoño de 1943 y el invierno de 1943-44 llevaron gradualmente a estos desastres, comprendiendo el agotamiento gradual de las fuerzas alemanas y la desaparición de sus reservas, así como la hazaña soviética de una superioridad mayor que nunca en potencial humano, aviones, tanques y capacidad de fuego.

Mientras, una nueva guerra de desgaste había golpeado a Alemania al determinarse la destrucción sistemática de sus principales ciudades por medio de bombardeos devastadores. Tedder y Harris, los mariscales de la fuerza aérea, habían sido consistentes defensores de esta forma de hacer la guerra durante varios años, inspirados, como estaban, en la Doctrina Douhet. Churchill optó por ella como un sustituto de la rápida apertura de un segundo frente en Francia. Roosevelt hizo lo mismo por razones similares. Desde un principio los objetivos de la ofensiva eran poco claros y contradictorios.<sup>13</sup> La idea de que los ataques de los bombarderos causarían que los nervios del pueblo alemán estallaran y llevaran a un decaimiento general de la moral y con eso a una disposición para terminar la guerra inmediatamente, a cualquier precio, demostró ser completamente errónea. La profunda persistencia –si no es que indignación– más que la desmoralización, fue el efecto neto de la destrucción al por mayor y de las pérdidas masivas impuestas sobre los indefensos civiles.

La única desmoralización se dio dentro de la *Luftwaffe* (afectando particularmente a Goering y a sus compinches inmediatos) y, en menor grado, al Alto Mando, donde el fracaso en la adecuada protección a las industrias vitales de guerra fue reconocido como un presagio de la derrota.

<sup>12</sup> Erickson, *The Road to Berlin*, pp. 137-45.

<sup>13</sup> En una carta enviada a Stalin el 20 de junio de 1943, Churchill declaraba: “Ya estamos conteniendo a la mayor parte de las fuerzas aéreas alemanas en el oeste y el sur de Europa y nuestra superioridad aumentara continuamente. Aparte de las fuerzas operacionales de primera línea de entre 4,800 y 4,900 aviones, de acuerdo con nuestra información, Alemania tiene actualmente en el frente ruso unos 2,000 comparados con los 2,500 que, a estas fechas, tenía el año pasado. Estamos también devastando una gran parte de las ciudades y centros municipales de Alemania, que bien pueden tener el efecto decisivo de socavar la resistencia alemana en todos los frentes.” (*Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 2, p. 267.)

El segundo objetivo, el de vencer a Alemania mediante la destrucción de sectores específicos de la industria de guerra (en primer lugar el del petróleo sintético, el del caucho sintético y el de cojinetes de bolas), probablemente podía haber tenido éxito si las fuerzas aéreas británicas y americanas se hubieran concentrado en estos blancos,<sup>14</sup> en lugar de haber dirigido incursiones inhumanas sobre la población civil de grandes ciudades, como los ataques con bombas incendiarias dirigidos sobre Colonia, Hamburgo y, más tarde, Dresden.

El siguiente cuadro indica el grado en que las bombas de los aliados se concentraron sobre blancos civiles:<sup>15</sup>

| A<br>Período               | B<br>Peso total de bombas arrojadas sobre Alemania (toneladas) | C<br>De las cuales se arrojaron sobre locales industriales y bases submarinas | C<br>como porcentaje de B |
|----------------------------|--|---|---------------------------|
| 1942 (promedio trimestral) | 11.443   | 446   | 3.9%                      |
| 1er trimestre 1943         | 27.920   | 1.818   | 6.5%                      |
| 2do trimestre 1943         | 46.377   | 4.796   | 10.3%                     |
| 3er trimestre 1943         | 60.018   | 5.133   | 8.6%                      |
| 4to trimestre 1943         | 52.734   | 10.130  | 19.2%                     |

Por otro lado, la ofensiva aérea de los aliados contra Alemania tuvo como efecto forzar a la *Luftwaffe* a retirar sustancialmente sus aviones (especialmente combatientes) del frente ruso para ir en defensa de su patria.<sup>16</sup>

| Disposición de la <i>Luftwaffe</i> |              |       |                 |       |
|------------------------------------|--------------|-------|-----------------|-------|
|                                    | Mayo de 1943 |       | Octubre de 1943 |       |
| Frente oriental                    | 3.415        | 50.7% | 2.312           | 37.6% |
| Frente occidental                  | 1.115        | 16.5% | 1.153           | 18.8% |
| Italia                             | 909          | 13.5% | 571             | 9.3%  |
| Los Balcanes                       | 299          | 4.4%  | 583             | 9.5%  |
| Alemania                           | 998          | 14.9% | 1.526           | 24.8% |

<sup>14</sup> En los últimos meses de 1944 la planta de Politz, que produjo hasta tres cuartas partes de la producción total alemana de combustible para aviones, fue destruida el 19 de enero de 1945 y toda la producción de gasolina fue detenida. Las reservas estaban abajo de 12,000 t, mientras las necesidades del momento eran de 40,000 t. al mes. La situación era similar en cuanto a la gasolina utilizada para vehículos motorizados. *Kriegstagebuch des OKW*, vol. 8, pp. 1317-19.

<sup>15</sup> *The Effect of the Strategic Bombing on The German War Economy*, Overall Economic Effects Decisión, United States Strategic Bombing Survey, Washington D.C., p. 2.

<sup>16</sup> Deutschland mi 2. Weltkrieg, Berlín, 1984, p. 140

El tercer objetivo era el de debilitar la maquinaria de guerra alemana mediante una desorganización general de las comunicaciones y de la capacidad industrial. Para acercarse al logro de este objetivo, las fuerzas aéreas británica y americana habrían necesitado fuerzas considerablemente mayores de las que tenían a su disposición para todo el año de 1943 y la primera mitad de 1944 (razón por la que Tedder y Harris constantemente insistieron en la necesidad de incrementar cualitativamente la producción de bombarderos). Sus fuerzas eran suficientes para lograr ese objetivo sólo en un sector geográfico limitado. La selección obvia del sector fue el área situada atrás de los lugares de aterrizaje propuestos en 1944 y esa meta, de manera general, fue lograda en el noroeste de Francia y Bélgica en la primavera de 1944.

La imposibilidad de lograr el tercer objetivo en su totalidad, o incluso en gran parte de Alemania, se hizo mayor por el progreso regular en la defensa aérea alemana durante los ataques. Los cañones antiaéreos eran cada vez más eficientes. Los aviones de caza disfrutaban ahora de las mismas ventajas de la "línea secreta" como aquella de la que había gozado la RFA en contra de la *Luftwaffe* durante la batalla de Gran Bretaña. Impusieron pérdidas cada vez más grandes sobre los atacantes, especialmente sobre la fuerza aérea de EUA, que había optado por bombardeos matutinos en lugar de las incursiones nocturnas de la RFA. La cuestión de los aviones de combate suficientes en la retaguardia para las incursiones de los bombarderos pasó a primer plano. Los aviones Mosquito y Mustang demostraron ser los más eficientes en este campo.

Finalmente, estaba el objetivo de ocasionar una desorganización general en la sociedad alemana, una paralización de la vida urbana, un mal funcionamiento de todos los mecanismos elementales de la civilización industrial. A este respecto, el bombardeo arrasador tuvo mucho éxito.<sup>17</sup> Tanto que la fuerza de la clase trabajadora fue minada y la posibilidad de un ascenso repentino masivo de la militancia de los trabajadores alemanes (para no mencionar la revolución alemana) –un miedo persistente no sólo de los nazis y los imperialistas alemanes,<sup>18</sup> sino también de los aliados– fue gradualmente desvaneciéndose.

El resultado paradójico de la guerra de desgaste sobre Alemania y Europa occidental, durante todo el año de 1943 y la primera mitad de 1944, fue que las pérdidas decisivas para la maquinaria de guerra alemana no fueron aquellas infligidas por los bombarderos enemigos sobre sus flancos civiles o militares, sino

17 Es significativo que los bombardeos devastadores de ciudades como Hamburgo, Colonia, Munich, Essen y Frankfurt fueran concentrados ampliamente en distritos de la clase trabajadora. Las áreas residenciales burguesas generalmente fueron dispensadas. Existe el rumor de que contactos directos en Lisboa entre agentes alemanes y americanos fueron parcialmente responsables de estas opciones.

18 Como ya se indicó en el Cap. 3, estos temores estaban fundados en la realidad. Los conspiradores del 20 de julio de 1944 querían establecer una dictadura militar en Alemania –con un rígido estado de sitio y una estricta prohibición de huelgas e incluso la distribución de folletos

las que resultaron de las batallas aéreas. Al tratar de proteger las fábricas y las ciudades alemanas contra el bombardero Harris, la *Luftwaffe* perdió tal proporción de aparatos de combate que los aliados occidentales pudieron conquistar la total hegemonía del espacio aéreo sobre Normandía y el norte de Francia en el verano y otoño de 1944, siendo una de las principales razones por las que ganaron la batalla de Normandía.

En el Lejano Oriente la guerra de desgaste se desarrolló simultáneamente en los sectores de occidente, de oriente y del norte. En el oeste el Ejército Imperial japonés había perdido, en realidad, la iniciativa en la frontera de Birmania-Assam. Los imperialistas angloamericanos trataron de iniciar la reconquista de Birmania con la ayuda de las fuerzas de Chiang Kai-Shek entrenadas por los americanos conducidas por el general Stillwell. En 1943 estos planes se vinieron abajo. En 1944 empezaron a disfrutar de cierto éxito con la victoria de Mythyiha.<sup>19</sup> En el sector norte, el ejército japonés continuó inflexiblemente sus intentos de acabar con lo que quedaba de China y avanzar hacia Chungking, la capital, en tiempo de guerra, de Chiang Kai-Shek: desde 1938. La resistencia china aumentó gradualmente, con el apoyo armado de la fuerza aérea norteamericana y el creciente desgaste del ejército japonés como resultado de la prolongación constante de las líneas de abastecimiento y la progresivamente decreciente defensa aérea. Sin embargo, los chinos todavía sufrieron graves derrotas en el lapso 1943/1944. Pero fue en el sector oriental en donde la guerra de desgaste asumió su forma más feroz. Habiendo tomado la iniciativa en Guadalcanal y despejado la principal base japonesa del sur del Pacífico en Rabaul, el avance realizado por Nimitz y MacArthur saltando islas progresaba lentamente hacia territorio japonés. Aterrizajes sangrientos en Saipan y Tinian fueron seguidos por la lucha de pesadilla para Iwo Jima en las Bonin. En cada batalla la resistencia japonesa fue feroz, pero la superioridad naval de EUA más abrumadora.

Después del asesinato aéreo del almirante Yamamoto, la estrategia naval japonesa se había hecho más vacilante. Posterior a un gran examen de conciencia, el almirante Koga impuso la "Política de Nuevas Operaciones", en el otoño de 1943. Una nueva línea secreta de defensa –que debía ser tomada a toda costa– se estableció desde Timor a través de las Islas Marianas y hasta Manchuria.<sup>20</sup> La fuerza aeronaval nuevamente provista fue reunida para infligir un golpe contra la flota de EUA en algún momento en la primavera o el verano de 1944. De cualquier manera, el perímetro de defensa vital pronto fue quebrantado en las Islas Marianas. Después de la notoria "caza de pavos" fuera de la isla Truk, que costó a los japoneses trescientos aviones, el almirante Toyota, sucesor de Koga, decidió concentrar

19 Dick Wilson, *When Tigers Fight*, Londres, 1982, pp. 227-30. La segunda ofensiva de Birmania de Stillwell, al mismo tiempo que tuvo éxito desde el punto de vista táctico, mermó peligrosamente el potencial chino en China central y condujo a las fuerzas de Chiang Kai-Shek a sufrir grandes derrotas en 1944.

20 The Pacific War Research Society, *The Day Man Lost*, Tokyo, 1981, p. 47. Gluchmann, Der... Weltkrieg, pp. 405-09.

toda su flota de nueve portaaviones entre Saipan y las Filipinas. Esperaba atacar a los americanos por sorpresa en el curso de sus operaciones de desembarco en el golfo de Leyte. Pero los comandantes de EUA habían valorado la estrategia de los japoneses y, una vez más, el cazador fue cazado. A pesar de la ventaja inicial de sus bases aéreas contiguas en las Filipinas, los japoneses se hundieron en la gran batalla de desgaste que empezó el 19 de junio de 1944.<sup>21</sup> Las pérdidas importantes de EUA rápidamente fueron sustituidas por la floreciente capacidad de construcción de barcos en la costa oeste (en donde industriales como Henry Kaiser habían adoptado los métodos fordistas para su producción en masa). En contraposición, la capacidad limitada y los restringidos abastecimientos de la industria japonesa hicieron imposible su recuperación. Las batallas del golfo de Leyte y la bahía Lingayen causaron la virtual destrucción de las fuerzas navales operacionales de Japón. La que fuera la armada más grande del mundo en diciembre de 1941, había sido destruida por una movilización económica y un poder industrial superior.

## 15. LA EMBESTIDA FINAL

El desembarco angloamericano en Normandía el 6 de junio de 1944; las ofensivas del Ejército Rojo de agosto de 1944 y enero de 1945, conducidas desde el Dniester al Danubio y del Vístula hasta el Oder, respectivamente, tomando la base industrial de Hitler en Silesia; y la conquista de las Filipinas entre la batalla del golfo de Leyte y el desembarco en la bahía de Lingayen (noviembre de 1944 - febrero de 1945), fueron los sucesos con los que dio comienzo la embestida final en los territorios de los imperialismos alemán y japonés, y que culminaría con su hundimiento en mayo y agosto de 1945. Todas estas ofensivas terminaron en derrotas aplastantes para los enemigos de las potencias aliadas. Sólo en Italia el *Wehrmacht*, bajo la dirección de Kesselring –su más diestro comandante de campo, además de Von Manstein– durante todo 1944 y los primeros tres meses de 1945, logró impedir cualquier fracaso de su frente.<sup>1</sup> Los comandantes aliados occidentales demostraron ser profesionalmente inadecuados para su tarea, a pesar de la superioridad numérica y material que sólo hasta abril de 1945 que Italia fue liberada de las fuerzas alemanas.<sup>2</sup>

El desembarco en las playas de Normandía, con mucho la operación anfibia más grande de la historia de la guerra, fue una hazaña organizacional atrevida y destacada. En el lapso de seis semanas un millón y medio de hombres y cantidades tremendas de armamento, municiones, provisiones, medios de transporte, material de construcción, puentes, gasolina, etc., fueron llevados al continente. Las condiciones eran tan arriesgadas que el general Alanbrooke, el jefe británico de proyectos,

1 Los planes militares de Kesselring estuvieron apoyados por el conocimiento anticipado de que la clase dominante italiana estaba preparando un cambio de alianzas así como por los titubeos e ineptitud de los comandantes americanos que siguieron al desembarco en Salerno. Incluso antes de la caída de Mussolini, el *Wehrmachtführungsstab* había preparado los planes *Alarich* y *Konstantin*, que implicaban la ocupación de Italia y los territorios italianos tomados por el ejército alemán.

2 En realidad la rendición de las tropas alemanas en Italia no condujo a su inmediata dispersión y partida, ya que los aliados pensaron que debían custodiar la fortaleza contra cualquier toma por parte de la resistencia hasta su propia entrada. Por lo tanto, al ejército alemán se le ordenó quedarse en un solo sitio, para “mantener operando a todas las empresas del servicio público y los servicios civiles esenciales” y con la ayuda del CLNAI, previsto para el “mantenimiento general de la ley y el orden”. (“Instrument of Local Surrender of German and Other Forces Under Command or Control of the German Commander-in-Chief Southwest”, Apéndice A, en *Modern Military Records Division*, Archivos Nacionales, Alejandría, Virginia, EUA; citado en Kolko, p. 385.)

21 MacArthur consideró al golfo de Leyte como un punto decisivo de la guerra en el Pacífico, pero admitió que la Armada Imperial había estado a un paso de destruir la cabeza de playa americana cuando el almirante Kurito retiró prematuramente su flota. (*Reminiscences*, pp. 248, 255-57, 263-65.)

dudaba de los resultados hasta después que hubo logrado su éxito inicial. Había ciertamente grandes obstáculos –en primer lugar, los campos minados y las posiciones de artillería pesada, así como los nidos de ametralladoras hábilmente disimulados– que las tropas de los aliados tenían que salvar justamente en las playas donde se había previsto el desembarco.

Por otra parte, los alemanes tenían allí por lo menos una división de *Panzer*, la cual se anticipó al intento de Montgomery de apoderarse en un principio de la ciudad de Caen. (Al ejército británico le costó más de cuatro semanas lograr este objetivo.) En general, el ejército alemán era superior por la habilidad profesional de sus comandantes. También tenía a su disposición armamento cualitativamente superior. Estos eran factores con los que indudablemente podían haber derrotado a los aliados o, al menos, haberlos conducido a una prolongada guerra de posición.<sup>3</sup> Pero tales desventajas para el ejército invasor y los verdaderos riesgos involucrados en la gigantesca empresa, fueron superados por varias ventajas decisivas.

De entre ellas la primera era la absoluta superioridad aérea de los aliados. La *Luftwaffe* ya no era más capaz que la armada alemana para impedir las operaciones de desembarque. Las barcas de desembarco de los aliados y otras embarcaciones podían cruzar el canal a voluntad. Si no hubiera sido por ello la Operación *Overlord* habría fracasado. La superioridad aérea de los aliados también implicaba un constante martilleo en las líneas de comunicación alemanas detrás del frente (en primer lugar, los puentes a través del Sena, el Somme y el Loire, y la red de ferrocarriles por todo el norte de Francia y Bélgica hasta el Meuse y el Rin, así como las carreteras a través de toda Francia). Esto hizo al movimiento y la concentración de las reservas alemanas, extremadamente costosos y arriesgadas. Un segundo beneficio para los aliados fue el fracaso del Alto Mando alemán al señalar inmediatamente el tipo de defensa que se debía oponer a los desembarcos. Rommel estaba a favor de un contrataque inmediato, concentrado en los puntos de desembarque, mientras Von Rundstedt –temiendo el efecto de los bombardeos de los aliados sobre cualquier tropa y concentración armada– prefirió una respuesta más flexible: no creyó que los aliados serían capaces de efectuar un rápido estallido.<sup>4</sup>

De cualquier modo, las cosas fueron muy diferentes de como los comandantes alemanes o los planificadores de los aliados habían esperado. La infantería de los aliados fue inmovilizada por la resistencia inflexible alemana en una estrecha cabeza de playa por más tiempo del previsto, dificultando las grandes maniobras.

3 Sobre la superioridad del armamento alemán en Normandía, ver Max Hastings, *Overlord*, N. York, 1984, pp. 186-95.

4 Rommel comprendió que el tiempo estaría de parte de los aliados si se les permitía establecer cabezas de playa suficientemente profundas para dejar a las tropas, tanques y blindajes concentrarse ahí mismo. Von Rundstedt, por otro lado, estaba en lo correcto al pensar que a los aliados les tomaría algún tiempo librarse de los problemas iniciales, un periodo en el que los contramovimientos más pequeños pudieran ser planeados con gran eficiencia. Hastings, pp. 283-86; Kurt von Tippelskirch, *Geschichte des Zweiten Weltkriegs*, Bonn, 1951, pp. 435-36.

El primer intento de Montgomery de ruptura en el este, fracasó. El segundo intento, realizado por Patton en Avranches, tuvo éxito. Pero el cercamiento completo de todas las fuerzas alemanas en Brittany, en el sudoeste de Francia y en Normandía, no se realizó. Les llevaría a los aliados sesenta días alcanzar el Sena. Al final, en ausencia de cualquier idea estratégica a largo plazo que no fuera la de mermar poco a poco las reservas del enemigo, la resistencia alemana empezó a hundirse. Con el fracaso del frente alemán en el Sena, los aliados occidentales se movilizaron con rapidez relampagueante para tomar Lieja y Amberes. El general Blumentritt, jefe de Estado Mayor del ejército alemán en el oeste, escribió: “No había fuerzas alemanas atrás del Rin y a finales de agosto nuestro frente estaba abierto de par en par.”<sup>5</sup> La guerra estuvo a un paso de terminar en el otoño de 1944.

Dos desastres estratégicos monumentales del Alto Mando de los aliados salvaron la situación para el *Wehrmacht*. Después de muchas discusiones y mediante el arbitraje de *Eisenhower*, el ala sur de la ofensiva aliada contra Alemania dominada por los americanos optó en favor de un avance gradual a través del área de Mosela, fuertemente defendida, en lugar de movilizarse más al norte, territorio que estuvo mucho tiempo sin defensa y donde el ejército alemán dos veces había logrado una ruptura masiva con mucho menos blindaje del que ahora poseía el ejército de EUA. Simultáneamente, el ala norte, dirigida por Montgomery, intentó una ruptura sobre el Rin, en Arnhem, pero con fuerzas que eran sólo una parte de las necesarias para efectuar la operación y a pesar de la existencia de grandes reservas. El impulso insuficiente de la Operación Market Garden estaba compuesto por información totalmente inadecuada: sus comandantes ignoraban el hecho de que una división de *Panzer* de choque estaba realmente en aprietos en Arnhem, que los paracaidistas caerían justo arriba de ella y que serían despedazados por una potencia de fuego y un blindaje superior.<sup>6</sup>

El propósito inmediato de la ofensiva alemana de las Ardenas era logístico: la toma de Lieja y Amberes y, con ello, los enormes depósitos de provisiones de los aliados, en primera instancia el petróleo, del que ya andaban muy escasos el *Wehrmacht* y la *Luftwaffe*. En cuanto al objetivo estratégico más amplio, estaba basado en la esperanza de que las contradicciones internas en el campo de los aliados y especialmente la probable ocupación soviética de Europa oriental y central, vencería a los angloamericanos a optar por una paz separada. Como dijo Hitler a sus generales en diciembre de 1944: “En toda la historia nunca ha habido una coalición compuesta por miembros tan heterogéneos... Los estados que ahora son nuestros enemigos son lo más opuesto que existe sobre la tierra: estados ultracapitalistas por un lado y ultramarxistas por el otro; en un extremo el moribundo imperio de Gran Bretaña; en el otro una colonia, los Estados Unidos, esperando

5 Citado en Liddel Hart, pp. 583-84.

6 *Ibid.*, pp. 283-86; David Frazer, pp. 438-46; Geoffrey Powel, *The Devil's Birthday*, Londres, 1984. Para la versión alemana de los acontecimientos, ver *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht* vol. 7, pp. 391-93.

reclamar su herencia. Son estados que divergen diariamente... Si podemos asestar un par de golpes fuertes, este frente común artificialmente construido puede desbaratarse con un poderoso tronido en cualquier momento.”<sup>7</sup>

Los cálculos de Hitler estaban arraigados a una obstinada convicción –sostenida en contra del consejo de sus generales (fundado en información correcta)– de que la Unión Soviética no sería capaz de recuperarse tan rápidamente como lo hizo y dar un golpe en el frente oriental que la llevaría hacia la frontera alemana y a treinta y cinco millas de Berlín para febrero de 1945. A la larga, la ofensiva de las Ardenas infligió fuertes bajas en las tropas británicas y americanas, pero con resultados estratégicos desastrosos para la burguesía alemana. Lo que sucedió fue exactamente lo que los conspiradores militares del 20 de julio de 1944, por un lado, y Churchill y sus colegas por el otro, querían evitar: la llegada de las tropas soviéticas a territorio alemán y la ocupación soviética de Hungría, Austria y la mayor parte de Checoslovaquia.

Así que estos éxitos tácticos alemanes fueron, en realidad, enormes derrotas políticas. Las batallas de Arnhem y de Las Ardenas confirmaron que las victorias militares no son fines en sí mismos, sino medios para obtener metas políticas que deben ser claramente entendidas y tener prioridad. Lo mismo se aplica, *mutatis mutandis*, a la exitosa resistencia de Kesselring contra los intentos de los aliados para efectuar la ruptura en Italia. En contra de una opinión expresada por muchos expertos, incluyendo al general MacArthur, el frente italiano estaba lejos de ser una “desviación” militar, es decir, un despilfarro de fuerzas (en un escenario de guerra secundario) que podían haber sido mejor empleadas en Francia o en el Pacífico.<sup>8</sup> Dadas la superioridad existente de los ejércitos de los aliados en estos dos frentes, la desviación hacia ellos de las treinta divisiones de los aliados estacionadas en Italia no habría hecho ninguna diferencia para el resultado de la guerra. Pero la exitosa ruptura de estas divisiones en la primavera, el verano y el otoño de 1944 hacia el valle del Po, y de ahí a través de la laguna de Ljubljana, habría cambiado el mapa de Europa. Las fuerzas angloamericanas habrían llegado a Budapest, Viena y Praga más pronto que el Ejército Rojo.

Las “victorias” de Kesselring eran en realidad las de Stalin. Por supuesto, el inepto mando militar de las fuerzas aliadas en Italia merece una culpa equivalente a la que le echaron a Kesselring aquellos capitalistas que lamentaron amargamente que fueran soldados rusos los que liberaron a Europa central –a un alto precio en sangre– de los carniceros nazis. Fue sólo en abril de 1945 que las fuerzas alemanas en Italia fueron aplastadas y en ese entonces el destino de Europa central ya se había determinado las sucesivas interrupciones a las ofensivas del Ejército Rojo desde

7 Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, pp. 487-88 (citado en Kolko, p. 371)

8 Churchill escribió a Roosevelt el 28 de Junio de 1944: “General Wilson... general Alexander... y mariscal de Campo Smuts... pongan ante ustedes la perspectiva de un ataque hacia el este a través del Adriático... y el general Wilson consideró posible que, con este plan, él y el general Alexander pudieran apoderarse del Trieste a fines de Septiembre.”

las batallas del Kursk y del Donetz para volver a tomar Kiev, Smolensk, Minsk, los países del Báltico y Odessa, pueden entenderse con facilidad. El Ejército Rojo estaba escaso de transportes motorizados. Enormes problemas de abastecimiento y de reparación de las divisiones de tanques empleados surgieron por ende después de cada avance importante. La política de “tierra quemada” de Hitler hizo casi imposible el abastecimiento. Después de la liberación del Donetz y Ucrania, ni una sola fábrica grande pudo producir ahí artículos militares antes del fin de la guerra. Con cada retirada sucesiva del *Wehrmacht*, sus propias líneas de abastecimiento se acortaban. Mientras la producción de guerra alemana estaba todavía intacta, o mejor dicho, en aumento a pesar de los bombardeos arrasadores (un alto nivel de producción de tanques, aviones y artillería fue alcanzado en el verano de 1941), el *Wehrmacht* de hecho recibía refuerzos más grandes que el Ejército Rojo. Su punto más débil era el del potencial humano, no el material. Pero después de la terrible pérdida de los tres años anteriores, el potencial humano empezó a escasear también en la URSS. Con más frecuencia las mujeres tenían que ser reclutadas en el ejército para compensar la pérdida de soldados.

Los comandantes de campo alemanes demostraron su habilidad en la retirada y en la organización de contraofensivas locales que repetidas veces desgastaron la reconstrucción de reservas del Ejército Rojo antes de las ofensivas planeadas. Los más exitosos de estos contraataques sorpresa se hicieron en abril de 1944 en el sur de Polonia y en agosto de 1944 en el Vístula.

Otra vez, sin embargo, el ejército alemán sólo ganó tiempo en estas operaciones de contención, sin ningún propósito estratégico determinado. El Ejército Rojo sí tenía un propósito: conducir al *Wehrmacht* de regreso hasta Berlín. Esto llevó más tiempo del previsto inicialmente, pero fue en general exitoso. Y acarreo algunas brillantes operaciones, especialmente la batalla de Minsk, en la que casi doscientos mil soldados alemanes fueron capturados y la que rompió el Grupo Militar del Centro del *Wehrmacht*; la recuperación de los estados del Báltico que condujo al cercamiento de un gran batallón alemán en Curlandia (el extremo norte de Letonia), y la ruptura en el Vístula y en el Oder, en diciembre de 1944-enero de 1945.

Desde un punto de vista estratégico, las ofensivas de Malinowski y Tolbukhin, en el Pruth, empezadas el 20 de agosto de 1944, fueron todavía más decisivas. Al romper las posiciones del *Wehrmacht* en Moldavia, en pocos días toda la situación en el sureste de Europa fue transformada. La desertión del Tercer Reich de Rumania y Bulgaria se hizo inevitable. El almirante Horthy trató de dirigir otra desertión en Hungría, pero fracasó. Sobre todo, el conjunto del grupo militar del sur del *Wehrmacht* –cerca de un millón de soldados!– hundido en un desastre militar peor que el de Stalingrado. Todos los planes de Churchill para llegar a los Balcanes, antes que el Ejército Rojo, fueron interpretados como irrazonables. No fue que en Yalta las clases dominantes del sudeste de Europa fueran “sacrificadas”; fueron vencidas en el campo de batalla, junto con sus antiguos aliados alemanes, en el Pruth.

Mientras tanto, una tragedia terrible se desarrollaba más allá en el norte, en el eje principal Minsk-Berlín. Estimulada por las ambiguas solicitudes de los comandantes del Ejército Rojo, motivada por el deseo de liberar su capital mediante sus propios esfuerzos y establecer un equilibrio de fuerzas más favorable para el gobierno polaco en el exilio con base en Londres frente al régimen de Lublin establecido por Stalin y también ansiosa de obtener la cantidad máxima de armamento para defensa propia contra las represiones venideras por parte de la NKVD, la resistencia polaca *Armija Krajowa* (dominada por el social-demócrata PPS antes que por los reaccionarios burgueses) se levantó en Varsovia contra las fuerzas de ocupación alemana cuando el ejército soviético llegó al Vístula. El levantamiento estaba basado en una suposición doblemente incorrecta: que el Ejército Rojo se uniría a ellos o al menos les ayudaría (Stalin había prometido esto en su encuentro con Mikolayczik el primer día del levantamiento, una promesa que repitió en un telegrama enviado a Churchill el 15 de agosto de 1944); y que el *Wehrmacht* había quedado decisivamente debilitado a lo largo del Vístula. En efecto, el *Wehrmacht* reunió una fuerza todavía impresionante para combatir el ataque violento del Ejército Rojo y la insurrección de Varsovia. Y Stalin bloqueó toda la ayuda a Varsovia, permitiendo que los alemanes hicieran el trabajo sucio de liquidar a la *Armija Krajowa* porque, de otra forma, hubiera tenido que hacerlo él mismo. Como resultado de este doble error de cálculo, el levantamiento fue vencido por los nazis a pesar del heroísmo de los combatientes. Sus carniceros tomaron una terrible venganza: “Después de dos meses de lucha inmisericorde, sesenta y dos días de horror y atrocidad interminables, con 15,000 hombres muertos de los 30,000 a 40,000 de la *Armija Krajowa*, la población violentamente evacuada o asesinada ahí mismo, de 150,000 a 200,000 civiles inmolados de entre un millón, los muertos sepultados en las ruinas y los heridos echados en los caminos sin ninguna atención o sufriendo sus últimas agonías en los sótanos, la rendición no podrá retrasarse más. El 2 de octubre [de 1944] la lucha cesó: los polacos fueron reunidos para la deportación o la exterminación en las cámaras de gas, después de lo cual los alemanes se rebajaron a la labor maniática de arrasar Varsovia.”<sup>9</sup>

La permanencia del Ejército Rojo en el Vístula duró cinco meses. La movilización desde el Vístula al Oder sucedería en enero de 1945. A principios de marzo de ese año el *Wehrmacht* lanzaría su principal ofensiva en el frente oriental –similar a la de las Ardenas en el oeste– alrededor del lago Balaton, en Hungría, con el fin de cubrir los avances hacia Viena. Después de algún éxito inicial, la ofensiva decayó, como en las Ardenas, a causa de la falta de combustible y reservas.<sup>10</sup>

9 Erickson, *The Road to Berlin*, pp. 289-90. En este pasaje anterior el autor relata el cínico juego del gato y el ratón de Stalin con los gobiernos de *Armija Krajowa* y de Mikolayczik. El líder de la sublevación ha dado su propia versión de esto en el libro de T. Bor-Komorovski, *Histoire d'une armée secrète*, París, 1952. Después de años de difamación la historiografía oficial polaca y soviética ahora han rehabilitado ampliamente la sublevación de Varsovia y a sus participantes.

10 Erickson, p. 514.

Después de las derrotas en las Ardenas, en el Oder y en Hungría, la resistencia alemana estaba a punto de hundirse. Los dos principales centros de abastecimiento industrial para el ejército –el Ruhr y Silesia– fueron aislados progresivamente del grueso de las fuerzas armadas alemanas y ocupados poco tiempo después. Todas las reservas alemanas habían sido agotadas. Hitler otra vez titubeó sobre encomendar a sus fuerzas principales una defensa desesperada hasta quemar el último cartucho alrededor de Berlín o de una mítica “fortaleza alpina” unida a la industria de Bohemia, pero fue incapaz de concentrar sus fuerzas en cualquiera de estos dos objetivos. Después que el ejército de EUA atravesó el Rhin, en Remagen y el ejército británico lo hizo en Wesel, al norte, los aliados occidentales se encontraron con el Ejército Rojo en el Elba. Zhukov y Koniev movilizaron sus tropas a modo de pinzas hacia Berlín, en donde el *Wehrmacht* ofreció su última resistencia, causando bajas importantes al ejército soviético pero no poniendo nunca en duda el resultado final. Hitler se suicidó el 30 de abril de 1945. El 1º de mayo de 1945 la Bandera Roja estaba ondeando sobre el *Reichstag*. Pocos días más tarde el Alto Mando alemán se rindió.

¿Podieron los ejércitos angloamericanos haber llegado a Berlín antes que el Ejército Rojo, dado el retraso en el ataque soviético de agosto hasta diciembre de 1944? A principios de noviembre de 1944 el Ejército Rojo y los ejércitos occidentales estaban casi a la misma distancia de Berlín, enfrentando los rusos a tres millones de soldados alemanes con 4,000 tanques, y los angloamericanos a un millón con 1,600 tanques.<sup>11</sup> Del 11 al 15 de abril de 1945 una situación similar se daba en lontananza.<sup>12</sup>

Presiones antagónicas le fueron impuestas a Eisenhower, algunos (sobre todo Churchill. Pero también Bradley) empujándolo a tomar Berlín (incluso la utilización de los paracaidistas del general Gavin fue contemplada); otros (es decir, Patton) aconsejando un cambio de ataque hacia el área de Dresden-Leipzig y Praga. Además de las consideraciones políticas –entre las cuales no sólo estaba el Acuerdo de Yalta sino también un intento para desviar a los británicos y no permitir a Montgomery movilizarse rápidamente hacia Berlín, había dos importantes motivos militares para los titubeos de Eisenhower, que terminaron con la pérdida del botín de Berlín: el temor al terrible costo del combate en las calles de la capital alemana (él pensó que la toma de Berlín les costaría a los aliados occidentales cien mil hombres; de hecho los rusos perdieron 300,000 en esa batalla) y la necesidad de transferir a las tropas tan rápidamente como fuera posible al frente del Pacífico.

Entrevistado por Willy Brandt en 1958, Eisenhower dijo que si pudiera volver a hacer todo otra vez, seguramente habría tomado Berlín.<sup>13</sup> Como están puestas ahora las cosas y dada la evidencia disponible, no hay forma de juzgar comprensivamente la decisión.

11 *Ibid.*, p. 426.

12 General Gavin, *On to Berlin*, N. York, 1979, pp. 310-11.

13 *Ibid.*, p. 312. El autor nos da un resumen de veintitrés páginas de la discusión que surgió en SHAEF acerca de avanzar o no hacia Berlín.

En el Pacífico la ofensiva final contra la Armada Imperial japonesa se dio en dos frentes bastante desconectados y con un propósito cada vez más político que puramente militar. En el perímetro occidental de la zona de conquista japonesa, Mountbatten condujo a los aliados hacia una lenta reconquista de Birmania, siendo su principal intención –lograda en forma general– restablecer la ocupación británica sobre Malasia y Singapur y facilitar la reconquista de Indochina por los franceses y de Indonesia por los imperialistas holandeses. Hurley, desde China, le escribía a Roosevelt: “En el Lejano Oriente los británicos, los franceses y los holandeses están unidos por un interés vital, o sea la reconquista de sus imperios... porque sin sus imperios empobrecerían y se debilitarían. Este interés también les une porque está basado en el deseo de los británicos de extender hacia el Lejano Oriente el mismo carácter de hegemonía imperial de las tres grandes naciones imperialistas según han convenido para el control de Europa oriental... Por lo tanto usted puede esperar que Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos hagan caso omiso de la Carta del Atlántico y de todas las promesas hechas a otras naciones de las que ellas obtuvieron apoyo en las primeras etapas de la guerra.”<sup>14</sup>

En Indochina los movimientos con mayor preeminencia fueron la insurrección general del Vieth-Minh y la toma de Saigón y Hanoi, de donde tuvieron que retirarse, sin embargo, bajo la pesada presión combinada de las fuerzas militares británicas, francesas y de Chiang Kai-Shek. Pero se retiraron no para rendirse sino para comprometerse en una obstinada guerra popular en el campo, la cual –vía Dien Bien Phu y al menos en parte gracias al santuario que conquistaron después de la victoria de la revolución de China– los conduciría de regreso a Hanoi en 1953.

En Indonesia, el mando militar japonés ayudó a Sukarno y a Hatta a hacer una petición a favor de la independencia en vísperas de la rendición japonesa. Los holandeses organizaron una guerra de reconquista colonial contra la lucha de liberación nacional, que también llegó a entrelazarse con la revolución social, aunque en menor grado que en Indochina. Después de alguna vacilación y vanas traiciones incipientes por parte de una burguesía nacional muy corrupta, pero dada la tremenda desproporción de las fuerzas involucradas tan pronto como empezó a generalizarse la movilización armada masiva en una población de cerca de cien millones, el imperialismo holandés tuvo que retirarse.

En el perímetro oriental del Imperio Japonés, MacArthur y Nimitz avanzaron hacia territorio nipón. Después de Saipan la clase dominante japonesa entendió que había perdido la guerra y empezó a buscar una solución de carácter político. Un movimiento prudente en esa dirección fue la eliminación del general Tojo como Primer Ministro. Se hicieron consultas en Moscú, Ankara y Estocolmo como un medio para conseguir el armisticio. Mientras tanto la resistencia continuó e incluso se fortaleció con el heroísmo de los *Kamikaze* y los suicidos masivos de soldados (como en Iwo Jima) y de éstos y civiles (como en Okinawa).<sup>15</sup> La armada

14 Citado en Thorne, p. 593.

15 R. Heiferman, *The Japanese War Machine*, pp. 195-207.

japonesa perdió sus últimas reservas de acción en la batalla del golfo de Leyte, en las Filipinas. La fuerza aérea japonesa fue prácticamente suprimida de los cielos.

Sin embargo, el alto mando de EUA estaba preocupado por temor a que una invasión del territorio japonés diera como resultado graves pérdidas. El temor estaba fundado en la experiencia de Saipan, Iwo Jima y Okinawa: para la resistencia obstinada y las misiones suicidas a las que le temían MacArthur y Marshall, había millones de candidatos dispuestos en el mismo Japón. En Iwo Jima y Okinawa las tropas de EUA perdieron 70,000 hombres más que en Normandía. Su temor fue reforzado por la existencia de un ejército japonés todavía poderoso y casi intacto en Manchuria: 750,000 hombres que podían ser traídos a casa en el último minuto para oponerse a la fuerza de invasión de EUA. Por esta razón, el alto mando de EUA y los líderes políticos estaban en favor de que la Unión Soviética se les uniera en la guerra contra Japón tres meses después del fin de la conflagración en Europa. Esta fue la motivación básica del tono conciliador de Roosevelt hacia Stalin en Yalta.<sup>16</sup> Calculaban que con toda probabilidad el ejército de Kwantung resistiría y pelearía contra el Ejército Rojo con el fin de evitar que se cruzara el Yalu dentro de Corea o incluso un desembarco en Japón, en la retaguardia de la fuerza de defensa que peleaba contra la invasión de EUA.

Sin embargo, las incursiones aéreas de EUA –especialmente el ataque con bombas incendiarias que destruyeron considerablemente a Tokyo– habían acabado tanto con la voluntad de Japón para resistir que el fin de la guerra parecía inminente. EUA y la URSS conectaron ahora sus posiciones, con Stalin ansioso de unirse a la guerra contra Japón (la Unión Soviética le declaró la guerra a Japón el 8 de agosto) con el fin de obtener cualquier botín que pudiera encontrar en Manchuria y Corea y tratando EUA por todos los medios de retrasar la participación de la Unión Soviética en el ataque final.<sup>17</sup> En este caso la división de Corea en dos zonas de ocupación a lo largo del Paralelo 38, que llevó a la creación de dos estados separados, estaba unilateralmente decidida por Washington e inscrita en la Orden General No. 1, concerniente a las condiciones de rendición de las fuerzas armadas japonesas impuestas al Emperador.<sup>18</sup>

16 Roosevelt siempre demostró su aversión a involucrarse militarmente en cualquier grado en el continente asiático: “Pelear en el continente de China debemos dejárselo a los rusos.” Stimson dijo al mariscal que él “no pensaba que el país apoyaría” el despacho de un gran número de tropas a China. (Thorne, p. 523.) R E. Sherwood confirma esto: “Los cálculos de MacArthur estaban basados en la suposición de que los rusos contendrían el grueso de las fuerzas japonesas en el continente asiático... la entrada de la Unión Soviética... en la guerra japonesa para mediados del verano... podía significar la salvación de incontables vidas americanas.” (Sherwood, p. 86.) En el Lejano Oriente, como en Europa, el convenio final era esencialmente un asunto soviético-americano. Ver también Stettinius, *Roosevelt and the Russians*, Londres, 1950.

17 Stettinius, *Roosevelt and the Russians, Forrestal Diaries*, pp. 55, 74, 1Z-19.

18 *Truman's Memoirs*, Garden City, 1955, vol. 1, pp. 439-44. La división del país con propósitos de ocupación militar sólo fue discutida en Yalta y Postdam. La conferencia de Moscú de diciembre de 1945 determinó un fideicomiso de cuatro potencias “para preparar

Existe actualmente alguna duda en relación a que el lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki fue motivado más por consideraciones políticas que militares.<sup>19</sup> Esto no desempeñó ningún papel, como fue pregonado en ese momento, en la reducción de las bajas de EUA: Japón estaba a punto de la rendición de cualquier manera.<sup>20</sup> Si su propósito era ayudar en el intento desesperado de la camarilla de Tokyo de dominar la resistencia a la capitulación de último minuto entre los reaccionarios militares, entonces el poder de la bomba pudo haber sido demostrado probándola en una isla deshabitada.<sup>21</sup> El general MacArthur enfáticamente declara: “[a finales de abril de 1945] ...mi personal fue unánime al creer que Japón se encontraba a punto de su hundimiento y de su rendición. Yo incluso dirigí los planes para que fueran proyectados para una posible ocupación pacífica sin operaciones militares adicionales... Japón ya había sido derrotado sus territorios estaban ahora a merced de las incursiones aéreas y la invasión.”<sup>22</sup> La horrenda matanza de un cuarto de millón de seres humanos fue llevada a cabo sin otro propósito que el de una demostración política de fuerza dirigida mucho más a los aliados de EUA, particularmente la Unión Soviética, que a Japón. Este fue el mayor crimen contra la humanidad en una guerra que no estuvo escasa de ellos.

Una detallada, a veces conmovedora, narración de lo que pasó en Japón antes del lanzamiento de las bombas atómicas, de las proposiciones de paz ya en camino, de la absoluta falsedad de la tesis del “riesgo de un millón de americanos muertos” (recientemente rehecha por Nixon) se publicó en *The Day Main Lost*: “En la noche, cuando el resto de la gente se amontonó hambrienta en viviendas desalojadas a causa de los bombardeos, aquellos en el poder se entretenían unos a otros en lujosos banquetes, fiestas que a menudo se tornaban por la noche en orgías.

---

a Corea para obtener su independencia en cinco años”. En relación con los complejos conflictos que llevaron a la división política y social del país en 1948-49, ver, *inter alia*, a McNair y Lach, pp. 622-31.

19 “Byrnes ya me había dicho que el arma podía ser tan poderosa como para ser potencialmente capaz de destruir ciudades enteras y matar gente a una escala sin precedente. Y agregó que pensaba que la bomba bien podía colocarnos en una posición de dictar nuestros propios términos al final de la guerra.” Truman, p. 87.

20 “La mayoría de los historiadores están ahora de acuerdo, retrospectivamente, con la conclusión del Informe de Bombardeo Estratégico Americano: a saber, que los japoneses se habrían rendido sin la utilización de la bomba atómica y sin la invasión... A mediados de junio [1945]... seis miembros del Consejo de Guerra Supremo Japonés autorizaron al Ministro de Asuntos Exteriores, Togo, a tener un acercamiento con la Unión Soviética ‘con miras a terminar la guerra si era posible para septiembre’. En ese tiempo el Emperador mismo quedó personalmente involucrado en los esfuerzos...” Gar Alperowitz, “*The Use of the Atomic Bomb*” en el libro de Thomas G. Patersen (ed.), p. 55.

21 En relación con las posibilidades alternativas del uso de la bomba atómica en una forma puramente demostrativa, ver de Peter Wyden, *Day One*. Sobre las intransigencias militares ver la compilación de la Pacific Research Society publicada en Japón en 1965 y traducida al inglés bajo el título, *Japan's Longest Day*, N. York, 1972.

22 Mac Arthur, pp. 300-01.

No es sorprendente que la yamatodamashi estuviera menguante. Esta creciente desmoralización del pueblo era lo que principalmente preocupaba al príncipe Kono noye quien temía si, o cuando, Japón perdiera la guerra, las masas se dirigirían al comunismo como una panacea. La única forma de conservar el sistema [antiguo imperialista]... era terminar la guerra lo más rápido y menos dolorosamente como fuera posible.”<sup>23</sup>

En el tiempo en que la bomba atómica fue lanzada sobre las ciudades japonesas, los americanos ya habían aclarado para su propio beneficio y también (si era pertinente) para el de sus “amigos” durante la guerra, los tres postulados básicos de su política hacia el derrotado Japón: que la ocupación de la tierra firme japonesa sería un asunto puramente americano; que la potencia ocupante conservaría al Emperador como un “símbolo de autoridad”; y que un Japón simpatizante de EUA era necesario para impedir la presencia soviética en Asia. Como en Europa occidental, también en el Lejano Oriente EUA buscó prevenir cualquier transferencia de poder a la resistencia local: la Orden General No. 1 aseguraba que el hundimiento de la fuerza japonesa en Corea, las Filipinas, las Indias Orientales Holandesas e Indochina no beneficiaría el resurgimiento nacionalista ni la izquierda comunista. Sin embargo, ya que sólo la ocupación real garantizar la realización de las metas americanas, EUA hizo la paz con las fuerzas arcaicas del colonialismo o conservadurismo corrupto para restaurar el *status quo ante bellum* deseable, ahora en todas partes en agonía. La política global de Washington en el Lejano Oriente se encontró con alguna oposición en Moscú y fue la revolución china la que decisivamente alteró el equilibrio geopolítico en Asia en contra del designio de EUA.

---

23 *The Day Man Lost*, p. 87.

## 16. EL RESULTADO

El aplastamiento de los imperialismos alemán, japonés e italiano; el debilitamiento decisivo de sus contrapartes francesas y británicas; la declinación o caída del colonialismo “abierto” en general; el surgimiento del imperialismo de EUA como potencia hegemónica en el mundo; el surgimiento de la URSS como potencia mundial y su control militar sobre Europa central y oriental; el nacimiento impetuoso de los movimientos de liberación nacional en las colonias y semi-colonias, cada vez más entrelazados con la revolución social, como en China; el resurgimiento del movimiento obrero organizado en el continente europeo, con un alto grado de militancia, especialmente en el periodo 1944-48; los acontecimientos similares en Japón y EUA, aunque con un grado menor de conciencia de clase; el estallido de la Guerra Fría entre EUA y la Unión Soviética, esencialmente como demostración de fuerza y la resultante ideología “campista” entre amplios sectores del movimiento obrero internacional: este fue el mundo que surgió de la Segunda Guerra Mundial.

¿Este resultado fue decidido en Teherán, Yalta y Postdam? ¿Fue, en otras palabras, el producto de negociaciones diplomáticas, “errores” o, incluso, “traiciones”? Gran parte fue determinada en el campo de batalla. La división de Europa a lo largo de la línea Stettin-Trieste era claramente contraria a los intereses a largo plazo de los imperialismos británico y americano. Sin embargo, fue el resultado inevitable de que a la Unión Soviética le tocara lo más difícil de la guerra contra Hitler. En 1945 las potencias occidentales no estaban en posición de cambiar la situación *de facto* en Europa Oriental y central, excepto de manera marginal. Pudieron, desde luego, rehusarse a abandonar partes de Sajonia y Thuringia (como Churchill instó a Eisenhower), zonas a las que sus tropas habían tomado y que estaban situadas más allá de las fronteras decididas en Yalta como líneas de demarcación entre las zonas de ocupación soviética y occidental. Washington se negó a hacer esto ya que en ese momento todavía pensaba que necesitaba a las tropas soviéticas en China. Pero si hubiera escuchado a Londres, el resultado probablemente habría sido menos favorable de lo que fue, ya que la URSS posiblemente se habría negado a permitir a los aliados occidentales entrar a Berlín y Viena, ciudades cruciales para su posición en Europa central y del sur, pero donde no tenían tropas el 8 de mayo de 1945. Si Eisenhower hubiera mandado a las tropas de EUA más allá del Elba dentro de las regiones en donde el Ejército Rojo todavía no estaba presente en los primeros días de mayo –esencialmente Mecklenburg y Bohemia– a pesar de acuerdos previos, nadie puede asegurar lo que habría sucedido. La Guerra Fría hubiera

estallado ciertamente antes. Las repercusiones en el oeste y el este igualmente habrían sido formidables.

Otra vez, haciendo un balance, los logros para el capitalismo habrían sido marginales y los riesgos graves. Los guerrilleros yugoslavos habrían conservado Trieste. Los guerrilleros italianos pudieron haber tornado Milán y Turín. La revolución en Grecia podía haber sido victoriosa. Una enorme explosión pudo haber ocurrido en Francia. Grandes disturbios podían haberse dado en el ejército de EUA y en el de Gran Bretaña, no tanto a causa de la simpatía con la Unión Soviética –aunque eso estaba muy presente– sino por el desgaste general de la guerra. Es más que probable que los líderes de EUA escogieran lo que era, para ellos, un mal menor.

De un modo general, ambos ejércitos permanecieron en donde estaban al final de la guerra. Dado el carácter de clase del Estado soviético, no habrá forma de alterar el estado de cosas a través de medios políticos o diplomáticos. Sólo era posible cambiarlo continuando la guerra, es decir, transformándola en una guerra entre la URSS y EUA. Por razones obvias –el desgaste de la guerra en EUA y Gran Bretaña, el riesgo de una guerra civil en Europa, el agotamiento económico de la URSS– ésta no era una perspectiva realista para ninguna de las potencias principales. Así que, política y diplomáticamente, la situación se estancó considerablemente en donde quedó suspendida militarmente en mayo de 1945, por lo que a Europa concernía.

Naturalmente el lugar donde resistió militarmente no sólo estuvo determinado por la fuerza de las armas: varios errores de cálculo de las potencias imperialistas y burguesas condujeron al resultado final. El error de cálculo fundamental fue el de la burguesía alemana. Si hubiera capitulado en el verano de 1944 –o si la conspiración del 20 de julio de 1944 contra Hitler hubiera tenido éxito<sup>1</sup> el mapa de Europa habría sido muy diferente en la actualidad. Cuando los historiadores y políticos alemanes y algunos de sus colegas secretos anglosajones culpan a la insistencia de Roosevelt de una “rendición incondicional” por la ocupación que el Ejército Rojo hizo en Alemania Oriental, Checoslovaquia y Hungría, se trata de un típico caso de daño a los intereses propios en un arranque de resentimiento. Después de todo lo que estaba involucrado era su propiedad y el poder del Estado. Los líderes burgueses, políticos y militares, que terminaron perdiendo la mitad de su Estado por orgullo o porque esperaban –contra toda evidencia– recuperar mediante cataclismos políticos de último minuto lo que perdieron en el campo de batalla, son simplemente un montón de incompetentes que no defienden con propiedad sus intereses de clase.

1 Otros líderes nazis, jefes del *Wehrmacht* y los conspiradores del 20 de julio de 1944, todos tenían una estimación más realista del resultado militar que Hitler. Los generales Olbricht y Stülpnagel declararon a mediados de junio de 1944 que dada la superioridad de los aliados en el oeste, en su entrada a París en seis semanas era inevitable, que fue precisamente lo que sucedió. También dijeron que si no había una capitulación rápida, el ejército ruso llegaría a suelo alemán y Alemania estaría en peligro de ser ocupada y desbaratada. Hans-Adolf Jacobsen (ed.), *Spiegelbild einer Verschwörung*, Stuttgart, 1984, pp. 136,98 *passim*. (Este volumen contiene las minutas de los interrogatorios a los conspiradores de julio.)

Esto no significa que la fórmula “rendición incondicional” fuera sabia desde el punto de vista de los aliados (ni Churchill ni Stalin estaban a favor de ella). Ciertamente prolongó la guerra al generar en el Alto Mando (aunque menos entre los grandes capitales) alguna resistencia psicológica a pedir la paz. Pero en primer lugar prolongó la guerra a expensas de la burguesía alemana, a la cual debía haber conocido mejor. Después de todos los vestigios del Tercer Reich bajo la dirección del almirante Doenitz a la larga se *rindieron* incondicionalmente en mayo de 1945. ¿No habría sido prudente, desde su propio punto de vista, haberlo hecho en el verano de 1944, cuando todavía no había ni un solo soldado –y especialmente ningún ruso– en suelo alemán?<sup>2</sup>

Algo parecido puede decirse de la clase dominante polaca, especialmente de su principal personal político. Durante dos años el gobierno en el exilio de Mikolajczyk se negó obstinadamente a aceptar la línea Curzon en la frontera oriental para una Polonia de la post-guerra, como habrá sido solicitado por Stalin desde las primeras negociaciones con Gran Bretaña y rápidamente aceptada por Churchill. Igualmente se negó a enfrentar la nueva realidad declinando incluir un número suficiente de representantes, partidarios de Moscú, en su gabinete. En un principio Moscú estaba dispuesta a aceptar cuatro de dieciséis; luego pidió la mitad; y finalmente a Mikolajczyk le ofrecieron cuatro puestos en el gobierno de Lublin, los cuales aceptó, además de acabar aceptando la línea Cunon. Desde el punto de vista de la burguesía polaca obviamente habría sido preferible haber negociado con la Unión Soviética desde 1942 (para no decir antes de la guerra), cuando la *Armija Krajowa* todavía se encontraba intacta y el Ejército Rojo estaba muy alejado del territorio polaco. Aunque no se pueda imaginar la clase de trato que habría hecho entonces, seguramente no hubiera sido peor para la clase dominante polaca que el que se hizo a partir de 1945. Esa completa falta de realismo de la clase dominante, su principal característica desde la formación de una Polonia independiente después de la Primera Guerra Mundial, estaba basada en una falsa apreciación de la fuerza soviética. Como Hopkins informó a Roosevelt en marzo de 1943, después del regreso de Eden desde Moscú: “Polonia tiene grandes ambiciones para después de la guerra y Eden dice que se rumora que Rusia estará tan debilitada y Alemania tan derrotada que Polonia surgirá como el Estado más poderoso en esa parte del mundo.”<sup>3</sup>

El ejemplo de Checoslovaquia confirma que aún la “cordialidad” incondicional hacia el gobierno soviético *ab initio* no salvó a la burguesía local alrededor de Benes de la expropiación final. Esta no era “todavía una conclusión anticipada en 1945; fue el producto del desarrollo de la Guerra Fría en 1946-47.”<sup>4</sup>

2 En la primavera de 1944 el mismo Goebbels propuso a Hitler que se hiciera la paz con Stalin sobre la base de revertir a Rumania, Bulgaria, Grecia, Finlandia, las Repúblicas del Báltico y Polonia al este de Poznan a la esfera de influencia soviética. Hitler no reaccionó. Di. Rudolf Semmler, Goebbels, Amsterdam, s.f., pp. 135-37. Los japoneses y Mussolini también abogaron por la paz con la URSS en 1943. (*Deutschland im Zweiten Weltkrieg*, vol. 3, pp. 454-55, 423.)

3 Robert E. Sherwood, p. 710.

4 Vojtech Mastny, *Russia's Road to the Cold War*, N. York, 1979, pp. 133-39.

Un argumento a menudo se ha desarrollado en el sentido de que Eisenhower y Montgomery deliberadamente entregaron a “millones de alemanes” al “totalitarismo soviético” mediante su negativa a aceptar el armisticio sólo en el frente occidental. Esto es pura demagogia. Los archivos muestran que la rendición unilateral *de facto* en el oeste si aconteció, lo cual permitió a los ejércitos de los aliados occidentales avanzar más allá del este de como lo habrían hecho bajo otras circunstancias.<sup>5</sup>

La verdad es que lejos de concentrar todas sus fuerzas contra la URSS, Hitler y el Alto Mando del *Wehrmacht* habían organizado un enorme ejército en el oeste que persistió en sus conquistas occidentales (incluyendo Noruega, Dinamarca y Holanda) hasta el final y utilizó sus últimas reservas (los nuevos tanques y aviones más efectivos) para conducir una poderosa contraofensiva en las Ardenas en el invierno de 1944-45 y había incluso retirado importantes fuerzas del frente oriental con ese propósito. (De acuerdo con Diana Shaver Clemens, a principios de 1945, 185 divisiones alemanas fueron ubicadas en el frente oriental y 147 en el frente occidental y en Italia, es decir: más del cuarenta por ciento del total de las fuerzas alemanas.)<sup>6</sup>

Si, como resultado de ese grave error de cálculo, los rusos (y no los imperialistas occidentales) llegaron primero a Berlín, la burguesía alemana debió culpar a quien lo merecía: a su propia ceguera política: desde luego, a Hitler en primer lugar, pero también a todos sus comandantes militares principales y también a la mayoría de sus representantes políticos.

Tras esa ceguera se encuentra la arrogancia imperialista típica, que se niega a reconocer la derrota y la persistencia obstinada en esperar un “milagro político” de último minuto, es decir, la esperanza de que la inevitable “guerra fría” se transformara en una nueva “guerra caliente” entre el imperialismo occidental y la URSS, antes de que la “guerra caliente” con Alemania se terminara. Dicha obstinación era la de los jugadores necios, característica de grandes estratos del personal dirigente del imperialismo alemán desde un principio (por razones históricas que han sido explicadas muchas veces). Si el juego estaba perdido –como prácticamente sucedió– el perdedor no podía culpar a aquellos jugadores que habían salido mejor que él de todo este horrendo juego.

Sin embargo era cierto que, desde el otoño de 1943 en adelante, los representantes alemanes autorizados de los grandes negocios y la banca se prepararon conscientemente para un cambio radical de orientación económica y de la política económica exterior dirigida a la integración en el mercado mundial dominado por el imperialismo de EUA; Esto implicó mucha planificación a mediano y largo plazo, una transformación de la industria armamentista en producción civil, la preparación de un control de exportaciones y una reforma monetaria radical con el fin de hacer convertible el marco alemán una vez más.

5 El tortuoso juego desarrollado por los aliados occidentales con la rendición alemana es descrito por Kolko, pp. 382-88. Erickson es menos que preciso sobre este punto.

6 Diane Shaver Clemens, Yalia, Oxford, 1970.

Muchos de estos planes, si no es que todos, fueron realizados en el periodo 1945-48. La gente involucrada en la planeación –Erhard, Emminger (más tarde director del *Deutsche Bundesbank*) y Abs, director del *Deutsche Bank* (el principal banco privado de Alemania Occidental) y la eminencia gris de Konrad Adenauer– que más tarde realmente la hizo posible. Tuvo lugar, esencialmente, en el Ministerio de Asuntos Económicos (*Reichswirtschaftsministerium*) y en el Grupo de Trabajo para Asuntos de Relaciones Económicas Exteriores (*Arbeitskreis für Aussenwirtschaftsfragen*). Los participantes fueron protegidos de la represión por el hecho de que la persona a cargo del Ministerio era Ohlendorf, jefe auxiliar de la SS del cuerpo responsable de la seguridad interna (Reichssicherheitshauptamt).<sup>7</sup> A pesar de su orientación antimarxista, el autor Ludolf Herbst resume con precisión lo que estaba en juego: “El principal interés era la conservación del orden social y económico capitalista. Dentro de la gran industria existía una clara conciencia del hecho de que el futuro del capitalismo en Alemania decisivamente dependía de la forma en que fuera conducida la transformación de una economía de guerra a una economía de paz.”<sup>8</sup> Todavía la burguesía alemana se mostraba incapaz de tomar las medidas político-militares necesarias para realizar estos proyectos a tiempo: éste era el precio pagado históricamente por su decisión de entregar el poder político a los nazis y a la camarilla militar en 1932-33.

Simultáneamente, el general Alanbrooke, jefe del Estado Mayor Imperial Británico, habrá escrito en su diario: “¿Debería Alemania ser desmembrada o convertida gradualmente en aliada para enfrentarse con la amenaza rusa de aquí a veinte años? Yo sostengo lo último y estoy seguro de que debemos desde ahora considerar a Alemania desde otro punto de vista. Alemania ya no es la potencia dominante en Europa, lo es Rusia. Tiene... vastos recursos y no puede dejar de convertirse en la principal amenaza en quince años a partir de ahora. Por lo tanto, nuestra Alemania, gradualmente se reconstruirá y será incluida en una Federación de Europa Occidental.”<sup>9</sup> Este era ciertamente el plan que el oeste estaba contemplando para Alemania.

La clase dominante rumana era otro caso a propósito. Retraso su cambio de alianza hasta el último momento, cuando el Ejército Rojo ya había vencido al grupo militar alemán del sur. De esta forma no pudo evitar el cambio que venía acompañado con la ocupación de su país por el Ejército Rojo. Sin posibilidad de que el oeste viniera en su ayuda, Vyshinskiï, el secuaz de Stalin, se convirtió en el verdadero amo del país y expropiador eventual de la clase dominante rumana.<sup>10</sup>

7 Ludolf Herbst, pp. 21, 437, 352 *passim*. Ohlendorf había sido comandante de uno de los Einsatzgruppen de la SS en Rusia encargado del asesinato masivo de judíos, comunistas, guerrilleros, etc. Fue ejecutado por los aliados como criminal de guerra en 1946.

8 Herbst, pp. 458-59.

9 David Frazer, p. 451.

10 El *diktat* soviético aconteció a pesar de la auténtica contribución del ejército rumano en el ataque final sobre Hungría y Austria, en el que participaron 600,000 soldados rumanos y de los cuales murieron 120,000. A cambio a Rumania se le permitió recobrar Transilvania.

Se puede advertir el triste destino de; las clases dominantes que llegaron a embrollarse en un equilibrio de fuerzas global y regional que ellas no podían ni controlar ni alterar, excepto en forma muy marginal. Pero ese desamparo es, en gran medida, impuesto a sí misma, ya que refleja la falta de apoyo para la clase dominante particular en el país. Este era, en forma manifiesta, el caso de Rumania cuya clase dominante históricamente habrá mostrado un considerable oportunismo, siendo sucesivamente dependiente del poder de Prusia, de la diplomacia francesa, de los intereses económicos y militares alemanes en el área y, finalmente, del Ejército Rojo. Odiada por las masas, la clase dominante difícilmente estaba en posición de movilizar en gran escala la resistencia campesina a la “revolución desde arriba” de Vyshinskiï. En última instancia, cayó por su propia putrefacción interna.

La facilidad con que primero Alemania y luego Rusia recuperaron el control sobre Europa oriental después de su reconstitución en 1918 estaba, en esencia, basada en la profunda debilidad política, social y económica del orden burgués. En esta parte de Europa,<sup>11</sup> preponderantemente agrícola, la descapitalización, la baja productividad obrera, el desempleo y el hambre acompañaban a las clases dominantes crueles y mercenarias. Para la mayoría estas clases dominantes habían colaborado con el nazismo, ya sea por vía de la formal alianza militar o por la participación en muchos de sus crímenes durante los oscuros años de 1941-42. Mucho antes de que la Unión Soviética emprendiera una política de “asimilación estructural”, las antiguas estructuras políticas y económicas de Europa oriental habían sido destruidas por la guerra. El gobierno soviético vio fundamentalmente los problemas de Europa oriental a través del prisma de su propia decisión de evitar la resurrección de una clase dominante tradicionalmente hostil; y en esto, claro, el hundimiento total de gran parte de la sociedad europea del este estaba funcionando a su favor. Para EUA, por otro lado, Europa oriental era solamente una cuestión de principios; el surgimiento del “estado de seguridad nacional” significaba que todos los bloques políticos y económicos, todas las esferas de influencia que no estaban directamente bajo el control de EUA, fueran vistos como hostiles a éste y a su concepción de un capitalismo mundial integrado. Listo para utilizar sus enormes recursos de capital para jalar a Europa oriental al redil occidental, los EUA tenían poco que ofrecer al pueblo en el plano político.

Desde el punto de vista de los intereses a largo plazo de la clase obrera, sin mencionar, por supuesto, los del socialismo mundial, habría sido preferible si las masas de Rumania y de los otros países de Europa oriental hubieran sido capaces de liberarse a sí mismos, mediante sus propias formas de lucha. La “revolución desde arriba” de la burocracia soviética dejó un horrible legado político, que marcó profundamente la situación de las posguerra, no sólo en esta parte de Europa sino en todo el mundo. Pero este asunto, a su vez, había estado muy predeterminado

11 En 1938 Europa oriental (excluyendo a la Unión Soviética) produjo sólo el 8% de la producción industrial total de Europa y de esta pequeña participación una tercera parte se debió a Checoslovaquia. Rothschild, p. 15.

por lo que pasó en los veinte y los treinta, es decir, por la crisis interna de la Comintern (Internacional Comunista) y la creciente pasividad de las masas trabajadoras. Además, la crueldad de la represión anti-clase obrera y anti-comunista de las clases dominantes de Europa oriental y los Balcanes había contribuido a la elección negativa hecha en el movimiento comunista internacional, que dio como resultado la victoria de la revolución social conducida a través del aparato militar burocrático en lugar de las revoluciones populares auténticas. Esta ha sido la causa principal de la inestabilidad política en esta parte de Europa desde la guerra.

La observación de que en ningún lado había algún logro territorial sustancial rendido a cambio de concesiones políticas está confirmada al comparar el resultado de la guerra en el Pacífico con el de Europa. Si el Ejército Rojo entró en la guerra contra Japón en el último momento, no fue en respuesta a una invitación real por parte de EUA, aunque la presión desde Washington era lo suficientemente auténtica hasta que estuvo claro que la rendición de Japón era cuestión de semanas. Fue con el fin de obtener posesiones que pudieran influir en los convenios de posguerra en el Lejano Oriente, por los que la burocracia soviética tomó y conservó su dominio sobre el sur de Sakhalin y los Kurils. También quería dominar Puerto Arturo, pero aquí intervino la revolución china. La presencia soviética en el norte de Corea condujo a la división del país, mientras la ausencia de las tropas soviéticas (y británicas en cuanto a este asunto) en Japón condujo a una ocupación exclusivamente americana.<sup>12</sup>

Las tropas soviéticas estaban en Manchuria cuando la guerra terminó y se fueron (habiéndose apoderado de un gran botín) porque de todas formas no podían haberse quedado en medio de una guerra civil entre los comunistas y Chiang Kai-Shek: a quien apoyaba formalmente el Kremlin.<sup>13</sup> Stalin se enfrentó con un dilema sin solución: no podía pelear junto al ejército de Chiang contra el Ejército de Liberación del Pueblo (ELP); no quería pelear junto al ELP en contra de las fuerzas de Chiang; no podía permanecer neutral en una guerra civil masiva desarrollándose ante sus ojos. La única solución a ese dilema era la retirada y así lo hizo.

En cuanto a Irán, el Ejército Rojo se retiró de Azerbaijan ocupada a cambio de la retirada de los ejércitos imperialistas del resto del país. Esto fue un *do ut des* político, fundamental para toda la guerra y una estrategia de posguerra de la burocracia

<sup>12</sup> En relación con los intentos soviéticos y británicos de poner un pie en la puerta por medios diplomáticos, ver *Forrestal Diaries*, N.-York, 1951, p. 68 *passim*. También Thorne, pp. 655-56.

<sup>13</sup> Hablando con el embajador americano Hamman, en junio de 1944, Stalin estuvo de acuerdo en que Chiang Kai-Shek era el único hombre que podía mantener unida a China. "Reafirmó su opinión de que Chiang Kai-Shek era el mejor hombre bajo las circunstancias y por lo tanto debía ser apoyado... Dijo que los Estados Unidos debían y podían tomar la dirección en este campo (China) ya que ni Gran Bretaña ni la Unión Soviética podían. Debemos, sugirió, poner a Chiang Kai-Shek completamente bajo nuestra influencia..." Herbert Feis, *The China Triangle*, N. York, 1967, pp. 140-41.

soviética.<sup>14</sup> En el Medio Oriente, Italia, Grecia, Turquía e Irán, Stalin terminó por someterse a Churchill y más tarde a Truman, esperando que Washington y Londres hicieran lo mismo en el caso de Europa oriental. EUA, por otro lado, continuaba su política de excluir no sólo a sus enemigos de clase sino, también, a su aliado más cercano: Gran Bretaña. El almirante King, uno de los principales estrategas americanos, no era el único que se oponía a toda ayuda de la Armada Real en las operaciones de "limpieza" contra Japón. En el Medio Oriente no intervino Truman solamente para detener a Stalin: lo que siguió fue una rápida sustitución de EUA por Gran Bretaña como potencia hegemónica regional.

Si la forma en que la Segunda Guerra Mundial reorganizó el mapa de Europa y el Lejano Oriente fue decidido en gran parte en el campo de batalla y no en las conferencias de Yalta y Potsdam, la *realpolitik* militar-diplomática fue desbaratada y parcialmente neutralizada por la irrupción de fuerzas de clase independientes en la escena política, esto es, fuerzas de clase no controladas por grandes poderes como gobiernos o altos mandos militares. El caso más notable es el de Yugoslavia. En la Conferencia de Moscú, de octubre de 1944, Churchill propuso a Stalin que la burocracia soviética y el imperialismo británico gozaran de igual influencia: 50% y 50%. Los obreros y campesinos yugoslavos y el Partido Comunista yugoslavo, bajo la dirección de Tito, disintieron. Hicieron a un lado todos los intentos para imponer un gobierno de coalición que retendría el modo de producción capitalista y consumaron su revolución socialista inmediatamente a fines de 1945. La negativa de las masas trabajadoras yugoeslavas y del PCY a someterse al *diktat* soviético fue un elemento clave en el futuro desacuerdo entre Tito y Stalin.

Igualmente en Grecia, a pesar de la complacencia de Stalin con la demanda de Churchill de que sería completamente asignada a la esfera de influencia británica, las masas tenían otras ideas. Siguió una guerra civil que eventualmente se perdió, debido principalmente a que el PC griego –a diferencia de su contraparte yugoeslava– fatalmente se sometió a las órdenes de Stalin y a sus propias ilusiones políticas, rindiendo sus armas por el siniestro acuerdo Varkiza, de febrero de 1945, con todas las terribles consecuencias que siguieron.

En Francia y especialmente en Italia, un gran ascenso en la militancia de la clase obrera sometió a un gran esfuerzo la colaboración de los PC con la burguesía en el marco de un restaurado orden capitalista. En contra de las expectativas de Stalin y las esperanzas americanas, en Gran Bretaña el pueblo sacó a Churchill del gobierno en las primeras elecciones de la posguerra, dándole una victoria arrolladora al Partido Laborista con un claro mandato para las reformas radicales y

<sup>14</sup> En relación con el conflicto en Irán, ver Bruce R. Kuniholen, *The Origins of the Cold War in the Near East*, Princeton, 1980. No sólo había ahí una ocupación de Irán *de facto* en 1941 por las tropas soviéticas y británicas, sino también por los intentos sórdidos del Kremlin de sacar concesiones de petróleo de un gobierno iraní débil y desarmado. Por otro lado, parece haber habido un intento genuino por ellos de instalar una "democracia del pueblo" en Tabris, en 1945-46; un intento que fue abandonado cuando Truman intervino con amenazas militares directas.

garantizando la independencia a la India. Aun en Europa oriental la actividad independiente de clase puso algunas restricciones a los planes del Kremlin –al menos temporalmente– en Alemania Oriental, Checoslovaquia y Hungría.<sup>15</sup>

En Indonesia e Indochina, todas las maniobras del imperialismo y el Kremlin para restringir los enormes movimientos de liberación nacional en el horizonte de imperios coloniales “reformados” fracasaron. Largas guerras sobrevinieron que, en el caso de Indochina, desarrollarían eventualmente una revolución socialista y que, en el caso de Indonesia, terminarían en derrotas sangrientas.<sup>16</sup> En China, especialmente, el imperialismo y la burocracia soviética demostraron ser incapaces de contener o reprimir los levantamientos campesinos en las llanuras del norte y detener una guerra civil que daría como resultado la victoria de la revolución.

<sup>15</sup> Sobre los sindicatos independientes y las actividades del consejo de trabajadores en Alemania Oriental y Checoslovaquia, ver de Benno Sare, *La clase ouvrière d'Allemagne orientale*, de Jiri Kosta, *Abriss der Sozialökonomischen Entwicklung der Tschechoslovaki 1945-1977*, Frankfurt, 1978, pp. 43-44.

<sup>16</sup> Algunos de estos acontecimientos surgieron de las enormes victorias japonesas de 1941-42, que infligieron golpes demoledoras al prestigio del imperialismo occidental entre las masas asiáticas, de lo que nunca se recobraron. Esto hizo que aumentara en gran parte la confianza de las masas y estimuló las sublevaciones de la post-guerra, algunas de las cuales fueron deliberadamente preparadas por sectores de los mandos militares japoneses. Jon Halliday (*Op. cit.*, especialmente en pp. 324-30), proporciona un buen resumen, con una bibliografía grande y útil. Sin embargo, exagera el caso cuando afirma la diferencia básica entre las actitudes de los imperialismos japonés y occidental hacia las masas asiáticas. Este juicio seriamente subestima el grado de racismo japonés hacia los pueblos asiáticos no-japoneses (para empezar con los coreanos y los chinos, pero de ningún modo sólo ellos) y el terrible saqueo y privación impuestos por la ocupación japonesa en todos los territorios ocupados, incluyendo Indonesia y Birmania, en donde su llegada inicial había sido recibida con el apoyo popular. Este apoyo invariablemente fue perdido como resultado de la dura explotación que impusieron, no obstante las promesas y la propaganda política.

## 17. LAS CONSECUENCIAS

La Segunda Guerra Mundial apenas terminaba cuando la Guerra Fría comenzó. La evolución de la primera en la segunda se dio rápidamente y sin interrupción; al respecto, muchos historiadores e ideólogos radicales, tanto de derecha y como de izquierda, han argumentado que la Segunda Guerra Mundial realmente nunca acabó o –lo que es más– que la Tercera Guerra Mundial empezó en 1945.

Tales opiniones son, por supuesto, exageradas. La esperanza de Hitler y Tojo de que la alianza militar entre las potencias imperialistas occidentales y la URSS se rompería en el último momento y que un cambio de alianza sería entonces posible, no cristalizó. La colaboración militar dentro de la alianza continuó hasta la inmediata consecuencia de la rendición de Alemania y Japón. Cualquiera tensión desarrollada entre Washington, Londres y Moscú surgió dentro del marco de la alianza; ellas no condujeron a su ruptura. Sólo cuando finalmente el enemigo común fue vencido, la cuestión de quién (después de eso) debería dirigir al mundo vino a dar preponderancia a todas las otras consideraciones.

¿Cómo y cuándo empezó realmente la Guerra Fría? Esta pregunta ha sido discutida abiertamente entre los historiadores en occidente y más indirectamente en el este de Europa (dada la importancia de la revisión histórica para la burocracia) y el “movimiento comunista mundial”.

Algunos autores comunistas y soviéticos conciben el comienzo de la Guerra Fría a partir de la muerte del Presidente Roosevelt, perpetuando así el mito de un Roosevelt “amante de la paz”, diferente de un Truman “agresivo”, mito no basado en los hechos, cualesquiera que éstos sean. Otros lo conciben a partir de la proclamación de la Doctrina Truman o del lanzamiento del Plan Marshall.<sup>1</sup> Sin embargo, debe hacerse una distinción entre las que fueron dos etapas sucesivas de la Guerra Fría.

Durante la primera etapa, el conflicto estaba en el control político y militar de Europa oriental. El control (“los gobiernos favorables a la Unión Soviética”) había sido garantizado en gran medida a Stalin en las conferencias de Moscú, Quebec y Yalta. Summer Welles, el Secretario de Estado de EUA, escribió algunos meses después de Yalta: “El gobierno soviético está tan legítimamente autorizado

<sup>1</sup> Durante mucho tiempo los autores comunistas condenaron el Plan Marshall como perjudicial para la economía (capitalista) europea. Una revisión táctica de esta tesis está ahora principiando. Así Nagels, ex-dirigente del PC belga, insiste en su libro *Un contre-projet pour l'Europe* (Bruselas, 1979) que el Plan Marshall era de crucial importancia para volver a lanzar la economía capitalista en Europa occidental.

a promover un sistema regional en Europa Oriental, compuesto por gobiernos independientes, cooperativos y dispuestos entre los países adyacentes a Rusia, como los EUA han sido justificados al promover un sistema interamericano de veintidós repúblicas americanas soberanas del hemisferio occidental.”<sup>2</sup> Mientras el arreglo propuesto daba a los imperialistas occidentales y en primer término a Gran Bretaña, alguna decisión menor en la conformación del destino político y especialmente económico de estos países, no implicaba ni una rápida retirada de las fuerzas de ocupación soviéticas o la “neutralidad” total de la fuerza de ocupación frente a su eventual evolución política.<sup>3</sup> Que las potencias que realizaban la ocupación influirían en la política de posguerra de los países ocupados, estaba claro por la forma en que los aliados occidentales manejaron a Italia, de cuyo gobierno la Unión Soviética fue sutilmente excluida. El orden en Europa oriental, como en Italia, en gran medida reflejó el equilibrio de fuerzas militares en el continente europeo como prevaleció entre octubre de 1944 y febrero de 1945. El fracaso de los aliados occidentales para entrar repentinamente a Alemania desde Italia, su falta de habilidad para cruzar el Rin rápidamente después de la invasión de Normandía y, sobre todo, los efectos de la contraofensiva alemana de las Ardenas sobre sus objetivos militares –en el momento en que el Ejército Rojo estaba arrasando con los países de Europa oriental– condujeron al “espíritu de Yalta” político.

Sin embargo, en la primavera y a principios del verano de 1945 el equilibrio de fuerzas cambió. El ejército americano estaba ahora invadiendo firmemente el continente europeo y su potencial de fuego (armamento mecanizado e infraestructura industrial) era el más poderoso del mundo. Se daba un consenso creciente entre los líderes de EUA en relación a que “había llegado el momento de tomar una fuerte actitud americana hacia los soviéticos, en el sentido de que no podían ser perjudicadas nuestras perspectivas aún si Rusia debía retardar o incluso detener su tentativa de guerra en Europa y Asia.”<sup>4</sup> En el último verano EUA había desarrollado

2 *The lime for Decision*, Cleveland, 1944, p. 332. Ver de David Horowitz, *From Yalta to Vietnam; American Foreign Policy in the Cold War* N. York, 1965. (En español: Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1967.) Welles, sin embargo, calificó esta declaración insistiendo en la “no interferencia en los asuntos internos de los países de América Latina. Lo mismo obviamente se aplicó al axioma de que los gobiernos de Europa oriental debían ser “cooperativos y bien dispuestos” con la URSS.

3 Fue en la junta de Moscú con Stalin, en octubre de 1944, donde Churchill escribió sus famosas notas que dividían los Balcanes y Europa oriental en esferas de influencia. Funcionaba de la siguiente manera: Rumania: 90% URSS, 10% Gran Bretaña; Bulgaria: 75% URSS, 25% Gran Bretaña; Grecia: 10% URSS, 90% Gran Bretaña; Checoslovaquia, Hungría y Yugoslavia: 50% URSS, 50% Gran Bretaña. Estos porcentajes fueron subsecuentemente cambiados en tortuosas sesiones entre Edén y Molotov. Churchill, *The Second World War*, Londres, 1954, vol. 6, p. 227.

4 Reflexiones del almirante Leahy sobre la junta de emergencia celebrada en la Casa Blanca para prepararse para las discusiones con Molotov, quien llegó a Washington el 22 de abril de 1945. Truman estuvo desacomodadamente torpe en la junta subsecuente con Molotov, quien luego se quejó: “Nunca me habían hablado en esa forma en mi vida.” Yergin, p. 83.

la bomba atómica y era capaz –dada la nueva extensión de sus bases militares– de arrojarla en cualquier parte del mundo. La tentación de utilizar esta superioridad para recuperar lo que había sido “garantizado” a Stalin era, ciertamente, muy grande. Que hubiera muerto Roosevelt y Truman hubiera tomado su lugar, marcó algunas diferencias: este suceso era inevitable, Alentado por Churchill y por su propio personal político y militar, Truman comenzó sus funciones oponiéndose al consenso de Yalta. Harriman, su embajador en Moscú, cuestionó abiertamente el control soviético sobre Rumania y Bulgaria, aunque éste era ejercido en Rumania a través de un rey que era absolutamente un jefe de Estado puramente nominal y había algunas dudas acerca de la lealtad popular búlgara hacia la Unión Soviética.<sup>5</sup> En Hungría, en 1945, tuvieron lugar elecciones libres y las perdió el Partido Comunista. Lo mismo sucedió en Austria. En Checoslovaquia también fueron libres, y aunque el PC se convirtió en el partido más fuerte, no pudo gobernar solo. En todos estos países, con excepción de Bulgaria, los gobiernos de coalición no eran controlados por los comunistas en 1945-46.

Sin embargo, hubo una presión en aumento sobre la Unión Soviética en Potsdam que se inclinaba hacia los gobiernos de coalición “real”, en Europa oriental. Churchill, que había llegado a obsesionarse con el peligro del comunismo en Europa y utilizaba cada oportunidad para endurecer la voluntad de los funcionarios de EUA en sus negociaciones con la Unión Soviética, quedó “completamente seducido” al saber de la exitosa explosión de prueba de la bomba atómica.<sup>6</sup> Las noticias llegaron a Truman en Potsdam quien, de acuerdo con Churchill, se convirtió en “un hombre cambiado. Puso en su lugar a los rusos y en general dominó la reunión.”<sup>7</sup> Desde el momento en que Polonia, por razones geoestratégicas obvias era el pivote del nuevo orden en Europa oriental, fue escogida como la prueba de si los soviéticos se suscribirían al mundo dominado por los americanos o si seguirían una estrategia propia y distinta. Para la Unión Soviética, sin embargo, Polonia no era una cuestión negociable. Dado que ahí no tenía tropas, EUA pudo hacer poco en el caso de Polonia. Grecia iba a demostrar ser algo diferente.

Grecia llamó la atención de EUA después de la decisión del Congreso de suspender el Acuerdo de Préstamo y Arriendo con sus aliados europeos. Gran Bretaña

5 Bulgaria, a diferencia de Hungría y Rumania, nunca mandó sus tropas a la Unión Soviética pero las empleó para la ocupación de los estados vecinos. El Ejército Rojo simplemente entró a Bulgaria. No hubo un solo tiro entre las unidades soviéticas y las búlgaras.

6 De acuerdo con el diario de Alanbrooke, Churchill le dijo: “Que ahora teníamos algo en nuestras manos que equilibraría la balanza con los rusos. El secreto de este explosivo y el poder para utilizarlo alteraría completamente el equilibrio diplomático, que estaba a la deriva desde la derrota de Alemania.” (Citado en Yergin, p. 120.)

7 *Ibid*, p. 117. En Potsdam, Churchill fue reemplazado por Attlee, el nuevo Primer Ministro, y Edén por Bevin, sin que se produjera ningún cambio en la dirección política de la conferencia. “Solamente los ingleses, con su fantástica capacidad para el empirismo, posiblemente podían haber admitido a un hombre como Attlee en las filas socialistas”, escribió Bidault, Ministro de Asuntos Extranjeros francés.

respondió reduciendo su presencia económica y militar en Grecia, en aquel entonces en agonía a causa de la guerra civil. El Ministerio del Tesoro estaba a favor de una retirada de Grecia. “Ni siquiera, si tuviéramos el dinero, estoy de acuerdo en que *debemos* gastarlo en esta forma... sosteniendo, aun con la ayuda de los americanos, a los estados débiles en el Mediterráneo oriental contra Rusia”, escribió el Ministro de Hacienda a Attlee en noviembre de 1945.<sup>8</sup> La fracasada *Pax Británica* proporcionó la oportunidad para que el imperio americano hiciera valer sus derechos: por ahora estaba preparado para problemas de esta clase. Dentro del nuevo orden anti-comunista, Grecia fue presentada como una cuestión de supervivencia de la nación americana. Forrestal, el Secretario de Marina, le dijo a Truman: “Si fuéramos a tener la oportunidad de ganar, tendríamos que reconocerla como una lucha fundamental entre nuestro tipo de sociedad y la rusa.”<sup>9</sup> Los rusos, opinó, no responderían a nada que no fuera el poder. Marshall, el nuevo Secretario de Estado, igualmente argumentó: “No es alarmista decir que estamos enfrentando la primera crisis de una serie que podría extender el dominio soviético a Europa (occidental), el Medio Oriente y Asia.”<sup>10</sup>

El 12 de marzo de 1946 Truman pronunció un discurso ante una sesión plenaria del Congreso en el que además de solicitar 300 millones de dólares para Grecia y cien millones para Turquía, presentó los acontecimientos en la primera como una lucha global “entre formas de vida alternativas”: “La política de Estados Unidos debe ser de apoyo al pueblo libre que está resistiendo la subyugación intentada por las minorías armadas o por presiones exteriores.”<sup>11</sup> La proclamación de la Doctrina Truman puede ser considerada como el comienzo de la primera fase de la Guerra Fría.

A la presión diplomática-militar después de la guerra, los EUA añadieron el chantaje económico. El imperialismo de EUA surgió de la guerra con una enorme capacidad industrial, agrícola y financiera al mismo tiempo que todos sus competidores potenciales estaban postrados económicamente. Esto era especialmente cierto en el caso de la Unión Soviética. Horowitz cita una notable descripción aparecida en *The Observer* correspondiente al experto ruso Edward Crankshaw: “Viajar tan lentamente por tren sobre las recién abiertas vías férreas desde Moscú hacia la nueva frontera en Brest Litovsk en los días después de

8 El Ministerio del Tesoro finalmente se había salido con la suya en contra de la Oficina de Asuntos Exteriores respecto a la cuestión de Grecia. Gracias al mal tiempo y a la crisis de combustible de ese invierno, los británicos finalmente decidieron “ponerle fin a nuestro interminable escurridero de dinero de los contribuyentes británicos para los griegos.” Era su intención “presentar el asunto [de Grecia] en Washington de manera que incitara a los americanos a asumir la responsabilidad.” (Yergin, p. 280.) Y esto fue ciertamente lo que pasó: “Los americanos se alarmaron por temor a que Rusia invadiera los Balcanes y el Mediterráneo oriental. Los funcionarios del Tesoro me dijeron, más tarde, que nunca pensaron que el efecto se daría tan rápido y en forma tan ardiente.” (Dalton, citado por Yergin, pp. 280-81.)

9 Citado en *Ibid*, p. 281.

10 *Ibid*.

11 *Ibid*, p. 283

la guerra, era una experiencia terrible. En cientos, en miles de millas, no había objeto en pie o viviente que ver. Cada pueblo estaba atrasado, cada ciudad. No había graneros; no había maquinaria. No había estaciones ni torres de elevación de agua. No había un solo poste de telégrafo en todo ese vasto campo y las amplias fajas de bosques habían sido cortadas por los, guerrilleros a lo largo de la línea como protección contra emboscadas. A todo lo largo de la línea estaban las vías retorcidas, arrancadas por los alemanes, quienes trabajaron con trenes especialmente equipados con garfios conforme se movilizaban hacia el oeste. En los campos, descuidados, sólo mujeres y niños y ancianos podían verse y éstos sólo utilizaban herramientas de mano.”<sup>12</sup>

Todas las principales potencias que surgieron de la guerra esperaban la asistencia económica y financiera de EUA. Igualmente la Unión Soviética.<sup>13</sup> Lo que cada potencia quería particularmente, sin embargo, era un tipo de asistencia que no acarrearía una reducción de la independencia y de la autodeterminación de sus políticas, como las concibieron sus clases dominantes y sociales. Pero eso era precisamente lo que Washington no estaba preparado para conceder en 1945: la suspensión de la ayuda directa, otorgada vía Préstamo y Arriendo, fue un duro golpe para Churchill, De Gaulle e igualmente para Stalin. La negativa de préstamos americanos hizo la cuestión de las reparaciones alemanas todavía más importante para la burocracia soviética.<sup>14</sup>

Las fuerzas armadas soviéticas empezaron a despojar a sus zonas de ocupación de una parte importante de su equipo industrial. Así lo hicieron en Alemania Oriental. Igualmente en Manchuria. Cuando emprendieron actos similares en Rumania, Bulgaria y Hungría, los conflictos con la burguesía local y las fracciones no-stalinistas del movimiento obrero, seguramente se fueron incrementando. Las semillas de la segunda etapa de la Guerra Fría estaban sembrándose.

12 *The Observer*, 3 de abril de 1944.

13 La exigencia de las reparaciones de la Unión Soviética debe oponerse a los antecedentes de la política de “tierra quemada” de Hitler en Bielorusia y Ucrania, En tres órdenes típicos del *Wehrmacht* (21 de diciembre de 1941, 30 de agosto de 1943 y 7 de septiembre de 1943) se declaró que todas las aldeas debían ser quemadas sin consideración de las consecuencias para sus habitantes; todos los alimentos y herramientas agrícolas expropiadas; todos los campos destruidos; toda la producción de alimentos imposibilitada; todo el equipo industrial, artesanal y de transporte, trasladado. Paul Carell, *Verbrannte Erde*, pp. 463-65, 293-95.

14 El embajador americano en Moscú, Harriman, cablegrafió al Departamento de Estado en enero de 1945 diciendo que la Unión Soviética ponía “suma importancia” a sustanciales créditos de post-guerra como base para el desarrollo de las relaciones soviético-americanas. “A partir de su [de V.M Molotov] declaración percibí la implicación de que el desarrollo de nuestras relaciones amistosas dependería de un crédito generoso.” La solicitud formal de un crédito de seis mil millones de dólares se hizo el 3 de enero de 1945. Pero el 23 de abril Truman le dijo explícitamente a Molotov en Washington que la ayuda económica dependería de un convenio satisfactorio de la cuestión polaca. (Thomas G. Paterson, ed., “*Foreign Aid as a Diplomatic Weapon*”, en *Op. cit.* y pp. 69, 70,

Pero desde un principio, las cosas no eran tan claras. La cuestión de si la industria pesada del Ruhr debía ser desmantelada o no, estaba sin determinar. Una fracción minoritaria de la burguesía de EUA, representada por Henry Morgenthau, el Secretario del Tesoro, había favorecido esa medida. Sectores sin importancia de las burguesías francesa y británica pensaban igual. Incluso dentro del Partido Laborista británico había cierta vacilación.<sup>15</sup> De cualquier modo los movimientos hacia un desmantelamiento del Ruhr comenzaron y llegaron a ser el punto focal del primer despertar de la clase obrera alemana, que se unió en una protesta masiva a través de toda la región contra dichos actos de barbarie. Ya que Stalin esperaba obtener algunas ganancias, presionó intensamente sobre el PCA, tanto en la zona de ocupación occidental como en la oriental, para que se opusiera a las huelgas.

En Alemania Occidental comenzó la decadencia ininterrumpida del stalinismo alemán (allí el PC había disfrutado todavía de sorprendente influencia en el periodo inmediato de posguerra).<sup>16</sup> En Alemania Oriental el stalinismo fue la fuente principal de descontento de la clase obrera y neutralizó el llamado popular de la unidad comunista-socialista, especialmente en la medida en que se vinculó con el esfuerzo de incrementar la producción por la clase obrera con el propósito de crear un nuevo fondo de “acumulación socialista primitiva” para la reconstrucción de la industria y el país. Esto conduciría eventualmente al levantamiento obrero del 16-17 de junio de 1953 en Alemania Oriental y que forzó al Kremlin a poner fin al saqueo de Europa oriental.<sup>17</sup>

En este contexto debe hacerse mención de la total e indiscriminada expulsión de once millones de alemanes de Prusia oriental, Pomerania, Silesia, Polonia y

15 Es por supuesto escandaloso – y refleja la responsabilidad histórica de Bevin– que el mismo partido que en Gran Bretaña apoyó la nacionalización del carbón y el acero se rehusó a hacerlo en el Ruhr, aun cuando los propietarios habían estado entre los principales respaldos financieros de los nazis y habían sacado mucho provecho de su política de saqueo de Europa e importado trabajo forzado a escala masiva a Alemania.

16 El PCA obtuvo el diez por ciento del voto popular en las elecciones regionales de Alemania Occidental en 1946-47. Tenía trescientos mil miembros y mantenía posiciones importantes en los sindicatos locales y entre los representantes de los obreros en secciones de fábricas en todo el país.

17 La clase obrera alemana en ambas zonas de ocupación, oriental y occidental, era muy favorable a la supresión de la propiedad privada de los medios de producción. En la primavera de 1946 se aprobó un referéndum en Sajonia, ocupada por los soviéticos, y en Hessen, ocupada por los americanos, sobre la cuestión de la nacionalización de las industrias básicas. El 77.7% en la primera y el 72% en la última votaron en favor de la expropiación de los capitalistas. Comentando sobre el deseo de Stalin de ver desmantelada la industria pesada alemana, Isaac Deutscher escribió: “No pudo haber ignorado que su plan, tan quimérico como implacable, si se hubiera llevado a cabo, hubiera ocasionado la descomposición de la clase obrera alemana, la principal, si no es que la única fuerza social a la que el comunismo podía haber apelado y cuyo apoyo podía haber conseguido.” (Deutscher, *Stalin*, Harmondsworth, 1982, p. 523; en español: México, Ed. ERA, 1965.) Toda la estrategia de Stalin hacia Europa estaba, desde luego, basada en la premisa de una profunda desconfianza y especialmente de la clase obrera alemana.

Checoslovaquia, un acto sin defensa. Todavía esto era no sólo una respuesta de Stalin sino de todos los aliados al irredentismo post-Versalles de las minorías alemanas en Europa oriental, así como una precondition para la adopción de la frontera Oder-Neisse para Polonia.

Cuando el imperialismo americano se decidió contra la posición de mantener a Alemania, Japón e Italia en estado de postración económica y se inclinó hacia el Plan Marshall y las reformas monetarias de 1948, se hizo inevitable la segunda etapa de la Guerra Fría. A través de la operación del Plan Marshall y la Unión de Pagos Europeos junto a éste, los países participantes se integraron a un mercado mundial regido por la ley del dólar americano como medio universal de cambio y pago y el poder político y militar de EUA como el arma secular de ese dominio sagrado. Para Stalin la opción era clara. Las alternativas para los países bajo el control político y militar del Kremlin eran: o que fueran económicamente reabsorbidos por el capitalismo internacional, o que tuvieran que ser asimilados estructuralmente a la –URSS, es decir, teniendo que ser abolida la propiedad capitalista.<sup>18</sup>

La decisión no fue fácil para la burocracia soviética. Ni fue tomada universal ni dogmáticamente. Los casos de Austria y Finlandia indican que una solución e de compromiso –gobiernos neutrales y amistosos hacia Moscú, pero sosteniendo relaciones capitalistas de propiedad– era posible.<sup>19</sup> Aunque no existe ninguna

18 En abril de 1945 Stalin dijo a Tito y a Djilas en Moscú: “Esta guerra no es como en el pasado; quienquiera que ocupe un territorio también impone en él su propio sistema social. Cada uno impone su propio sistema hasta donde su ejército tiene el poder para hacerlo.” (Djilas, *Conversations with Stalin*, Harmondsworth, 1963, p. 90. En español: Barcelona, Seix Barral, 1962.) Trotsky había escrito ya en 1939: “Mientras escribo estas líneas la cuestión de los territorios ocupados por el Ejército Rojo todavía permanece oscura... Es más probable que en los territorios planeados para convertirse en parte de la URSS, el gobierno de Moscú realice sin embargo la expropiación a grandes terratenientes y la nacionalización de los medios de producción. Esta variante es más probable no porque la burocracia siga siendo leal al programa socialista, sino porque no está deseosa ni es capaz de compartir el poder y los privilegios que este último supone, con las antiguas clases dominantes en los territorios ocupados.” (“The USSR in War”, 25 de septiembre de 1939, en León Trotsky, *In Defence of Marxism*, N. York, 1942, p. 18. En Español: Barcelona, Ed. Fontamara, 1980.)

19 De acuerdo con Jacques Hannak, en Austria, Renner, que fue instalado como Presidente y bajo quien se estableció un gobierno de coalición con la participación del PC tan pronto como el Ejército Rojo entró en Viena, realmente logró engañar a Stalin. Stalin pensó que tenía el dominio del chantajista con el antiguo líder social-demócrata. El hecho de que Renner públicamente hubiera solicitado apoyo para el *Anschluss* durante el referéndum de 1938, posiblemente desempeñó cierto papel en esta apuesta. Pero Renner juzgó correctamente que las masas austríacas no estaban interesadas en su comportamiento de siete años antes pero que lo juzgaría por la forma en que defendiera la independencia de Austria contra las fuerzas de ocupación soviéticas aquí y ahora. Esto es lo que paso. Primero, Renner aceptó a un comunista como Ministro del Interior en el gobierno de coalición. Pero cuando el PC sufrió una derrota demoledora en las elecciones del 25 de noviembre de 1945, el comunista fue reemplazado por el socialdemócrata Helmes, quien fácilmente evitó que el PC se encargara del movimiento de huelga de 1947. (Jacques Hannak, *Karl Renner und seine Zeit*, Viena, 1965, pp. 669-87.) Es interesante señalar que en su oposición sistemática hacia los

prueba definida, hay gran cantidad de evidencias circunstanciales que sugieren que a cambio de la neutralidad y la desmilitarización, la burguesía alemana pudo probablemente haber obtenido la reunificación de su país, bajo relaciones de propiedad predominantemente capitalistas, si bien con un gran sector público como en Austria, en 1955.

Los sucesores de Stalin, especialmente Malenkov, parecen haberse movido en esa dirección. Fueron hechas proposiciones a Kurt Schumacher, el líder de la socialdemocracia alemana, quien probablemente surgiría como Canciller y figura dominante de la Alemania unida, reemplazando a Adenauer y Ulbricht. Pero la hipótesis nunca fue demostrada en la práctica. Dulles, Eden, Bidault y Adenauer la bloquearon exitosamente, cada uno por sus propias razones particulares. Así la división de Alemania y de Europa en dos diferentes sistemas socio-económicos –y más tarde en dos diferentes alianzas militares– se hicieron fijas e institucionalizadas.

En Japón, Truman y MacArthur se movieron en una dirección similar en 1948. Pero ahí el estallido de la guerra de Corea fue el punto de cambio decisivo. La industria japonesa se convirtió en la principal base material para la guerra imperialista contra la revolución china. Desde ese momento en adelante, se embarcó en el camino del crecimiento económico acelerado, en el cual ha continuado desde entonces.

Exactamente cuando la burocracia soviética optó por crear un *glacis* de estados clientes en sus fronteras occidentales, estructuralmente asimiladas a la Unión Soviética –es decir, caracterizadas por el derrocamiento del poder estatal capitalista y las relaciones de propiedad a través de la coacción burocrático-militar (“la revolución desde arriba” con una insignificante revolución popular)– es una cuestión interesante.<sup>20</sup>

En los primeros dieciocho meses de la guerra alemana-soviética, mientras el Ejército Rojo estaba esencialmente a la defensiva, Stalin no parecía haber tenido ningún plan para la posguerra más allá de intentar asegurar la aprobación de Churchill para las fronteras soviéticas de 1941, es decir, el reconocimiento de lo que se había obtenido mediante el pacto Hitler-Stalin: los estados del Báltico, Ucrania occidental y Bielorusia occidental, así como Bessarabia y el norte de Bukovina. Churchill y Eden susurraban y secreteaban, como Roosevelt, bajo la presión del *lobby* polaco-americano en el Partido Demócrata. Pero en general se inclinaron a aceptar estas proposiciones, con la condición de que el gobierno polaco debía ratificarlas.

Después de la victoria de Stalingrado, Stalin empezó a cambiar el curso. Maisky fue retirado como embajador de Londres y nombrado Vicecomisario (más tarde Viceministro) de Asuntos Exteriores a cargo de las negociaciones para el estatus de Europa en la posguerra. Su informe se centraba en la cuestión de las reparaciones. Más tarde Litvinov se unió a él.

---

gobiernos de coalición con la participación comunista en Europa oriental y central los imperialistas británicos y americanos protestaron enérgicamente por la creación del gobierno provisional de Renner por los soviéticos, sólo para corregir su opinión más tarde. Es verdad que “más tarde” Austria tenía sus propias fuerzas armadas.

20 Robert E. Sherwood, pp. 400-01, 710, 713, 715-16.

En realidad durante 1943 –incluyendo la Conferencia de Teherán– y la primera mitad de 1944, las reparaciones y la cuestión alemana estaban en primer plano en las negociaciones diplomáticas y en los conflictos entre los aliados imperialistas occidentales y el Kremlin, mucho más que las cuestiones de Europa oriental o la polaca. La configuración militar que surgía en Europa oriental todavía estaba lejos de aclararse. El segundo frente era ahora una certeza. Los ejércitos aliados avanzaban a través de Italia hacia Europa central. El valor del “botín” alemán y del norte italiano involucrado en estos movimientos –en primer lugar los baluartes industriales del Ruhr, el sur de Alemania, Sajonia, Berlín y Silesia, y aquellos de Milán y Turín– era mucho mayor que Polonia, Rumania, Bulgaria, Hungría, Yugoslavia, Grecia o incluso Checoslovaquia.

El fracaso de los ejércitos aliados en su avance hacia Milán y Viena en la segunda mitad de 1944, el fracaso de la entrada de Montgomery a través del Rin en el otoño de 1944, el avance a Yassy de Malinovsky y Tulbukhin, y la victoria de Tito en Yugoslavia, alteraron radicalmente la situación. Ahora, por primera vez, se hizo posible que el Ejército Rojo estuviera en Budapest, Viena, Berlín y Praga antes que sus contrapartes anglo-americanas. Pero todavía estaba en duda quién llegaría primero a Hamburgo, Munich y Milán. Así, la cuestión de la división de Europa en zonas de ocupación militar y de influencia se colocó al centro del escenario diplomático y estaba en el corazón de la negociación de Moscú y Yalta.

En enero de 1945 las negociaciones estaban basadas en una estimación esencialmente realista del equilibrio de poder militar en Europa. Ese equilibrio había tenido un cambio a expensas de los imperialistas occidentales como resultado del avance de Tulbukhin en el frente del Pruth y la ofensiva de las Ardenas de Hitler.<sup>21</sup> Probablemente no estamos equivocados al pensar que fue al finalizar el verano de 1944 cuando Stalin, Molotov y otros empezaron a contemplar la posesión de varios países de Europa oriental por parte de la burocracia soviética, aunque no estaba de ningún modo precisamente determinado cuáles serían. Stalin actuó de una manera esencialmente pragmática en todos los casos. Su ambición se extendió hasta aprovechar las oportunidades territoriales con un mínimo de riesgo (incluyendo aquel de la confrontación con revoluciones populares). Esto no era nuevo. Ya en 1939-41 se había presentado la oportunidad de apoderarse de los estados del Báltico, Ucrania occidental, Bielorusia y Bessarabia como resultado del pacto Hitler-Stalin. En 1944-48 la oportunidad de imponer regímenes políticos pro-Moscú en la mayor parte de Europa central y oriental fue aprovechada. Pero fue una operación estrictamente burocrática-militar, basada en acuerdos *de facto* con el

---

21 Varios autores soviéticos –así como algunos autores en el occidente– tienden a exagerar este asunto. De hecho, Hitler primero había retirado las divisiones desbaratadas del frente oriental para hacer posible la ofensiva de las Ardenas. Toda la evidencia disponible confirma que la ofensiva ya había terminado –en primer lugar a causa de la falta de combustible para los tanques alemanes– y los americanos ya habían pasado a la contraofensiva, antes de que el Ejército rojo atacara el frente Oder o antes de que cualquier división alemana se retirara del frente occidental al oriental.

imperialismo –es decir, la división de Europa y Asia en esferas de influencia– y sin la intención, sea cual fuere, de “estimular” la revolución socialista internacional.

La prueba más clara de que esta última opinión estaba fuera de la agenda es ofrecida por lo que sucedió en el resto de Europa. Stalin abandonó a las fuerzas griegas del Frente de Liberación Nacional y a su brazo armado, el ELAS, y al PC griego, a una lenta erosión (y luego la derrota final) a manos de la burguesía griega y de los imperialismos británico y americano. Impuso con Thorez, en Francia, y Togliatti, en Italia, una línea de total capitulación a la reconstrucción de un Estado burgués y una economía capitalista. Así que había una genuina *do ut des* involucrada en los convenios de posguerra entre Stalin y Churchill primero y luego Stalin, Roosevelt y Churchill. Los logros del capitalismo fueron ciertamente mayores que los de la burocracia soviética.

¿Por qué la Guerra Fría no se volvió una guerra caliente, excepto en Corea, y aún ahí, muy significativamente, sin la participación de la URSS? Poderosos sectores de la burguesía de EUA estaban a favor, si no de una prueba de fuerza militar total con la Unión Soviética, entonces al menos de constante “riesgo”. Si ese riesgo fue en gran medida evitado –aunque se dio más tarde en Corea y resurgió sobre Dien Bien Phu– lo fue básicamente por razones políticas. A pesar de la dura presión de Truman y Forrestal, el Congreso de EUA no aceptó el reclutamiento en tiempo de paz en 1945. La eventualidad que obsesionaba a Churchill de que el ejército de EUA dejara Europa, casi ocurrió.<sup>22</sup> Seguramente fue fortalecida otra vez después de la proclamación de la Doctrina Truman, cuando EUA estableció bases en Grecia y Turquía, y con la conclusión del Tratado para la Organización del Atlántico Norte (OTAN) después de la irrupción de la guerra de Corea. Pero, entretanto, el resto de las fuerzas de EUA en Alemania y Austria eran insuficientes para empezar una guerra contra la URSS.

Más importante que cualquiera de dichas razones técnicas, sin embargo, era la socio-política. En el periodo entre el lanzamiento de la bomba atómica sobre Japón y el desarrollo total de la Guerra Fría, el imperialismo americano se enfrentaba con una cada vez más compleja serie de crisis. El soldado raso empezó a manifestarse y estuvo a punto de amotinarse con el fin de ser repatriado. El movimiento obrero americano se lanzó a la huelga más grande y la segunda con mayor militancia en la historia americana. La guerra civil se desarrolló en Grecia. Los obreros franceses e italianos se sublevaron, muy independientemente, e incluso en contra, de sus

22 La diferencia hecha por las tropas americanas en Europa está bien ilustrada por la crisis sobre Trieste a mediados de mayo de 1945. Cuando el ejército de guerrilleros yugoeslavos trató de extender su ocupación sobre esta zona, Truman pidió a Eisenhower, por medio del general Marshall, que mandara tres divisiones al Paso Brenner o arriba de Trieste. Marshall contestó que Eisenhower estaba preparado para mandar cinco divisiones. Truman solicitó al almirante King buques de la armada americana para llevarla al Adriático. El general Arnold dijo a Truman que vanos escuadrones de la fuerza aérea estaban listos para ponerse en movimiento en cualquier momento. Truman cablegrafió todo esto a Stalin y la crisis fue solucionada. *Truman, Memoirs*, vol.

líderes socialdemócratas y stalinistas, levantamiento que llegó a su clímax en la huelga general insurreccional de Italia el 14 de julio de 1948, después del atentado contra la vida de Palmiro Togliatti. La guerra civil se encarnizó en el país más populoso del mundo: China. El segundo país más populoso del mundo, India, estaba en agonía debido a las sangrientas convulsiones después de su independencia y no era seguro que ahí, como en Indonesia, la burguesía fuera capaz de retener el control. Y por encima de todo eso no era seguro que la enorme maquinaria industrial americana, hinchada por las inversiones en tiempo de guerra, fuera capaz de transformarse en producción doméstica sin caer en una profunda crisis de sobreproducción.

La conclusión que se saca de esta lista de dolores de cabeza para el imperialismo americano y el capitalismo internacional, es obvia. A pesar de su absoluta superioridad militar y su hegemonía industrial-financiera, el imperialismo de EUA fue incapaz de afrontar todas estas crisis y conflictos y arriesgarse a una guerra “caliente” con la URSS al mismo tiempo. La Unión Soviética era ya la segunda potencia militar más grande en el mundo, con un ejército endurecido en combate y emocionado por un sentimiento de seguridad y éxito.

Reconociendo haber derrotado al fascismo europeo, gozó de enorme prestigio a los ojos de la clase obrera. Pero, sobre todo, fue el surgimiento de la militancia de la clase obrera en las zonas centrales del capitalismo mundial y los logros de las revoluciones en China, Yugoslavia, Grecia, Indochina e Indonesia, que aunque desiguales, demostraron ser, no obstante, lo suficientemente fuertes para salvar la paz mundial y a la URSS. El Pentágono fue obligado a restringirse, por temor a que estas explosiones se multiplicaran. Y ya un nivel más modesto, la elección del gobierno laborista en Gran Bretaña en 1945 actuó como un factor de restricción.<sup>23</sup>

En última instancia, era cuestión de prioridades. El gobierno burgués de EUA tuvo que organizar una estrategia de posguerra, siendo la primera tarea la reestabilización del capitalismo en Europa occidental, Japón y en su propia patria. Se colocó en el papel de gendarme mundial del capitalismo, pero limitaría su intervención a las guerras locales, es decir, a guerras limitadas de contrarrevolución. Habiendo extinguido el movimiento por la independencia y la revolución griegas, dirigió su atención a Corea. Y éste seguiría siendo el patrón: mientras permanecían los expedientes de simulacros y preparativos de guerra de los planificadores militares, la embestida sobre la URSS había sido sacada de la agenda por todo un periodo. Aun ahora no está en ella.

El imperialismo americano pudo restringirse porque tenía una salida de carácter económico. La opción que escogió entre 1946-48 fue la de concentrar sus esfuerzos en la consolidación política y económica del capitalismo en los principales países imperialistas y garantizarles suficiente crédito y espacio para desarrollarse,

23 La intervención de Atlee contra el plan de MacArthur de utilizar la bomba atómica en Corea después de la derrota masiva de las fuerzas americanas a manos del Ejército de Liberación del pueblo chino, fue probablemente uno de los factores clave para evitar su legitimación después de Hiroshima y Nagasaki.

con el fin de iniciar una amplia expansión mundial de la economía capitalista, con base en la cual el capitalismo sería estabilizado política y socialmente en sus principales fortalezas. Por esa prioridad, otras metas fueron subordinadas, incluyendo la “salvación” de China del comunismo y la “reducción” de la URSS a sus fronteras de antes de la guerra y a la impotencia. Ayudado por los partidos locales, comunista y socialdemócrata, que por la forma claramente rememoraba la estrategia de la burocracia obrera después de la Primera Guerra Mundial, el proyecto de Estados Unidos demostró ser muy satisfactorio para exactamente veinte años: de 1947-48 a 1967-68.

## 18. EL LEGADO

El legado de destrucción que dejó la Segunda Guerra Mundial es sorprendente. Perecieron ochenta millones de personas, si se incluyen a los que murieron de hambre y enfermedad como resultado directo del conflicto: ocho veces más que durante la Primera Guerra Mundial. Docenas de ciudades fueron virtualmente destruidas, especialmente en Japón y en Alemania. Los recursos materiales suficientes para alimentar, vestir, alojar y equipar a todos los pobres del mundo fueron gastados con propósitos puramente destructivos. Los bosques fueron derribados y los campos agrícolas convertidos en tierra estéril, a una escala de la que no se había sido testigo desde la Guerra de los Treinta Años o la invasión mongólica al Imperio Islámico.

Peores aún fueron los estragos hechos en la mente y la conducta humanas. La violencia y la desconsideración bárbara sobre los derechos humanos elementales, empezando con el derecho a la vida, desplegadas en gran escala como algo nunca visto durante y después de la Primera Guerra Mundial, ya de por sí bastante desastrosa al respecto.

El clímax alcanzado por la barbarie fue el lanzamiento de la Bomba, un verdadero epítome de la tendencia destructiva básica del capitalismo tardío. Desde 1945 la sombra de la aniquilación final ha estado en suspenso sobre el destino de la humanidad como una nube siniestra en forma de hongo. Esa sombra ya está envenenando a cientos de miles de seres humanos a sus cuerpos y a los de sus descendientes— y sus mentes. Aun la radicación directa a largo plazo y las contrariedades resultantes de la bomba nuclear o las explosiones experimentales son incalculables y bastante desconocidas.

¿Fue inútil toda la destrucción? ¿Surgió el capitalismo internacional de la Segunda Guerra Mundial con todas las contradicciones fundamentales que llevaron al conflicto sin resolver, no sólo estructuralmente, sino incluso coyunturalmente? Muchos observadores habrían negado categóricamente una declaración como ésta hace diez años, cuando parecía que en contraste con el periodo de entre-guerras la economía capitalista internacional había experimentado dos décadas (en los países anglosajones, casi tres) de un crecimiento sin precedentes, interrumpido sólo por recesiones menores y un largo periodo histórico de altos niveles de empleo e impresionante elevación en el estándar material de vida de las masas trabajadoras en los países imperialistas.

Actualmente es obvio que los veinte o veinticinco años de auge de la posguerra eran sólo un interludio, una “larga onda expansiva” de la economía capitalista

que siguió a la “larga depresión” del periodo de entreguerras, misma que estará seguida por una “larga depresión” de duración aún más prolongada que la del periodo 1913-39.<sup>1</sup>

Seguramente ese interludio fue testigo de un nuevo paso hacia adelante de las fuerzas productivas –la tercera revolución tecnológica y un gran aumento en la riqueza material y en la habilidad y conocimiento promedio de la clase trabajadora internacional, sin mencionar una gran expansión en el número de trabajadores asalariados. Aun cuando el progreso material e intelectual estaba muy desigualmente dividido, como entre los países capitalistas más y menos desarrollados, ello amplió la base sobre la que puede ser construido el socialismo mundial. Las precondiciones materiales para un mundo socialista de abundancia y un debilitamiento global de la división social del trabajo entre “patrones” y “empleados” fueron mucho más considerables en 1970 que en 1939, sin mencionar 1914. Son aún más así en 1989.

Al mismo tiempo, sin embargo, el precio que la humanidad debe pagar por el retraso del socialismo mundial, por la supervivencia del capitalismo decadente, se hace cada vez más terrible. La tendencia de las fuerzas productivas a ser transformadas en fuerzas de destrucción no sólo se hace sentir periódicamente en las crisis de sobreproducción y en las guerras mundiales.<sup>2</sup> Cada vez más se hace sentir inexorablemente en el campo de la producción, del consumo, de las relaciones sociales, de la salud (incluyendo la salud mental) y sobre todo en la sucesión ininterrumpida de guerras “locales”. Este precio global en sufrimiento humano, muerte y amenazas a la supervivencia física de la humanidad, es otra vez sorprendente. Esto aventaja a cualquier cosa vista durante la Primera y la Segunda guerras mundiales.<sup>3</sup>

Los ejemplos sobresalientes son suficientes para subrayar este punto (muchos otros pueden citarse). Desde 1945 no ha pasado ningún año sin que se den guerras “locales” en alguna parte del globo, con frecuencia en muchos lugares simultáneamente. La mayor parte de éstas son guerras de intervención, imperialistas contrarrevolucionarias, que tratan de evitar el desarrollo de movimientos de liberación nacional y de revoluciones sociales victoriosas o en desarrollo. El número de víctimas que en ellas ya se han producido es igual o sobrepasa al de la Primera Guerra Mundial.

La perversión del consumo y las necesidades humanas a través de la produc-

1 En relación con esta cuestión, ver de Mandel, *Late Capitalism*, Londres, 1976 (en español: México, Ed. ERA, 1979), y *The Long Waves of Capitalist Development*, Cambridge, 1981 (en Español: Madrid, Siglo XXI de España, 1986.)

2 No debe olvidarse que durante toda la década de los treinta los índices de producción del industrial o los salarios reales promedio de muchos países europeos estaban por debajo del nivel de 1913.

3 Durante el bombardeo de Indochina llevado a cabo por la fuerza aérea americana en 1964-73, se desencadenó una fuerza tan destructiva como la de toda la Segunda Guerra Mundial en Europa y Asia, y durante la guerra de Corea: 7.5 millones de toneladas de bombas, incluyendo 400,000 toneladas de gasolina gelatinosa (napalm).

ción masiva estandarizada, orientada a la utilidad, está imponiendo una creciente carga de enfermedades y muerte sobre la humanidad. No sólo implica un crecimiento simultáneo de la sobreproducción y una reducción artificial de la producción de alimentos en el Occidente y hambre o inanición en el hemisferio sur. También implica una inundación de artículos inútiles de consumo, nocivos y tóxicos, incluyendo alimentos envenenados en el mismo Occidente. El resultado es un incremento dramático de las llamadas “enfermedades de la civilización”, como el cáncer y la oclusión coronaria causada por el aire, el agua y cuerpos contaminados. Otra vez el número de muertes es sorprendente. Y la amenaza que el aire, los mares, el agua y los bosques contaminados impone a la supervivencia física de la humanidad es similar a la amenaza de la guerra nuclear mundial.

En ese sentido, la Segunda Guerra Mundial ciertamente no soluciono nada, es decir: no cambió ninguna de las causas básicas de la crisis intensificada de la supervivencia de la civilización humana y de la humanidad misma. Hitler ha desaparecido, pero la corriente de destructividad y barbarie continúa creciendo, aunque en forma más matizada y de manera menos concentrada (si la Tercera Guerra Mundial puede ser evitada).<sup>4</sup> No obstante, la causa fundamental de esa destructividad permanece. Se trata de la dinámica de competencia expansionista, la acumulación del capital y el imperialismo cada vez más volcado en contra de él, es decir, como el movimiento de un boomerang desde la “periferia” hacia el “centro”, con todo el potencial destructivo que esta expansión y agresividad encubren luchando contra la creciente resistencia y oposición de millones, si no es que de cientos de millones, de seres humanos.

La militarización de EUA refleja la permanencia de ese expansionismo y destructividad, no obstante específicas circunstancias históricas, Joseph Schumpeter defendió contra los marxistas que las raíces del imperialismo eran esencialmente precapitalistas, semif feudales, absoluto-militaristas y no prácticos los intereses capitalistas.<sup>5</sup> Trató de comprobar su opinión haciendo notar que el país capitalista más fuerte del mundo, los Estados Unidos de América, no tenía ejército o institución militar de qué hablar. Llegó hasta a reiterar ese argumento, desarrollado inicialmente después de la Primera Guerra Mundial, en su clásico *Capitalismo, socialismo y democracia* (Madrid, Ed. Aguilar, 1960), siendo uno de los pocos estudios históricos de los últimos cincuenta años digno de mencionarse y muy superior a la crítica que Popper hace de Marx, y aventajando los desvaríos antisocialistas de von Hayek.<sup>6</sup>

Es verdad que la especificidad histórica del capitalismo de EUA –su frontera en el norte de América y la debilidad de los estados clientes en la esfera de influencia latinoamericana– hicieron posible que se expandiera geográficamente con un

4 De acuerdo con la Amnistía Internacional la tortura actualmente es practicada con regularidad (es decir, en forma institucionalizada) en más de cincuenta países.

5 De Joseph Schumpeter, *Zur Soziologie der Imperialismen* (1919), publicado en inglés en 1951 bajo el título *Imperialism and Social Classes* (en español: Madrid, Ed. Tecnos, 1962).

6 Ver, por ejemplo, *The Road to Serfdom*, (1944).

comparativamente menor uso de la fuerza (significativamente menor, en cualquier caso, que la empleada por varias potencias capitalistas europeos o Japón). Más tarde, después de la Primera Guerra Mundial, la tremenda superioridad industrial y financiera del imperialismo americano otra vez hizo de la expansión “pacífica” (no sin el uso del “poder de coacción” aquí y allá, por supuesto) una forma más eficiente de control, que la ocupación territorial directa y las incursiones militares en gran escala

El resultado de la Segunda Guerra Mundial cambió todo eso. Empezar con a la hegemonía global que el imperialismo americano había conquistado, implicaba que con mayor frecuencia tenía que jugar el papel de gendarme mundial del capitalismo. En esta forma la contradicción entre la internacionalización de las fuerzas productivas y la supervivencia del Estado-nación fue superada parcial y temporalmente. Pero era imposible representar ese papel sin una poderosa institución militar de expansión. El imperialismo de EUA tuvo literalmente que confrontar todas las contradicciones del capitalismo internacional y, con frecuencia, amenazando y usando medios represivos.

Bajo el capitalismo –especialmente el imperialismo y su “fase del capitalismo tardío”, caracterizada por enormes cantidades de capital permanentemente en busca de campos adicionales de inversión– una institución militar de expansión significa un sector de la industria y firmas capitalistas en desarrollo relacionadas con la producción de armamentos. Estos tienen un interés absoluto en dicha producción, ya que reciben una gran tajada de ganancias, garantizadas por el Estado, gracias a una fabricación de armamentos en constante ascenso. De ahí el nacimiento del “complejo militar-industrial”, para citar la frase adecuadamente acuñada por Eisenhower, el general que se convirtió en Presidente de los Estados Unidos de América.

Así que, después de todo, Schumpeter estaba completamente equivocado y los marxistas en lo correcto en el caso (ejemplar) de EUA. A pesar de todas sus peculiaridades históricas y “singularidad”, la militarización de EUA, de Francia, Alemania, Japón e Italia.

Pero éste no es, de ningún modo, el final de la historia. Poderoso como fue el imperialismo de EUA no pudo sin ayuda –con su propio potencial humano y recursos militares– confrontar simultáneamente a la Unión Soviética, el proceso de revolución permanente en los países coloniales y semicoloniales, así como a una clase obrera explosiva y periódicamente inquieta en varios países imperialistas. Necesitaba aliados y tenía que cultivarlos: en primer lugar financieramente. Como resultado, el imperialismo de EUA vio a la ley del desarrollo desigual y combinado imponerse por primera vez contra su propio país.

Cuando EUA se lanzó a la reconstrucción y consolidación de Alemania Occidental y del imperialismo japonés (exactamente como con anterioridad había ayudado a la reconstrucción y consolidación de sus contrapartes francesas e italianas), se inició un proceso que, como consecuencia de la derrota y destrucción que habían sufrido esas potencias, les ofreció la posibilidad de lograr un crecimiento más rápido en la productividad promedio del trabajo y un perfil industrial más

moderno que el de EUA mismo. De este modo la reconstrucción de la maquinaria militar americana también representó la función de presionar a los aliados renuentes de EUA a no transgredir ciertos límites de la autonomía financiera, comercial e industrial dentro de la alianza, una función que gradualmente se fue minando a sí misma en virtud de un cambio en el equilibrio de fuerzas financiero e industrial en detrimento del imperialismo de EUA. Así, a pesar de la hegemonía militar americana, el “dominio del dólar” y la propiedad/control predominante americana de las corporaciones multinacionales no duró más de veinte años después de la Segunda Guerra Mundial. Y si se toma en cuenta el crecimiento de la potencia industrial y militar soviética, que acabó con el monopolio americano de armamento nuclear y los medios de lanzarlo en la década de los cincuenta, el “Siglo Americano” escasamente duró más de una década. Bretton Woods, el dominio del dólar,<sup>7</sup> el reino de las corporaciones multinacionales controladas por EUA, hicieron que el capitalismo americano y mundial evitara el hundimiento económico, a la escala de la Gran Depresión, después de 1945-48. Pero gradualmente se fueron desgastando, eventualmente conduciendo a la larga depresión que comenzó a finales de los sesenta y principios de los setenta.<sup>8</sup>

En sí mismo, el auge de la postguerra no fue el resultado automático de la opción del imperialismo de EUA por la expansión “pacífica” comercial y financiera, es decir, el Plan Marshall, las exportaciones masivas de capital y todo lo que fluyó de ellas. Su precondition era la terminación de los levantamientos obreros de la posguerra en varios países imperialistas clave, especialmente en Italia, Francia y Japón, donde la militancia estaba muy canalizada por los PC y, por lo tanto, percibidos como una amenaza directa por el imperialismo americano. Empero esto también sucedió en EUA,<sup>9</sup> aunque a un nivel más bajo de politización y radicalización. Bajo estas circunstancias la lucha de clases en los países capitalistas clave y a escala internacional llegaron a entrelazarse con la evolución de las relaciones entre

7 Esto, por supuesto, se hizo inevitable por el irreparable daño causado por la Segunda Guerra Mundial a las finanzas, la marina mercante y la armada del imperialismo británico. En un documento muy notable (citado en el libro de Howard, *Grand Strategy*, pp. 632-36), las autoridades británicas declararon en marzo de 1943 que “mientras la posición de la marina de las Naciones Unidas esté mejorando, y probablemente continúe haciéndolo, la importancia de la posición británica se está volviendo cada vez peor.” En 1937 Gran Bretaña importó cerca de cinco millones de toneladas al mes. Esta cifra descendió a dos y medio millones de toneladas a finales de 1940 y principios de 1941, a dos millones de toneladas en el verano de 1942, y a un millón y un cuarto de toneladas entre noviembre de 1942 y febrero de 1943. En 1941 el abasto de alimentos y materias primas, además de petróleo, se había compuesto de cuatro millones de toneladas por debajo de esa “base mínima”. En cuanto a la situación financiera, era aún peor. Las reservas monetarias extranjeras de Gran Bretaña prácticamente habían sido liquidadas. Sus balanzas en dólares estaban abajo de mil millones de dólares.

8 Mandel, *The Second Slump*, Londres, 1986, 3a. edición (En español: México, Ed. ERA,

9 Sobre la ola de huelgas de post-guerra en EUA, ver el libro de Jeremy Brecker, *Strike*, San Francisco, 1972.

las grandes potencias y la Guerra Fría de manera específica y discontinua. Algunas de las principales luchas industriales estaban muy separadas de esa tendencia, por ejemplo la ola de huelgas de la posguerra en EUA y las primeras huelgas ilícitas masivas en Bélgica y Francia, que dieron como resultado que los partidos comunistas tuvieran que dejar a los gobiernos de coalición bajo la presión de la clase obrera (y no bajo la del imperialismo americano o de la burguesía europea). Pero las derrotas parciales de estas luchas, combinadas con la creciente represión por parte del capital (de lo cual el Acta Taft-Hartley y el desgaste gradual de la fuerza sindical en EUA fue el ejemplo más importante), y el cambio operado por los partidos comunistas de la política de coalición gubernamental a las acciones ultraizquierdistas, condujeron a un descenso general en la militancia de la clase obrera aun en Gran Bretaña, donde el gobierno laborista, con una gran mayoría parlamentaria y una importante legislación de reforma detrás de él, tenía la mejor oportunidad de evitar la desorientación fundamental. Mientras la estabilización del capitalismo en los principales países imperialistas permitía al auge comenzar sobre una base favorable –la retirada de la primera ola de radicalización de posguerra y militancia de los trabajadores– dio una característica peculiar al equilibrio de fuerzas de clase, en desarrollo, muy diferente a la posterior a 1923.

Ninguna clase obrera en un país imperialista sufrió una derrota aplastante. Mientras la Guerra Fría causaba grandes divisiones ideológicas y organizacionales en el movimiento obrero, también forzó al imperialismo a pagar un alto precio por conservar su “frente nacional” relativamente tranquilo. Como resultado del auge de posguerra en la sociedad occidental, acompañado de un nuevo crecimiento del trabajo asalariado (es decir, la industrialización) y de las elevadas expectativas de los trabajadores y los consistentes esfuerzos para lograrlas a través de luchas sindicales e iniciativas políticas (excepto en EUA), la fuerza de los movimientos obreros organizados constantemente crecía en los países imperialistas. Alcanzó niveles sin precedente, tanto dentro como fuera de la fábrica. Durante un periodo, este crecimiento pareció alcanzar su auge generalizando el consumo masivo de bienes durables y la compra de vivienda. Pero a partir de haber llegado a la cima, simbolizado por el mayo francés de 1968, las contradicciones entre ese crecimiento y el funcionamiento regular de la economía capitalista se hicieron obvias.

Por otro lado, las condiciones reales en que el “Siglo Americano” fue introducido –el reino de las corporaciones multinacionales y las implicaciones de la tercera revolución tecnológica en el campo de las materias primas (una sustitución gradual de artículos hechos por el hombre en lugar de artículos “naturales”)– facilitó el cambio del imperialismo de dominio directo a indirecto sobre el “Tercer Mundo” (del colonialismo al neocolonialismo) sin ninguna marcada redistribución de las ganancias mundiales (plusvalía mundial) en favor de las clases dominantes del Tercer Mundo. Un constante flujo de valor del sur hacia el norte continuó siendo la regla en todo el periodo de posguerra, proporcionando el “auge” mismo y la rebelión contra dicha super explotación en la formación de movimientos de liberación nacional. Los antiguos imperios

coloniales se hundieron. Pero el intento para estabilizar uno nuevo, el imperio americano “indirecto”, gradualmente se consumió.<sup>10</sup>

También desde este punto de vista, en ese entonces la Segunda Guerra Mundial no solucionó nada, a nivel estructural, para el capitalismo. El capitalismo se estabilizó y prosperó en Occidente entre 1948 y 1968. Pero el precio que se pagó fue la continua crisis en el Tercer Mundo y la construcción de material cada vez más explosivo en Europa occidental, que irrumpió en 1968. La crisis del imperialismo no había sido solucionada. Ni tampoco la de las relaciones de producción capitalista. La tregua no podía ser utilizada para reparar los diques. Las brechas se estaban ampliando. Y, a través de ellas, la creciente de la revolución empezaría a fluir otra vez. Queda la mejor oportunidad –de hecho la única oportunidad– de evitar la Tercera Guerra Mundial. La humanidad sólo puede ser salvada de la destrucción estableciendo el control racional sobre los asuntos nacionales e internacionales, es decir, aboliendo los conflictos y las competencias nacionales y de clase. Y sólo una federación mundial socialista democrática puede lograr esa meta.

10 La liquidación del Imperio Británico en India ofrece una sorprendente confirmación de la aplicación de Plejanov del materialismo histórico a la cuestión del papel del individuo en la historia. Afirma que cuando la necesidad histórica (el interés de clase) para un cierto tipo de personalidad surja, los acontecimientos la producirán y, en realidad, producirá varias de ellas. Para manejar la retirada de la India tan tranquilamente como fuera posible, el imperialismo británico tenía a su disposición no solamente a un “lord laborista de izquierda”, no sólo vástago de una familia noble y amigo de Nehru y Gandhi –Sir Stafford Cripps– sino, también, a un vástago de la misma familia real: lord Mountbatten. David Cannadine resume su papel en forma muy adecuada: “Sus opiniones progresistas, su experiencia en el este de Suez y sus estrechos vínculos con el mismo rey-emperador, lo hicieron el hombre ideal para dar fin al gobierno británico en la India en 1947... Cuando nació, la reina Victoria estaba en el trono, el Imperio Británico era el más grande que el mundo había conocido jamás y la libra valía no sólo veinte chelines sino también cinco dólares. Cuando murió, la señora Thatcher estaba en la calle Downing # 10, la armada británica no era ni la sombra de lo que fue, el Imperio Británico se había desintegrado en la Commonwealth y la libra valía menos de dos dólares.”

TERCERA PARTE

ANEXOS

## ANEXO I

### EL PAPEL DEL INDIVIDUO EN LA HISTORIA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.

La supremacía de las relaciones y conflictos entre las fuerzas sociales en la determinación del curso de la historia es uno de los supuestos fundamentales del materialismo histórico. En las sociedades divididas en diferentes clases sociales estas relaciones son forzosamente relaciones de clase. La historia se explica así, a fin de cuentas, como una historia de luchas entre las diferentes clases sociales y sus fracciones esenciales<sup>1</sup> en gran parte determinadas por la dialéctica interna de cada modo de producción específico. Una perspectiva de la historia como ésta no se encuentra basada en la “negación” de la individualidad humana ni en una “subestimación” de la autonomía, del carácter o de los “valores” del individuo. Por el contrario, la concepción de que la historia está básicamente formada por fuerzas sociales resulta precisamente de la absoluta comprensión del hecho de que un número infinito de presiones individuales tenderá a crear movimientos fortuitos, que en gran medida las llevan más allá del límite en que son puramente individuales. Para que se dé un movimiento decisivo de la historia –esto es, para que la historia posea un patrón que sea inteligible y no meramente una sucesión sin sentido de incidentes aislados, tienen que descubrirse aspectos *communes* en el comportamiento de los “individuos”. Solamente en este caso millones de conflictos, alternativas y posibles trayectorias individuales parecen tener una determinada lógica que les permite ser vistos como un paralelogramo real de fuerzas, sujeto a un número finito de resoluciones o resultados posibles. Esto es obviamente lo que sucede en la historia real.

Paradójicamente, aquellos que niegan la primacía de las fuerzas sociales en la conformación del destino humano también disminuyen casi en su totalidad el papel de la mayoría de los individuos en la sociedad. En consecuencia, las circunstancias en que la gran mayoría ha sido excluida del hacer histórico, pocos son los “grandes hombres” que están dotados del poder de crear acontecimientos. Cuando el materialismo histórico le da primacía a las fuerzas sociales sobre las acciones individuales en la determinación del curso de la historia, no niega que algunos individuos

---

<sup>1</sup> Esta fue en efecto la fórmula de Engels: Si se reduce la historia sólo a la lucha entre las clases antagónicas, los grandes acontecimientos, como la Primera Guerra Mundial, que no fue obviamente una guerra entre el capital y el trabajo sino una entre las diferentes fracciones de la burguesía mundial, resultan incomprensibles.

desempeñen papeles excepcionales. Si hombres y mujeres hacen la historia, siempre es con cierta conciencia, la cual desde luego puede ser una “falsa” conciencia, a tal grado que ésta malinterprete sus verdaderos intereses o no prevea las consecuencias objetivas de sus acciones. Resulta de este contexto que algunos individuos, en la dirección de corrientes sociales, pueden tener una influencia poco usual en la historia, no como superhombres sino precisamente a través de su relación con quienes constituyen las corrientes sociales.

Tales personalidades no pueden cambiar la tendencia “secular” de los acontecimientos. Aun el tirano más poderoso en el mundo no puede escapar a las implacables demandas de la acumulación de capital que resultan de la estructura de la propiedad privada y la competencia en el mundo capitalista. Cualquier intento, por ejemplo, de sustituirlo por la lógica de la producción esclavista (como Hitler trató de hacerlo), entrará en conflicto mientras continúen prevaleciendo la presente tecnología y la propiedad privada. Asimismo, ni el genio individual ni la “voluntad de poder” pueden acabar con las coacciones de la correlación material (socio-económica) de fuerzas. Dadas así las respectivas fuerzas productivas de Europa capitalista y los Estados Unidos de América en 1941, la Alemania nazi, aun subyugando a toda Europa, no tenía oportunidad de ganar una guerra contra el vasto poder económico de EUA, a menos que lograra una integración de toda la planta industrial y los recursos naturales de la URSS (un proceso que habría llevado muchos años).

Pero dadas estas restricciones globales, sociales y materiales, algunas personalidades pueden influir en la historia, ya sea teniendo una percepción más clara que otros de las necesidades históricas de su clase o bien aplazando el reconocimiento de estas necesidades objetivas. Por su influencia pueden imponer decisiones que, a corto plazo, apoyen u obstaculicen los intereses de las fuerzas sociales que se supone representan. Esto es muy independiente de su voluntad o de sus intenciones manifiestas. Hitler, por ejemplo, no intentó destruir el poder de la clase dominante alemana que existía en el Reich el 31 de agosto de 1939, pero tal pérdida de poder y territorio fue precisamente el resultado de una serie de acontecimientos desencadenados a causa de su invasión a Polonia el día siguiente. Estos sucesos, además, incluían una serie de acciones que no representaban la única opción posible para el bloque social nazi y por lo cual Hitler, como individuo, cargó con una inmediata responsabilidad.

### ¿Causó Hitler la Segunda Guerra Mundial?

Esta distinción entre los grandes movimientos seculares de la historia y las variaciones a corto plazo en el desarrollo histórico, por supuesto, es sólo una aproximación elemental de la relación entre las fuerzas sociales y los individuos en la determinación del curso de los acontecimientos. Una categoría esencial adicional encierra las necesidades *coyunturales* de los grupos sociales. Volviendo al ejemplo de la invasión de Polonia, es indudablemente cierto que la decisión fue principalmente

de Hitler. Esta expresó, de una manera notable, las contradictorias facetas de su personalidad: imprudencia, monomanía, hábil oportunismo, así como una alteración ciclométrica entre la indecisión paralizante y el hipervoluntarismo. Pero también es cierto que ya en 1932 los círculos dominantes de la clase capitalista alemana habían decidido (en consideración a sus intereses coyunturales) que la única manera de sacar de la crisis económica a Alemania era estableciendo su hegemonía sobre Europa central y oriental.

Una vez que dicho curso fue puesto en movimiento y que el rearmamento masivo comenzó, la guerra se hizo virtualmente inevitable por dos factores. Primero estaba el rearmamento reactivo de los principales rivales capitalistas de Alemania —más inmediatamente Gran Bretaña, pero también los EUA— quienes pretendían bloquear la soberanía alemana sobre Europa y su conversión en un poder mundial. De ahí la creciente tentación, para todo el gobierno nazi, de desencadenar la guerra antes de que las enormes fuerzas productivas del capitalismo americano fueran movilizadas y mientras Alemania todavía gozaba de ciertas ventajas en aviones y acorazados modernos. En segundo lugar, el peso del rearmamento masivo ocasionó una profunda crisis financiera para el capitalismo alemán. Las reservas monetarias casi habían desaparecido y el pago de intereses sobre la deuda nacional había llegado a convertirse en una carga insoportable. Era imposible continuar con esa tasa de militarización sin la integración de recursos materiales adicionales del exterior a las reservas casi agotadas de Alemania.<sup>2</sup> De ahí la necesidad de saquear las economías adyacentes y buscar escalas continentales de organización industrial comparables con la de EUA o la URSS.

Así, mientras la decisión última de mandar al *Wehrmacht* sobre Polonia el 1º de septiembre de 1939 fue indudablemente de Hitler, el impulso hacia la guerra surgió de los cálculos a corto plazo de una mayoría en la clase dominante alemana. Estos cálculos, a su vez, estaban condicionados por las contradicciones internas del imperialismo alemán conformadas por las sucesivas crisis de 1919-23 y 1929-32. El hecho de que la clase dominante estuviera más o menos unificada en el proyecto de modificar agresivamente la división mundial del poder económico no fue ciertamente accidental. Alemania había llegado demasiado tarde a la arena de las grandes potencias para adquirir un imperio colonial fuera de Europa que correspondiera a su importancia en el mercado mundial. Su “destino manifiesto”, por consiguiente, fue interpretado como la búsqueda de un imperio sustituto en Europa. La desproporcionada influencia política de los *Junkers* (resultado del fracaso de los intentos de una revolución democrático-burguesa en Alemania en el siglo XIX) acentuó los arrogantes despliegues de audacia de la política exterior alemana y el apoyo exagerado para la expansión militar.

<sup>2</sup> Sobre la interrelación entre la crisis económica, el rearmamento y las metas expansionistas de la industria alemana, ver Timothy, “Innere Krise und Angriffskrieg, 1938-1939”, en Fortsmeier, y Vokmann (eds.), *Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des zweiten Weltkrieges*, Düsseldorf, 1981, y Alan Milward, “Der Einfluss ökonomischer und nicht-ökonomischer Faktoren auf die Strategie des Blitzkriegs”, *Ibid.*

Por lo mismo, difícilmente fue accidental que la clase dominante alemana, a pesar de su orgullo cultural y tradicional como defensora de “la ley y el orden”, deliberadamente pusiera su futuro en manos de un aventurero temerario. Bajo circunstancias “normales”, claro, la burguesía escoge a su líder político dentro de su propia clase. En periodos de crisis, sin embargo, la burguesía intentó repetidas veces resolver el desequilibrio en el poder de clase recurriendo a la dirección parlamentaria de líderes obreros reformistas, dispuestos a defender los valores y estructuras básicas del régimen capitalista: linaje colaboracionista que va desde Eber a MacDonald, León Blum, Clement Attlee y Van Acker, Spaak, Willy Brandt y Helmut Schmidt, finalizando provisionalmente con Francois Mitterrand. Para una clase burguesa poderosa respaldar una autoridad tipo Hitler implica circunstancias mucho más excepcionales: una profunda crisis socio-económica que produzca tensiones sociales generalizadas de carácter prerevolucionario. Bajo condiciones de una crisis tan excepcional, los estratos *déclassé* de todas las clases sociales, pero especialmente la pequeña burguesía, manifestaron toda una serie completa de conductas desesperadas con las que se proponían “resolver los problemas de la nación” sin considerar su costo en términos humanos o materiales y mucho menos “los valores tradicionales”. Trotsky caracterizó con mucha propiedad a los aventureros de este tipo como *wildegewordene Kleinbürger* (“pequeñoburgués arruinado y exasperado”).

Hitler, como modelo de carácter político, es así el producto de una concatenación específica de circunstancias: la ruina del estrato de los pequeños comerciantes, el desempleo masivo de la casta de los funcionarios, la destrucción inflacionaria de modestas fortunas financieras, los temores competitivos antisemitas de doctores y abogados con escasa clientela, la sobreproducción de académicos supernumerarios, etc. La mentalidad *gangsteril* asumida era ya claramente visible en la formación de los *Freikorps* a principios de noviembre de 1918. En efecto, llegaron a haber literalmente *cientos* de Hitler y Himmlers en potencia rondando por toda Alemania después de 1918, muchos de ellos con rasgos ideológicos y de carácter idénticos a los del futuro Führer. Así, la forma en que el Tercer Reich realmente surgió de la caída de la República de Weimar y como se preparó el camino para otra guerra mundial, estuvo sólo hasta cierto punto determinada por los dones particulares y las debilidades de Hitler como político. Incomparablemente más significativa fue la gran crisis social de la cual el tipo hitleriano fue solamente un epifenómeno. Incluso la monomanía de Hitler en relación con los judíos puede considerarse ahora como una demencia generalizada entre los estratos reaccionarios de la sociedad alemana. Recientemente el historiador Röhl descubrió en los diarios del emperador Guillermo II una frase siniestra que data de diciembre de 1919, más o menos el momento justo en que Hitler decidió entrar en la política: “Que ningún alemán descansa hasta que estos parásitos [los judíos] hayan sido expulsados del territorio alemán y exterminados.”<sup>3</sup>

3 Kaiser Wilhelm II: *New Interpretations*, Cambridge, 1983.

## El marxismo y La psicología social

Para entender por qué semejante mentalidad *gangsteril* llegó a ser característica de ciertos estratos de la sociedad alemana entre 1918-33 y por qué, finalmente, obtuvo el respaldo de las clases dominantes, es necesario primero entender el papel de las “estructuras mentales” colectivas que mediaron entre los intereses materiales de las fuerzas sociales (las clases y las fracciones esenciales de las clases) y las formas en que ellas interpretan de manera consciente estos intereses. La psicología social debe ser una instancia necesaria en la explicación marxista del proceso histórico y debe dilucidar cómo dominaron en un determinado grupo social cierto tipo de mentalidades, incluso cuando éstas expresan una “falsa conciencia” que distorsiona o malinterpreta intereses “objetivos”.

En realidad los conceptos de *mentalités* o “estructuras emocionales”, ahora tan útiles en estudios culturales o de historia social, tienen una genealogía independiente en el pensamiento marxista clásico. Así, Karl Kautsky insistió correctamente en la importancia de la solidaridad y el autosacrificio como cualidades que caracterizan y distinguen la “mentalidad proletaria”:<sup>4</sup> sin dicha “estructura mental”, derivada de la experiencia del trabajo en las fábricas y la explotación a gran escala, las huelgas y otras acciones colectivas del proletariado serían casi imposibles. (A la inversa, las huelgas de la pequeña burguesía son extremadamente raras.) Engels igualmente insistió en el hecho de que los obreros que vivían en las grandes ciudades y que trabajaban en las nuevas fabricas de los años 1880 y 1890 constituyeron la primera clase en la sociedad moderna alemana que escapó a una actitud embrutecedora, mezquina y conformista (*Speisser*) –característica de la pequeña burguesía– que la fragmentación y el atraso de Alemania en el siglo XVI impusieron sobre todas las clases sociales. Las admirables actitudes no conformistas y antiautoritaristas de la nueva clase trabajadora alemana hacia el régimen de Bismarck –especialmente como lo manifestó la resistencia masiva a la Ley Anti-Socialista (*Socialistengesetz*)– confirmaron el surgimiento de una nueva *mentalité*<sup>5</sup>.

No solamente las clases sino los grupos étnicos pueden manifestar estructuras mentales colectivas muy particulares. La forma en que especialmente los grupos oprimidos –judíos, negros americanos, gitanos, palestinos, pueblos tribales de cualquier parte, etc.– se aferraron tenazmente a las tradiciones lingüísticas, religiosas, étnicas e incluso gastronómicas, son testimonio igualmente de una praxis de resistencia cultural y de la perdurabilidad de las mentalidades particulares que refuerzan la identidad y el respeto a sí mismas contra la extrema violencia y la indignidad. Pero esta clase de estructura mental normalmente persiste sólo mientras el medio social fundamental esté compuesto por una pequeña burguesía pobre,

4 Karl Kautsky, “Klassenkampf und Ethik”, *Die Neue Zeit*, vol. 19/1, p. 24.

5 Cf. Friedrich Engels, *Carta a Bebel*, 29.10.1884 (MEW, vol. 36, p. 227); *Carta a Kautsky*, 8.11.1884, (*Ibid*, pp. 230-31); *Carta a Bebel*, 18.11.1884, (*Ibid* pp. 240-42); y *Carta a Bebel*, 11.12.1884 (*Ibid*, pp. 250-51).

por *Stell* (obreros artesanos) o por gente marginada. Cuando un marcado ascenso repentino del capitalismo rompe con las antiguas estructuras de la opresión nacional o étnica (aun cuando sobrevivan la discriminación y el prejuicio) este tradicionalismo defensivo puede de repente invertirse en favor de la asimilación cuasi fanática, incluso la identificación exagerada con la ciudadanía o la nacionalidad recién obtenidas. El ejemplo clásico de una transformación como ésta ocurrió en el siglo XIX entre la burguesía judía “asimilacionista” de Europa occidental, pero también se pueden señalar tendencias contemporáneas entre los elementos de la joven burguesía negra en EUA o en las secciones anglófilas de las clases medias expatriadas de la India.

En la década de los treinta la Escuela de Frankfurt, dirigida por Horkheimer, realizó un gran esfuerzo al desarrollar una psicología social a partir de una síntesis de las ideas de Marx y Freud. La falla esencial de esta ambiciosa reconstrucción fue el resultado no tanto de la investigación de Freud como de su apropiación mecánica del marxismo. La función de los impulsos inconscientes en la conducta social humana, después de todo, había sido enfatizada por Engels medio siglo antes, aun cuando no había podido profundizar en su naturaleza precisa. Trotsky, por su parte, había simpatizado con los esfuerzos de la psicología profunda por teorizar su origen y dinámica. La debilidad real del proyecto de la Escuela de Frankfurt fue su falta de capacidad para comprender los vínculos cruciales que existen entre la dialéctica de la infraestructura y la superestructura que, a fin de cuentas, determinan el desarrollo histórico. Las pasiones individuales y los impulsos inconscientes, no obstante ser determinantes de la personalidad, no pueden directamente modelar las transformaciones sociales que involucran a millones de seres humanos. Sólo pueden crear potencialidades o disposiciones para dichos cambios. Al mismo tiempo, sin embargo, es más probable que creen disposiciones para situaciones muy diferentes, si no es que contrarias. La línea de acción que realmente se emprenderá no podrá predecirse mediante el análisis de estos impulsos que son, en sí mismos, inconscientes. Por el contrario, los resultados históricos reales dependen de luchas socio-políticas concretas que entrelazan procesos no sólo inconscientes sino conscientes, ideas, estrategias y represiones materiales, tanto o más que de ideologías espontáneas y disposiciones inconscientes!

Por ejemplo, en el famoso análisis de la Escuela de Frankfurt sobre el éxito del hitlerismo, el tema central es la supuesta ubicuidad de las estructuras autoritaristas en la sociedad alemana. Pero, ¿cómo puede este análisis “psicológico social” (o mejor dicho “socio-individual”) explicar hechos tales como el de la capacidad de la misma clase trabajadora alemana que fracasó al enfrentarse con Hitler en 1933, pero que había logrado en 1920 (una década antes) la huelga general más exitosa en la historia contra el intento de golpe de Estado de Von Kapp - Von Luttwitz? ¡Seguramente su educación no fue menos autoritaria, ni sus frustraciones sexuales menos pronunciadas en las décadas que precedieron a 1920 que la de los años anteriores a 1933!

Una vez más, paradójicamente, estos intentos por reducir el peso decisivo de las fuerzas sociales en la determinación de la historia realmente subestiman la función

de las ideas y de las personalidades mucho más que el materialismo histórico clásico. Los marxistas entienden mejor que, a pesar de los aspectos intelectuales o infantistas de la mente humana, la gente puede conocer a fondo las exigencias de su situación histórica y actuar en forma muy congruente con sus intereses objetivos. Sólo cuando esta dimensión de la voluntad racional sea admitida en el complejo paralelogramo de la causalidad histórica podremos entender como los individuos con talento o disposiciones particulares pueden llegar a ser ampliamente reconocidos.

### Plejanov y los “hombres de destino”

La clásica aproximación marxista acerca del papel que desempeña el individuo en la historia fue señalada por Georgii Plejanov en su famoso ensayo que lleva el mismo título.<sup>6</sup> Si bien a menudo es asociado con un marxismo “reduccionista”, el texto de Plejanov de 1898 es, en realidad, un análisis moderno y sutil. Desarrolla la tesis básica de que aunque la infraestructura de las relaciones de producción impone algunas restricciones materiales sobre la lucha de clases, la forma en que éstas son realmente expresadas está siempre reflejada a través del papel particular que desempeña la organización de las masas y sus líderes. Bajo estas condiciones y especialmente en los históricos momentos de cambio decisivos o de crisis, las peculiaridades personales de los individuos pueden influir en el tipo de organización de clase y liderazgo que esté disponible. Por otra parte, Plejanov señala dos puntos adicionales: primero, como Hegel insinuó, “el destino de las naciones a menudo depende de *accidentes de segundo grado*”; pero estos “accidentes” están entrelazados con las correlaciones particulares de las fuerzas sociales y materiales que, a su vez, limitan el campo autónomo del factor individual; en segundo lugar, las clases sociales en momentos de crisis requieren de “talentos de una naturaleza específica”, un tipo particular de liderazgo. Generalmente, en esos momentos, varios o más individuos que personifican esos “talentos” están disponibles como candidatos para convertirse en los nuevos líderes de su partido, clase o nación. “Se ha observado durante mucho tiempo que los grandes talentos aparecen cuando existen las condiciones sociales favorables a su desarrollo. Esto significa que cada hombre de talento que realmente aparece, cada hombre de talento que se convierte en una fuerza social, es el producto de relaciones sociales. Si éste es el caso, está claro el por qué gente con talento como hemos dicho, puede cambiar solamente algunos aspectos particulares de los acontecimientos, pero no su tendencia general; *“ellos mismos son producto de esta tendencia; si no fuera por esa tendencia, nunca habrían cruzado el umbral que divide lo potencial de lo real.”*<sup>7</sup>

6 Este ensayo aparece como apéndice de G. V. Plejanov, *Fundamental Problems of Marxism*, Londres, 1969. (En español: *El papel del individuo en la historia*, hay varias ediciones; entre ellas: México, Ed. Palomar, 1962.)

7 *Ibid*, p. 171

La historia de la Segunda Guerra Mundial nos ilustra ampliamente en la perspicacia de la tesis de Plejanov. Tomando el ejemplo de la caída de la Tercera República, las personalidades políticas que llevaron a Francia a la capitulación en 1940 habían sido elegidas en gran parte en 1936; esto es, con excepción de algunos diputados comunistas que habían sido privados de sus derechos de ciudadanos por su oposición a la “Guerra Falsa”, fue un supuesto parlamento de izquierda el que decidió por una mayoría abrumadora sustituir con el *Estado francés* de Pétain a la República. ¿Cómo puede explicarse esto? La subida de Pétain no fue de ningún modo la “inevitable” consecuencia de la victoria de los *Panzers*<sup>8</sup> alemanes. Siguiendo la derrota del cuerpo principal de fuerzas francesas en mayo-junio de 1940, se concibieron fácilmente otras trayectorias,<sup>9</sup> pero sólo la usurpación de Pétain de la democracia francesa correspondía a los instintos de la mayoría de la clase dominante francesa, la cual estaba dispuesta a utilizar la derrota para “reparar” los contratiempos y humillaciones de la victoria del Frente Popular y la insurgencia obrera de 1936. Pétain fue el mecanismo que permitió lograr lo que su más talentoso y reaccionario ideólogo, Charles Maurras, llamó “*une divine surprise*”. También permitió una “sublimación” ideológica de la derrota en la atávica restauración cultural de Vichy con su eslogan “Trabajo, Familia, Patria”.

Por supuesto, bajo circunstancias “normales” un cambio tan radical del equilibrio de fuerzas sociales y políticas entre capital y trabajo como éste habría sido imposible en Francia. Para que se diera la transición de una democracia parlamentaria decadente a una dictadura abierta militar-bonapartista, eran absolutamente esenciales tres condiciones políticas. Primero, el último gabinete parlamentario dirigido por Paul Reynaud tenía que renunciar sin resistencia. En segundo término, el Presidente de la República tenía que pedir la cooperación de un defensor abierto de la autoridad absoluta –en este caso el mariscal Pétain para formar un nuevo gobierno. En tercer lugar, la mayoría en el parlamento, senadores y diputados conjuntamente, tenía que estar dispuesta a enterrar la constitución de la Tercera República. En todo caso, todas estas condiciones fueron cumplidas sin titubeo “cuando la necesidad social surgió” y la tendencia general se hizo hegemónica en la clase dominante.

Hasta finales de mayo de 1940 Paul Reynaud había sido considerado un político terco y obstinado, experto en la manipulación de gabinetes y diputados. Aun así permitió ser manejado dentro de un ambiguo voto de gabinete que no pedía un armisticio sino solamente “las condiciones para un armisticio” con Alemania, que lo colocó en minoría y lo condujo, por considerarse absolutamente inapropiado, a la renuncia. Correlativamente, hasta este punto el Presidente Lebrun en general

8 *Nota aclaratoria:* Tanques usados en la “guerra relámpago”.

9 Además de la opción mayoritaria de Pétain-Laval y del pequeño apoyo minoritario para De Gaulle, había también la alternativa de continuar la guerra en el norte de África, una posición apoyada por una minoría más grande alrededor de Mendes-France, Georges Mandel y el presidente del Senado, Jeanneney.

era visto como una nulidad, sin voluntad propia, que sólo había sido escogido por su posición honorífica porque su “personalidad” correspondía al famoso aforismo de Clemenceau: “si quieren un Presidente, escojan al más estúpido” Sin embargo, esta nulidad decidió el cambio crucial de los acontecimientos el 26 de junio de 1940. De haber solicitado que regresara Reynaud en lugar de requerir a Pétain, la Tercera República hubiera sobrevivido por lo menos un poco más. Pero con una voluntad y obstinación totalmente inadecuadas y posiblemente con la complicidad de Reynaud, se impuso la dictadura de Pétain.

Por supuesto “*es Pétain al que necesitamos*” había sido el grito de batalla de la extrema derecha desde 1936, pero mientras el antiguo mariscal era bastante popular –especialmente entre las grandes personalidades de la burguesía su requerimiento parlamentario antes de mayo de 1940 había estado estrictamente limitado a un pequeño sector. Sin embargo, su repentina candidatura como Primer Ministro fue respaldada por la mayoría aplastante de diputados y senadores (incluyendo, como hemos observado, la mayoría de la “izquierda” parlamentaria de 1936), dirigida por ese maestro de la intriga y el chantaje que fue Pierre Laval. Ciertamente Laval había estado “dispuesto” para una operación como esa hasta por lo menos 1937 y habrá estado intrigando frenéticamente contra la República. También es cierto que la total desmoralización de la mayoría de los parlamentarios en junio de 1940, como resultado de la sorprendente e imprevista derrota de los ejércitos aliados, contribuyeron al éxito de dicha maniobra. Sin embargo, es difícil negar que ese cambio de línea tan rápido y radical en las costumbres y normas de conducta de literalmente cientos de políticos –seis o siete de los cuales desempeñaron un papel decisivo en la tragicomedia– sólo pudo darse porque se ajustaba a las necesidades colectivas y a los deseos conscientes de la mayoría en la burguesía francesa. Para esta clase era imperativo no sólo cambiar de posición política en medio de la guerra, sino echar abajo las reformas conquistadas por el movimiento obrero francés.

Surgió una situación simétrica pero opuesta cuando la clase dominante francesa fue confrontada con la inminencia del desembarco de los aliados. Ahora el problema para la mayoría de los capitalistas franceses, profundamente desacreditados ante los ojos de las masas por su colaboración con los nazis, era salvar al capitalismo francés y a su Estado burgués independiente (e imperio) a pesar de un equilibrio muy desfavorable frente a dos fuerzas: la clase obrera francesa (armada como resultado del surgimiento de la resistencia) y las potencias anglosajonas. El cambio radical del personal político y las alianzas estaban otra vez a la orden del día. En esta ocasión nuevos “hombres de destino”, como Charles De Gaulle y sus colaboradores más cercanos, estaban disponibles “providencialmente” para emprender esta operación aparentemente de milagrosa recuperación. Que ésta tuviera éxito fue una sorpresa para muchos contemporáneos acostumbrados a los pusilánimes líderes franceses. (Keitel, el arrogante e inepto mariscal de campo, al llegar a firmar la rendición incondicional del *Wehrmacht* en 1945, no tuvo otro comentario que hacer al comando de los aliados reunido, que la exclamación: “¿Cómo, ante los franceses también?”)

Ciertamente De Gaulle fue una personalidad excepcional con una mente brillante y una voluntad de acero, superior a la mayoría de los de su clase no sólo en Francia sino en el resto de Europa. Con todo, durante el tiempo en que sus virtudes no correspondían a las necesidades autodefinidas por la burguesía francesa, permaneció marginado, considerado medio loco y como un aventurero peligroso. Algunos lo juzgaron profascista, otros después lo condenaron como simpatizante comunista. Incluso un político generalmente astuto y juez de reputación como Franklin D. Roosevelt –el consumado agente de negocios en la historia moderna americana– constantemente se burlaba de De Gaulle y sus “pretensiones arrogantes”. Hasta junio de 1944, los aliados estaban todavía dispuestos a realizar una ocupación militar en Francia, la cual hubiera llevado probablemente a una guerra civil al estilo de la griega o peor. De Gaulle, con fuerzas insignificantes a su disposición, juzgó correctamente las necesidades del capitalismo francés (y, en realidad, internacional) y consiguió el establecimiento, por vía diplomática, de un régimen parlamentario renacido que incorporaba a la resistencia comunista.

El caso de Churchill brinda otra especie de corroboración de la opinión de Plejanov acerca de la relación entre personalidades decisivas y los requerimientos del gobierno de clase. La historiografía tradicional, ya sea admirando o criticando las anteriores funciones históricas de Churchill, ha sido casi unánime en alabar su actuación en el #10 de la calle Downing, a la cabeza de un gobierno de coalición, incluyendo al Partido Laborista, como un importante punto decisivo en la guerra. Indudablemente Churchill se unió a la firme resolución de la clase dominante británica y de la gran mayoría del pueblo británico de no capitular ante Alemania bajo ninguna circunstancia. Pero al novelar sus atributos personales, en lugar de comenzar desde un análisis de las actividades de las fuerzas sociales más importantes, la mayoría de los historiadores burgueses no pasan la prueba del ejemplo comparativo. El meollo del problema no son los accidentes biográficos que hicieron de Churchill un individuo más decisivo que Chamberlain (o, de manera similar, De Gaulle en comparación con Pétain), sino cómo fue Churchill capaz de reunir a la mayoría de los de su clase y a la gente que lo rodeaba mientras De Gaulle permaneció como una figura aislada en Francia en junio de 1940.

Por supuesto el hecho de que las fuerzas armadas francesas hubieran acabado de sufrir una derrota humillante, mientras los británicos todavía podían evacuar a la mayor parte de su ejército derrotado hacia sus islas fortificadas, hace la diferencia. Pero luego, otra vez en 1940 la mayoría de los observadores enterados –incluyendo al embajador americano Joseph Kennedy consideraron la posición británica como fundamentalmente desesperada. Mientras tanto Francia, aunque con problemas en las Ardenas, todavía poseía una escuadra sin derrotar (la segunda más grande de Europa), un gran ejército en el norte de África –más fuerte del que tenían los británicos a su disposición–, una reserva aérea importante y un imperio colonial intacto. Por eso, de ningún modo estaba claro que los británicos tuvieran los medios seguros para resistir la invasión o, a la inversa, que los franceses quedaran totalmente derrotados o sin alternativa para una continuada resistencia nacional.

De hecho la diferencia real entre las situaciones británica y francesa radicaba menos en sus dificultades militares que en la predisposición de sus clases dominantes la burguesía francesa se había vuelto cada vez más derrotista por razones sólidas y materialistas. Se había mostrado económica y militarmente incompetente para garantizar el sistema de Versalles ante la expansión agresiva y el rearmamento de Alemania. También viene al caso señalar que en un principio estuvo obsesionada con reprimir a su propia clase trabajadora, lo cual se había convertido en una cuestión de mayor prioridad política que intentar derrotar a la competencia alemana. La burguesía británica, por otro lado, no se encontraba ni desmoralizada ni derrotada. Ya había vencido a su propio movimiento obrero, primero económicamente en 1926 y luego políticamente en 1931-35. Al mismo tiempo, su posición mundial (aun cuando estaba siendo rápidamente sobrepasada por EUA) era todavía más fuerte que la de Alemania, si bien la hegemonía de Hitler sobre Europa puso claramente en peligro al Imperio Británico. Por otra parte, la élite británica estaba convencida de que el apoyo eventual de EUA, junto con las materias primas y el potencial humano como recursos del Imperio, hizo de la guerra continuada contra Alemania una estrategia realista.

El momento fue dramático y lleno de peligros; pero el futuro parecía ampliamente garantizado, siempre y cuando Gran Bretaña pudiera resistir la crisis inmediata. “Si aguantamos tres meses, estaremos enfrentando la victoria en tres años”, profetizó correctamente Churchill en un discurso secreto ante la Cámara de los Comunes. Y Churchill era la alternativa casi ideal para resistir la resolución británica hasta que los americanos entraran en la guerra. Es por esto que, después de haber sido considerado durante años una figura disidente y pasada de moda, una voz gritando en el desierto, de repente fue resucitado como el *deus ex machina* de su clase. Mediante un cambio abrupto de los acontecimientos y de las necesidades sociales, el desierto se había llenado de millones de personas.

### El tamiz social del liderazgo político

Para entender estos diferentes ejemplos de selección del liderazgo político en tiempo de crisis –Pétain, De Gaulle, Churchill– necesitamos agregar al concepto de Plejanov de “capacidad” socialmente determinada, un análisis más preciso de los diversos mecanismos de elección y promoción del personal político en las diferentes clases sociales. Aunque estos mecanismos de selección son nacionalmente específicos, pueden señalarse algunos aspectos comunes en la burguesía moderna. El punto de partida, por supuesto, es la división funcional del trabajo en la clase capitalista. Comparada con la vida de las “clases ociosas” aristocráticas, el negocio de obtener ganancias es una profesión extremadamente absorbente. De ahí que generalmente sólo esa parte de la burguesía que no actúa directamente como empresaria será capaz o estará dispuesta a elegir carreras políticas. Bajo circunstancias excepcionales o condiciones de extrema riqueza, puede darse una unión

personal entre los capitalistas de altas finanzas y la cumbre del aparato estatal.<sup>10</sup> Pero esto es más una excepción que una regla. Más típicamente, los empresarios y los políticos profesionales surgen juntos de la clase burguesa como corrientes profesionales distintas.

¿Qué es lo que atrae a un individuo de clase media o al rico a seguir una carrera política en lugar de dedicarse a profesiones liberales o a los negocios? la ambición personal, la convicción ideológica, el fracaso en otros campos, la tradición familiar o acontecimientos exteriores, todos ellos pueden desempeñar un papel en la orientación de la elección personal pero, más frecuentemente de lo que uno supone, las presiones y circunstancias sociales dominan en las disposiciones individuales. A menudo los individuos son “reclutados” por grupos de pares o postulados por personas mayores, para ingresar en carreras políticas o mantenerse en el poder. Igualmente, lo que a menudo aparece como fuerza de convicción ideológica es más bien el peso de la circunstancia social y la presión de los pares. Por una parte, a través de estos sistemas de selección social (como el famoso “Kitchen cabinet” de Ronald Reagan de patrocinadores ricos) el aparato político está tan escogido que sólo unos cuantos miles de candidatos son preparados y promovidos para niveles nacionales de autoridad y poder. Dentro de esta élite, además, un tercio o la mitad tendrán éxito en el poder y de los que quedan, algunas docenas continuarán soportando las pruebas finales de selección política como ministros, primeros ministros, presidentes o dictadores. (Aun los dictadores militares deben pasar por el tamiz de un proceso de selección de clase limitada, aunque por vía de la camarilla de funcionarios militares relacionados con los medios aristocrático o burgués.)

En los altos niveles del poder político, el proceso de selección implica pruebas muy importantes de fuerza de voluntad, visión y astucia. Las clases dominantes raras veces permitirán a las personas ascender a posiciones de poder central sin que les hayan dado garantías previas de que defenderán responsablemente las estructuras existentes de propiedad y acumulación. La función de la jerarquía del poder es precisamente su habilidad para sacar a los candidatos que no son dignos de confianza o excéntricos. Por esa razón muchas lumbreras o demagogos locales (piensen en Enoch Powell en Gran Bretaña) finalmente nunca llegarán a la cúspide de la estructura del poder nacional. Pero el proceso de selección de ninguna manera es puramente negativo. Las cualidades positivas tienen que seleccionarse y ponerse a prueba antes de que la clase, o al menos sus representantes principales, acepten a una persona como candidato para el gobierno nacional. La habilidad para entender y articular las necesidades colectivas de clase es vital, como también lo es la capacidad correspondiente para juzgar las relaciones de fuerza y para formular tácticas de acuerdo con algún plan estratégico. Por supuesto, las cualidades requeridas en tiempos de prosperidad y tiempos de crisis, en la paz y en la guerra,

10 En los Estados Unidos la presencia de altos industriales y banqueros en el gabinete es más pronunciada que en Europa y Japón. Las administraciones en tiempo de guerra, de Roosevelt y Truman, estuvieron dominadas por ejecutivos de corporaciones petroleras y empresarios “dollar a year”

son diferentes. La combinación particular de habilidades que califican a los candidatos para el gobierno en una coyuntura puede, de hecho, descalificarlos para tomar el mando en otra situación diferente. Bajo estas circunstancias, la forma precisa en que se ha dado el proceso de selección hace casi inevitable que en cada país determinado siempre haya, por lo menos, cuatro o cinco líderes centrales “disponibles” para llevar a cabo soluciones muy diferentes. La burguesía normalmente escogerá a la persona que llene mejor lo que considera que son las necesidades prioritarias del momento.

La burguesía, claro, puede cometer errores al escoger al “hombre de destino”. Ninguna ley automática garantiza que una clase social escoja el gobierno que necesita (aunque, más comúnmente, los grupos obtienen el gobierno que merecen). Por otra parte, hay siempre suficiente discrepancia entre los intereses de clase, a corto y a largo plazo para dar un margen de error en la inevitable selección del gobierno. Ninguna colectividad puede estar siempre absolutamente consciente de la suma total de todos sus intereses en forma completamente objetiva, si acaso porque su propia praxis política cambia siempre la situación hasta un punto en que hace imposible el cálculo exacto de las consecuencias de la acción. Además, en la sociedad burguesa el peso tremendo de los intereses privados evita cualquier congruencia automática o perfecta entre los motivos privados y los intereses de clase.

Pero, una vez que son admitidas todas estas calificaciones y clarificaciones, queda el caso en que el proceso de selección del gobierno es abrumadoramente social y de una clase específica. No es necesaria ninguna teoría clandestina para entender cómo funciona; el papel que desempeñan las agrupaciones informales, exposiciones, juntas, reuniones de exalumnos y otras semejantes, es suficiente. No es cuestión casi nunca de que “los grandes monopolistas” escojan a X, Y o Z en lugar de A, B o C para puestos de alto nivel. Más bien, “los grandes monopolistas” –o algún sistema más amplio de manipulación del poder dentro de la clase dominante– establecen suficientes barreras y pruebas preliminares para asegurarse de que los “caracteres débiles” o los indignos defensores de los intereses de la clase dominante no traspasen el umbral del poder estatal. De esta forma, a fin de cuentas, el hombre “indicado” (u, ocasionalmente, la mujer) se encontrará normalmente en el lugar adecuado en el momento preciso.

El problema del papel que desempeña el individuo en la historia a menudo ha sido formulado en tal forma que lo contrapone con el grupo social. Recientemente esto ha sido traducido a una contraposición entre factores “biológicos” y “sociales”. Las escuelas de “Sociobiología” y de “Psicohistoria” desafiaron la capacidad del materialismo histórico para explicar el cambio histórico de una manera comprensiva.<sup>11</sup> Pero ambas aproximaciones resultan insatisfactorias al grado de

11 El libro de E. O. Wilson, *Sociobiology: The New Synthesis* (Cambridge, Mass., 1975. En español, Madrid, Ed. Omega, 1980.) es un manifiesto típico, mientras que el de Steven Rose y León Kamin, *Not in Our Genes* (N. York, 1984) es una enérgica crítica. Una síntesis reciente de los trabajos hechos en psicohistoria es la de Lloyd de Mause, *Les Fondations de la Psycho-Histoire* (París, 1985).

que ignoran el hecho socialmente relevante de que los individuos importantes que influyen en la historia a través de su praxis individual, sólo lo hacen así en virtud de características determinadas fundamentalmente por la sociedad.

La esencia biológica o intelectual de las personalidades sólo crea potenciales que están abiertas a una diversidad de acontecimientos que dependen de contextos sociales más amplios. La plasticidad misma de las disposiciones biológicas o psicológicas significa que una personalidad individual definidamente conformada sólo surge después de que han operado muchas fuerzas ambientales para producir ciertos potenciales y anular otros. Y estas fuerzas ambientales, en gran parte, no son sino las instituciones sociales, que moldean al individuo políticamente relevante a través de las etapas sucesivas de su biografía.

En la sociedad burguesa estas instituciones incluyen la familia patriarcal nuclear, el sistema de educación (incluyendo la instrucción religiosa y otros “instrumentos ideológicos”), las diversas instituciones del Estado a través de las cuales el individuo busca poder y, finalmente, el molde particular de las organizaciones de partidos que selectivamente promueven a los candidatos prometedores (partidos, corporaciones, sistemas de poder, asociaciones de empleados, etc.). Es un axioma el que ningún individuo puede escapar a la influencia de estas poderosas instituciones y el argumento específico del materialismo histórico es que ellas ejercen la influencia decisiva en la formación del gobierno social, moldeando talentos y disposiciones en unas direcciones y no en otras. Son, en otras palabras, las poderosas fuentes del conformismo social, que producen personalidades que se ajustan a las necesidades de las clases sociales o de sus principales fracciones. Generan personalidades que aseguran la defensa y reproducción de un orden social determinado, entre más se “interioricen” de los valores básicos que corresponden a la estructura e intereses de ese orden.

Por otra parte, en la sociedad burguesa todas estas instituciones tienden a canalizar el impulso humano básico de la autoafirmación (*Lustprinzip*) hacia la competencia individual por la riqueza y el poder privados. Pero en estructuras sociales fundamentalmente diferentes –comunalismo tribal, feudalismo o socialismo– este impulso primordial puede conformar personalidades completamente distintas con valores radicalmente diferentes de autoestima. En una sociedad basada en la producción democratizada y socializada, por ejemplo, la tendencia a la riqueza y el poder será algo socialmente irracional, incluso “contrario a la naturaleza humana”. Esto no es así porque la necesidad de autoafirmación haya sido suprimida, sino más bien porque se expresaría a través de todo un sistema completamente diferente de conducta social: la competencia por la excelencia en proezas atléticas o artísticas, la competencia por el reconocimiento social, la competencia por servir a la comunidad sin esperar recompensas materiales o de poder, etc. Reconocer esta especificidad histórica de la individualidad socialmente determinada es sólo admitir un hecho empíricamente comprobable y científicamente visible; no necesariamente requiere un juicio de valor. Pero los marxistas ciertamente también formulan juicios y tradicionalmente han afirmado que una sociedad en donde

prevalece la norma *homo homini lupus* producirá personalidades más alienadas, agresivas y destructivas que una sociedad en la que las relaciones básicas de producción establecen la cooperación voluntaria y la solidaridad consciente como valores sociales centrales.

### Los caballeros honorables del capitalismo

Para volver, sin embargo, al problema del nazismo y la Segunda Guerra Mundial, es sorprendente cómo los historiadores han tendido a devaluar o a pasar por alto el proceso de selección institucional en el ascenso de Hitler al poder. Mucho antes de su gran irrupción electoral en 1930, Hitler tuvo que tratar con severidad a su propio partido, relativamente pequeño, con el fin de establecer su autoridad sin trabas en ese microcosmos del futuro Tercer Reich. Esos años iniciales fueron, con mucho, el periodo más difícil de su carrera política y en varios momentos estuvo a punto de perder el control sobre su propio partido frente a personalidades como Roehm. La derecha nacionalista alemana fue una verdadera jungla de aspirantes a Führers, entre quienes Hitler fue inicialmente sólo *primus inter pares*. Las lecciones que aprendió durante su implacable lucha por el liderazgo determinaron su *modus operandi* una vez que obtuvo el poder, inculcando patrones de crueldad, oportunismo y engaño.

Buscar el origen de estos rasgos en la primera parte de la biografía de Hitler, más que en el medio social de la derecha alemana post-Versalles, distorsiona la cadena real de acontecimientos. Lejos de ser un “gangster de nacimiento”, Hitler estaba predispuesto hacia una carrera de segunda clase en arquitectura o en arte. Si se convirtió en el mayor *gangster* del siglo XX fue porque luchó por el liderazgo durante una década en una organización de *gangsters* casi clásica, el Partido Nacional Socialista Alemán (NSDAP), que no se diferenciaba mucho de las organizaciones de la “mafia” de Sicilia y EUA.

El derrocamiento de Mussolini en 1943 es otro ejemplo sorprendente de cómo las grandes fuerzas sociales son capaces, bajo circunstancias sorprendidas, de apoderarse de los individuos no como las arañas atrapan a las moscas en su telaraña, sino como los escultores trabajan asiduamente en bloques de mármol. Así Mussolini, maestro de la intriga y del frío ejercicio del poder, fue fácilmente rebasado por sus paleros: el monarca títere Víctor Manuel III y el mariscal Badoglio. El rey y el mariscal fueron durante 20 años cómplices serviles del *Duce*, totalmente dominados por su inteligencia y fuerza de voluntad. No fue ningún insospechado golpe de genio o resolución lo que les permitió destituir a Mussolini sino, más bien, la dramática inversión de las fortunas de la clase dominante italiana, presa del pánico por la invasión de los aliados, lo que despojo al líder fascista de su apoyo y poder social. Las necesidades colectivas de la burguesía italiana permitieron a la institución de la monarquía (así como la “dirección colectiva” de partido fascista repentinamente revivida) reactivarse a sí misma virtualmente de la noche a la mañana,

promoviendo al rey de títere negligente a jefe conspirador. ¡Ante la unanimidad de la clase dominante italiana, el una vez, todopoderoso Duce fue arrestado por un puñado de carabinieri, incapaz de movilizar incluso a unos cuantos cientos de partidarios para defender su dictadura que había durado 20 años!

Igualmente el Emperador Hirohito había sido un símbolo pasivo para la camarilla militar que gobernaba Japón desde mediados de los treinta. Por tradición era un caudillo nominal que nunca tuvo ingerencia en los asuntos del Estado o para imponer sus opiniones. Pero cuando llegó a hacerse cada vez más manifiesto que la fuerza aérea americana podía destruir los establecimientos urbano-industriales del capitalismo japonés y que ya no había ninguna seria posibilidad para una paz negociada, el Emperador –aconsejado por Tsugeru Yoshida y su camarilla de astutos políticos burgueses– hábilmente condujo a los reaccionarios militares hacia una rendición incondicional. Repentinamente se transformó de un mero caudillo nominal en el líder político de la clase dominante. Impuso la paz a los jefes militares intransigentes literalmente elevando su voz a través de la radio, atrapándolos en una inextricable contradicción político-ideológica. Habiendo legitimado el militarismo japonés a través del culto a la divinidad del Emperador, difícilmente fueron capaces de actuar en contra de la “divina” exhortación a sus “súbditos más leales”.

En ambos casos, el italiano y el japonés, la transformación de los caudillos nominales en políticos dominantes fue sólo temporal. Víctor Manuel y toda su dinastía fueron sacados de escena rápidamente, mientras Hirohito, ante la clemencia de MacArthur, se retiró a continuar desempeñando su tradicional papel ceremonial. Sus breves actuaciones como figuras nacionales determinantes habían sido el resultado de circunstancias excepcionales, que temporalmente fundaron instituciones de caudillos nominales con poderes de emergencia con el fin de rescatar el aparato estatal de la inminente destrucción. Además, en ningún caso se requirió de una extraordinaria habilidad o iniciativa personal; más bien los sistemas de poder tradicionales –en torno al conde Acquarone en Roma y en torno al príncipe Konoye y al marqués Kido en Tokyo– se movilizaron para entrelazar las intrigas simultáneamente bajo la supervisión cuidadosa de la clase dominante.

En Alemania fue intentada una operación de rescate aún más ambiciosa después del desembarco de los aliados en Normandía. Por el año de 1944 había quedado claro para la mayoría de los líderes industriales y financieros alemanes –sobre todo para las dinastías de los *Junkers* prusianos– que la guerra estaba perdida y que el Reich sería desmantelado, a menos que la avanzada del Ejército Rojo fuera detenida por medio de una paz separada con los americanos. Aún más que en los casos de Francia, Italia o Japón, la supervivencia completa de grandes secciones de la clase dominante alemana –sobre todo la élite prusiana– estaba en peligro. Cuando, de hecho, los conspiradores militares se enfrentaron a Hitler el 20 de julio de 1944, los soviéticos estaban todavía más allá del Vístula y es imposible decir la secuencia de acontecimientos que podían haber seguido al éxito de su golpe, ya sea que hubieran logrado apelar o no al anticomunismo para dividir al bloque de los aliados.

Pero, en todo caso, su acción fue un fracaso. ¿Porque? ¿Debería uno aceptar

las explicaciones convencionales de que la conspiración se vino abajo por una contingencia técnica –la colocación errónea de la bomba de Stanffenberg– o, alternativamente, la opinión de que Beck, el verdadero líder de los conspiradores, era una personalidad “hamletiana” que, al vacilar en el momento crucial, fue engañado y manipulado por el diabólico Goebbels (ayudado por la admiración personal del mayor Remer hacia el Führer)? Evidentemente no. El general Ludwig Beck había sido durante muchos años el jefe del Estado Mayor del *Wehrmacht*, responsable no sólo de haber logrado el rearmamento del Reich, sino también de haber sido el cerebro en muchas de las primeras victorias militares. Era un planificador magnífico que, comparado con Víctor Manuel, Hirohito o Goebbels, para no mencionar al mayor Remer, aparece como Gulliver entre los liliputienses. Aún así, este experimentado y diestro planificador fracasó miserablemente incluso al garantizar las normas elementales de un golpe de Estado, tales como ocupar las estaciones de radio, apoderarse del control del sistema de telecomunicaciones de Berlín o cortar las líneas telefónicas entre el Ministerio de Goebbels y el bunker de Hitler en Rastenburg. ¿Por qué? ¿De repente perdió su audacia?

Es difícil dar crédito a un análisis del fracaso del golpe que radique en la debilidad personal del general Beck o su contraparte política, Carl Goerdeler, alcalde de Leipzig. Incomparablemente más importante es la diferencia entre la situación objetiva que los conspiradores alemanes enfrentaron y la posición de los conspiradores italianos de 1943 o la camarilla del Emperador de Japón durante el verano de 1945. En Italia y en Japón el ejército había sido derrotado y los centros urbanos fueron irremediabilmente expuestos a la fuerza aérea de los aliados. Había sólo un camino abierto ante la clase dominante: poner fin a la guerra de inmediato e incondicionalmente. Había pues una voluntad virtualmente unánime dentro de la burguesía para seguir un curso claro de acción. En Alemania, por el contrario, mientras la guerra obviamente estaba siendo perdida, el ejército todavía no había sido derrotado. Todavía poseía varios recursos humanos y materiales para sostener su capacidad de lucha durante muchos meses. Además, a diferencia de los casos italiano y japonés (o de los anteriores ejemplos francés y británico), la clase dominante alemana se enfrentó con un peligro particularmente grave: no sólo la pérdida de parte de su poder y riqueza, sino la expropiación y destrucción de su posición de clase por el Ejército Rojo.

Bajo estas circunstancias específicas la clase capitalista alemana, en contraste con la italiana o la japonesa, estaba profundamente dividida en cuanto a su curso de acción. Aunque estaba unida contra cualquier rendición ante los soviéticos y ampliamente convencida de que cualquier clase de rendición ante los aliados anglosajones era la alternativa preferible, estaba dividida en cuanto a la consideración de si los americanos o los británicos aceptarían un arreglo por separado. Había una profunda diferencia de opinión sobre esta cuestión dentro de los círculos burgueses alemanes. Mientras algunos estaban de acuerdo en la remoción inmediata de Hitler y la capitulación ante los americanos, otros dudaban de si valía la pena correr el riesgo de un hundimiento del frente sin garantías previas de los aliados. Este último bloque constituía la mayoría.

Como resultado de estas diferencias estratégicas, ambos, el ejército y el aparato estatal, estaban totalmente divididos. Fue esta división –producto del dilema objetivo del imperialismo alemán en el verano de 1944– lo que explica la fatal vacilación que hizo que el golpe fracasara. Si el ya resuelto Beck vaciló en el momento decisivo, fue porque se dio cuenta de que cualquier cosa que hiciera habría dividido a “su” ejército provocando la guerra civil o la destrucción del frente, o ambas cosas. Si el Estado Mayor alemán se hubiera unido detrás de Beck, como los italianos habían estado detrás del rey y de Badoglio, el golpe habría tenido éxito en cosa de horas. La jerarquía del Partido Nazi había llegado a estar profundamente desacreditada y poca gente habría salido a defenderla contra el ejército, que todavía gozaba de mucho prestigio entre la clase media. Así que no fue el carácter “hamletiano” del general Beck lo que hizo fracasar el golpe sino, más bien, las vacilaciones de toda la clase dominante alemana, que era, su vez, un reflejo de las contradicciones objetivas y las confusiones reales. No fue el individuo el que ocasionó el desastre para la clase, sino más bien la clase la que impidió al individuo actuar exitosamente.

Sin embargo, hay un epílogo para este incidente que pone el destino de los conspiradores del 20 de julio dentro de una perspectiva irónica. Mientras Beck, Goedeler, Stanffenberg y sus asociados estaban planeando su golpe, altos funcionarios del Ministerio Nazi de Asuntos Económicos (bajo la protección de uno de los líderes de las SS) secretamente preparaban un plan para la posguerra, quedando Alemania integrada a una “economía internacional abierta”, basada en el “libre movimiento de capital” y un “marco convertible”, es decir, un completo rompimiento con todas las prácticas autárquicas financieras y comerciales del Tercer Reich. Los arquitectos de esta visión –finalmente llevada a cabo como el “milagro de la República Federal”– no fueron sino Ludwig Erhard, el futuro Canciller, y Ludwig Emminger, futuro presidente del *Bundesbank*. Aunque habían colaborado con los nazis durante una década, cuando se hizo necesario para la supervivencia de su clase cambiaron de curso 180 grados. Sus diestras maquinaciones contrastaron con el fracaso de la conspiración de julio que aseguró la liquidación de la clase de los *junkers* y la pérdida de casi la mitad del Reich alemán.

Finalmente, debemos señalar que el terror nazi desencadenado por Himmler después del fracaso del golpe, junto con los efectos del bombardeo de los aliados, destruyó el potencial restante para que las secciones de la clase trabajadora alemana intervinieran como una fuerza autónoma para dar término a la guerra.<sup>12</sup> La

12 Los historiadores, soviéticos y occidentales, generalmente tienden a subestimar el potencial de resistencia de la clase trabajadora que estaba todavía presente en Alemania en 1944. Los participantes socialdemócratas en la conspiración de Beck-Goedeler representaban una seria fuerza y las investigaciones recientes indican que en Hesse, al menos, se puso en movimiento un plan para organizar una huelga general de obreros ferroviarios a raíz del asesinato de Hitler. Cf William Alien, “Die sozialdemokratische Untergrundbewegung”, en *Der Widerstand gegen den National-sozialismus*, Munich, 1985; y Timony Mason, “Arbeiteropposition im nationalsozialistischen Deutschland” en Detlev Beukert, ed., *Die Reihen fest geschlossen*, Wuppertal, 1981.

afluencia de más de diez millones de refugiados del este de Prusia y otros territorios alemanes perdidos crearon un ejército industrial de reserva gigante que mantuvo los salarios bajos durante 15 años y preservó las altas tasas de ganancia generadas originalmente por la redistribución del ingreso entre las clases durante la dictadura nazi. El curso trazado por Erhard y Emminger apoyado por el imperialismo americano e inicialmente tolerado por Stalin, permitió a la clase dominante alemana surgir 20 años después con más poder financiero e industrial que nunca antes, aunque en un territorio estatal más pequeño. No podrá haber ilustración más convincente de cómo funciona “la sutileza de la historia” mediante la apropiación de los talentos individuales para las necesidades de clase dentro de las restricciones que impone un modo de producción.

## ANEXO II

En torno a la disputa de los historiadores alemanes sobre el origen, la naturaleza, el “carácter único” del nazismo y la posibilidad de que pueda reproducirse

## I

La llamada “disputa de los historiadores” se originó sobre todo en torno a la cuestión del “carácter único” de los crímenes nazis perpetrados contra los judíos europeos; esto es, el asesinato sistemático de seis millones de hombres, mujeres y niños, sólo a causa de un supuesto origen racial. Según criterios arbitrarios este origen racial fue determinado por las autoridades. El asesinato fue planeado cuidadosamente y ejecutado en forma industrial en un tiempo muy breve. No cabe duda que de hecho este crimen es único y que hasta hoy constituye la cúspide de una larga historia de inhumanidades infligidas por los hombres a sus congéneres.<sup>1</sup>

Nada tiene que ver con la ciencia el fallido intento de un hasta ahora respetado historiador e intérprete del nacionalsocialismo, el Prof. Ernst Nolte,<sup>2</sup> en relativizar dicho “carácter único”. Este intento sucumbe ante un mínimo de investigación crítica de fuentes y de su interpretación. Aquí se trata más bien de un propósito ideológico-político por absolver, o al menos por encontrar, circunstancias atenuantes para la responsabilidad que recae sobre las estructuras de poder existentes en la Alemania de antes y durante el Tercer Reich, responsabilidad que no puede negarse totalmente.

En el marco de este intento se construye una “secuencia histórica” que asigna la responsabilidad de la dictadura nacionalsocialista a otros grupos, o por lo menos les imputa una “coresponsabilidad objetiva”. Paradójicamente estos grupos fueron

<sup>1</sup> Las más destacadas aportaciones en torno a la disputa de los historiadores (*Historikerstreit*), a la que nos referimos aquí, se encuentran en una antología de la editorial Piper (Munich/Zurich, 1987) con título del mismo nombre. Además, véase la antología *Ist der Nationalsozialismus Geschichtete?* (Ed. Dan Diner, Frankfurt, 1987.)

<sup>2</sup> Ya en nuestro prólogo a los *Escritos sobre Alemania*, de León Trotsky (Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt, 1971. En español el trabajo de Mandel fue publicado como apéndice en el libro de Trotsky *Alemania, la revolución y el fascismo*, México, Ed. Juan Pablos, 1973), indicamos las debilidades y las contradicciones presentes en la interpretación nolteana del nacionalsocialismo.

las primeras víctimas de la dictadura nazi: los comunistas, los socialistas, los socialdemócratas, los sindicatos, los pacifistas radicales e incluso, en general, todos “los reformadores del mundo”. Tampoco esta arbitraria construcción histórica es científica. Por el contrario, es una muestra ejemplar de la peor superstición acrítica y de una ceguera aporoblemática, motivadas por prejuicios de clase e ínfulas de posición social.

No hace falta detenerse mucho en el comentario asombroso del Prof. Nolte en el sentido de que el presidente del Congreso Mundial Judío, Chaim Weizman, había declarado la guerra a Alemania en 1938. Con base en esto, el autor concede “cierta justificación” al Tercer Reich por tratar a los judíos alemanes como prisioneros de guerra e internarlos. Él añade que ello debía suceder según las cláusulas del Tratado de Guerra de Haag; esto es, que el asesinato estaba prohibido. En primer lugar, debe asentarse que, justamente según el mismo Tratado de Haag, se debía tratar como prisioneros de guerra sólo a miembros de ejércitos armados, mas no a civiles desarmados. Los judíos alemanes eran precisamente civiles desarmados y no fueron miembros de fuerza armada alguna. En segundo lugar, consta que el mencionado Tratado de Haag justifica la internación, más no la deportación de los prisioneros de guerra hacia el extranjero y que cuando se habla de persecución judía, se trata precisamente de deportación. En tercer término, hay que decir que la *Jewish Agency* no fue un estado nacional y ello de acuerdo tanto al derecho internacional como a su propio sentir y que, por tanto, no tenía ninguna facultad jurídica para una “declaración de guerra”. En cuarto lugar, ni los judíos alemanes, ni ningún otro grupo de judíos europeos, fueron “ciudadanos” de este inexistente estado judío, sino que en su vasta mayoría eran ciudadanos normales de estados nacionales, reconocidos según las leyes internacionales. (Sólo una pequeña minoría entre los judíos carecía de nacionalidad y disponía de los así llamados pasaportes Hansen.) En quinto lugar, hay que decir que la gran mayoría, tanto de los judíos en los campos de exterminio como de aquellos judíos asesinados por los comandos especiales, fueron ciudadanos y habitantes de estados ocupados por el ejército alemán. Justamente el Tratado de Guerra de Haag es el que formalmente dispone que tales civiles fueran tratados según el derecho vigente antes de la ocupación. Esto significa que la fuerza ocupante no tiene derecho alguno en alterar el orden vigente antes de la ocupación y, con ello, que (itambién a los judíos!) se debe garantizar el respeto a la libertad individual, a la libertad de confesión y al ejercicio normal del culto, así como las garantías de la propiedad privada. Por lo tanto, hay que considerar a todas las disposiciones tomadas fuera de los límites del Tercer Reich, así como a la mayoría de las relativas a política interior del Reich alemán, como traición abierta al Derecho Internacional y al Tratado de Guerra de Haag. La colaboración brindada por parte de los empleados del *corpus* diplomático alemán, entre otros, fue un hecho de violación abierta al tratado, a los convenios y a los acuerdos internacionales, normalmente ratificados por Alemania.

En abril de 1986 el Prof. Nolte intentó distanciarse de su propia tesis, insertando una nota de pie de página detrás de las palabras “prisioneros de guerra” (o,

para decirlo más exactamente “internos civiles”). Sin embargo, el Tratado de Haag no menciona a la internación y menos aún la deportación de ciudadanos de un estado extranjero. Es precisamente el 95% de los judíos asesinados por los nazis los que pertenecen a esta categoría. En cambio el Tratado de Haag, en su artículo 46, declara lo siguiente: “La fuerza de ocupación tiene la obligación de respetar la integridad física de los habitantes del área ocupada, así como a su honor y sus derechos familiares, sus convicciones religiosas y costumbres, *sin menoscabo de raza, religión o convicción política*”.

Si por extensión se aplica la argumentación de Nolte a otros grupos de la población europea, uno puede darse cuenta a qué grado de absurdo llega. ¿Quién de los historiadores neoconservadores aceptaría las siguientes frases?: “Ya que Alemania se encontró en estado de guerra con Francia, Holanda, Bélgica, Grecia, etcétera, y en todas las regiones ocupadas Hitler tenía un cierto derecho en tratar a todos los hombres, mujeres y niños franceses, holandeses, belgas, griegos, etcétera, como prisioneros de guerra, internarlos y deportarlos.” “Ya que Hitler habrá declarado la guerra a la Unión Soviética, ésta, en toda Europa tenía un cierto derecho para internar como prisioneros de guerra a hombres alemanes, incluidos los civiles, las mujeres y los niños y deportarlos a Siberia.” Entonces, ¿por qué no sería justo para los alemanes lo que se reconoce como tal en el caso de los judíos?

Debemos detenernos con más detalle en la afirmación de Nolte según la cual el “temor ante la jaula de ratas bolcheviques” habría sido al menos uno de los motivos para los hechos de violencia nazi, ya que el asesinato masivo de los *kulaks* así como el “terror rojo” anteceden cronológicamente al asesinato de los judíos europeos. Y a esto Joachim Fest agrega que “el archipiélago Gulag” sería el “Prius lógico y fáctico” de Auschwitz. Nolte va más lejos aún: Lenin, Zinoviev y otros habrían proclamado y practicado la “destrucción de las clases dominantes” en Rusia, antes que Hitler proclamase y practicara la necesidad del exterminio de los judíos europeos.<sup>3</sup> De nuevo, toda esta construcción carece de bases científicas.

Sin embargo, el antisemitismo racial-biológico de Hitler se origina ya desde su tiempo en Viena, mucho antes de que existiera el “terrorismo soviético” en Rusia. Hasta *Mein Kampf* (*Mi lucha*) en los escritos tempranos de Hitler no existe testimonio relativo a esta supuesta “jaula de ratas”. Vale lo mismo para los escritos de sus compañeros de lucha del periodo 1919/1923. Enlazando con una lógica afín a la de los círculos populares en favor de una Alemania unificada, es justamente en aquellos años que, tanto en Hitler como en sus amigos, surge el proyecto del necesario exterminio de los judíos.<sup>4</sup> En consecuencia, este proyecto no puede ser producto de algún “trauma” causado por las experiencias de la revolución rusa.

3 Ernst Nolte, “Zwischen Geschichtslegende und Revisionismus?”, en *Historikerstreit* (*Discusión de los historiadores*) Op. cit. Joachim Fest, en FAZ, 29 de agosto de 1986.

4 La primera formulación referente a la necesidad del exterminio de los judíos se hizo por el emperador Guillermo II en 1919 y por los cabecillas del *Deutch-Voelkischen Schutz-und Trutz-Bundes* (Alianza Popular Alemana de Protección y Resistencia).

Por el contrario: es un producto directo de los esfuerzos contrarrevolucionarios rusos, los que se inician en un tiempo en el que no existían aún ni el bolchevismo ruso ni la socialdemocracia rusa.

Este proyecto es consecuencia directa de los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Producidos, mejor dicho falsificados, por la policía secreta zarista, éstos alcanzaron gran difusión tanto en Austria como en Alemania y fueron aceptados por Hitler y sus secuaces.<sup>5</sup> Los *Protocolos* sostenían la tesis de la “conspiración mundial judía”, la que por otra parte fue una de las razones aducidas por Hitler para su plan del exterminio físico del judaísmo. Pero en ninguno de los escritos de Hitler y de sus compañeros de lucha, referentes a esta “conspiración mundial judía”, de nuevo hasta inclusive *Mein Kampf*, se encuentra alusión alguna a un “terror ante el bolchevismo”.

Esto tampoco es casual. Pues a la clásica manera esquizofrénica de todos los antisemitas radicales (ilos que simultáneamente afirman que los judíos son una raza “inferior e incapaz”, y que estos “hombres inferiores” son una terrible amenaza para el pueblo superior de señores *Herrenvolk!* [los supuestos forjadores de la nación germánica]), Hitler nunca supuso que el “bolchevismo judío” habría convertido a Rusia en una fuerza militar amenazante para Alemania o para las “clases dominantes” alemanas. Por el contrario, despreció a los judíos por su supuesta “incapacidad defensiva”; estaba convencido que ellos degradaron a Rusia a ser un “coloso de pies de barro”, el que con la menor sacudida caería en el seno de Alemania como un fruto maduro. Esta opinión se modificó sólo después de la derrota de Stalingrado, cuando las órdenes para el asesinato masivo de los judíos europeos se habían dado tiempo atrás. Uno no teme a un enemigo tan débil, temor que supuestamente conduciría al asesinato “preventivo” de millones de mujeres y niños.

Tanto durante como después de la revolución de noviembre, Hitler usaba con fines propagandísticos al temor ante el bolchevismo y el socialismo, presente ya en partes significativas de la gran y pequeña burguesía alemana. Pero esto de ninguna manera fue consecuencia de una convicción íntima y, menos aún, de un temor personal sentido por Hitler y sus compañeros, sino que fue demagogia pura con el fin de tomar el poder; lo mismo se aplica en el caso de su demagogia pseudosocialista. Además, a partir de su toma de poder, fue tan exitosa la destrucción del Partido Comunista alemán, de los otros grupos comunistas y socialistas, de la socialdemocracia así como de todos aquellos clasificados por los nazis como “marxistas” (esto es, de todo el movimiento obrero), que el “horror bolchevique” carecía de toda base objetiva. Y ello tanto como motivo para la derogación de las leyes de Nuremberg como para el momento de la “noche de cristales rotos” o la persecución judía inicial, llevada a cabo en la Polonia ocupada. El debilitamiento del Ejército Rojo a raíz de la purga masiva de sus oficiales ordenada por Stalin en 1937, sólo vino a confirmar la subestimación del poder soviético. Salvo algunas excepciones, ésta fue compartida

5 A propósito, Cf. la cuidadosa investigación de Norman Cohn, *Warrant for Genocide*, Londres, Eyre & Spottiswoods, 1967. (En español: Norman Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial. Los Protocolos de los Sabios de Sión*, Madrid, Alianza Editorial, 1969.)

tanto en los ámbitos del gran capital alemán como en los mandos militares y nazis. Literalmente no queda nada de la existencia de un “miedo mortal” frente a una supuesta “jaula de ratas”, esto es, de la tesis según la cual el archipiélago Gulag habría sido el “Prius de Auschwitz”.

Por último, cabe investigar si en verdad existió tal “jaula de ratas” y si son auténticas estas presuntas órdenes de exterminio físico de todos los miembros de la antigua clase dominante rusa, ya que ello se pretende comprobar por medio de dos citas de Zinoviev y de Lenin. En relación a ello queremos manifestar nuestra más grande duda así como dejar bien claro cuán poco serio resulta el procedimiento de un historiador que, en asunto tan grave, se apoya exclusivamente en fuentes secundarias (casi quisiéramos decir “fuentes terciarias”). Éstas se derivan de múltiples falsificaciones del círculo de la contrarrevolución rusa, cosa establecida incluso por cortes y notarios. No hay ninguna razón para dar fe a mentirosos y falsificadores, los que, entre otras cosas, difundieron la leyenda según la cual los bolcheviques se alimentaban de sopa de dedos de niños. En tanto Nolte y Cía no aportan pruebas serias para la “jaula de ratas”, esto es, de su influencia sobre los planes nazis durante los años veinte y treinta, tocante al exterminio de los judíos, estamos aquí ante un nuevo intento de embrutecer al pueblo, similar a la tesis de la “conspiración mundial judía”.

Esta conclusión final es tanto más certera cuanto el Prof. Nolte cita un pasaje de un editorial del *Vorwaerts*, viendo en éste un “Novum del Derecho Penal”. Allí se dice que los bolcheviques supuestamente responsabilizaron “a una clase por los actos de individuos”. Una cosa es que en un editorial mal informado se escriba tal tontería, pues su afirmación no pretende estatus científico; pero que un científico reconocido repita acriticamente tales mentiras, sin un elemental estudio de fuentes es vergonzoso para él. ¿Hay que recordarle al Sr. Nolte la ejecución de innumerables esclavos *sólo por causa de ser esclavos* y, como miembros de una clase, declarados culpables por los crímenes de individuos? ¿Tenemos también que recordarle las palabras tristemente famosas de Martin Lutero: “Por ello quien pueda, debe aquí estrangular, apuñalar y asesinar a quien pueda, ya sea en público o a escondidas. Debe pensar que no existe nada más venenoso, perjudicial y diabólico que un hombre subversivo y que matarlo equivale a sacrificar a un perro loco”, ¿palabras que condenaron al asesinato a toda la clase de campesinos sublevados, sin averiguación previa de culpa personal? ¿Y debemos también y sobre todo recordarle la nefasta carnicería de los de Versalles después de la derrota de la Comuna?, carnicería en la que fueron fusilados más de 20,000 prisioneros desarmados, entre otros, todos aquellos que tenían callos en las manos, toda persona de pelo blanco (a éstos el general Gallifet les decía: “Ustedes han visto al junio de 1848 y, por tanto, son más culpables que los demás”), y también todos aquellos que tenían aspecto inteligente! ...<sup>6</sup> ¡Y todavía alguien osa hablar aquí de un “Novum”, refiriéndose a

6 Lissagaray, *Geschichte der Kommune von 1871*, Dietz-Verlag, Stuttgart, 1920, p. 363. Cf *Ibid*, pp. 352, 357-8, así como otras citas (en español la obra de P.O. Lissagaray está publicada en México por Ed. Hispánicas, 1987). El autor cita (*Ibid*, p. 359) el siguiente párrafo del periódico progubernamental *Le Temps*: “¿Quién no recuerda, aún si sólo lo vio unos pocos

que los bolcheviques supuestamente hicieron responsables a una sola clase por la conducta de individuos!

## II

Nolte establece una relación entre el “horror socialista”, realmente existente en la burguesía alemana (y en la burguesía internacional) y la supuesta motivación de Hitler tocante a su dictadura en general y, en términos específicos, de su obsesión por el exterminio de los judíos. Dicha relación lleva a una problemática mucho más amplia que aquélla del supuesto y, en parte “preventivo”, carácter de su terror a las masas. Ésta es la difícil cuestión del nacionalsocialismo (más general, del fascismo y de otras dictaduras de la extrema derecha) como forma terminal de la contrarrevolución, por lo menos de los últimos dos siglos; y esto tanto en el ámbito de la “política práctica” (de la política estatal y paraestatal) como en el ámbito de la ideología. Esta problemática no puede ser despachada, tildándola de “juerga marxista”, ya que tanto el Prof. Nolte como algunos de sus colaboradores la suscitan expresamente.<sup>7</sup> Aquí de nuevo impresiona la ceguera ante la problemática y la limitación de clase de estos historiadores.

La tesis sostenida por los historiadores conservadores, según la cual al menos parte de la explicación del creciente antisemitismo de los conservadores de aquel entonces, del “campo nacional” y de los nazis, radicaría en el número “desproporcionado” de judíos participantes en la revolución rusa de octubre y en la revolución alemana de noviembre de 1918, así como el “número desproporcionado de judíos” que jugaron un papel decisivo en la república de Weimar,<sup>8</sup> está fundada en un sofisma clásico. Con procedimiento análogo uno puede probar que en las dos revoluciones había respectivamente un número desproporcionado de rusos y de prusianos, de trabajadores industriales, de marineros, de bautizados ortodoxos en el caso de Rusia y de bautizados protestantes en el caso de Prusia, inclusive de ciclistas. Sin embargo, no tenemos conocimiento que los grupos conservadores-nacionalistas hayan propuesto el sistemático exterminio físico de estos diferentes

---

minutos, no digamos la plaza, sino el osario de la Torre de Saint-Jacques? Esta tierra húmeda, hace poco barbechada, aquí y allá, vomitaba cabezas, brazos, pies y manos; cubiertos de tierra, uno veía los rostros de los cadáveres, vestidos con el uniforme de la guardia nacional; era un espectáculo abominable...” “La lluvia y el sol habían acelerado la descomposición y los hinchados cuerpos emergían de nuevo. La gloria de McMahon se hizo demasiado obvia. Los diarios se asustaron. Uno de ellos dijo lo siguiente: ‘En vida estos miserables nos hicieron tanto mal (sic) que después de muertos no dejaremos que sigan!’”

7 Entre otros, véase Nolte, *Op. cit.*, pp. 20-21, 26-29.

8 Cf. Joachim Fest: “Había muchos judíos entre los consejeros de la república comunal de München, la que pronto finalizó en caos y horror; a sus obsesiones antisemitas, este hecho proporcionó un supuesto, pero útil, fundamento propagandístico.” (Cf. p. 105 en *Historikerstreit*, Piper, *Op. cit.*)

grupos de población a causa de una supuesta “participación desproporcionada”. Es obvio, pues, que el argumento de la “participación desproporcionada” en realidad esconde el de la “causalidad” o “disparador”, esto es, de la “conspiración mundial judía”, la que tanto lógica como cronológicamente antecede al estallido y al transcurso de la revolución. Con ello queda evidente el sinsentido de la tesis que ve como “disparador” a los ciclistas. Y en la misma medida se viene abajo esa tesis apologética.

El Prof. Nolte es culpable de un sofisma aún más grande, por cierto camuflado por su semántica: sin discriminación alguna identifica la amenaza del exterminio de los judíos con la amenaza del exterminio de las clases en el poder, pronunciada por pensadores revolucionarios de los siglos XVIII, XIX y XX. En el primer caso se trata del exterminio físico, esto es, del anuncio de un asesinato masivo. En el segundo caso se trata de una “destrucción” en el sentido de la “negación de aquellas clases como clases” y de ninguna manera de una destrucción física. En la más bien asombrosa lista de pensadores políticos radicales por él enumeradas<sup>9</sup> –la que podría ampliarse fácilmente incluyendo cierto número de los más antiguos teólogos– *no hay un solo ejemplo* de un escrito que postule el exterminio físico de los miembros de las clases dominantes, menos aún de sus mujeres y de sus niños. Obviar esta “pequeña” diferencia con los asesinatos nazis es indigno de un científico.

Esta errónea construcción recae inmediatamente sobre el mismo Nolte. Él es un decidido defensor de la libertad individual, de la así llamada “revolución liberal”.<sup>10</sup> Según esto también debe ser un adversario igualmente decidido de la esclavitud y del trabajo de siervos, basados ambos en la falta de libertad personal de millones de hombres. *Ipsa facto* se convierte él mismo en abogado de la “abolición de la esclavitud y de la aristocracia feudal clásica como clases”. Pues es *imposible* abolir la esclavitud y el trabajo servil sin que al mismo tiempo sean abolidas *como clases* los esclavistas y la aristocracia feudal beneficiaria del trabajo servil.

El problema puede formularse aun de manera más general. Esclavistas y aristocracia feudal no pueden anhelar la “destrucción de los esclavos y campesinos siervos”<sup>11</sup> ya que su propia existencia, su posición de poder social y su riqueza

9 Respecto a los supuestos padres primordiales y espirituales del “colectivismo totalitario”, véase Nolte, *Op. cit.*, pp. 26-29.

10 Nolte, *Op. cit.*, pp. 20-21.

11 En Brasil, el 8 de noviembre de 1799 –en la víspera del siglo XIX– se torturó públicamente a tres jefes de una intentada y fracasada revolución: Román Pinheiro, Lucas Dantes y Manuel Faustino. Sus manos y pies fueron fracturados uno por uno, se les cuarteó el cuerpo y después se les decapitó. (Clovis Moura, *Rebellos de Senzala*, Editora Ciencias Humanas, Sao Paulo, 1981, pp. 65-66.) En Saint Domingue/Haití y hasta finales del siglo XVIII, uno de los castigos más comunes para los esclavos, incluyendo a las mujeres, fue quemar partes enteras del cuerpo y rociar las heridas con vinagre y sal. Se asesinaba mediante enterramientos en vivo, dejando al descubierto sólo la cabeza, a la que se untaba con miel para que fuese consumida por termitas y hormigas. (Pierre de Vaissiere, *Saint Domingue*, 1629-1789, París, 1909.)

están determinadas por la existencia y la explotación de estas clases polares, al igual que la existencia de la burguesía moderna en relación al proletariado. Pero ello no les impidió el asesinato de literalmente millones de miembros de estas clases sociales, muchas veces después de terribles torturas, superiores en crueldad a las de los nazis. En lo que va de la historia, tales crueldades masivas de hecho e indiferenciadamente se refieren a grupos colectivos de hombres: prisioneros de guerra romanos/gladiadores; los primeros cristianos; más tarde: sectas condenadas como herejes, “mujeres sabias” dedicadas a los partos o al control de nacimientos, pueblos cazadores en territorios anhelados por los blancos, enemigos del Islam, tribus Africanas vencidas en la guerra y degradadas a la esclavitud, etcétera.

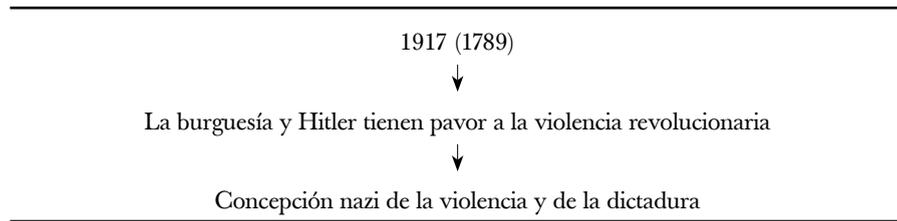
Pues así como el esclavista y la aristocracia feudal necesitaban a los esclavos y a los siervos campesinos, también necesitaban esclavos y campesinos obedientes, sometidos, humildes y constantemente humillados, contentos con su miseria. Y, para garantizar este “orden”, no había crueldad, no había asesinato masivo que fuese demasiado lejos.<sup>12</sup>

En cambio, para los esclavos y los siervos es imposible abolir su falta de libertad, anticipar la ideología (teoría) de su propia emancipación y realizarla de hecho, sin que al tiempo entrañe la abolición, la destrucción de los esclavistas y de la aristocracia feudal *como clases*. Pero lejos de que esto implicase asesinatos masivos o que llevase a crueldades en algún sentido comparables con los horrores cometidos por los señores con los dominados, no hay ninguna compulsión o lógica que llevase a tales hechos. Si uno estudia la historia real de las revoluciones puede constatar, en cada caso, cuán magnánimas se comportan las masas populares, cuán bajo es el número de actos de venganza expresa cometidos por las injusticias y la coerción anteriormente experimentadas. En 99 de cien casos los actos de violencia cometidos por los que se encuentran en proceso de liberación son respuesta a actos de violencia cometidos inmediatamente antes por la contrarrevolución.

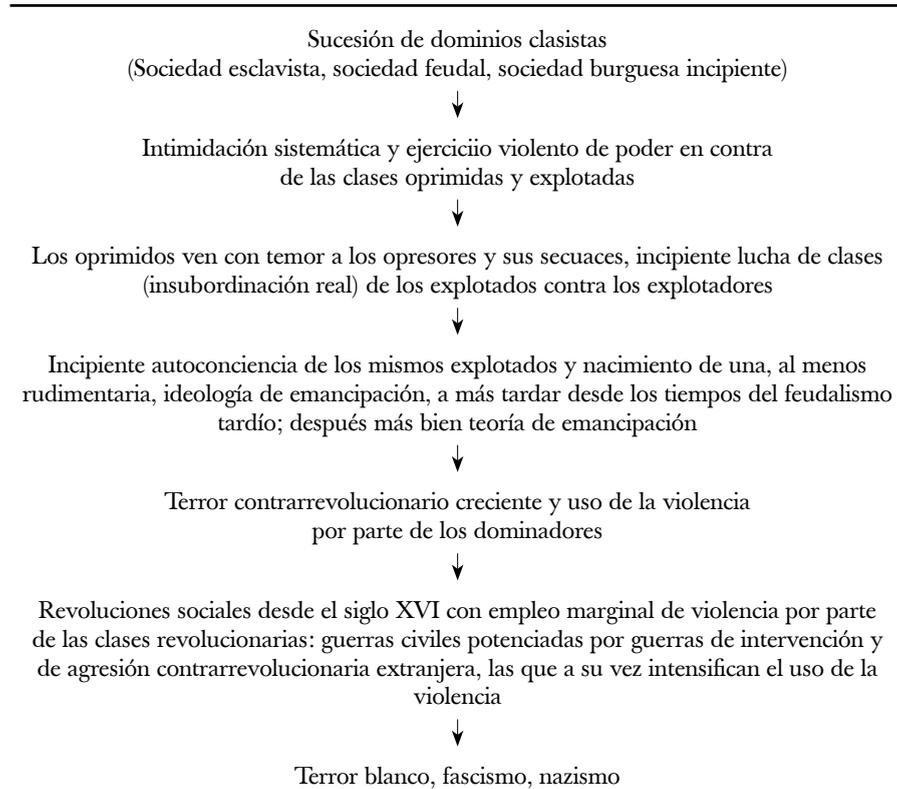
Por lo tanto, quien denuncia como amenaza para la vida y libertad de muchos a las supuestamente inhumanas consecuencias de intentos radicales de emancipación antes que nada a las revoluciones, pero al mismo tiempo arroja un velo de discreción sobre los hechos violentos y cien veces más numerosos del poder de la clase anterior, quien identifica a ambos bajo el insípido pretexto de que “el hombre es malo”, es, en el mejor de los casos, un apologista inconsciente de la esclavitud y la falta de libertad y, en el peor de los casos un hipócrita miserable.

Aquí estamos *in media res* tocante la secuencia histórica (el “Prius histórico”) aducido por Nolte. El Prof. Nolte establece la siguiente secuencia:

12 Al término de la sublevación de los esclavos encabezados por Espartaco, los señores romanos crucificaron vivos a seis mil de sus seguidores a lo largo de la Via Appia. Para vengar el asesinato del esclavista Pedanius Secundus cometido por un esclavo, según la costumbre se ejecutó al total de los 400 esclavos ciudadanos de este senador, el abogado Gaius Cassius comentó al respecto: “A esta escoria sólo se la puede dominar por el terror.”



Sin embargo, esto equivale a invertir la secuencia histórica real, la que tomó el curso siguiente:



Así, por ejemplo, no se entiende al *Terreur* de la revolución francesa, si se le separa de la guerra de agresión conducida por aristócratas europeos contra la misma revolución. ¿Qué puede uno decir acerca de la moral y el “ethos científico” de aquellos historiadores que denuncian las “crueldades del pueblo parisino” después de la toma de la Bastilla así como el linchamiento importante de unos cuantos miembros de las clases dominantes, pero que no lo relacionan con los cientos (algunas fuentes hablan de seiscientos) de asesinatos de ciudadanos y ciudadanas

parisienses cometidos inmediatamente antes por el (posteriormente linchado) comandante de la Bastilla? (Esto es lo que, de hecho, marca la diferencia entre una situación revolucionaria y una situación “normal”: en tiempos revolucionarios, las masas populares ya no toleran pasivamente tales crueldades no sólo elevan protestas verbales, sino que se sublevan activamente, incluso usando la contra violencia.) ¿Y cómo debe juzgarse la “objetividad” política de historiadores que hacen hincapié en el número de víctimas del *“Terreur”* (algunos miles de hombres dignos de compasión, excepción hecha de los que eran verdaderos criminales violentos), pero no dicen palabra alguna acerca de los cientos de miles de soldados cuyas vidas fueron sacrificadas durante las guerras dinásticas, guerras de las cortes europeas inspiradas por un ciego odio de clase contra la revolución francesa, soldados caídos durante las guerras de conquista del contrarrevolucionario Napoleón? ¿Acaso las primeras fueron “legítimas” mientras que las segundas fueron de principio “ilegítimas”? ¿A qué prejuicio de clase obedece esta forma de juicio histórico?<sup>13</sup>

¿Y cómo puede un historiador culpar a la *revolución* rusa por los crímenes cometidos por Stalin, a pesar que Stalin, en analogía a Napoleón Bonaparte, encarna a la contrarrevolución política, el Thermidor? Hoy en día, e incluso en la Unión Soviética, prácticamente nadie niega ya que Stalin ejecutó en masa a los revolucionarios comunistas del siglo XX.

En consecuencia, cuando se sostiene que el odio popular alemán y el “odio conservador” a los socialistas (“odio al marxismo”) de alguna manera fue provocado o fue alimentado por el “terror bolchevique”, simplemente se trata de una cronología incorrecta. Más bien fue originado por el creciente movimiento obrero en desarrollo, por la lucha expansiva de la clase proletaria, la cual en Alemania se inicia por lo menos desde los tiempos de las leyes socialistas, si no es que más temprano y, por lo tanto, no tiene relación alguna con la revolución rusa. En primer lugar, este “odio conservador” se dirigió contra la social-democracia internacional y, en segundo lugar, contra el anarquismo internacional, mucho antes de la existencia del movimiento comunista mundial. Fue en esencia un pavor ante el creciente poder del movimiento obrero, miedo ante la creciente amenaza de una revolución social, vale decir, temor ante la pérdida de privilegios de clase y de posiciones de poder. Ello, a pesar del largo y pacífico desarrollo, sostenido desde la Comuna de París hasta la revolución rusa de 1905.

---

<sup>13</sup> Respecto al pánico de los esclavistas brasileños/portugueses ante una posible sublevación de los esclavos en Brasil y bajo el influjo de la revolución francesa, véase Clovis Moura, *Op. cit.*, p. 62.

## “Como lobos, tigres y leones cruelísimos”

Bartolomé de las Casas



(Grabado de Théodore de Bry a la traducción latina del libro del fraile Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Frankfurt, 1598.). Por lo que el pavor de los oprimidos ante los opresores es el prius/histórico.

No fueron, pues, “el temor al bolchevismo” y el “odio al bolchevismo” los padrinos de la ideología nazi y de su práctica, sino el odio al socialismo y el temor al socialismo, el miedo al progreso, cuando no el pavor ante la razón y la negación, llena de odio, de la misma. En este contexto, el fascismo nacional-socialista aparece realmente como estación final de una larga tradición contrarrevolucionaria de extremo conservadurismo, de su desarrollo y de su práctica.<sup>14</sup>

14 El ataque que Nolte dirige al “intelectual de izquierda” Tucholsky, el cual parece un ataque más contra un “judío”, constituye una prueba adicional para la poca seriedad científica de este profesor, quien parece apreciar poco al examen de fuentes. La afirmación según la cual Tucholsky habría deseado la “gasificación” de mujeres y niños de la clase culta de Alemania (Nolte, *Ibid.*, Die Sache auf den Kopf gestellt, p. 228) deriva de una fuente secundaria de extrema derecha. Si Nolte hubiese examinado a la fuente original, esto es, la revista *Die Weibühne*, habría podido constatar que aquí se trata de un comentario irónico de Tucholsky, escrito en un artículo contra el militarismo, la guerra y cualquier uso de gases venenosos con fines bélicos o de asesinato.

### III

Las anteriores consideraciones no son ajenas a la “disputa de los historiadores”; no se *desvían* de la problemática apologética y parcial lanzada por Nolte, Hildebrand, Fest y otros (esto es, el fascismo como temor ante la revolución) y tampoco distraen la atención del tema fundamental en torno a las causas de la dictadura nazi, la que culminó con el genocidio de los judíos europeos. La investigación de esta cadena causal no debe excluir a los factores ideológicos, ni a los de índole psicológica, ya sea a nivel individual o de masas. Pero esta investigación no logra su propósito cuando, en la construcción histórica propuesta excluye a la defensa de los intereses materiales y a las posiciones sociales de poder, sostenidas por las clases dominantes y sus facciones más importantes; igualmente yerra su meta al degradar esta cadena causal a ser un vago y general marco de referencia.

La toma de poder por los nazis permanece inexplicable si uno se empeña en negar que ésta fue el resultado de una cadena de decisiones conscientes, tomadas por destacados sectores del gran capital alemán. Enfrentado a la gran cantidad de pruebas, uno no puede más que admitir la determinación clasista de un número de motivaciones psicológicas y de ciertas mentalidades (estructuras del espíritu, estructuras ideológicas), entrelazadas con la defensa de intereses materiales y de posiciones constituyentes del poder.<sup>15</sup> Una de las más grandes debilidades de la argumentación propuesta por Nolte, Hildebrand y Fest radica justamente en esta deficiencia.

El temor individual (por ejemplo, ante el asesinato) se diferencia fundamentalmente del “temor existencial de clase” así como del sentimiento o la convicción de un cambio necesario en ciertas condiciones sociopolíticas o políticas “puras”, a fin de una defensa más eficaz de los propios intereses de clase. Como motivación para el nombramiento de Hitler a canciller del Reich no fueron determinantes ni el primero ni el segundo, pero sí el tercero, y esto de manera determinante, tanto en el caso del consejo directivo del *Deutsche Bank*, del *Dresdner Bank*, de la IG-Farben, del Herrenclub, como en el caso de los burgueses agrarios implicados en el escándalo del *Osthilfe*, para no decir que este temor estaba presente también en Hindenburg, Papen, Hugenberg, Kirdorf, Thyssen y los generales. Nolte y compañeros no pueden proporcionar una sola prueba para la tesis contraria.

En la Alemania de entonces no hubo un “auge revolucionario” que a corto plazo hubiese amenazado al dominio de la clase capitalista o aún hubiese puesto a la orden del día a la “dictadura del proletariado”. Esto sólo fue una imagen verbal y

15 Aquí no podemos enumerar los muchos libros y artículos que fundamentan esta tesis por medio de miles de datos. Entre otros, recordemos los numerosos datos, publicados en el transcurso de los procesos de Nuremberg contra los grandes capitalistas alemanes. Hace poco se reeditaron los protocolos de los procesos contra el *Deutsche Bank*, el *Dresdner Bank* y la IG-Farben. Con ello, los editores rindieron un buen servicio a la ilustración antifascista y aportaron un material muy útil a la “disputa de los historiadores”. Una buena síntesis de la interpretación marxista del nacionalsocialismo se encuentra en Claus Radt, *Der deutsche Faschismus*, ISP-Verlag, Frankfurt, 1987.

distorsionante de la realidad, pintada por la propaganda oficial del Partido Comunista Alemán (sección del Komintern), a la cual ningún observador serio podía dar fe, haya sido miembro de la burguesía o de la clase obrera. En realidad había un retroceso en la actividad del proletariado; de su posición a la expectativa la clase obrera aún poseía un gran potencial de autodefensa.

Además, la realidad vivida seguía siendo cada vez más amenazante para las condiciones generales de acumulación de capital a causa de la crisis económica y por la relativa rigidez del grado de explotación de la fuerza de trabajo (tasa de plusvalía); ésta estaba determinada, a su vez, por lo que quedó de la democracia parlamentaria. Elevar radicalmente la tasa de plusvalía fue la meta sociopolítica principal del gran capital. Para ello, era necesario derribar por completo a la democracia parlamentaria, esto es, no sólo destruir “al bolchevismo” sino a todo el movimiento obrero, inclusive sus sectores moderados. Había que atomizar a la clase obrera, había que pasar de una venta colectiva de la mercancía “fuerza de trabajo” a una “venta” dictada por el Estado (mejor dicho, había que lograr un precio de esta mercancía que fuese determinado coactivamente por el Estado burgués). Es ésta la lógica económica y sociopolítica que fundamenta el nombramiento de Hitler como canciller del Reich.<sup>16</sup>

Una determinación más exacta de las causas clasistas y de la naturaleza de clase del Tercer Reich es doblemente relevante también para el análisis de las condiciones que posibilitaron al genocidio de los judíos europeos.

Por una parte se trata de dar la debida importancia a las precondiciones técnico-administrativas para el asesinato masivo. El fanatismo racista antisemita no es condición suficiente para este asesinato masivo, llevado a cabo con división del trabajo e industrialmente.<sup>17</sup> Para ello fue necesario una administración oficial con buen funcionamiento, el ferrocarril, la industria química, las industrias de materiales de construcción, suministrando los instrumentos a los asesinos. Hoy en día ninguna investigación seria puede sostener todavía que estos colaboradores no sabían para qué se demandó su ayuda. Si uno confronta los fanáticos esfuerzos de los empresarios para proteger sus propias empresas de las intervenciones de las SS y organismos similares, con su prácticamente ilimitada disposición para la construcción de los campos de exterminio y de la deportación judía, entonces se manifiesta con mucha claridad y fuerza esta complicidad de la clase dominante en relación al asesinato de los judíos europeos.<sup>18</sup>

16 En nuestro libro *Der Spätkapitalismus* (en español: El capitalismo tardío, México, Ed. ERA, 1978), y mediante datos numéricos convincentes, intentamos fundamentar esta tesis.

17 Durante la guerra civil rusa las bandas del contrarrevolucionario Petljura, ucraniano y fanáticamente antisemita, asesinaron a cientos de miles de judíos en un pogrom gigantesco. Para cometer un genocidio de judíos ucranianos y del este de Polonia, similar al de Hitler, sólo les faltó una industria y administración de funcionamiento “racional” y eficiente. La buena disposición ideológica estaba dada.

18 El obispo Galen de Muenster —único entre los jefes eclesiásticos— protestó en público contra el asesinato de los enfermos mentales alemanes cometido por los nazis. A

Por otra parte se hace necesaria la investigación de las estructuras mentales/mentalidades predominantes, que permitieron que aproximadamente un millón de ciudadanos alemanes, ciudadanos de una de las naciones culturalmente más avanzadas del mundo, participaran indirectamente de tal asesinato masivo. Tanto en sentido histórico como en el nivel empírico no puede sostenerse la tesis de que estos cómplices se hallaran inspirados por algún “nihilismo moral”.

En el mejor de los casos tal nihilismo puede presuponerse para el caso de los asesinos de las SS y aún así sólo en forma condicionada. En los casos de los empleados federales, de la administración ferroviaria del Reich, de los diplomáticos del Ministerio del Exterior, de los ingenieros, de los industriales, etc., los que fungían como colaboradores de la deportación judía y del asesinato judío —y, de nuevo lo repetimos, sin cuya ayuda no se hubiesen podido realizar tales monstruosidades— no puede hablarse de “nihilismo moral”. Por el contrario, fueron humanos guiados por “los valores fundamentales” de la clase dominante y de ciertas capas tradicionalmente dirigentes, las que firmemente y creían en conceptos como “honor”, “lealtad”, “amor a la patria”, “cumplimiento del deber” y “disposición de sacrificio”. *No fue en contradicción con esta mentalidad, sino justo en función de la misma que ellos se convirtieron en colaboradores de los crímenes nazis.*<sup>19</sup> Fe ilimitada en el Estado y disposición a obedecer irrestricto conformismo nacionalismo radical: éstas son las mentalidades capaces de degradar a esta masa de ciudadanos más o menos cultos en colaboradores de tales crueldades.

¿Fue este comportamiento sólo el resultado final del rechazo de los “valores más altos” (¡religión!), esto es, de la exagerada difusión de la “razón pura”, de la “secularización”, del “mundo desencantado”, esto es, de la ilustración, tal como lo sostienen no sólo ideólogos reaccionarios sino también ciertos hombres anteriormente marxistas

partir de esta protesta la matanza cesó. Sin embargo, durante el Tercer Reich ninguno de los dignatarios de la iglesia alemana elevó su voz contra la deportación y el asesinato de judíos alemanes y europeos, mientras que sí lo hizo el cardenal Gerlier, Prelado de Francia. No creemos que la razón de ese silencio haya sido la cobardía personal sino que lo que es mucho más grave— ésta fue de orden político, de visión del mundo; esto es, fue el temor a la “corrupción de las fuerzas armadas” en vista de la “guerra contra el bolchevismo”. Como sea, Konrad Adenauer juzgó certeramente cuando dijo: “Si todos los obispos en un día determinado y desde el púlpito hubiesen hecho pública su oposición, cuántas cosas habrían podido evitarse. Pero esto no sucedió así y para ello no existe disculpa alguna. Si, a causa de su protesta, los obispos hubiesen terminado en la prisión o en los campos de concentración, ello no habría sido un deshonor, sino todo lo contrario.” (Citado según Klaus Schoelder, “Politischer Widerstand”, p. 262, en Schmaedeke/Steinbach, ed., *Widerstand gegen den Nationalsozialismus*, Munich/Zurich, 1985).

19 18 Esto se le escapa por completo al autor y futurólogo polaco de ciencia ficción, Stanislaw Lem, quien en su prólogo al bello libro *Aus der Geschichte lernen?* (DTV, Munich, 1988, p. 11) de Wlajstaw Baroszewski, expresa su preocupación en el sentido que de nuevo podría llegarse a una dictadura alemana, porque ... hay jueces que se niegan a castigar “el bloqueo pasivo del tránsito”. Todavía no ha entendido que lo que posibilitó al Tercer Reich no fue el no-conformismo sino el conformismo; no fue la rebeldía y la protesta de la conciencia individual, sino el reclamo por el “orden” y el “ya basta de esas manifestaciones”.

y desafortunadamente también algunas feministas radicales? ¿Fue, por el contrario, una sublevación irracional y por principio opuesta a la creciente racionalidad, que acompañó al desarrollo de las sociedades burguesas? Ambas formulaciones –las que a veces se encuentran en una grotesca interrelación en los mismos autores– no corresponden al desarrollo mental real que posibilitó tanto al Tercer Reich como a su radicalización culminante en los asesinatos masivos.

Para entender este desarrollo mental debemos partir de una crítica de la tesis weberiana en relación a la racionalidad continua de la sociedad burguesa. Esta sociedad se caracteriza justamente por la *combinación* de una creciente racionalidad parcial y de una creciente irracionalidad general, derivadas, en última instancia, de la contradicción entre socialización objetiva del trabajo y la apropiación privada. Esto es, de la esencia misma de la economía capitalista mercantil (producción de mercancías), de la propiedad privada y de la competencia. Es sólo a la luz de esta combinación que se vuelven inteligibles fenómenos tales como el fascismo, el nacionalismo, las guerras mundiales, la tolerancia de largas crisis económicas que conllevan la destrucción de fuerzas productivas humanas y materiales.

Durante el Tercer Reich esta combinación experimentó un desarrollo gigantesco en sus dos momentos: racionalidad parcial enormemente elevada en numerosos ámbitos. En muchos otros, irracionalidad general acrecentada hasta lo absurdo, de entre ellos el asesinato de los judíos europeos. Y aun en estos ámbitos especiales (a los que también pertenece la totalidad de la fase final de la Segunda Guerra Mundial, cuya cima fue la orden de Hitler que obligaba a la política de la “tierra quemada” hacia la industria y la infraestructura alemanas), uno encuentra esta misma combinación de racionalidad parcial e irracionalidad general en estado de “pureza de laboratorio.”<sup>20</sup>

Sin duda es cierto que las frustraciones originadas por el creciente proceso de una racionalización parcial y nutrida por múltiples contradicciones sociales, no sólo pueden aprehenderse racionalmente sino que también llevan a un nuevo descubrimiento, esto es, un nuevo énfasis del quehacer humano determinado por los sentimientos y los instintos. En analogía a los así llamados ideólogos “revolucionarios

20 Ulrich Herbert, “Arbeit und Vernichtung” (en: *Ist der Nationalsozialismus Geschichte?*, *Ibid.*, p. 198 y ss.), intenta comprobar que los nazis, también después de la presencia de una creciente escasez de mano de obra en la industria alemana, concretaron sin vacilar su visión del mundo (en especial el exterminio judío). Su instructiva e interesante investigación –al igual que muchas otras– sin embargo, comprueba justamente lo contrario. Se puede considerar que, como efecto de esta escasez, se empleó masivamente mano de obra “de raza ajena” al Reich. Empero, la plusvalía de esclavos trabajadores fue tan grande que los nazis no podían aplicar “criterios de puesto” diferenciales entre los diversos grupos étnicos, como hubiese correspondido a su teoría racista. Pero a diferencia de los primeros meses de la invasión a Rusia, cuando esta escasez de mano de obra aún no existía y cuando los grupos de judíos, incluso de aquellos capacitados para trabajar fueron asesinados de inmediato, la regla de Auschwitz fue: “Asesinar mediante (esto es, después del) trabajo”. O sea, no se practicaba el asesinato inmediatamente, al menos no con aquellos capaces de trabajar. Este fue el sentido de las “selecciones” llevadas a cabo por el Dr. Mengele y sus secuaces.

conservadores”, los nazis intentaron instrumentalizar esta tendencia mental para sus propios fines y los del imperialismo alemán.

Pero no todo énfasis sobre la vida sentimental e instintiva es necesariamente profascista, misantrópico, destructivo. La lucha por la libertad sexual, el acentuar por causas sentimentales la simpatía y la solidaridad con todas las víctimas de la explotación y los dominados, el pacifismo nutrido por el instinto elemental de la autoconservación: todos ellos son impulsos no puramente racionales. Sin embargo, a diferencia de aquéllos de los conservadores reaccionarios, estos impulsos son positivos respecto a la vida y no la niegan (glorificando la muerte); son de tendencia filantrópica en vez de misantrópica; son antifascistas y no profascistas; al menos en cuanto a su tendencia, repercuten en un sentido anticapitalista y no proimperialista. Por tanto, no es la aparición fatal de momentos sentimentales en política lo que nutre al fascismo/nacionalismo. Los que provocan tal resultado son sobre todo sentimientos e instintos específicos y especiales así como los mitos que los reflejan; su hegemonía no está “planeada” por la historia. Su triunfo de ninguna manera es fatal.

Pero aquí se esclarece también la finalidad política (mental) de la revisión conservadora de la historia, la que es objeto de la “disputa de los historiadores” De hecho no se trata, como lo formula Franz Josef Strauss, de que ningún pueblo puede vivir por mucho tiempo con una “historia criminalizada” Lo que se “criminaliza” por el desenmascaramiento de los crímenes nazis es el comportamiento de la clase dominante y de sus simpatizantes, mas no la “historia del pueblo alemán”. De la misma manera, uno podría decir que el pueblo soviético (los pueblos soviéticos) no pueden vivir con una “historia criminalizada” y por ello deben relativizar los crímenes de Stalin. Afortunadamente, tanto el desarrollo de la historiografía soviética como la nueva expansión de la opinión pública en la URSS, van justo en dirección contraria. El redescubrimiento de la verdad histórica acerca de los crímenes stalinistas, su desenmascaramiento, investigación y publicación son factores que elevan la conciencia de los ciudadanos, incluso su orgullo nacional.

La meta real de la revisión conservadora de la historia consiste en el redescubrimiento, el mayor énfasis y la rehabilitación de las mentalidades mismas que, a final de cuentas, posibilitaron al Tercer Reich. Ya que los actuales resultados de investigación de la historiografía del nacionalismo impiden tal rehabilitación, se trata de relativizarlas, sin que se proporcione nuevo material empírico y así se realiza una reinterpretación puramente ideológica. Para hablar con Rolf Dieter Müller:<sup>21</sup> el renacimiento de una imagen nacional conservadora de la historia intenta ocultar al nuevo énfasis sobre “valores eternos”, tales como conciencia del deber, disposición al sacrificio, humildad, conformismo. Para este fin, las relaciones concretas entre estos “valores” y la ideología del Tercer Reich, incluyendo la autojustificación de Hitler, son asuntos más bien incómodos para los neo-conservadores. Por ello se habla de la necesidad de una revisión.

21 Rolf Dieter Müller, “Geschichtswende?”, p. 131, en *Geschichtswende?*, simposio (*Op. cit.*) publicado por Ed. Dreisam.

Uno de los más conmovedores documentos, justamente por su banalidad, su ceguera y estupidez, es la respuesta de Hitler a una carta mandada por el Primer Ministro francés Edouard Daladier, fechada el 27 de agosto de 1939, justo en la víspera de la Segunda Guerra Mundial. Esta carta fue enviada para advertir a Hitler de las inimaginables consecuencias de una nueva guerra mundial. En su respuesta, el líder y canciller del Reich alemán –aún no era “el general más grande de todos los tiempos”– dice lo siguiente: “...También le ruego entender esto: para una nación de honor es imposible prescindir de casi dos millones de seres humanos y verlos maltratados en su propia frontera. Es por ello que hice una clara exigencia: Danzig y el corredor deben ser regresados a Alemania. Yo perdería la esperanza en... el futuro honorable de mi pueblo si bajo estas circunstancias no estuviésemos dispuestos a resolver esta cuestión, ya sea de una o de otra manera.”<sup>22</sup>

Todavía en septiembre de 1938 el mismo Hitler declaró solemnemente que la cuestión de los Montes Sudetes (Checoslovaquia) era “su última exigencia territorial” en Europa; entonces (aún) no se hablaba de Danzig y del corredor. Sin embargo, ¡Hitler declaró en su círculo íntimo y en la víspera de la Segunda Guerra Mundial que no se trataba de Danzig!

Aquí y hasta sus últimas consecuencias misantrópicas se revelan los valores tradicionales de la clase dominante (“honor”, “patriotismo”, “defensa de la patria” “capacidad defensiva” “cumplimiento del deber” “nacionalismo”, “disposición de sacrificio”, etc.): primero, exterminio masivo de otros pueblos; luego, exterminio masivo del pueblo propio; por último, autodestrucción. ¿Fue tan difícil prever eso en 1939, en 1930-33, y aún antes? ¿No lo habían previsto los contemporáneos más inteligentes (León Trotsky, Fritz Sternberg, Paul Levi, August Thalheimer, Kurt Tucholsky, Paul Frölich)?<sup>23</sup> Si la clase dominante de Alemania, sus grandes industriales, sus grandes banqueros, los generales, los altos “cuadros de la administración, los burgueses agrarios del este del Elba, los individuos como Hindenburg, Schacht, Papen, Hugendorf, Thyssen, Kirdorf, hubieran visto en aquel entonces la

<sup>22</sup> Citado en Walther Hofer: *Die Entfesselung des Zweiten Weltkriegs*. Ed. S. Fischer. Frankfurt 1964, p. 303.

<sup>23</sup> Incluso Erich Ludendorff, compañero y seguidor renegado de Hitler, escribió el 1º de febrero de 1933 al presidente del Reich, Von Hindenburg, las siguientes palabras proféticas: “Con el nombramiento de Hitler como canciller del Reich, usted entregó nuestra sacrosanta patria al más grande demagogo de todos los tiempos (habría sido mejor si hubiese escrito: a uno de los más grandes aventureros demagógicos y políticos Va-Banque E.M.). Le profetizo que este infeliz llevará nuestro Reich al abismo y traerá incalculable miseria a nuestra nación. Por esta acción suya, las generaciones venideras le maldecirán más allá de su tumba.” (*Ursachen und Folgen* Vol. VIII, p. 766. citado por Hagen Schultze. *Die deutsche Katastrophe erklären*. Dan Diner Ed. *Ist der Nationalsozialismus Geschichte?*, Fischer-Taschenbuch, Frankfurt 1957, p. 91.) El mismo Ludendorff, siendo uno de los defensores más decididos de la guerra de saqueo imperialista 1914-1918, encarna bien el concepto de cinismo imperialista. Después de 1918 condujo una permanente y demagógica batalla contra la “Paz forzada de Versalles”, no obstante que él obligó a la debilitada Rusia soviética a aceptar una paz forzada todavía peor en Brest-Litovsk.

imagen de la primavera alemana de 1945, imagen que reflejaba sin ningún escape la Segunda Guerra Mundial después de la toma del poder por Hitler en 1933, ¿se habría desatado esta inimaginable, pero evitable miseria?

El destino de la humanidad está en manos de los humanos. Precisamente como marxistas y seguidores del materialismo histórico estamos convencidos de que los hombres hacen su propia historia. Evitando que esta se torne autodestructiva, posibilidad sin duda real en esta edad actual de armas de exterminio masivo, de la biosfera amenazada, del hambre en el Tercer Mundo, cada uno, y aun a tiempo, puede decidirse por una guía racional del proceso histórico con dirección a la salvación en vez del suicidio de la humanidad. Sin embargo, aquellos hombres imbuidos por prejuicios de clase, ínfulas de posición y estrechas miras pequeño-burguesas, necesitarán un gran esfuerzo intelectual y moral. Quien es incapaz de ello no debe entonces responsabilizar a los demás por las propias injusticias o las de sus colaboradores.

El camino de la vida no es, pues, aquel de los “valores eternos” de la clase dominante; aquéllos llevan directamente hacia la muerte. En cambio, es aquél del creciente y consciente control del destino humano y de su historia, es aquél de más y no menos Ratio, junto a una lucha ilimitada por una emancipación radical, esto es, lucha contra todas las relaciones humanamente indignas y degradantes. Es el camino del contradecir, de la sublevación, de la rebelión, pero de una rebelión que reconoció certeramente las condiciones de emancipación, que las reconoció científicamente, esto es, el camino de la revolución socialista.

#### IV

El “Prius” construido por el Prof. Nolte –1917 como antecedente de 1933, 1941-42 no sólo carece de fundamento por las razones expuestas. Sino que, y especialmente, carece de él por la ausencia de un “Prius” evidente: 1914. Entre nuestros neoconservadores (y quizás también entre los liberales), la inclusión de 1914 habría causado malestar, pues ya no podrían responsabilizar de la Primera Guerra Mundial a los “bolcheviques”, los “marxistas” o los “socialistas”. Hoy día todo niño sabe que esta guerra fue un resultado claro y evidente de la política de las grandes potencias, de la “razón de Estado”, de la carrera armamentista y de la competencia imperialista. Y, sin la Primera Guerra Mundial tanto Hitler como el Tercer Reich habrían sido impensables.

Hitler fue entusiasta partidario y prosélito de la guerra. Sólo el concepto de guerra logró dar forma y contenido concreto a sus confusas intuiciones en torno a la idea de pueblo y la de raza biológica. Así, el padrino de su brutal y radical dictadura no fue el “temor ante el violento dominio bolchevique” sino la adoración de la violencia, basada en el darwinismo social como medio para entronizar “al derecho del más fuerte”. En ello fue decisiva la entusiasta afirmación de la guerra.

A continuación enumeramos las ya conocidas etapas en la formación de la doctrina política de Hitler, etapas idénticas a su formación como político, a la fundación del primer pacto con las masas y al pacto con importantes facciones de la burguesía y pequeñaburguesía en favor del ocaso de la república de Weimar: recomendación y entusiasmo por la guerra en sí, y, en especial, de la Primera Guerra Mundial; indignación ante esta guerra “perdida injustamente” a consecuencia de una supuesta “puñalada por la espalda” (a menos que aquí se hubiese considerado como tal puñalada al desempeño de los propios generales y no al de los “judíos” y “marxistas”); eliminación de los “criminales de noviembre”, los que habían aceptado esta “humillación”; preparación de la conquista de un “espacio vital” hacia el este de Europa. Es sólo en este contexto general que se vuelve inteligible y explicable la tendencia a hipostasiar la violencia, tendencia manifiesta tanto en el Tercer Reich como en la Segunda Guerra Mundial y en Auschwitz. Todo ello no fue un hecho sorprendente. Por el contrario, fue el resultado final de un rechazo radical de las tendencias civilizatorias de la historia moderna. Éstas llegaron a su máximo desarrollo durante la era liberal-capitalista, pero fueron súbitamente cortadas por el estallido de la Primera Guerra Mundial.

La gran ruptura en la historia contemporánea y el primer y decisivo paso hacia la barbarie, fueron decididos tanto por el 1º de agosto de 1914 como por la entusiasta aceptación de la muerte masiva carente de sentido y la concomitante destrucción. Sin esta aceptación y este entusiasmo, Hitler no hubiese podido existir.

Acerca de estos terribles peligros se lanzaron oportunas y valientes advertencias. Éstas, dirigidas a sus compañeros de clase y a toda la humanidad, seguirán siendo un mérito imperecedero de los socialistas/internacionalistas consecuentes. Muchos de ellos –Jean Jaurés, Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg, Hugo Haase, León Trotsky, Antonio Gramsci– lo pagaron con su vida. De entre las innumerables pruebas para estas advertencias, sólo queremos ofrecer dos citas.

“...estamos petrificados de horror al pensar en el desastre que hoy entrañaría para los hombres una guerra europea. En la guerra de los Balcanes ustedes vieron un ejército abatido casi por completo en los campos de batalla y en las camas de hospital; un ejército que partió con 300,000 hombres y dejó en la batalla, en las fosas comunes y en los hospitales infectados por el tifus, a 100,000 de ellos. Imagínense el desastre que sería para Europa: ya no habría, como en los Balcanes, un ejército de 300,000 hombres sino cuatro, cinco o seis ejércitos de dos millones de hombres. Qué desastre, qué masacre, qué barbarie...”

(Jean Jaurés, discurso en Vaise, suburbio de Lyon, el 25 de julio de 1914)

“La escena ha cambiado por completo. La marcha de seis semanas hacia París se volvió drama mundial; la masacre humana se tornó negocio cotidiano y fatigante, sin que impulse solución alguna. El arte diplomático burgués cayó en su propia trampa y los fantasmas conjurados ya no se dejan exorcisar [...]”

La patriótica carne de cañón, acarreada en agosto y septiembre, se pudre en los camposantos de Bélgica, de los Vosgos, de Mansuria, donde la ganancia es fertilizante de los pastos. Con rapidez la cosecha es llevada al granero. Por el océano de estos trigos se tienden mil manos, ávidas por agarrar su parte. Sobre las ruinas florece el negocio; Ciudades vueltas escombros, pueblos enteros convertidos en panteones, poblaciones íntegras convertidas en un montón de mendigos; iglesias transformadas en caballerizas. El derecho internacional, los tratados interestatales, las alianzas, las más sagradas palabras y las más altas autoridades, están hechos trizas. Todo soberano por la gracia de Dios acusa a su primo del otro bando de idiota, de vil y perjuro; cada diplomático considera a su colega del otro país como miserable malhechor; todo gobierno acusa al otro de ser la perdición de su pueblo; hay revueltas a causa del hambre en Venecia, Lisboa, Moscú, Singapur; hay peste en Rusia; miseria y desesperanza reinan en todas partes.

Violada, deshonrada, caminando sobre sangre, chorreando lodo, se presenta la sociedad burguesa, así es ella. Engaña cuando, arreglada y modosa, juega a la cultura, a la filosofía y a la ética, al orden, a la paz y al Estado de Derecho, y no como bestia salvaje, como aquelarre de la anarquía, con aliento pestilente, devastadora de la cultura y la humanidad entera: así se devela su verdadero y desnudo rostro.”<sup>24</sup>

(Rosa Luxemburg, “Folleto de Junius”)

Como consecuencia de lo anterior, las tendencias históricas, en cuya cúspide (preliminar) se encuentran el Tercer Reich y Auschwitz, desde el punto de vista económico-político-social se conoce como “imperialismo” y, desde la ideología-psicología de masas, se denomina “nacionalismo” (chovinismo). En un ensayo redactado a propósito de “la disputa de los historiadores”, Jürgen Habermas recordó de nuevo las raíces psicológicas e históricas de las ideas del nacionalismo de los siglos XVIII y XIX.<sup>25</sup> A sus explicaciones agregaríamos que el naciente nacionalismo sin duda fue congruente con los intereses económicos de la burguesía moderna, encaminados a la formación de un mercado nacional unificado (Estado nacional).

24 Rosa Luxemburg: “Die Krise der Sozialdemokratie” (1916), en *Gesammelte Werke*, vol. 4, p. 5133 (en español: *La crisis de la socialdemocracia*, Introducción de Mandel, Barcelona, Ed. Anagrama, 1976). Jean Jaurés “Discours de Vaise”, en *L'Esprit des socialismes*, Editions Gauthier, París, 1964, p. 178.

25 Jürgen Habermas, “Geschichtsnewsstein und posttraditionale Identität”, en: *Eine Art Schadensabwicklung*, Frankfurt, 1987, pp. 165-167.

Al mismo tiempo y desde un punto de vista político y social, el nacionalismo correspondió al interés de la burguesía por debilitar las contradicciones de clase, presentes sobre todo en relación al campesinado y la pequeña burguesía urbana así como también con el “cuarto estado”, o sea: el naciente proletariado moderno; esto se lograría por medio de una ideología común y por medio de la construcción de un frente único contra la aristocracia y la monarquía. Hay pruebas para demostrar que esto fue un proceso consciente, reconocido por los representantes más lúcidos de la burguesía.<sup>26</sup>

Sin embargo, Habermas no investiga la transformación del nacionalismo de una ideología universalista a una ideología elitista-hegemónica. Esta transformación se llevó a cabo durante los últimos decenios del siglo XIX. La primera versión del nacionalismo, la universalista, reconoce el derecho a la autodeterminación y a la autoadministración de todos los pueblos del mundo; esto es, implica a un proyecto político conocido bajo el concepto general de democratización/emancipación. La segunda, por una parte, divide a los pueblos de la humanidad en “pueblos de señores” con derecho a un “Reich”, el que va mucho más allá de los espacios propiamente habitados por sus integrantes (imperios coloniales, imperios mundiales) y, por otra parte, en “humanos inferiores” (“razas inferiores”), a los que no se reconoce ni el derecho a un estado propio ni el derecho a la autodeterminación. Por ello, un proyecto de esta última naturaleza excluye cualquier generalización de la democracia/emancipación. Por el contrario, fomenta formas de gobierno violentas/autoritarias, las que, al menos, tienen la tendencia a revertirse desde la periferia colonial hacia la metrópoli. Dicha transformación del nacionalismo es ya reconocible en la tradición popular de una Alemania unificada, con base en la cual se desarrolla el nacionalsocialismo, que con los nazis alcanza una radicalidad extrema.

De nuevo encontramos aquí una correspondencia entre la transformación ideológica y la transformación económica. Al respecto, uno de los inspiradores de la doctrina nazi fue el jurista de derecho estatal Carl Schmitt. Su tesis relativa a un “orden macroespacial de derecho internacional, bajo prohibición de intervención de poderes extraterritoriales” evidencia un carácter apologetico en favor de la exigencia hegemónica del imperialismo alemán en Europa.

Ni en lo fundamental, ni prioritariamente, se trata aquí de una intencionalidad “pura” de toma de poder territorial. Más bien se trata del control de fuentes de materia prima y reservorios de mano de obra adicional, así como de la posesión de fábricas, bancos y empresas; se trata de la posibilidad de una hegemonía ilimitada de movimientos de capital (e inversiones del mismo), de la determinación de una política monetaria, comercial y aduanal, favorable al “macroespacio” esto quiere decir que se trata de un imperialismo *sans phrase*.

A la vez, éste está estructuralmente relacionado con la transformación en la organización de la industria y los quehaceres bancarios, del origen del capital financiero,

<sup>26</sup> En su memorial de Saint-Hélène. Napoleón Bonaparte lo confiesa abiertamente (vol. I, p. 362 de la edición de Collection La Pleiade. París, Gallimard, 1956).

de la concentración y centralización de capital cualitativamente en aumento, del nacimiento de poderosas empresas (carteles), de la disminución de competencia en cuanto a precios, en favor del dominio del mercado, del creciente poder estatal controlado por el gran capital en favor de sus intereses, etcétera. Estos procesos pueden observarse a la vez en diversos países y partes del mundo. A pesar de múltiples variantes, desde el concepto medio de Europa de Neumann hasta el populismo extremista nazi de Schmitt, éstos conllevan fenómenos similares de justificación ideológica, política y jurídica.

Las intenciones imperialistas de expansión y de poder, subyacentes a todas esas ideologías, nos parecen innegables.

En el marco de la historia de ideologías y de mentalidades, esta transformación de un nacionalismo universalista en un imperialismo elitista-hegemónico puede ser considerada como una etapa más en el desarrollo de la doble moral que ha dominado a la historia. Independientemente de todas las reglas explícitas y comúnmente validadas del comportamiento ético, en la esfera de las relaciones sociales más amplias (sobre todo en las relaciones interestatales, pero también en las luchas de clases) y en contraposición a la esfera privada, se ejerce una práctica que corresponde en lo fundamental a otras “reglas morales” (mejor dicho: reglas de la amoralidad o inmoralidad). Éstas se basan en “principios” tales como: “la miseria no conoce ley”; “derecho o no derecho, la patria es primero”, “la guía del Destino manifiesto”, etc. Hasta ahora los intentos parciales por limitar la amplia difusión de esta doble moral mediante prevenciones constitucionales y de acuerdos internacionales, han dado muy escasos frutos. El alcance real de esta doble moral se muestra en los intentos por fundamentarla incluso en el Derecho Internacional.

En contraposición a la violencia solamente legitimada por supuestos “intereses nacionales”, Jürgen Habermas intenta limitar la lógica del nacionalismo violento, refiriéndola a la legitimidad constitucional del poder estatal en la República Federal Alemana, pero con esto en nada supera a la dinámica inhumana de la ciega Razón de Estado. Ya Max Weber estableció muy claramente que el Estado tiene un derecho (monopolio) al uso de la fuerza “siempre y cuando éste se apoye en leyes que pueden ser cambiadas”.<sup>27</sup> Con esta “moral de responsabilidad” Weber no sólo justifica a la guerra mundial sino, también, a las guerras coloniales.

Es seguro que la Cuarta República Francesa fue un “Estado de derecho” basado en una constitución democrática en el sentido de Weber-Habermas. Pero para sus representantes esto no fue obstáculo alguno cuando torturaron confesadamente a miles de argelinos. Lo mismo y en un marco un poco más estrecho, se repite hoy día en el Estado de derecho español con relación a los vascos y en el Estado de derecho israelí con relación a los palestinos.

En la república de Weimar, con todo y su “constitución más democrática del mundo”, no sólo las asociaciones protofascistas cometieron crímenes impunemente sino, también, algunos destacamentos del ejército regular participaron en el fusila-

<sup>27</sup> Max Weber, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

miento masivo de prisioneros, incluidas mujeres, enfermeras, etc. Recuérdese, por ejemplo, el terror desatado por el general Wetter en el Ruhr.

Por lo tanto, como muestra la experiencia y a pesar de encontrarse asegurado constitucionalmente el Estado de derecho, el dogma de la *Razón de Estado* abre paso a lo inhumano, tan pronto como se rebasa un cierto límite en las tensiones políticas y sociales. Este dogma fue padrino tanto de los nazis como de Stalin.

Como enseñanza ejemplar y obligada, este capítulo de la historia del siglo XX nos muestra la necesidad de un rechazo total a la *Razón de Estado*. Como criterio universal de la acción práctica, ésta debe ser sustituida por un juicio crítico relativo al quehacer concreto. Y debe aplicarse la siguiente regla general: *todas* las formas de tortura y fusilamiento de prisioneros, así como otras crueldades, constituyen crímenes contra lo humano, aun cuando sean cometidos por representantes de gobiernos “democráticos” y constitucionales. Toda persona no sólo tiene el derecho, sino el deber de oposición, de rebelión, de rehusarse a cualquier tipo de colaboración, de la negativa total a obedecer.

Cabe señalar que la gran mayoría de los crímenes nazis cometidos durante el Tercer Reich, estaban “jurídicamente” bien fundados y legalizados. Ello, en evidente conclusión con muchos jueces y doctores en derecho, para lo cual Bernd Rütters hace poco ofreció nuevas pruebas.<sup>28</sup> En el marco de la lucha entre el derecho formal y las más elementales leyes del humanismo, la prioridad deberá otorgarse siempre a las últimas, no al primero. Quien con Goethe crea que el desorden es peor que la injusticia, todavía no aprendió lo que Hitler significó; por tanto, y respecto a su mentalidad, lo menos que puede decirse es que se encuentra listo para aceptar de nuevo las primeras secuencias de la gran tragedia; y ello a pesar de que puede horrorizarse ante su final.

Empero, en la historia existe una tendencia contraria a esta doble moral cada vez más extendida y justificadora de hechos violentos, inhumanos y crueles: ésta es la tendencia manifiesta en la exigencia por una moral universal, válida para todas las relaciones humanas, sin distinciones entre “in group” y “out group”. En el pasado, filósofos, fundadores de religiones y profetas sostuvieron dicha exigencia. Pero fuera de la esfera de la ideología, su realización no pasó más allá de algunos humildes inicios. Sin embargo, con el nacimiento del proletariado y del movimiento obrero moderno, esto cambia; por primera vez en la historia las reglas de la moral universal se hacen extensivas a millones de hombres. Se inicia el consciente intento por practicarla más allá de las fronteras nacionales y estatales.<sup>29</sup>

28 Bernd Rütters, *Entartetes Recht-Rechtslehren und Kronjuristen im Dritten Reich*, C.H. Beck, 1968; Cf. también Eduard Raboft, *Verborgene Wurzeln der NS Justiz*, Europa Verlag, Viena, 1965.

29 Esto, por ejemplo, no fue así en los tiempos de la cristiandad antigua. Con algunas notables excepciones, ésta alentaba expresamente a la esclavitud e incitaba a los esclavos a reconocer sus deberes en relación a sus señores. Al respecto, Cf. numerosas fuentes en G.E.M. de Ste. Croix, “The Class Struggle in the Ancient World”, Duckworth, Londres, 1981, pp. 419 y ss.

Es cierto que este grandioso concepto de una superación universal de la doble moral hasta hoy sólo ha tenido éxito parcial. Pero es erróneo sostener que haya fracasado por completo; esto es, que no haya conocido aplicación práctica alguna. Durante el siglo XX, y en gran número de luchas de masas, el internacionalismo fue practicado con libertad y de modo consciente.<sup>30</sup> Estos casos concretos van desde la inhibición a la intervención militar sueca contra la separación noruega en 1906 (bajo amenaza de una huelga general de la clase obrera sueca) hasta la huelga general de los obreros italianos y su denegación en transportar armas para la guerra turco-italiana de 1912-13, la lucha contra la intervención-militar británica en la Unión Soviética durante el año de 1920, así como la preparación masiva de la huelga general de los sindicatos británicos. Otros ejemplos pueden verse en la solidaridad internacional con la lucha obrera y campesina durante la guerra civil española (1936-38) y el movimiento, aún más amplio, de solidaridad internacional con el pueblo vietnamita en contra de la intervención militar norteamericana durante los años 1965-76.

La amplitud y el relativo éxito y/o fracaso de estos intentos de internacionalismo concreto ciertamente dependen de un número muy diverso *de factores*; esto es, hasta hoy dichos intentos permanecieron como específicos y coyunturales; tampoco lograron impedir las dos terribles guerras mundiales. Por tanto, no forman (aún) el momento determinante de la historia contemporánea. Pero ya son, a veces, el momento latente (potencial), otras veces el momento concreto y realizado de esta historia. En nuestra era de las armas de exterminio masivo, la supervivencia física de la humanidad literalmente depende del internacionalismo realmente practicado y de si éste puede impedir todo uso masivo de violencia, sobre todo las guerras, mediante la prohibición concreta de la producción de armas. A su vez, ello va íntimamente ligado a la apropiación de los grandes medios de producción y a la toma del poder estatal por parte de los productores directos.

Lo expuesto no es una divagación de la “discusión de los historiadores”. Pues una de las tesis (si se perdona la expresión) infames del esta disputa está formada justamente por el intento de presentar a Hitler y a su dictadura, y aun al fascismo, como fenómeno político general del siglo XX, como producto del socialismo y del movimiento obrero moderno. Esto bajo el endeble pretexto que ambos habrían sido reacciones contra la “revolución liberal”,<sup>31</sup> cuya característica sería la defensa radical de los derechos del individuo.<sup>32</sup>

30 Y ello a diferencia de su caricatura estalinista, la cual identificó al internacionalismo proletario primero con la defensa de la Unión Soviética y luego, de modo creciente, con la total sumisión a las maniobras de la burocracia soviética, tanto en el nivel diplomático como el militar.

31 Ya en su artículo “Marxismus und Nationalsozialismus” (*Vierteljahr-Hefte fuer Zeitgeschichte*), publicado en 1983, el Prof. Nolte sostuvo la tesis de una supuesta “similitud” de ambas ideologías. Entre otras cosas, ésta se encontraría en la tendencia al “colectivismo totalitario” y en la justificación del exterminio en masa. Todo ello en contradicción con los anteriores análisis del Prof. Nolte acerca del nacionalismo, los que presentan al nacionalismo como diametralmente opuesto al marasmo.

32 Siguiendo a Settembrini y a Gobatti, Nolte habla de una “revolución liberal” y una “revolución del individualismo”. Al igual que muchos defensores de la “libertad económica”,

Este salto mortal en la historia de las ideas, sin que se rompan las piernas o el cuello, sólo es posible porque el Prof. Nolte y sus seguidores excluyen de sus observaciones justamente a toda la problemática nacionalismo/internacionalismo. Es imposible entender a Hitler, a no ser como producto y exponente de un nacionalismo (chovinismo) extremadamente hegemónico. Igual de imposible es negar la relación causal entre el movimiento obrero moderno y la extensa difusión del internacionalismo. Por tanto, el fascismo y el hitlerismo están lejos de ser en algún sentido producto de este movimiento obrero y forman, según la historia de las ideas, la "reacción más radical, en su contra. Esto se expresa abierta y claramente en la lucha de Hitler contra el marxismo como iniciador de un internacionalismo "disolvente".<sup>33</sup>

El redescubrimiento del nacionalismo como un valor "positivo" corresponde a un cierto viraje neoconservador de dimensión internacional; esto es, corresponde a la mayor independencia del imperialismo alemán, la cual debe ajustarse a las nuevas relaciones de poder económico. Esta mayor independencia necesita de una mayor confianza ideológica en sí misma, esto es, una mayor (auto) comprensión para la "legitimidad" de la propia historia del imperialismo.

Pero los límites de esta mayor independencia se mantienen *al interior* de una alianza imperialista, determinada por la compulsión a la acción que depende, a su vez, de la relación de fuerzas mundiales. Respecto al nacionalismo difundido por los círculos neoconservadores, se trata, pues, de un nacionalismo "democrático" moderado, un nacionalismo aceptable para Reagan, Bush, la señora Thatcher, Chirac y, a lo mejor, también para Mitterrand; se trata de un nacionalismo OTAN y no de un neonazismo. Pero ideológicamente, si no es que también en lo político, el primero prepara el camino para el segundo y le proporciona un punto de partida así como, al menos en parte, le confiere respetabilidad. En tanto Habermas sigue oponiendo una lealtad OTAN "de la derecha" a una "de la izquierda", permanece muy desvalido ante esta tendencia. "La apertura condicional de la República Federal Alemana a la cultura política del oeste constituye un gran logro intelectual de los tiempos de la posguerra. De ello podría enorgullecerse justamente nuestra generación. El único patriotismo que no nos aleja del oeste es un patriotismo constitucional." (*Ibidem*, p. 75.)

aquí parece olvidar que en el modo de producción capitalista la libertad económica de unos se encuentra condicionada por la coerción económica de los proletarios, que se ven precisados a vender su fuerza de trabajo a los primeros; esto es, se encuentra condicionada por la falta de libertad de los segundos. Cuando todos dispongan de un libre acceso a los medios de producción y de subsistencia, habrá sólo unos cuantos dispuestos a vender su fuerza de trabajo a un empresario capitalista. En consecuencia, es menester forzarles a esta venta mediante la prohibición de este libre acceso, mediante la separación violenta de sus propios medios de producción y de sus medios para la producción independiente de sus medios de vida.

33 En realidad, el marxismo por supuesto no "causó" esta actitud internacionalista, presente en algunas partes del proletariado moderno. Sólo ayudó a la expresión más consciente de lo que ya preexistió en forma instintiva, semi-consciente y rudimentaria, derivado de intereses materiales comunes.

## V

¿Puede decirse que el intento por explicar al fascismo en general y, en lo particular, a la dictadura nazi, mediante la historia y lo social, conlleva inevitablemente una tendencia apologética?; ¿esto es, que dicho intento termina por relativizar la responsabilidad de los crímenes cometidos, responsabilidad adjudicable a Hitler, a los nazis, al Tercer Reich y sus dignatarios?<sup>34</sup> Las respuestas a estas preguntas sobre todo dependerán del contenido de la historización propuesta.

Cualquier historización del Tercer Reich fundada en un fatalismo histórico, ya sea que éste se base en lo geopolítico,<sup>35</sup> en la teoría marxista vulgar (economicismo) o en la historia de las mentalidades, sin duda, y por lo menos en parte, conlleva una dimensión apologética. Tanto cuando las clases como cuando los individuos se encuentran en un aprieto *absoluto* y no disponen de alternativa, no es justo reprocharles una mala decisión (al menos no con una gran severidad).

Nos oponemos decididamente a un fatalismo histórico tal, ya que de manera alguna describe las circunstancias prevalecientes durante los años 1930-33, 1918-23, 1914, para no retroceder más en el tiempo. Esto es válido en mayor medida aún para los años de 1936-39 y para toda la duración de la Segunda Guerra Mundial. De hecho y según las pruebas disponibles, las fracciones de clase, los partidos y sus altos funcionarios, además de los dignatarios de Estado, tenían elección entre diversas opciones, entre variantes de comportamiento y de decisiones. Por decir menos sus decisiones coadyuvaban en determinar el curso, de los acontecimientos posteriores. Si, contemplado desde cualquier punto de vista (desde el punto de vista de los intereses clasistas, desde los intereses "nacionales", desde los intereses de la humanidad como un todo), dicho curso de acontecimientos lleva a consecuencias radicalmente destructivas, entonces sin duda puede hablarse de una gran y decisiva culpabilidad.

En cambio, el intento por historizar al dominio nazi, esto es, ofrecer una explicación histórica, se transforma en negación radical de toda apología, siempre y

34 Dan Diner ("Zwischen Apokie und Apologie", en: *Ist der Nationalsozialismus Geschichte?*, *Op. cit.*, pp. 72-73) no logra entender los crímenes nacionalsocialistas porque los sitúa más allá de la acción determinada por intereses. El hecho de que en éstos, sin duda, se hallaban rasgos irracionales, no los hace únicos. (Diner usa la palabra anti-racionales, para nosotros esta diferencia es insustancial.) ¿Acaso la orden de Hitler para aplicar la política de la tierra quemada en suelo alemán no fue contra racional? ¿En qué consistió esta "racionalidad finalista del recíproco y absurdo asesinato masivo de musulmanes e hindúes llevado a cabo durante la repartición de la India? ¿No es que todas las manifestaciones de ciego fanatismo (incluso las de fanatismo religioso) son irracionales (anti-racionales), y no son determinados en forma alguna por la racionalidad finalista? ¿Acaso la psicología profunda no hace mucho descubrió que existen numerosos ejemplos de comportamiento humano, tanto individual como colectivo, que están determinados por el instinto de destrucción? En consecuencia, el asesinato masivo cometido con los judíos europeos, ¿no constituye un fenómeno extremo de una tendencia mucho más amplia que puede y debe ser explicada?

35 Acerca de la supuesta sobredeterminación geopolítica de la política exterior alemana por la llamada "posición central" del Reich, Cf., entre otros, Hagen Schulze, *ibid.*, pp. 95-97.

cuando se base en un análisis certero acerca de la responsabilidad especial de clases concretas, de fracciones de clase, de cúpulas de partidos y de individuos respecto a la fundación y el funcionamiento del Tercer Reich. Empero, es justamente la tesis que sostiene la irracionalidad total de la dictadura hitleriana, de la supuesta incapacidad de la razón humana por aprehender y por explicar las causas y la extensión de los crímenes nazis, la que lleva a conclusiones que dificultan la lucha contra el fascismo.

En vista del alcance de los crímenes nazis, se entiende que el odio a los mismos nazis pueda tomar el lugar de un análisis científico de las causas y las consecuencias del Tercer Reich. Pero el odio vuelve ciego. La ceguera no hace más fácil sino más difícil la lucha contra el fascismo. Lo que hace falta es un máximo de armas espirituales entre otras, conocimientos científicos para alcanzar una efectividad en la lucha contra el fascismo. De ninguna manera hay contradicción entre, por una parte, la indignación moral y el compromiso político y, por otra parte, la objetividad científica y la formulación de sus resultados. Por el contrario: mientras más científicamente puede ser analizado y explicado el fenómeno del fascismo, tanto más exitosamente puede ser combatido. Justamente por ello la ciencia no debe someterse a precondiciones “partidistas”, esto es, dejarse coartar u obstaculizar en sus investigaciones. Sólo puede proporcionar armas útiles a la lucha contra el fascismo cuando es capaz de proporcionar investigaciones definitivamente científicas.

Esto es tanto más necesario cuanto sigue latente el medio en que nació el fascismo. Uno sólo necesita leer los informes anuales de *Amnesty International* referentes al empleo de la tortura en todo el mundo, así como los libros más importantes acerca de las prácticas empleadas por las dictaduras militares de Argentina y Brasil,<sup>36</sup> para cerciorarse que treinta años después de la caída del Tercer Reich los generales argentinos pueden sostener con toda seriedad que el movimiento guerrillero de los Montoneros está inspirado no sólo por el comunismo internacional sino por el comunismo internacional judío. Según esta tesis, el comunismo internacional judío se propone establecer un segundo Estado judío en... la Patagonia. Con esto uno puede darse cuenta cuán hondas calan todavía las raíces del fascismo en el orden social actual (conjuntamente al peligro de su crecimiento y tal vez aún, su renovada lucha por el poder).<sup>37</sup>

36 Entre otros, véase el volumen argentino *Nunca más* (Bs. Aires, EUDEBA, 1984), publicado en alemán por el Instituto de Investigaciones Sociales de Hamburgo (1987), el volumen brasileño del mismo nombre (*Vozas*, Petropolis, 1987), así como la respuesta a éste por parte de los militares brasileños (*Brasil Sempre*, Ichel Editora, Río de Janeiro, 1986) en la que se justifica abiertamente la tortura aplicada en el caso de los subversivos.

37 Véase Jacobo Timmerman, *Prisoner Without a Name* (en español: *Preso sin nombre, celda sin número*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1981). Lamentablemente ésta constituye la excepción a la tendencia en favor de la reproducción de circunstancias similares a las que permitieron la existencia de los nazis. Roy Stanley, el Secretario de Estado de los EUA, declaró recientemente en Maputo, la capital de Mozambique, que el movimiento RENAMO —fundado por el pasado régimen racista de Ian Smith en Rhodesia y desde entonces apoyado sobre todo por África del Sur— “provocó uno de los peores holocaustos desde la

Aquí de nuevo nos topamos con el problema del así llamado “carácter único” de la dictadura nacionalsocialista así como con la delimitación y determinación más exacta de su concepto. Ya dijimos que el asesinato sistemático de los seis millones de judíos europeos sólo a causa de su origen racial, sin duda constituye un fenómeno único en la historia conocida.<sup>38</sup> Pero ello no puede ser aislado de la esencia del Tercer Reich, manifiesta en su imperialismo, terrorismo y autoritarismo radical; este Estado institucionalizó, racionalizándolo ideológicamente y elevándolo a ser doctrina de Estado, el uso sistemático de la 38 y violencia, dirigida contra sus enemigos (reales o supuestos) tanto en el interior como en el extranjero.<sup>3938</sup>

Esta tendencia de ninguna manera es única, siendo su producto final el asesinato masivo de los judíos europeos. Aparece desde finales del siglo XIX y principios del XX en muchos estados imperialistas, aun cuando la mayoría de las veces permanece en forma embrionaria. Se le puede documentar fácilmente mediante sucesos concretos y fuentes secundarias. Sus orígenes nos llevan al imperialismo temprano, al exterminio masivo de indígenas en las regiones colonizadas, exterminio cuya racionalización ideológica se empeño en negar condición humana a sus víctimas.

Ubicando al Tercer Reich en este contexto histórico global, resultan dos grandes problemáticas: ¿Porque, hasta hoy, este resultado final de la gran tendencia histórica a la barbarie y siendo ésta un producto del imperialismo (capitalismo tardío) se concretó en Alemania y no en otro lugar? ¿Podrían reproducirse horrores

---

Segunda Guerra Mundial”. A esto, el *New York Times* del 25 de abril de 1988 dice lo siguiente: “...100,000 personas fueron masacradas en Mozambique, sobre todo asesinadas por RENAMO, un grupo rebelde que declaró la guerra al régimen izquierdista de Mozambique. La población civil fue fusilada, apuñalada, asesinada con hachas, con bayonetas, quemada, apaleada, ahogada y estrangulada. Casi un millón se refugió en el exilio. Los rebeldes RENAMO primero secuestraron a varios pobladores de una aldea y luego los forzaron a revelar dónde vivían ciudadanos destacados. La gente es asesinada, las casas son saqueadas, las escuelas y las clínicas son destruidas. Los sobrevivientes son reunidos en áreas ‘controladas’ en donde se esclaviza a los hombres y se viola a las mujeres. Orejas, labios, miembros enteros son cortados y todo para forzar obediencia...” Parece increíble, pero el senador Jesse Helms y un lobby vociferante, al que ahora pertenecen el senador Bob Dole y el diputado Jack Kemp, describen a los rebeldes de KENAMÓ como “luchadores por la libertad”.

38 Ateniéndonos a la cantidad, el asesinato de los indios mesoamericanos supera al asesinato de los judíos europeos. Entre lo que va del desembarco de Cortés y el año de 1564, la población de México y de las áreas centroamericanas aledañas se redujo en 8.5 millones. Sólo sobrevivieron 1.5 millones de indios. Esta relación es peor que la análoga en el caso de los judíos europeos. Aquí por cierto no existió una decisión formal de los señores españoles en exterminar a todos los hombres, mujeres y niños indios. Pero ello no fue consuelo ni fue un mal menor para los ocho y medio millones de víctimas inocentes.

39 38 Tanto Trotsky como después de él Nicos Poulantzas hicieron énfasis sobre el carácter de la dictadura fascista, concibiéndola como una guerra civil “institucionalizada” o como un estado de sitio, en el cual uno de los campos se encuentra por completo impedido de recurrir a cualquier acción legal. (Véase: León Trotsky, *La lucha contra el fascismo. El proletariado y la revolución*, Barcelona, Ed. Fontamara, 1980, y Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura. La Tercera Internacional frente al fascismo*, México, Siglo XXI Eds., 1971.)

similares a éste en un futuro? Estas preguntas sólo pueden ser contestadas correctamente si partimos de un entendimiento certero de la dialéctica entre lo general y lo particular, propia del proceso histórico.

Lo específico de la historia alemana moderna se encuentra en la combinación entre el fracaso de la revolución burguesa radical (la revolución nacional democrática) por una parte (resultado del fracaso de las guerras campesinas alemanas y la revolución de 1848) y, por otra parte, el crecimiento extraordinario de la gran industria alemana y de los grandes bancos durante el periodo posterior a la restauración de la unidad alemana en 1.871. Esta combinación llevó a un doble resultado: en primer lugar, a la penetración tardía pero muy dinámica del capital alemán en el mercado mundial; desde un principio las condiciones prevalecientes en éste plantearon al capital alemán la lucha por una nueva repartición de las esferas de influencia. En segundo lugar, en la estructura específica del Estado burgués, en comparación con países como Gran Bretaña, Francia e Italia, por no hablar de EUA, se hizo sentir el peso específico de estratos y mentalidades precapitalistas; en concreto, el peso de los *Junker* del este del Elba y de las castas militares prusianas, las que tomaron parte decisiva en la fundación del Reich.<sup>40</sup>

Con ello no queremos decir que el militarismo *imperialista* puede concebirse como un militarismo preburgués o semifeudal.<sup>41</sup> Es un producto “puro” del mismo imperialismo. Pero sus rasgos específicos, en parte y en cada Estado, corresponden a la casta de oficiales, de su origen social, de su particular mentalidad; esto significa que son productos del origen histórico concreto y del proceso de conformación concreto-histórico de cada Estado burgués imperialista en especial.

Es por ello que el empuje inevitablemente expansivo del gran capital alemán hacia un nuevo reparto del mercado mundial alcanzó una tendencia agresiva y militar más fuerte, ya claramente manifiesta en tiempos de la Alemania guillermina. La tendencia por conquistar una esfera de influencia más grande en el mercado mundial se inclinó cada vez más en dirección a una “intención de dominio sobre el mercado mundial”, como lo expresó tan bien el Prof. Fritz Fischer.<sup>42</sup> Fue precisamente el Prof. Hillgruber, uno de los protagonistas al lado del Prof. Nolte en su intento por una parcial relativización de los crímenes nazis, quien comprobó de manera convincente y sobresaliente esta continuidad entre el afán del gran capital alemán por dominar al mercado mundial y la ambición del gran capital del Tercer Reich por el poder mundial.<sup>43</sup>

40 Ya Friedrich Engels dijo que los vencedores de la revolución de 1848 al mismo tiempo serán sus albaceas. Pero lo fueron a su propio modo y con las consecuencias conocidas.

41 Esta tesis originalmente fue formulada por Joseph Schumpeter y con algunos matices fue retomada más tarde por Amo Mayer (*La persistencia de l'Ancien Regime*, París, Flammarion, 1983.) Sin embargo, fue definitivamente refutada por la constitución de EUA en la mayor potencia imperialista y militar del mundo.

42 Fritz Fischer, “Griff nach der Weltmacht Die Kriegspolitik des kaiserlichen Deutschland”, Dusseldorf, 1964.

43 Entre otros, véase Andreas Hillgruber, “Deutsche Grossmacht-und Weltpolitik im 19. und 20. Jahrhundert”, Drosle, Dusseldorf, 1977; así como del mismo autor “Der 2.

Para lograr este dominio del mercado mundial, el objetivo central –esto es, el punto de partida material– fue, en ambas fases, el este europeo, sobre todo Rusia. Por lo tanto, ello vuelve históricamente falsa la tesis apologética de un supuesto carácter preventivo del ataque a la Unión Soviética<sup>44</sup> por parte del Tercer Reich<sup>45</sup> (tesis que formó parte de la propaganda nazi y que ahora está resurgiendo). Esta tesis está refutada además empíricamente por el hecho de que la orden para la preparación del Plan Barbarroja fue dada en julio de 1940, cuando aún no se podía hablar de un “despliegue” del ejército rojo en la frontera oeste de la URSS. El carácter puramente defensivo de este posterior despliegue –representando una necesaria respuesta a los preparativos bélicos de Hitler, preparativos conocidos por la Unión Soviética– es confirmado por todo el comportamiento militar, diplomático, de política de intercambio e ideológico-propagandística del gobierno soviético y, en especial, de Stalin, tanto antes como después del 22 de junio de 1941 (si tal despliegue fue efectivo en términos militares estratégicos es otra cuestión). Una confirmación adicional de lo mismo radica en la ausencia de toda prueba documental referente a un ataque contra Alemania, ausencia patente entre los miles de documentos conquistados por el ejército alemán durante los primeros meses de guerra, que lo llevó muy adentro de Rusia.

Pero como fenómeno colateral del imperialismo (capitalismo tardío) del siglo XX, el “acaparamiento del mercado mundial” en forma alguna se restringe al gran capital alemán. Al menos tendencialmente, lo mismo puede comprobarse en los casos del imperialismo británico, japonés y norteamericano, tal y como lo hemos expresado en el primer capítulo del presente libro. En cada uno de estos destacados poderes imperialistas, la forma específica adoptada por la ambición del poder

Weltkrieg.-Kriegs- ziele und Strategie der grossen Maechte”, Kohlsonner, Stuttgart, 1982. Al respecto hay muchas citas. Aquí sólo apuntamos una de ellas: “El ‘programa’ de Hitler fue dirigido contra la Rusia europea como objeto de conquista (‘espacio vital al este’), después de alcanzarla libertad continental por la neutralización de Francia, teniendo a Gran Bretaña como ‘socio menor’ de un imperio continental en Europa (con un espacio adicional de colonias en África) y a EUA como adversario principal del futuro mediato en la lucha por el ‘dominio mundial’” (*Der Zweite Weltkrieg, Op. cit.*, p. 12). En su libro *Vom Reich zum Weltreich*, 1969, Karl Hildebrand comprobó la misma tesis de la “codicia por el poder mundial” de parte del imperialismo alemán.

44 Entre otros, véase Kaltenbrunner, en *Rheinischer Merkur Christ und Welt*, diciembre 12 de 1986; “Guillesen, Der Krieg der diktatoren”, en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, agosto 20 de 1986; “Topitch, Psychologische Kriegsfuehrung”, en *Allgemeine Schweizerische Beitrage zur Konfliktforschung*, 1/1987, etc. Gerd R. Ueberschar apoya un buen panorama de esta problemática, “Deutsche Zeitgeschichte in Hitlers Schatten”, en: *Geschichtswende?*, antología publicada en Ed. Dreisam, Freiburg, 1987.

45 El mismo Hillgruber se pronunció claramente respecto al tema de la “guerra preventiva”: “Del contexto de nuestra presentación se deduce con toda claridad que en el caso del ataque de Hitler a la Unión Soviética, no puede hablarse de una ‘guerra preventiva’, en el sentido usual de este concepto. Esto es, no se trata de un acto bélico encaminado a aventajar a un adversario que se encuentra listo para atacar o que está en vías de ello.” (Andreas Hillgruber, *Hitlers Strategie*, Frankfurt, 1965, p. 533.)

mundial se determina primordialmente por las relaciones de poder existentes y, secundariamente, por las particularidades históricas de las clases dominantes y las fracciones de éstas. No obstante, se trata de una tendencia general de la era imperialista, cuya infraestructura económica y tecnológica es claramente reconocible. Al mismo tiempo le son características la tendencia al “rearme” como creación de un mercado “adicional”, llevado a las fases de depresión duradera, así como la tendencia a la creación de la posibilidad tecnológica-industrial del rearme a corto plazo.<sup>46</sup>

Es por ello que la constatación del “carácter único” debe perder de vista a tendencias semejantes, presentes en otros países imperialistas, aun cuando éstas no sean idénticas. Esta afirmación nada tiene que ver con otorgarle concesiones al nazismo o neonazismo, sino que su defensa es imprescindible para una aproximación humana y científica a la historia del siglo XX.

No se trata de poner en entredicho la especial responsabilidad del imperialismo alemán en el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial. Para nosotros es un hecho que el imperialismo alemán, bajo la influencia de Hitler, desencadenó la guerra. El intento de los historiadores anglosajones “revisionistas”, en primer lugar de Taylor y Hoggen, más tarde también de Irving, por relativizar a esta culpa, son poco serios científicamente e insostenibles. En parte lo retomamos en este libro. El historiador suizo, Walter Hofer, los refutó definitivamente.<sup>47</sup>

En aquel entonces y entre las clases dominantes de Alemania, así como las clases medias ideológicamente subalternas, sin duda predominó la fe en la autoridad, el espíritu del servilismo, la obediencia ciega, el espejismo nacionalista, la falta de valor civil, la creciente negación de la razón y la tendencia a dejarse engañar por mitos. Ruethers adjudica a los marxistas un cierto tipo de “simpatía” o de cercanía con los puntos de vista de Karl Schmitt; sin embargo, ello nunca podría fundarse en la tradición de Karl Marx y Friedrich Engels. Ambos denunciaron y condenaron innumerables veces el carácter coercitivo de, la autoridad estatal, glorificada por Schmitt (“...la autoridad estatal... demuestra que para crear Derecho, no necesita tener razón”). Ello refleja toda la miseria histórica de la burguesía alemana que tiene sus raíces en el siglo XVI. No obstante, también existía una tendencia contraria entre el grupo de liberales alemanes y en parte de los católicos. En Italia, donde predominó una actitud negativa de la ciudadanía respecto al “orden estatal” (después de siglos de dominio extranjero) y donde los hombres están acostumbrados a la desobediencia y al escepticismo ante las leyes, pudieron sobrevivir el 85 por ciento de los judíos. De manera característica, Eichmann se refirió a esto en el sentido que, para poder ejecutar sus planes, a los italianos “les faltó un mínimo de honestidad” (i). Sin embargo aquí hay contradicción entre dos conceptos diferentes

46 Hoy día Japón dispone de un potencial tecnológico e industrial suficiente para poderse convertir de nuevo en una gran potencia militar. Si esto se cumple depende exclusivamente de las relaciones políticas de poder tanto internas como externas.

47 Walter Hofer, *Die-Entfesselung des 2. Weltkrieges*, Op. cit., pp. 419 y ss.

de honestidad, aquel de reconocimiento ciego de la autoridad y del poder estatal y aquel de los más altos deberes morales de la humanidad.<sup>48</sup>

En cambio, en los países anglosajones (y sobre todo en Francia), entre la burguesía y las clases medias predominaban mentalidades marcadas por un mayor énfasis sobre la libertad individual y una mayor desconfianza hacia el Estado y los militares; éstas tienen su antecedente en las exitosas revoluciones de 1643, 1688, 1776 y 1789. Aparte de esta tendencia mayoritaria también existió una tendencia minoritaria (en parte de origen abiertamente contrarrevolucionario); ésta, en analogía a la tradición prusiana, se caracterizó por una fe ciega en el Estado y por la admiración del ejército y la guerra “(sólo recuérdense los fenómenos ideológico-políticos que acompañaron a los *Die-Hards* británicos, respecto al dominio británico en la India; hay que pensar también en fenómenos similares que acompañaron al escándalo de Dreyfus en Francia; y en el pensamiento especial difundido en EUA por el Presidente Theodore Roosevelt en relación a la conquista de las Filipinas, etc.)<sup>49</sup>

Durante los últimos años también en Francia y en Gran Bretaña, pero sobre todo en EUA, se ha difundido cada vez más esta tendencia contraria a la tradición histórica de la clase dominante; esto tanto en el ámbito de la burguesía como entre las clases medias y no sólo entre grupos aislados y marginales, los así llamados lunatic frings. Si uno examina con detalle el desarrollo de la política interior de Gran Bretaña y EUA, encuentra que, por lo menos a partir del escándalo de Watergate y de la toma de poder por Mrs. Thatcher, se manifiesta un evidente crecimiento de la fe en la autoridad, ciega obediencia, desdén (si no es que desprecio) por las libertades democráticas, y disposición a sacrificar estas “libertades ante las exigencias de la “seguridad de Estado” y la “supervivencia”; esta última disposición se constata entre un creciente número de jefes militares, de políticos y grandes capitalistas, tal y como sucedió en la república de Weimar.<sup>50</sup> No puede desdeñarse la posibilidad de

48 Prof. Adrián Lyttelton, en *New York Review of Books*, N. York, 31 de marzo de 1988.

49 Debe considerarse que a finales del siglo XIX el antisemitismo de origen estatal o, al menos de partes del aparato estatal, era más fuerte en Francia (ejército) y en Rusia (corte) que en la Alemania guillermina y en la monarquía de los Habsburgos; fue también en los primeros países donde encontró mayor sustento en la gran burguesía.

50 En nuestro libro *Schoener Mord* (Ed. Atheneam, Frankfurt, 1987; en español: *Crimen delicioso. Historia social del relato policíaco*, México, UNAM, 1986), detallamos que ello también debe verse en el contexto de la creciente criminalización de la sociedad burguesa tardía. Esto es atestiguado por el crecimiento del crimen organizado, ilustrado muy claramente por varias cosas: el progresivo comportamiento ilegal del “legítimo” gran capital, la creciente interrelación entre el gran capital “legítimo” e “ilegítimo”, la expansión de los servicios secretos, partes del aparato militar y de conspiradores de extrema derecha, la creciente interrelación entre este entrevero y el enlace entre el crimen organizado y partes del gran capital “legítimo”; sin duda, lo último se documentó tanto por la “estrategia de desestabilización”, practicada en Italia en 1969, cuando fue puesta una bomba en la estación ferroviaria central de Polonia, desencadenando un asesinato masivo, así como por la conspiración de la logia P-2.

otra toma de poder por parte de irracionales aventureros políticos en los importantes estados capitalistas; esto, en el marco de crisis estructurales cada vez más profundas de la producción capitalista tardía y de la cada vez más amenazada acumulación capitalista “normal”; de un deterioro cualitativo de las relaciones sociales de poder a costa de la clase asalariada, esto es, después de severas derrotas del movimiento obrero y de los nuevos “movimientos sociales”.

El escándalo de Watergate y el del Irangate sin duda demuestran que estas tendencias aún no son predominantes en el oeste. Pero tampoco lo fueron en Weimar antes de 1923 y 1929. Su presencia y su difusión debe suscitar la más honda preocupación antes de que sea demasiado tarde. Nuestra tesis de la reproductibilidad de las dictaduras extremadamente violentas durante el capitalismo tardío, si bien no necesariamente en forma idéntica al fascismo y al nacionalsocialismo, es una advertencia de alerta a la oposición, mientras aún tengamos tiempo y posibilidad de ello. En este sentido, es un arma para una lucha eficaz por los derechos humanos democráticos sin limitación alguna. Un acercamiento ahistórico al fenómeno del Tercer Reich, el que absolutiza a su “carácter único”, entorpece la lucha contra nuevos peligros y contra la permanente tendencia al retorno de la barbarie.

## ANEXO III

### PREMISAS MATERIALES, SOCIALES E IDEOLÓGICAS DEL GENOCIDIO NAZI.<sup>1</sup>

Ernest Mandel

Lo que ha hecho posible el holocausto -suceso único en la historia hasta el día de hoy- es en primer lugar la ideología hiperracista en su variante biológica (forma extrema de darwinismo social). Según esta doctrina, habría “razas infrahumanas” (*Untermenschen*), cuyo exterminio estaría justificado, es decir, sería indispensable. Para los partidarios de esta ideología, los judíos eran “los parásitos a exterminar”, los negros son “monos”, los “únicos indios buenos son los indios muertos”, etc. La doctrina del racismo biológico extremo no ha caído del cielo. Tiene su base material en prácticas socio-económicas y políticas que tratan a determinados grupos humanos de un modo tan inhumano que la necesidad de una justificación ideológica -la ideología de la deshumanización- y de una “neutralización” de la mala conciencia y del sentimiento de culpabilidad individual (cfr. el discurso de Himmler del 6 de octubre de 1943)<sup>2</sup> nace de una manera casi imperativa.

La deshumanización sistemática de los judíos ante los ojos de los nazis no es un fenómeno aislado en la historia. Fenómenos análogos han tenido lugar respecto de los esclavos en la Antigüedad, de las comadronas (brujas) en los siglos XVI y XVII, de los indígenas en América, de los negros sometidos a la trata, etc. Sus víctimas

1 Este texto es la contribución de Ernest Mandel a un coloquio sobre el genocidio nazi, realizado en Bruselas en 1988. Fue publicado por primera vez en francés en Yannis Thanassekos y Heinz Wissman, dir., *Revisión de la historia, totalitarismo, crímenes y genocidios nazis*, Editions du Cerf, Paris, 1990, pp. 169-164. Traducción inédita del francés para esta edición.

2 Esta es una cita del discurso: “Les pido con insistencia que escuchen simplemente lo que digo aquí en la intimidad, y que nunca hablen de ello. Se nos planteó la cuestión siguiente: ‘¿Qué hacemos con las mujeres y los niños?’ Me decidí y también aquí encontré una solución evidente. En efecto, no me sentía con derecho a exterminar a los hombres -digan, si quieren matarlos o hacerlos matar- y dejar crecer a los hijos, que se vengarían en nuestros hijos y nuestros descendientes. Fue preciso tomar la grave decisión de hacer desaparecer a ese pueblo de la faz de la Tierra. Para la organización que tuvo que realizar esta tarea fue la cosa más dura que había conocido. Creo poder decir que se ha realizado sin que nuestros hombres ni nuestros oficiales hayan sufrido en su corazón o en su alma. Pero ese peligro era real. La vía situada entre las dos posibilidades -endurecerse demasiado, perder el corazón y dejar de respetar la vida humana, o flojear y perder la cabeza hasta tener crisis nerviosas-, la vía entre Caribdis y Escila es desesperadamente estrecha.”

se cuentan por millones, incluidos mujeres y niños. Si el carácter sistemático e integral de las masacres no alcanza en ninguno de estos casos la dimensión del holocausto, no era porque sus asesinos fueran más “humanos” o más indulgentes que los nazis. Es porque sus medios y sus designios socio-económicos y políticos eran más limitados.

No es cierto que los proyectos de exterminio de los nazis estuvieran exclusivamente reservados a los judíos. Los gitanos han conocido una proporción de exterminio comparable a la de los judíos. En el más largo plazo, los nazis querían exterminar cien millones de personas de Europa central y oriental, ante todo, los eslavos. Si el exterminio ha comenzado por los judíos, ello es debido en parte a la creencia demencial de Hitler y de algunos de sus lugartenientes en “la conspiración mundial de los judíos”, pero también en parte a una razón más práctica. Previo al exterminio, era preciso que los esclavos trabajaran (cfr. el Ministro de “Justicia” Thierack: “*Töd durch Arbeit*”) (*muerte por el trabajo*). Pero, los nazis creían, con razón o no, que los judíos serían menos dóciles, menos reductibles a una esclavitud de analfabetos enteramente resignados que las otras “razas inferiores”. De allí la necesidad, según ellos, de conducirlos a la muerte (también por el trabajo) *en el interior de los campos* y no en aldeas y ciudades todavía parcialmente “abiertas” (destino que sí se preveía para los rusos, los polacos, los rutenios, los ucranianos, etc., quienes habrían de ser exterminados sucesivamente).

La doctrina de la inferioridad racial (la “deshumanidad”) de los judíos está ligada en los antisemitas contemporáneos más fanáticos al mito de la “conspiración de la judería internacional” para adueñarse del poder a escala mundial y “chupar la sangre” de todos los pueblos. Los instrumentos asociados a esta conspiración serían el gran capital especulativo (bancario); el socialismo marxista (más tarde el bolchevismo); la francmasonería; incluso... los jesuitas.

Este mito no es de origen alemán sino ruso (los famosos *Protocolos de los Sabios de Sión* es un invento de la *Ojrana* zarista), cuyos ecos, a fines del siglo XIX eran mucho más fuertes en Francia, en Gran Bretaña, Austria, Hungría, Polonia que en Alemania propiamente hablando. El jefe ucraniano Petliura<sup>3</sup>, responsable de pogromos que han asesinado en poco tiempo a más de 100.000 judíos, era un fanático de este mito. Para nosotros, no cabe duda de que era capaz de concebir y practicar el holocausto, si hubiera dispuesto de los medios materiales y técnicos necesarios.

La doctrina del racismo biológico se sitúa en un terreno más amplio, el de la escalada de las doctrinas anti-humanistas, anti-progresistas, anti-igualitarias, anti-emancipadoras, que exaltan abiertamente la violencia más extrema y sistemática respecto de importantes grupos humanos (“el enemigo”) y que se expanden hacia fines del siglo XIX. Nos resulta imposible cuestionar que el desencadenamiento (y en una menor medida la preparación) de la Primera Guerra Mundial constituye el

3 Simón Petliura(1879-1926): Político ucraniano nacionalista. Presidente de Ucrania durante la guerra civil. Sus tropas llevaron a cabo numerosos pogromos en el invierno de 1918-1919.

viraje decisivo a este respecto. Sin la Primera Guerra Mundial, Hitler y el nazismo en tanto que fenómeno de masas, habrían sido inconcebibles. Sin el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, Auschwitz hubiera sido imposible.

Sin embargo, la crisis del humanismo y de la civilización que marca la Primera Guerra Mundial difícilmente puede ser separada del fenómeno de la crisis del imperialismo, cuyos antecedentes en el colonialismo, justamente se hallan ligados al nacimiento de doctrinas biológico racistas en una parte de los colonizadores (cfr. los carteles “prohibido el ingreso a los perros y a los indígenas”).

El holocausto no tenía solamente raíces ideológicas. Hubiera sido imposible sin un conjunto de medios materiales y técnicos. No fue una empresa artesanal sino industrial de exterminio. Aquí reside su diferencia con los pogromos tradicionales. Esta empresa exigía la producción masiva del gas Zyklon B, cámaras de gas, cañerías, hornos crematorios, barracas, la intervención masiva de los ferrocarriles, a una escala tal que hubiera sido irrealizable en el siglo XVIII y en la mayor parte del siglo XIX, para no hablar de épocas anteriores (o para períodos que se extienden a decenios, incluso a muchos siglos). En este sentido el holocausto es también (no solamente, pero también) un resultado de la industria moderna, escapando cada vez más al control de la razón humana y humanista, es decir un producto de la industria capitalista moderna propulsada por una competencia exacerbada que se volvió incontrolable. Es el ejemplo más extremo hasta aquí de una combinación típica de racionalidad parcial perfeccionada y de irracionalidad global llevada al extremo, combinación que caracteriza a la sociedad burguesa.

Al lado de las precondiciones ideológicas y materiales/técnicas del holocausto, es necesario poner en evidencia sus precondiciones socio-políticas. La realización del holocausto exigía la participación, con grados diversos de complicidad activa o pasiva, de muchos millones de personas: verdugos, organizadores y guardianes de los campos en primer lugar, sin ninguna duda; pero también hombres de Estado, banqueros, industriales, altos funcionarios, oficiales superiores, diplomáticos, juristas, profesores, médicos, así como de la tropa: pequeños funcionarios, policías, penitenciarios, ferroviarios, etc.

Un examen atento de esta masa de muchos millones de cómplices los distribuirá según las nacionalidades, los alemanes, propiamente hablando, constituyen sin duda no más del 50 a 60 % del total. También se los puede distribuir según su grado de irracionalidad, los psicópatas y los fanáticos representan una minoría, por cierto sustancial. Pero la mayoría actúa por obediencia, por rutina o por cálculo (el silencio de las jerarquías eclesiásticas entra en esta última categoría), o por cobardía (los riesgos individuales de desobediencia eran considerados superiores a los riesgos de complicidad de actos inhumanos).

Una de las razones que han permitido el holocausto es pues de orden ético, o si se quiere, depende de la motivación de los comportamientos. El holocausto es también el resultado, sobre el plano de las mentalidades -aparte de la exaltación, la aceptación o incluso el culto de la violencia masiva- de la aceptación de la doctrina por la que el Estado tiene el derecho de imponer a los individuos acciones que

estos deberían rechazar, y que en el fondo de sí mismos rechazan, desde el punto de vista de las reglas fundamentales de la ética.

Según esta doctrina, sería mejor someterse a este poder del Estado en todos los casos, antes que “socavar la autoridad política”. Las consecuencias extremas de esta doctrina han demostrado lo absurdo de la tesis clásica de los conservadores (incluidos Aristóteles y Goethe): el “desorden” provocado por la rebelión contra la injusticia conduciría siempre a una injusticia mayor. Pero no puede haber mayor injusticia que la de Auschwitz. Frente a la injusticia masiva, la resistencia y la rebelión, incluso individuales, pero sobre todo colectivas, no son solo un derecho, sino también un deber; ellas deben pasar por encima de toda razón de Estado. Tal es la lección principal del holocausto.

Las minorías de ideas fanáticas, extremistas e inhumanas, es decir, minorías e individuos patológicos, han existido y existen en prácticamente todos los países en los siglos XIX y XX, para no hablar de los siglos anteriores. Pero ellas constituyen un fenómeno marginal, de un peso político mínimo. Así lo eran, por cierto, en Alemania, durante el período 1848-1914.

Para que semejantes individuos puedan encontrar un eco entre millones de personas, es necesaria una profunda crisis social (como marxistas diríamos: una profunda crisis socio-económica, una profunda crisis del modo de producción, y una profunda crisis de las estructuras del poder). Para que tales individuos puedan ser candidatos inmediatos al poder, es decir tomar el poder, es preciso que haya una correlación de fuerzas sociales que lo permita: debilitamiento del movimiento obrero (y, en una menor medida, del liberalismo burgués) tradicional; fortalecimiento de las capas más agresivas de las clases dominantes; desesperación de las clases medias; aumento considerable del número de desclasados, etc. La crisis de la república de Weimar y la crisis económica de 1929-1934 han creado de un modo manifiesto estas condiciones en la Alemania de 1932-1933.

Las particularidades de la historia alemana; la naturaleza específica del “bloque de poder” desde la unificación alemana de 1871; el peso particular de los *Junkers*<sup>4</sup> prusianos y de su tradición militarista en el seno de este bloque; la debilidad relativa de la tradición liberal-humanista en comparación a otros países (debilidad debida a la derrota de la revolución de 1848); la desproporción manifiesta entre el desarrollo de la industria y del capital financiero alemanes, por una parte, y su cuota en el reparto de esferas de influencia a escala mundial, por otra: todo ello volvía al imperialismo alemán más agresivo, durante el período 1890-1945, que sus principales rivales. La lucha por el dominio mundial pasaba en esta época, ante los ojos de buena parte de las “élites” alemanas, por el camino de la guerra y del militarismo. El imperio a conquistar –equivalente al imperio (británico) de

4 Miembros de la nobleza terrateniente de Prusia y el Este de Alemania que dominaron ese país a lo largo del siglo XIX principios del siglo XX. Pertenecían a esta élite Bismarck, Hindenburg y Runstedt. Su declive comenzó con el fin de la Segunda Guerra Mundial. Fueron expulsados de los territorios perdidos por Alemania en la guerra (especialmente Polonia occidental).

la India— se situaba en Europa central y oriental (antes de extenderse, a partir de esta base, al Medio Oriente, África, América del Sur, etc.). Es esto lo que explica por qué una buena parte de las clases dominantes alemanas estaban dispuestas a aceptar a Hitler sin llegar a ver muy bien a dónde esto los llevaría (aunque desde el 30 de junio de 1934, era evidente, para quien no estuviera ciego, que este hombre estaba dispuesto a transgredir las reglas más elementales del Estado de derecho y de la moral, que se trataba de un asesino sin moderación alguna).

Las dos tendencias, liberal-humanista y conservadora militarista, se hallan presentes en todas las clases burguesas de Europa y en las de los EEUU y de Japón, desde 1885-1890. La diferencia es que la segunda ha sido minoritaria en Francia y en Gran Bretaña, y que se ha vuelto mayoritaria en Alemania y en Japón (en EEUU mantienen el equilibrio desde 1940). Esta diferencia no se explica por razones étnicas, sino por particularidades históricas.

Si se ve al holocausto como la expresión hasta aquí última de las tendencias destructivas presentes en la sociedad burguesa, tendencias cuyas raíces se hunden en el colonialismo y el imperialismo, se pueden destacar tendencias que van en el mismo sentido, especialmente y en primer lugar en la evolución de la carrera armamentista (guerra nuclear, guerra biológico-química, armas llamadas convencionales que superan el efecto de las bombas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki, etc.) Una guerra nuclear, o sea una guerra “convencional” mundial sin la supresión previa de las centrales nucleares, sería peor que el holocausto. La irracionalidad global de los preparativos que van en ese sentido se expresa hasta en el plano del lenguaje. Cuando se dice “reducir los costos” de la guerra nuclear, eso equivale a buscar el suicidio y a destruir a todo el género humano, “al menor costo”. ¿Qué tienen que ver los “costos” con el suicidio?

Esta interpretación del holocausto de ningún modo intenta relativizar los crímenes nazis contra la humanidad, que son los peores crímenes de la historia, tan rica, sin embargo, en horrores. Ella tiene un valor científico propio. Si se la rechaza, es preciso demostrar que es errónea desde el punto de vista de los hechos, de su correlación, de su encadenamiento. Es un debate entre historiadores, sociólogos, economistas, politólogos, moralistas. No se puede refutar una tesis (hipótesis) científica más que con argumentos científicos, y no con argumentos extra-científicos.

Pero lejos de significar, de la manera que sea, una concesión a los nazis o a los militaristas alemanes, por no decir a las “élites” alemanas, esta interpretación del holocausto cumple además una función subjetiva. Es también útil y necesaria desde el punto de vista de los intereses del género humano. Ella permite escapar a los riesgos intelectuales y morales inherentes a la tesis opuesta, según la cual el holocausto escaparía a toda explicación racional, sería incomprensible. Esta tesis oscurantista constituye, en una amplia medida, un triunfo póstumo de la doctrina nazi. Porque si verdaderamente una parcela de la historia es irracional y totalmente incomprensible, significa que la humanidad sería, ella también, irracional e incomprensible. Entonces, el imperio del mal estaría “en todos nosotros”. Es una manera, apenas indirecta, sino hipócrita, de decir que la responsabilidad no recae en Hitler,

ni en los nazis, ni en aquellos que les han permitido conquistar y ejercer el poder, sino que correspondería a todo el mundo, es decir, a nadie en particular.

En cuanto a nosotros, preferimos constatar lo que corresponde a la verdad histórica: lejos de ser “todos culpables”, los hombres y las mujeres se han alineado, en todas partes, incluida Alemania, en dos campos. Los criminales y sus cómplices se han comportado de un modo diferente de los resistentes. Los obreros de Ámsterdam, que se pusieron en huelga para protestar contra los primeros decretos antisemitas, no son semejantes a los SS. La resistencia danesa, que ha salvado prácticamente a todos los judíos de su país, no es semejante a los Quisling. La mayoría del pueblo italiano (una “banda de embusteros deshonestos”, como decía Eichmann, con un cinismo que rozaba el grotesco), que ha permitido salvar la gran masa de judíos italianos, no es semejante a los ustachis<sup>5</sup>. Los soldados del Ejército Rojo, que han liberado Auschwitz, no son iguales a aquellos que han creado las cámaras de gas. Entre estos dos campos, había, ciertamente, situaciones y comportamientos intermedios. Pero los dos campos son empíricamente verificables. Explicando las causas del holocausto de manera racional, se explica al mismo tiempo la diferencia entre estos comportamientos.

Nuestra interpretación del holocausto cumple también una función política práctica. Permite escapar a la impotencia práctica, y al sentimiento de impotencia ante los riesgos de repetición del fenómeno. Decimos, con toda intención, que el holocausto es *hasta ahora* la cumbre de los crímenes contra la humanidad. Pero no hay ninguna garantía de que esa cumbre no sea igualada, incluso superada, en el porvenir. Negarlo *a priori* nos parece irracional y políticamente irresponsable. Como dijo Bertold Brecht: “Es siempre fecundo el vientre que ha engendrado ese monstruo”.

Para combatir mejor el neofascismo y el racismo biológico hoy, es necesario comprender la naturaleza del fascismo de ayer. El conocimiento científico es también un arma de combate y de supervivencia de la humanidad, y no un ejercicio puramente académico. Rehusar el uso de esta arma es facilitar el advenimiento de nuevos candidatos a asesinos de masas, es contribuir a que ellos cometan nuevos crímenes. Explicar las causas del fascismo y del holocausto, es reforzar el potencial de rechazo, de indignación, de hostilidad, de oposición total e irreductible, de resistencia y de revuelta, contra el desarrollo siempre posible del fascismo y de otras doctrinas y prácticas de deshumanización. Es una obra de salubridad política y moral elemental e indispensable.

---

<sup>5</sup> La Ustacha croata fue una organización terrorista basada en el racismo religioso nacionalista, aliada del nazismo y fundada en 1929 por Ante Paveli.